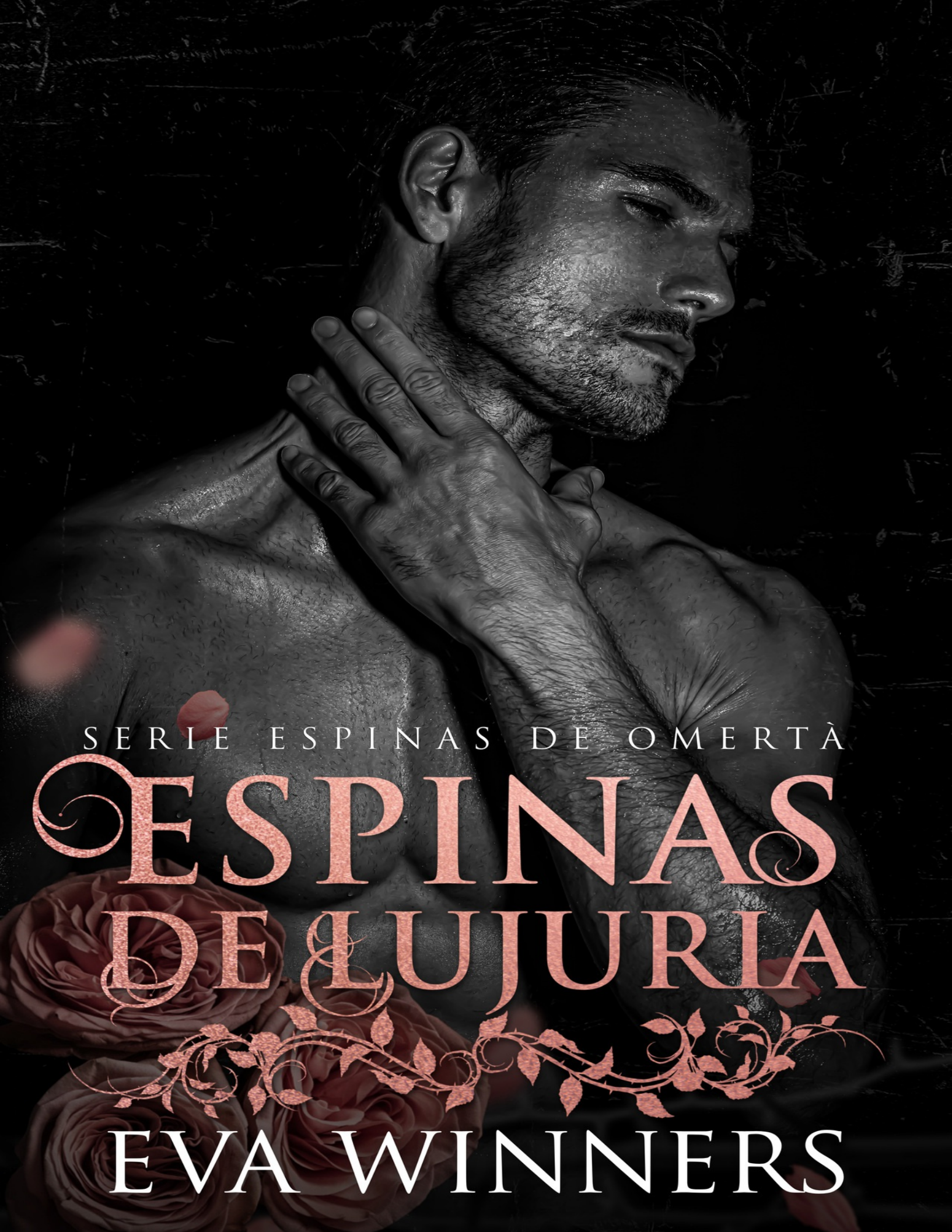




SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

ESPINAS DE LUJURIA

EVA WINNERS

ESPINAS DE LUJURIA

ESPINAS DE OMERTÀ #1

EVA WINNERS

Copyright © 2023 por Winners Publishing LLC y Eva Winners
Diseño de imagen de la portada: Eve Graphic Design LLC
Modelo: Alex Badia
Fotógrafo: Rafa G Catala
Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks, LLC
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi *newsletter*.

Grupo de FB: <https://bit.ly/3gHEe0e>
Página en FB: <https://bit.ly/30DzP8Q>
Instagram: <http://Instagram.com/evawinners>
BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>
Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>
Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>
Tiktok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>

ÍNDICE

[Lista De Reproducción](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[Glosario](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Séis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta Y Uno](#)

[Capítulo Treinta Y Dos](#)

[Capítulo Treinta Y Tres](#)

[Capítulo Treinta Y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta Y Cinco](#)

[Capítulo Treinta Y Seis](#)

[Capítulo Treinta Y Siete](#)

[Capítulo Treinta Y Ocho](#)

[Capítulo Treinta Y Nueve](#)

[Capítulo Cuarenta](#)

[Capítulo Cuarenta Y Uno](#)

[Capítulo Cuarenta Y Dos](#)

[Capítulo Cuarenta Y Tres](#)

[Capítulo Cuarenta Y Cuatro](#)

[Capítulo Cuarenta Y Cinco](#)

[¿Qué Sigue?](#)

[Sobre La Autora](#)

Para mis hijas, esposo, familia, amigos y lectores.

Por favor, hijas, sáltense las escenas de sexo y enfóquense en la trama. Son lo máximo. ¡Las amo!

Para los demás, gracias por leer mis historias.

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

Cada libro en la serie *Espinas de Omertà* puede leerse por separado con la excepción de *Espinas de Lujuria* y *Espinas de Amor*, que es la historia de Tatiana Nikolaev.

Si deseas obtener un avance del próximo libro independiente de esta serie, *Espinas de Muerte*, sigue leyendo después del final de esta bilogía.

LISTA DE REPRODUCCIÓN

<https://spoti.fi/3mp6fBl>

NOTA DE LA AUTORA

Hola, lectores:

Espinas de Lujuria es el primer libro del dúo y NO debe ser leído independientemente. La historia de Tatiana Nikolaev se completa en *Espinas de Amor*.

Además, tengan en cuenta que este libro tiene algunos elementos oscuros y escenas inquietantes. Procedan con precaución. No es para los débiles de corazón.

No olvides suscribirte al *newsletter* de Eva Winners (www.evawinners.com) para que recibas noticias de próximos lanzamientos.

SINOPSIS

Mi esposo.

Sus secretos.

Nuestra tragedia.

Creí que lo conocía. No fue así. Pensé que era de fiar. No lo era.

Sin embargo, nada en este mundo es lo que parece.

Llamé la atención del hombre más conocido del bajo mundo.

Konstantin no era el tipo de hombre que pasaba desapercibido. Lideraba su imperio criminal con puño de hierro, mas tenía sus propios secretos.

Pero yo era Tatiana Nikolaev. Nunca me doblegaría a la voluntad de un hombre o sería utilizada como un peón. No otra vez.

En el momento en que tenté al destino y jugué con fuego, la vida se descontroló.

Mi única forma de sobrevivir era volviendo a confiar.

Pero ¿podría hacerlo?

GLOSARIO

- *Kroshka* Termino en ruso que significa pequeña, chiquita.
- *Papa* Papá en italiano.
- *Mama* Mamá en italiano.
- *Omertà* Ley del silencio. Código de honor siciliano que prohíbe informar sobre las actividades ilegales que incumben a las personas implicadas de la mafia.
- *Moya luna* Mi luna en italiano.
- *¿Va bene?* italiano que significa ¿está bien?
- *Dolcezza* Dulzura en italiano
- *Yakuza* Es el nombre por el que se conoce al crimen organizado o mafia en Japón.

PRÓLOGO

TATIANA



La muerte se estrelló contra la parte trasera del lujoso Maserati de Adrian, exigiendo nuestras vidas. Mi cuerpo se sacudió hacia delante y el cinturón de seguridad se clavó en mi pecho. Mi corazón dio un salto, acelerándose tan rápido, así como conducía mi marido.

—¿Qué está pasando? —gemí frenéticamente mientras miraba por encima del hombro. Los faros de una camioneta todo terreno negra llenaban la ventanilla trasera. *Golpe*. Mi cuerpo volvió a sacudirse hacia delante—. ¡Adrian! —grité—. ¡Pistola!, ¡agarra una pistola!

Actuó como si no me hubiera escuchado, siguió acelerando por la oscura carretera. Mis ojos se desviaron hacia mi marido mientras mis oídos zumbaban de miedo. Adrian parecía asustado. Incluso aterrorizado. Eso no era bueno.

No. En. absoluto.

—¡Volvamos a New Orleans! —exclamé. Estábamos fuera de los límites de la ciudad, en dirección a la casa de Adrian. Las carreteras oscuras se iluminaban solo por la luz de la luna. No habíamos visto una casa u otro coche en kilómetros.

—¡Cabeza abajo! —vociferó. Obedecí de inmediato, mientras forcejeaba contra el cinturón de seguridad.

Si él estaba preocupado, algo estaba terriblemente mal.

—¡Adrian! —chillé con el miedo calándome hasta los huesos—. Da la vuelta y llévanos a la ciudad. Estaremos más seguros con los demás. Mis hermanos tienen hombres por todas partes.

No reaccionó, solo siguió conduciendo.

Fue la única vez que deseé que nos acompañaran los guardaespaldas de mi hermano. Odiaba que anduvieran detrás de mí, siempre hostigándome e informándole. Vasili tenía a sus hombres siguiéndome antes de casarme y tenía guardaespaldas detrás de Isabella y sus hijos en todo momento. Alexei hacía lo mismo con su mujer, Aurora.

No les importaba, pero no crecieron asfixiados por guardaespaldas que informaban todo a tus hermanos. Incluso cuántas putas veces iba al baño. Demonios, era molesto. Excepto que ahora, realmente deseaba que estuvieran aquí.

Las balas empezaron a volar, los disparos resonaban en el vehículo mientras pasaban zumbando a nuestro lado. Un fuerte estallido rompió el parabrisas trasero y nos llovieron fragmentos de cristal.

Un grito se escuchó. «*El mío*». Apenas pude oírlo por encima del zumbido de mis oídos y la adrenalina que corría por mis venas. Me agarré al asiento y los cristales brillaron como

diamantes sobre mi vestido Valentino rojo.

Los neumáticos chirriaron mientras silbaban más disparos en el aire.

Bang. Bang. Bang.

Adrian estaba disparando, pero por lo que parecía, no le estaba dando a nada porque nos llovían más balas. Explotaron más ventanas. Me dolía el antebrazo y un líquido caliente me recorría la piel.

Y entre tanta violencia, me pasó por la cabeza el pensamiento más extraño. No debí de ponerme un vestido sin mangas. Podría haber protegido mi piel.

El dolor palpitante me recorrió por todo mi ser. El miedo se apoderó de mi garganta.

Un giro brusco hizo que mi cuerpo se estampara contra la puerta.

—¡Maldición! —gruñó Adrian.

Hubo un momento de calma antes de que el auto empezara a dar vueltas sin control. Me rodeé con los brazos como si con el gesto quisiera ofrecirme algún tipo de protección. Mi cuerpo se sacudió hacia delante y luego hacia atrás. El aire se me escapaba con cada golpe, el dolor me atravesaba. No podía respirar. Los latidos de mi corazón se ralentizaron. El eco del metal chirriando, plegándose sobre sí mismo mientras el coche rodaba. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Nuestras miradas se cruzaron durante una fracción de segundo. El terror reflejado en su bello rostro que normalmente hacía que las mujeres se desmayaran. La mirada en sus ojos contenía secretos. Arrepentimiento.

Empezó a decir:

—Tatiana, yo...

Sus labios se movieron. Dijo algo más. No pude oírlo.

Un golpe.

Mi cabeza chocó contra algo duro y el mundo se volvió negro.

Goteo. Goteo. Goteo.

Neumáticos chirriantes. Voces distorsionadas. Dolor de cabeza punzante.

—Mátalo. —Una orden firme. Una voz profunda vacía de emociones.

¿Qué? ¿A quién? Parpadeé.

Mi cerebro estaba envuelto en una niebla. Aún me zumbaban los oídos. Mi pulso se aceleró. Mis pulmones se comprimieron y traté desesperadamente de inhalar una bocanada de aire. Pestañeeé para deshacerme de los puntos que nublaban mi visión.

Me volví hacia el lado del conductor. *Vacío.* Como si no pudiera confiar en mi visión en el espeluznante resplandor amarillo de los faros, en la oscuridad, extendí la mano. Nada. Solo aire. Adrian no estaba allí. El silencio persistía a los alrededores en la zona boscosa y pantanosa, incluso los grillos cesaron su ruido. Como si contuvieran la respiración en anticipación a lo que estaba por venir.

El chisporroteo de un líquido contra el metal caliente sonaba desde algún lugar, demasiado cerca o demasiado lejos, no podía distinguirlo. El penetrante olor a gasolina y aceite se filtró en mis pulmones, sofocándome. Un fluido caliente se deslizó por mi sien. Lentamente, me llevé los dedos a ella. Sangre. Tenía el cabello húmedo y pegajoso, pegado a la frente.

—¡Los dos tienen que morir! —ordenó la misma voz. El sonido ronco de gruñidos y palabras extranjeras llenaron el aire.

Mi corazón dejó de latir y el pánico se apoderó poco a poco del resto de mis sentidos. Tenía que salir de aquí. Quienquiera que nos persiguiera no era nuestro amigo. ¿Dónde estaba Adrian?

Más chirridos de neumáticos. Voces fuertes. Lenguaje extranjero. Me costó procesarlo. ¿Era italiano?, ¿francés? Mi cerebro era demasiado lento, el zumbido que vibraba en él demasiado fuerte y abrumador.

Lo único que sabía era que tenía que escapar.

Me sacudí contra el cinturón de seguridad. Sin éxito. El insoportable olor a gasolina me llenó la nariz y el humo inundó el pequeño espacio. Me ardían los ojos. Aunque no era nada más el humo. Las lágrimas me escocían en la parte posterior de los párpados.

—Momento equivocado —susurré.

Sasha, mi hermano más cercano, siempre decía que era el momento incorrecto para llorar. Yo tenía casi veintisiete años y aún no había aprendido cuándo era el momento correcto para hacerlo.

Mis dedos temblorosos tiraron frenéticamente del cinturón de seguridad.

—*Por favor, por favor, por favor.* —Mi voz era un suave susurro.

Si pudiera agarrar el teléfono, mis hermanos vendrían a rescatarnos. Siempre venían *al rescate*.

¿Dónde estaba Adrian? ¿Y si ya estaba muerto? ¿Quién estaba ahí afuera?

El dolor de mis huesos latía con más fuerza.

Mis dedos encontraron por fin el botón y lo presioné. El cinturón de seguridad se soltó, golpeando la puerta con un fuerte estruendo. Sonó como un *gong* y al instante todo el mundo se quedó quieto fuera.

El estallido de las balas rompió el silencio.

Instintivamente, me agaché, aunque ya estaba apretujada, antes de ponerme ambas manos sobre los oídos para tapar los fuertes ruidos. Me recordó al *crescendo* de una mala pieza de ópera. El tono era cada vez más alto y áspero, taladrándome el cerebro. Parecía que duraban horas, cuando en realidad solamente eran unos segundos.

Se detuvo. Un silencio ensordecedor. Debería sentirme aliviada, pero me pareció aún más ominoso que el sonido de los disparos.

El corazón se me apretó en la garganta, el pulso me ahogaba lentamente.

Más voces hablando en un idioma extranjero. Palabras irreconocibles. Las voces eran agudas, enfadadas y no se contenían. Hasta que reconocí una palabra.

—*Moya.* —Mía en ruso.

Al menos uno de esos hombres era ruso. ¿Ya habían venido mis hermanos?

Más palabras. Era difícil escucharlas por encima del zumbido de mis oídos, sin embargo, las reconocí. Estaba segura de que era italiano. Ruso e italiano.

Más balas. Más chirridos de neumáticos. Hasta que de repente todo paró. Habría sido un segundo o una hora, no podía distinguir.

—*Ella debe morir.* ¡Sin cabos sueltos! —exigió uno de ellos en español e instintivamente me encogí aún más dentro del vehículo, aunque ardía, acercándose peligrosamente a una explosión.

—No. —Una voz fría. Un tono duro, aunque no era el de Adrian. ¿Estaba vivo?

Mis uñas se clavaron en mis palmas, apretando tan fuerte que el dolor estalló en mi piel. Más conmoción. Más palabras. No pude procesar ni una sola porque mi cerebro seguía atascado en *debe morir* y estaba aterrorizada de que se refirieran a mí.

—¿Estás seguro? —La gruesa voz masculina llenó el aire junto con el sonido de cristales crujiendo. Un par de zapatos costosos italianos de cuero llenaron mi visión.

Tenía que estar en estado de *shock* porque registré la marca. Zapatos para hombre de Santoni. Mi esposo estaba en peligro y yo miraba un par de zapatos italianos de cinco mil dólares.

—La mujer no sabe nada. —La voz me sonaba vagamente familiar. No podía ubicarla—. Asumiré toda la responsabilidad por ella.

—Si descubro que tuvo algo que ver con los juegos de su marido, iré por ella. —Un ligero acento italiano. Voz profunda.

—Ella no sabe nada. Si sabe algo me haré a cargo. —Otro par de zapatos caros. zapatos Art. 504. Aún más costosos. Pantalones de traje oscuro. Un largo perfecto. Material elegante.

Sacudí la cabeza. Necesitaba salir de ese lugar, no identificar su vestuario.

Otro par de zapatos caros entró en mi visión. *Prada. Adrian llevaba zapatos Prada.*

¿Era él? Debería haberlo llamado, pero en lugar de eso me quedé congelada en mi sitio. Mirando los *zapatos Prada* como los que le había comprado a mi marido.

—*D'accordo.* —Definitivamente era italiano. ¿Qué diablos significaba eso?—. No hagas que me arrepienta.

Se me subió la bilis, inhalé profundamente para evitar arcadas. Uno de los hombres se fue, un par de costosos zapatos en cuero italiano. Quedaban dos. Mi corazón se aceleró. La vista se me nubló. Me zumbaban los oídos. Mis pulmones ardían mientras esperaba.

Tum tun. Tu tum. Tu tum.

Bang.

La última bala. Se sentía como la última *bala* antes de que fuera mi turno.

Un cuerpo cayó al suelo con un fuerte golpe. Mis ojos se desviaron de los zapatos fuera de mi ventana hacia el otro lado del vehículo. Los ojos muertos de Adrian se encontraron con los míos. Una expresión que no pude identificar seguía grabada en su rostro. La última expresión antes de morir. Me miraba fijamente. Tenía un único agujero de bala en el pecho, por el que salía sangre.

Solté un grito ahogado y mi corazón dejó de latir.

—¡A-A-Adrian! —exclamé con voz entrecortada. No se movió. Tenía la mirada perdida, fija en algo que yo no podía alcanzar. Tenía la cara magullada y ensangrentada, no sabía si por el impacto del vehículo o por los puñetazos de alguien.

Con cada latido, mi vida se desvanecía lentamente, siguiéndolo. Hasta que algo dentro de mí se rompió.

—¡Noooo! —grité, mi mundo tal y como lo conocía dejó de existir.

CAPÍTULO UNO

TATIANA



Bip. Bip. Bip.

Un pitido constante. El olor nauseabundo de desinfectante a mi alrededor.
Sangre. Cloro. Frialidad estéril.

El olor de Adrian me envolvió, cítricos y sándalo, pero también había algo con un toque de especias. Quizás era solo el hospital.

Se oían voces bajas.

—Será mejor que la cures si quieres vivir. —La voz era dura. Fría. Acento ruso. No era la voz de mi hermano. Pero ¿de quién?

—Señor, haremos todo lo posible.

—Lo *harás* todo —gruñó—. No solo lo mejor que puedas.

Más conmoción. Sonidos de lucha y gritos. Más voces.

¿Estaba Adrian aquí? Al instante, imágenes de sus ojos muertos inundaron mi cerebro. La sangre goteaba por la comisura de la boca que solía besar. El sabor a cobre inundó mi boca.

Piel húmeda y fría bajo las yemas de mis dedos. El beso frío de la muerte.

—¡Respira! —Un grito. Mío. ¿Tal vez? No estaba segura. Mi boca en la de Adrian.

Uno. Dos. Tres. Aire en sus pulmones. Uno. Dos. Tres.

Una explosión. Fuerte. La tierra tembló.

Todo estaba borroso. Mi pecho se oprimió, un sollozo ahogó mi garganta. No obstante, no salía nada.

Sin embargo, escuché los chillidos perforando mi cerebro. Oí los gritos. Saboreé la sangre.
Sentí la pérdida.

No, Adrian no estaba aquí. Se había ido. Lo sabía en lo profundo de mi alma y en mi corazón. Y me dolía como estar en el mismo infierno. Sentía como si una bala se hubiera alojado en mis pulmones y se negara a ceder. Me *dolía* respirar. Un dolor que se hinchaba dentro de mí, hasta ahogarme.

—Te encontraré de nuevo —murmuré.

O tal vez mi cerebro susurró las palabras. No estaba segura. No podía sentir el movimiento de mi boca. Cada centímetro de mí estaba entumecido.

—¡Está despierta! —exclamó la misma voz profunda. Un par de manos agarraron mis hombros—. Tatiana, mírame. —Seguí la voz, aunque mis ojos no podían enfocarse en nada. Me dolía la cabeza. Incluso me dolía el cerebro—. Mírame, *moya luna*.

Moya luna. Ya lo había escuchado antes. Las palabras estaban enterradas en lo profundo de la niebla. ¿Por qué no conseguía que mi cerebro funcionara?

Giré la cabeza en dirección a la voz. No había nadie. Parpadeé y volví a pestañear. La luz era demasiado intensa. No podía ver a nadie.

—¡Un mal sueño! —dije mientras un sollozo brotaba de mis labios. No pude oír ni las palabras, pero las sentí en lo más profundo de mi ser, junto con un miedo que susurraba pesadillas.

Me lamí los labios y saboreé la sangre.

Unos ojos sin luz me miraban fijamente. Los ojos de mi marido. «*Se ha ido*», susurró la pesadilla. Sentí un dolor que me destrozaba el alma. No podía soportarlo. Necesitaba seguir perdida en la oscuridad.

Más palabras gritadas. No podía escucharlas ni entenderlas. Estaba metida dentro de mi cabeza donde la desesperación me consumía. Los ojos muertos de Adrian. La sangre cubriendo la boca que solía besarme.

Los labios que me decían palabras amables. Los mismos *labios* que solían poner a los matones en su sitio. Los mismos labios que me llamaban *Mocosa* cuando era niña.

—¡Adrian! —vociferé con el corazón destrozado, una pesadilla consumiéndome.

Mi cuerpo empezó a temblar. Me rechinaban los dientes. Mi alma se partió. El sonido de cristales rompiéndose y metal repiqueteando contra el suelo. Manos sobre mí.

Luego un pinchazo en mi piel y el mundo dejó de existir de nuevo.

CAPÍTULO DOS

KONSTANTIN



«*T*iene que prepararse para lo peor».

No pude procesar esas palabras. Me negaba a aceptarlas. Había perdido la paciencia con los médicos más de una vez en las últimas veinticuatro horas. Les había pagado a todos por su silencio, pero era cuestión de tiempo para que sus hermanos se enteraran del accidente.

Los doctores entendían los riesgos si por error pronunciaban mi nombre. No dudaría en utilizar a sus familias para hacerles pagar. Y mi ira no era algo agradable de soportar, no obstante, eso no sería necesario ya que ellos sabían que debían guardar el secreto.

Ahora, solo tenían que salvar a Tatiana y todo estaría bien en el mundo.

Necesitaba puntadas en la frente, el hombro y el antebrazo, afortunadamente no tenía heridas internas. Sufrió un trauma craneal que podría haberle causado daños cerebrales, pero había estado pasando de estar consciente a inconsciente y hasta que no estuviera plenamente despierta no se podía determinar cuáles eran los daños.

El accidente ocurrió el día anterior.

Veinticuatro horas de angustia. Un día entero recorriendo una y otra vez esa habitación de hospital. Un día entero mirando su cara, rezando por primera vez en mi maldita existencia. No podía soportar no tenerla en mi vida, pero saber que ella no caminaba por esta tierra acabaría conmigo.

Sin *ella*, no había nada.

Un soplo sardónico me abandonó. Demonios, qué irónico. Tatiana ni siquiera sabía que yo existía y, sin embargo, ella era la razón de mi existencia. De alguna manera, casi había acabado en el mismo lugar que mi padre.

Me senté en la misma silla que había ocupado desde que llegamos y tomé su fría mano entre las mías.

—Debí haberte llevado conmigo años atrás. —Mi pulgar se deslizó sobre sus tenues venas azules—. Siempre fuiste *tú*. ¿No te diste cuenta?

La furia contra Adrian creció y aumentó. La puso en esa posición. Empezó a joder con la *Omertà*. En lugar de estar agradecido por haber evitado que mi padre acabara con su vida, volvió para jodernos a todos.

Hijo de puta.

Esa era la razón por la que no valía la pena dar segundas oportunidades. Adrian era listo,

demasiado listo. Se escondió detrás de la familia Nikolaev. Fue la razón por la que tardamos tanto en descubrir quién seguía hackeando nuestro sistema, copiando nuestra información y luego mofándose de nosotros por los pecados que habíamos cometido.

Nadie en el bajo mundo era inocente.

Algunos éramos peores que otros. Sin embargo, ese chip podría ponernos a todos tras las rejas y hacer que nos ejecutaran. Desenmascararía nuestro mundo, pero no solo el de las *Espinas de Omertà*, sino también el de todos los demás. *Capos*. Reyes Multimillonarios. *Cosa Nostra*. Cárteles. *Yakuza*.

Fue la *Yakuza* quien se impacientó más y quien los atacó primero la noche anterior. Marchetti recibió una pista de Dante Leone de que atacarían para intentar arrebatarse el chip a Adrian. En el momento en que me enteré por el *Príncipe Amargado*, vine lo más rápido posible. Sin embargo, casi era demasiado tarde para Tatiana.

La puerta de la habitación del hospital se abrió de golpe y los pesados pasos de Nikita resonaron en el suelo. Me sorprendió que insistiera en quedarse. Odiaba mucho los hospitales. Supuse que se sentía mal por la mujer. Era la primera vez que veía a una a punto de morir.

Boris ya lo había presenciado una vez: la noche en que mi padre ejecutó a mi madre. Venía de los barrios bajos de Rusia. Sin padres. Sin conexiones. Sin parientes. Fue la razón por la que mi padre lo atrajo a su mundo. Hombres como él eran los mejores reclutas, pero no pasó mucho tiempo para que Boris cambiara su alianza de mi padre a mí. Sospeché que tenía algo que ver con la ejecución a sangre fría de mi madre por parte de *Papa*.

Nikita se unió a nosotros mucho después, pero demostró su lealtad en numerosas ocasiones.

—¿Cómo está? —preguntó Nikita.

—Igual. No hay cambios.

—Sus hermanos ya se enteraron del accidente y de la muerte de Adrian. —Mierda, había esperado tener al menos un día más. Solo hasta que ella estuviera fuera de peligro. Necesitaba ver sus ojos azules una vez más antes de dejar que se recuperara sola—. Isabella Nikolaev tiene conexiones con el personal médico en todos lados debido a su profesión.

—¿Hablaron los médicos? —indagué con la respiración agitada.

—No, pero ya vienen. Han checado en todos los hospitales en esta zona.

Solté un largo suspiro, deseando que las cosas fueran diferentes, no obstante, desear era de tontos. Tenía que actuar.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Una hora.

Asentí, despidiéndolo sin decir palabra.

Los ojos de Tatiana se abrieron y parpadeó varias veces.

Me sentí aliviado, pensé que me ardían los ojos. Mas valía que no fueran lágrimas, demonios. Llevé mi mano a su mejilla y la acaricié suavemente.

—Vas a estar bien. —Carraspeé con la voz llena de emociones—. Porque nuestra historia apenas está empezando.

CAPÍTULO TRES

TATIANA



—**V**as a estar bien —dijo una voz profunda y áspera. La neblina inducida por las drogas empezó a disiparse y pude distinguir un par de ojos oscuros que me observaban—. Porque nuestra historia apenas está empezando.

Entonces sus pasos resonaron en la habitación, se alejaba de mí.

Bip. Bip. Bip.

Las máquinas del hospital hacían demasiado ruido. La habitación estaba demasiado fría. Demasiado oscura. El olor a desinfectante llenaba mis pulmones. Un zumbido en mis oídos.

Sin embargo, lo único en lo que podía concentrarme era en *él*. Podía sentirlo. Perdido en las sombras. Observándome.

Moviendo la cabeza hacia un lado, me concentré en las puertas de doble vidrio del otro lado de la habitación del hospital. Las luces brillaban a través del cristal y se veía claramente la silueta de una figura. Tenía que ser un hombre. Un hombre alto.

—¿A-A-Adrian? —balbuceé, con la cabeza mareada por aquel pequeño movimiento.

Debería tener miedo, no obstante, me sentía segura. Quizá todavía había demasiadas drogas en mi torrente sanguíneo. La puerta se abrió, apenas un poco. La sombra la atravesó. No pude verle la cara, la luz detrás de él proyectaba una sombra.

Pero tenía que ser él. El aroma a cítricos y sándalo flotaba sobre el antiséptico del hospital. Se me erizó la piel.

—¿Adrian?

No hubo respuesta. Nada más que el pitido de la máquina, aunque *él* estaba presente en carne y hueso. No podía llegar a él, mas podía verlo. Estaba allí. La niebla lo rodeaba. El zumbido de la máquina era un sonido constante. Alargué la mano hacia él, aunque estaba demasiado lejos y mi mano se sentía muy pesada. Se negaba a moverse y yacía inerte sobre las sábanas frías del hospital.

Parpadeé con los ojos ardiendo y desesperada por aferrarme a él.

—Por favor. —Mi voz se quebró, hervía ante la verdad que no estaba dispuesta a admitir. Que tal vez, solo tal vez, este hombre era producto de mi imaginación—. No te vayas.

Las lágrimas me nublaron aún más la vista. Sentía sal en mis labios. Me escocía. Me dolía.

La mandíbula del hombre se tensó. Sus ojos eran como dos profundos estanques negros, pero las lágrimas seguían distorsionando mi visión. No podía verle el rostro con claridad.

Volví a tenderle la mano, usando todas mis fuerzas para mantenerla en el aire. Se acercó más a mí. Me fallaban las fuerzas. Una serie de maldiciones rusas.

—Tenemos que irnos —indicó alguien.

Estaba cerca, tan cerca que podía olerlo. Abrí la boca para hablar, aunque el zumbido creciente de las máquinas ahogó mis palabras.

—Duerme, Tatiana. —La voz. La reconocí, y luego se esfumó. Quizá tenía los tímpanos dañados. Me dio la espalda, esos anchos hombros tragándose el marco de la puerta.

—¡Por favor, no te vayas! ¡No me dejes! —grité ante la enorme pérdida que me tragaba entera—. ¡Te amo! —Como un profundo rincón oscuro lleno de sombras, la pesadilla amenazaba con tragarme completa. La insoportable presión en mi pecho.

Hizo una pausa. No se dio la vuelta. De mis labios salían gritos desgarradores a la par que las lágrimas inundaban mis mejillas. Y mientras tanto, mi corazón sangraba sobre las sábanas blancas de la cama del hospital.

—Volveré, *moya luna*. —Sonaba como una promesa—. Volveré cuando estés lista para mí. Entonces la oscuridad volvió a ahogarme.

CAPÍTULO CUATRO

TATIANA



Hubo un tiempo antes de ti.
Hubo un tiempo contigo.
Ahora hay tiempo después de ti.

Nunca conté las horas después de ti. Nunca estaría preparada para afrontar el tiempo después de ti.

—No debería haber un después de ti —susurré mientras miraba mi reflejo en el espejo. Dos semanas sin él me parecieron una eternidad. Me temblaban los dedos al tomar el teléfono que tenía sobre la mesita de noche.

«Nunca pude despedirme. Nunca pude despedirme. Nunca pude despedirme».

Las palabras se repetían en mi mente una y otra vez. El corazón me retumbaba en el pecho con un latido doloroso. Observé fijamente mi teléfono, ahí estaban las horas. El tiempo era tan importante antes. Ahora no significaba nada. Era demasiado.

Dejé el teléfono sobre la mesa, pero mis ojos no se apartaron de él. Quería despedirme. Necesitaba oír su voz. Solo una vez más. Volví a tomar el aparato y mis dedos recorrieron lentamente el teclado del mismo, pulsando los dígitos que representaban el número de mi esposo.

Su nombre apareció en la pantalla con la foto de nuestro primer evento juntos en *La Guarida del Pecado*. Debí haber perdido la cabeza porque olvidé por completo que podía buscar el nombre de Adrian para llamarlo.

La llamada entró y contuve la respiración al oír el primer timbre. Luego el segundo. Al tercero, contestó:

—Soy Adrian. No estoy por aquí. Deja un mensaje y te llamaré de vuelta.

La misma voz. Las mismas notas ligeras al hablar. «*Su buzón de voz no sabe que está muerto*», pensé con un sollozo sofocado. Si empezaba a llorar ahora, me derrumbaría. Tenía que mantener la compostura.

“No hay tiempo para llorar”, era el lema de mis hermanos.

El buzón de voz terminó. Volví a marcar su número como si estuviera loca. Escuché el mensaje una y otra vez. Cada vez contenía la respiración mientras sonaba la línea, ansiando que Adrian contestara. Contra todo pronóstico, esperaba que tomara la llamada.

No sabía cuántas veces había escuchado su buzón de voz cuando por fin colgué el teléfono.

El psicólogo del hospital me dijo que había cinco etapas del duelo. Yo seguía negándolo. Mi

cerebro no podía procesar la muerte de mi marido. Lo único que sentía era entumecimiento y dolor, pero ni siquiera el dolor físico se comparaba con el dolor que sentía en lo más profundo de mi pecho. Un sufrimiento que hacía que me doliera respirar.

Miré mi reflejo. Mi cuerpo parecía estar en mejor estado que mi corazón.

Tenía un corte en el antebrazo. Mi hombro se estaba curando lento, pero seguro. Tenía un rasguño en la mejilla. Mi ojo izquierdo estaba amoratado. Mi ropa ocultaba moretones y heridas por todo el cuerpo.

Dos semanas. Un accidente automovilístico. Una vida alterada para siempre.

Mis hermanos buscaron información para averiguar qué ocurrió exactamente aquel día. Intervinieron las cámaras de vigilancia de la ciudad, pero no encontraron nada. Interrogaron al personal del hospital para averiguar quién me había llevado. ¿Quién me salvó? Sin embargo, seguían encontrándose con obstáculos.

No encontraron nada. Solo que Adrian murió en la explosión.

No quedó nada de él. Una explosión. Su cuerpo se redujo a cenizas. Junto con mi vida. Mis recuerdos. ¿Cómo sobreviví? Recordé la camioneta chocando contra la parte trasera del coche de Adrian. Recordé nuestro vehículo volando por el aire. Rodando. Rodando. Rodando.

Gritos y dolor. Luego un vacío. Nada. Solo oscuridad.

Excepto las pesadillas que venían cuando dormía, que no eran muy a menudo. Las odiaba.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. *Concéntrate en lo bueno*. Eso era lo que decía el terapeuta. *Concéntrate en lo bueno*. Sobreviví. Tal vez, solo tal vez, podría tener lo que había estado rogando. Un bebé para mí.

Mi mano temblorosa se cernía sobre mi vientre plano. Tal vez Dios me concedería esa pequeña misericordia y no me dejaría sola. Se me había retrasado la menstruación una semana entera.

Nunca se me había atrasado. Tenía que ser eso. Estaba embarazada, estaba segura.

Era un mal momento, pero la bendición sería bienvenida. Algo de Adrian para mantenerlo conmigo y en mi corazón. Lo amaría lo suficiente por los dos. A nuestro bebé no le faltaría nada. Un temblor me recorrió y el dolor me oprimió la garganta.

Tragué saliva, tratando de mantener la compostura.

—Por favor —susurré en la habitación vacía. A mi reflejo. A cualquiera que estuviera escuchando—. No me dejes sola.

Mi voz se quebró en el desalentador y vacío *penthouse*. Cada pequeño sonido resonaba en él. Cuando Adrian estaba aquí, siempre había ruido alrededor, incluso cuando él no estaba. Sus aparatos y computadoras pitando. Ahora no había nada. Solo un silencio sepulcral, eco de la muerte en mi alma.

Me limpié una lágrima perdida. Si empezaba a llorar, sería difícil parar. «*No hay tiempo para lágrimas*», susurraba la voz de Vasili cuando era pequeña. «*Eres una Nikolaev*».

¿Lo era? Había tomado el apellido de Adrian, así que quizás eso ya no contaba.

Se acercaba el fin de año y prometía soledad. *Lágrimas*. Dolor sordo en algún lugar profundo donde no me atrevía a ir. El nudo en la garganta crecía, se hacía cada vez más grande hasta que se me obstruyeron las vías respiratorias. Me ardían los ojos. La nariz se me enrojeció. Un dolor se alojó en mis pulmones hasta asfixiarme.

Me sentía sola. *Estaba sola*.

El dolor era reciente, pero algo en lo más profundo de mi ser se apagó. La agonía aguda y punzante de mi pecho se convirtió en un compañero constante.

«*Un bebé lo aliviaría*», pensé desesperadamente. Si Dios existiera, me lo concedería.

Por primera vez, recé. Cerré los ojos y recé. Por un *bebé*. Por la paz interior. Para que desapareciera el dolor. Y todo el tiempo lágrimas calientes punzaban mis ojos.

—Tatiana. —La voz de mi hermano flotó en el aire y mis ojos se abrieron de golpe para encontrarme con los suyos en el espejo. Los ojos más fríos. Los ojos más rotos. Hasta hace poco.

Alexei.

El que estaba más roto de nosotros. Aunque su esposa curó sus heridas. Incluso sonreía de vez en cuando. Si él podía sanar, entonces yo también. ¿Verdad? Sin embargo, ¿por qué me sentía tan desesperada?

—¿Estás lista?

Levanté una ceja y mis labios se curvaron en una sonrisa amarga.

—¿Estoy preparada para enterrar el cuerpo inexistente de mi marido? —Sentía los pulmones tensos. Mi voz sonaba ácida. Me molestaba su felicidad y la de Vasili. Demonios, estaba resentida con todo el mundo—. Claro, nací preparada para ello. Soy una Nikolaev después de todo.

Debería haber sabido que en nuestro mundo siempre se jodía algo. Siempre moría alguien. Nuestro padre murió. La vida de Alexei fue un infierno por culpa de mi madre. La venganza era un tema constante en la vida, mafiosa o no. Alguien llegó a Adrian. Fue la razón de la persecución en auto. Tenía que ser.

La pregunta era ¿por qué?

—Odias el mundo en este momento. —La voz de Alexei me sacó de la niebla de incógnitas.

—Yo no... —Me corté. No tenía sentido negarlo. Odiaba el mundo. Odiaba no poder recordar gran cosa de aquella noche, dejándome con un millón de preguntas. Odiaba que las últimas palabras de Adrian que recordaba fueran dichas con rabia.

Una risa amarga se deslizó por mis labios, sonando casi histérica. Mi futuro murió esa noche.

La mirada de Alexei, azul pálida como la mía, era pesada y oscura, clavándome en mi lugar mientras mi corazón se estremecía.

—No era tan bueno para ti como esperábamos —expresó con voz fría, enviando una onda eléctrica a través de mí—. Ya no lo era.

Nuestras miradas se encontraron. Arrugué las cejas. ¿Por qué había dicho eso?

Las sombras de sus ojos bailaban y amenazaban. Me sostuvo la mirada como si esperara. ¿Qué esperaba?

—Alexei, sabes algo. —No era una pregunta. La voz me temblaba más que las manos. El oxígeno no llegaba a mis pulmones. La sangre empezó a zumbarme en los oídos. Las emociones daban vueltas como un tornado, amenazadoras y oscuras. Un movimiento en falso y me tragarían entera—. Dímelo —murmuré.

Le tembló la mandíbula y bajó la mirada al suelo. Como si ocultara algo.

Abrí la boca, aunque antes de que pudiera preguntarle, Vasili y Sasha entraron.

—¿Estás lista? —inquirió Vasili y tuve que contenerme para no gritarle.

En lugar de eso, cerré los ojos y recé.

Mis gafas de sol ocultaban casi toda mi cara. Mi vestido negro ondeaba con la brisa.

El ataúd negro y brillante estaba cubierto por rosas rojas. Un ataúd *vacío*. No quedaba nada que enterrar de Adrian. Arrojaron otro ramo de rosas rojas sobre el féretro. El color resaltaba sobre el negro brillante y me recordaba a la sangre.

Sangre derramada. Sangre desperdiciada.

Me quedé observando la fecha grabada en la elegante placa del nicho.

La fecha de su muerte. Pronto se convertiría en una cripta más. Sería una piedra fría, igual que sus recuerdos.

El cielo se oscureció y las grandes nubes se movieron cerniéndose sobre mí. La primera gota de lluvia fue solo el comienzo de una tormenta. Siguió otra, luego otra, hasta que se convirtió en un repiqueteo constante. La gente se dispersó lentamente, corriendo a refugiarse. Sin darme cuenta, vi que Vasili abrió un paraguas para proteger a su esposa y a sus hijos.

Sasha abrió su sombrilla y dio dos pasos hacia mí resguardándome de la lluvia. El golpeteo se hizo más fuerte. Los charcos empezaron a formarse rápidamente a mi alrededor y vi cómo el agua me rodeaba. La humedad se colaba por mi vestido y me llegaba a los huesos.

Me ahogaba.

Sentía como si me ahogara entre los vivos.

Catorce días desde el accidente. Mis hermanos también tenían preguntas, y yo no tenía respuestas para ellos. Ni idea de cómo llegué allí. Ni idea de cómo sobreviví a la explosión que no dejó rastro de él. Me dejó sin nada: sin recuerdos, sin pistas. *Nada.*

Ya nada parecía real.

Ni el ataúd. Ni las rosas con espinas que lo envolvían. Ni la gente que rodeaba la tumba.

—Deberíamos irnos —sugirió Sasha. Se leyeron los ritos, se dieron las últimas bendiciones, se dijeron las últimas despedidas. De todos menos de mí. Me quedé inmóvil, mirando el lugar de descanso eterno cubierto de flores—. Necesitas descansar.

Excepto que las pesadillas y las voces llegaban cuando dormía. Susurros. Fantasma.

Tragué saliva, observando cómo el ataúd desaparecía en la tumba hasta que ya no pude verlo. Me temblaban las manos. Me palpitaba la sien, pero no era nada comparado con el apretón de mi corazón. El dolor sofocante, que me arrastraba cada vez más profundamente hacia un oscuro abismo.

El nudo en mi garganta creció hasta que me fue imposible respirar. Hasta que no sentí nada. Únicamente un entumecimiento que se extendía por mis venas. El silencio se hizo pesado, sin embargo, lo acepté. Era mejor que esos susurros que escuchaba en mis sueños. Me atormentaban.

La brisa fresca recorría el cementerio, empapando de lluvia mi vestido, que se me pegaba a las piernas. Sentía que me asfixiaba. No había espacio suficiente. No había suficiente oxígeno.

No había suficiente espacio para los vivos y los muertos.

Una respiración temblorosa me abandonó mientras el miedo me recorría la columna vertebral. Nunca había tenido miedo, sabiendo que mis hermanos siempre estarían ahí para salvarme, no obstante, ahora temía que esos demonios fueran imbatibles. Y los secretos que Adrian dejaba atrás eran castigables.

—Tatiana, vámonos —repitió Sasha. Otra respiración estremecedora llenó mis pulmones.

Trajes negros se alejaban lentamente, llevándose consigo sus corazones negros. El mar de hombres del bajo mundo acudió a presentar sus respetos. Rusos. Italianos. Americanos. Canadienses. Colombianos. Un mar negro del que siempre había formado parte. Por mucho que me protegieran mis hermanos.

Mis ojos parpadearon hacia Alexei, viéndolo a través de la niebla del dolor. Sentía como si realmente no estuviera aquí, aunque sí lo estaba.

—Tenemos que volver a casa, hermana —indicó Sasha en voz baja. No quería volver a casa. No quería estar sola. Sin embargo, me sentía tan jodidamente sola sin importar dónde estuviera o con quién estuviera. Excepto por los malditos fantasmas que me perseguían. Estaban en mi

mente, prosperando. Torturándome. Y cuando dormía, mi mente se rebelaba. No podía entender mis sueños... recuerdos... o paranoia—. Te quedarás conmigo.

Sacudí la cabeza sin decir palabra. No podía dejar que nadie oyera mis sueños. No podía dejar que nadie lo supiera.

Mi mente se revolvió inmediatamente recordando el sueño de la noche anterior.

Sonreí tanto que me dolían las mejillas, pero era una buena sensación.

—Mira, Adrian. Nuestro bebé. —Sonreí levantando la vista de la cama del hospital para encontrarme con los ojos de mi marido, pero me miraban con desagrado. Instintivamente, moví mi cuerpo para proteger al bebé—. ¿Adrian? —pregunté vacilante—. ¿Qué pasa?

—Te lo dije —siseó mientras daba un paso adelante. Y luego otro. Una sombra oscura y amenazadora se cernió sobre mí, robándome la felicidad—. Te lo dije, Tatiana. Nada de niños.

—Pero es una bendición. —Carraspeé con la voz enronquecida por las emociones.

—¡No, es una maldición! —vociferó—. Una espina venenosa.

Su rostro se torció. No lo reconocí. Su mano me rodeó la garganta, apretándome cada vez más fuerte. Mis pulmones se agarrataron.

—Por favor. —Mi cuerpo se estremeció. Sujeté a mi bebé, pero podía sentir cómo me abandonaban las fuerzas. No quería dejar caer a mi milagro recién nacido. Golpeando mi codo contra las costillas de mi marido, luché. Yo era una Nikolaev. Luchábamos. Nunca nos rendíamos.

Entonces la gran mano de Adrian rodeó la garganta de mi bebé mientras el terror me invadió como nunca antes había sentido.

Pero antes de que pudiera dar un apretón.

Bang.

Ojos muertos.

—Tatiana.

Me sobresalté en mi sitio. Mi cuerpo tembló, mis oídos zumbaban. La adrenalina corría por mis venas, como si la pesadilla fuera real. Las manos de mi hermano mayor se acercaron a mis hombros y apretaron como si intentara pasarme algo de su propia fuerza. No era suficiente.

Mi mente me atormentaba. Tal vez estaba loca como nuestra madre.

—Tienes que despedirte, Sestra. —La voz de Vasili llegó desde detrás de mí. Solo habían pasado dos semanas. ¿Cómo se decía adiós en dos semanas? Necesitaba más tiempo. Necesitaba respuestas.

—Dinos lo que necesitas. —Sasha intentó una táctica diferente. No me molesté en girarme para verlos. Temía que vieran algo en mis ojos que revelara mis demonios—. Lo que necesites, es tuyo.

No respondí. En lugar de eso, dejé que el dolor y las dudas se enconaran en mi interior. El dolor me quemaba las venas, dejándome vacía y confundida. Estaba segura de que tenía algo que ver con el accidente.

Pero no podía recordarlo.

Así que me quedé de pie, en mi sitio.

—Enseguida voy —agregué sofocante—. Espérenme en el vehículo.

Compartieron una mirada fugaz, luego Vasili asintió y me dejaron. Sus pisadas se desvanecían con cada paso que daban contra la piedra centenaria del cementerio de St. Louis, dejándome sola con los fantasmas y los muertos.

Con él.

Me quedé observando las palabras *esposo* y *amigo* durante mucho tiempo, buscando algo. Algo punzaba mi mente, pero se negaba a aparecer.

Se me erizó la piel. Mi mirada captó un movimiento a mi lado. Una figura alta estaba junto a un coche, con sus manos en los bolsillos y sus ojos fijos en mí. El gesto me tocó la piel y un escalofrío me recorrió la espalda.

Fruncí el ceño e hice una mueca de dolor. Me resultaba familiar. Lo había visto antes. Estaba segura, aunque no recordaba dónde.

«¿Quién es?», pensé mientras me llevaba la mano a la mejilla y masajeaba suavemente el moretón. Sus ojos siguieron mi movimiento y se oscurecieron mientras un músculo se movía bajo su mandíbula.

¿Quién era ese hombre? Me resultaba familiar. *Importante*.

Ahora deseaba que mis hermanos se hubieran quedado atrás para poder preguntarles. El tipo era alto. Más alto que la mayoría de los hombres, incluyendo mis hermanos. Vestía de negro y llevaba un abrigo gris que le llegaba a las rodillas. Parecía elegante. Oscuro. Peligroso. Familiar.

Una sensación de familiaridad tiró de mi memoria.

La voz en mi cabeza. «*Mantente viva, Tatiana. Por mí. Mantente viva, moya luna*».

Me convocaba llamándome *su luna*. Sus ojos eran intensos, incluso desde esa distancia. Había algo incómodo en su mirada oscura, casi dolorosa. Era como si exigiera algo de mí, pero yo no sabía qué.

Una sensación que no podía quitarme de encima me consumía, sin embargo, no podía precisarlo.

Moya luna. Ruso. La voz hablaba ruso. ¿Podría haber sido Adrian? Excepto que él no me había llamado así desde esa noche en la pérgola. Siempre me había llamado *Mocosa* y yo ya había superado ese apodo.

Me observaba el intenso desconocido, sus gruesas cejas se dibujaban sobre sus ojos y algo en él seguía arrastrándome a su salvaje oscuridad. Sus ojos negros me recordaban la crudeza de los inviernos rusos: despiadados y helados hasta los huesos.

Tragué saliva y miré a mi alrededor. Todos se habían ido. Solo quedábamos el desconocido y yo.

Sacudí la cabeza y volví a mirar la cripta.

—Adiós, Adrian —murmuré en voz baja, y luego corrí en dirección a mis hermanos. Los ojos del desconocido permanecían fijos en mí como una espina clavada en mi piel.

Por extraño que pareciera, era casi un dolor placentero.

Tal vez me había vuelto masoquista y buscaba el dolor para torturarme.

CAPÍTULO CINCO

KONSTANTIN



El olor a rosas flotaba en el aire. Para mí representaba el hedor de la muerte. Las había odiado durante casi toda mi vida. Me recordaban a mi madre, aquella que traicionó su voto y fue ejecutada delante de mis ojos. Fue la primera muerte que presencié, pero desde luego no la última.

La última imagen que tuve de ella fue su ataúd cubierto de espinas y rosas mientras la bajaban a la tierra.

Todo empezó aquella noche en que murió mi madre. Aquella fatídica noche que cambió el curso de nuestras vidas. Incluso la de Tatiana, que aún no había nacido.

Alguien sacudió mi cuerpo, aunque yo dormía profundamente.

—Despierta. —Un susurro en voz baja. La voz de mi madre. El aroma de las rosas. Ella siempre olía a rosas. Con el cerebro aturdido parpadeé para quitarme el sueño de los ojos. Tardé un rato en asimilar lo que me rodeaba. Estaba en mi habitación. Mis ojos se encontraron con los verdes de mi madre, con el cabello rubio desordenado enmarcándole la cara.

—Tenemos que irnos, mi bebé —dijo en voz baja.

Tenía en la punta de la lengua decirle que no era un bebé. Tenía seis años. Un niño grande. Al menos eso era lo que mi padre decía siempre. Mi gemelo, Maxim, ya estaba despierto y lloraba. No era nada nuevo; siempre lloraba.

—No pasa nada, Maxim —murmuré somnoliento, acostumbrado a consolarlo—. No llores. Todo estará bien.

Aunque no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Mamá me sacó suavemente de la cama y me dio los zapatos.

—Mama... ¿adónde vamos?

Su mirada, del color del bosque verde más profundo, se desvió a su alrededor, como si temiera que alguien fuera a aparecer en cualquier momento.

—A un lugar seguro. —La miré confuso. Aquí estábamos a salvo. Mi padre era el Pakhan y nos protegía de todo el mundo. Abrí la boca para discutir, pero ella me detuvo—. No discutas conmigo, Illias Konstantin. Son mis hijos y no voy a dejarlos atrás.

Me apresuré a ponerme los zapatos y tomé la mano de Maxim entre las mías mientras Mama nos llevaba afuera. Mi hermano menor, aunque solamente por unos minutos, tropezó detrás de

mí, todavía llorando, sus pasos torpes.

—Está bien, Maxim —lo consolé—. Estamos juntos.

Antes de que pudiera decir algo más, Mama nos empujó suavemente al asiento trasero de la Range Rover que Papa le había regalado solo unos días antes.

—Abróchense los cinturones —ordenó en un susurro, luego corrió hacia el lado del conductor y subió. Justo cuando ayudé a Maxim con el suyo, los neumáticos chirriaron cuando ella arrancó y me apresuré a ponerme mi propio cinturón de seguridad.

Las calles de Moscú estaban vacías cuando salimos de nuestra casa. Estaba oscuro y hacía mucho frío, este invierno era especialmente gélido. La mayor parte de la ciudad dormía, no había otros vehículos ni personas hasta donde alcanzaba a percibir. Eché un vistazo al tablero y vi la hora en rojo de las 3:30 de la madrugada.

—Mama, ¿por qué nos vamos en medio de la noche? —curioseé mirando fijamente la nuca de su rubia cabeza.

A mi madre le temblaba la mano y tenía los nudillos blancos al agarrar el volante. También estaba más pálida; su expresión era temerosa. No dejaba de mirar a su alrededor, como si esperara que alguien apareciera y le hiciera daño, pero Papa no permitiría que le pasara nada. La quería demasiado.

Escuche decir a los amigos de Papa que quería tanto a mamá que se había quedado ciego. Era peligroso ser así en nuestro mundo. El voto de Omertà estaba por encima de todo y nadie sobrevivía violándolo. Ni siquiera un miembro de la familia. “Las espinas son venenosas”, murmuró el segundo al mando de Papa. La Rosa Negra significa la muerte.

En aquel entonces me costaba entender lo que significaba.

—No quiero ir —gimió Maxim—. Quiero mis juguetes.

Mama no le hizo caso. Mi hermano lloraba mucho y se encariñaba demasiado rápido. Al menos eso fue lo que oí decir a Mama y Papa.

—Los recogeremos —murmuré justo cuando Mama tomó una curva cerrada, y estiré la mano para sujetar a Maxim antes de que chocara contra la puerta mientras me agarraba al asiento con una mano. Miré por la ventanilla y vi que estábamos dejando atrás la ciudad.

—¿Mama? ¿Adónde vamos?

Sus ojos parpadearon hacia el espejo retrovisor y sonrió. Esa sonrisa especial que siempre ablandaba hasta los corazones más duros.

—Empezaremos una nueva vida —replicó bruscamente—. En algún lugar lejos de todo esto. —La respuesta no tenía sentido—. Una familia de verdad. Tendrás otro hermano. Seremos una familia feliz. Lejos de tu padre.

Esa respuesta tenía aún menos sentido. Mama no tenía más bebés. Maxim y yo éramos sus bebés. Ella siempre decía eso y Papa dijo que siempre estaríamos juntos.

—Pero Papa no estará feliz —contesté suavemente—. Estará triste sin nosotros.

Sus ojos se iluminaron mirando a lo lejos, aunque no contestó. Justo cuando pensé que tal vez se había dado cuenta del error que estaba cometiendo, se volvió hacia un terreno oscuro lleno de grava. Entonces lo vi. Había otro coche, una furgoneta destartalada. Nuestro auto se detuvo y la furgoneta encendió las luces. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Un suave voz salió de los labios de mamá.

—Desabróchense los cinturones —ordenó—. Nuestra nueva vida nos espera. —Tomó la bolsa grande que había en el asiento del copiloto y que yo no había visto, saltó del coche y nos abrió la puerta—. Rápido —agregó apresurándonos.

Ayudé a Maxim con su cinturón de seguridad y mientras él salía del vehículo, lo seguí

después desabrocharme el mío. Una vez fuera, el otro auto prendió las luces altas y las puertas se abrieron.

Agarré a Maxim de la mano y me tapé los ojos con la otra. La puerta se cerró de golpe. Un suave jadeo llegó desde mi izquierda. Era mi madre.

Apenas tuve tiempo de asimilarlo todo cuando dos de los hombres de Papa agarraron a Mama. Ella no se resistió, pero su rostro palideció todavía más. Maxim y yo permanecemos completamente quietos, mirando fijamente a nuestro padre que tenía el ceño fruncido y una expresión fría en su rostro. La más fría que jamás había visto.

Apretó a un hombre por el cuello. Un hombre que nunca había visto antes. Lo estaba asfixiando hasta matarlo.

—¡Para! —gritó Mama. Papa la ignoró.

—Por favor, Konstantin —suplicó Mama lloriqueando. Lenosh, la mano derecha de Papa, la mantenía cautiva mientras luchaba contra él—. Por favor. —Ella seguía luchando, tenía los ojos clavados en el hombre al que agarraba Papa. Un niño pequeño estaba detrás de él, temblando como una hoja. ¿Se suponía que era nuestro hermano? No se parecía en nada a nosotros. No era un Konstantin—. Por favor, no le hagas daño. Es culpa mía.

Eso pareció enfurecerlo aún más. El niño emitió un gemido agudo.

—Tocó lo que era mío —gruñó Papa—. Tomó lo que era mío. Te envenenó contra mí. Morirá, mi pequeña rosa negra. Por tu traición y la suya, morirá. También su linaje.

Maxim empezó a llorar aún más fuerte, su mano agarrando la mía como si fuera su balsa salvavidas. Esta no era una vida para él. Mama dijo que era demasiado sensible. Demasiado débil para eso. Pero yo no. Cuando me miraba, veía a Papa. Yo lo sabía. Incluso lo dijo varias veces.

Por primera vez en mi vida, vi a mi madre luchar contra él. Arañó a los guardias, les escupió y vociferó. Gritaba tan fuerte que me taladraba los oídos y estaba bastante seguro de que coincidía con los agudos chillidos del chico.

—¡Fui suya antes de ser tuya! —reviró. Las palabras iban dirigidas a Papa, pero sus ojos lloraban por el hombre al que mi padre estaba matando lentamente. Jadeaba. Casi parecía que le daba el aire suficiente para inhalar y luego reanudaba su tortura—. ¡Te odio! Odio que me toques, dormir en la cama a tu lado, cuando me follas y que mis hijos sean tus hijos.

La última frase fue la perdición de Papa. Con un movimiento enérgico, rompió el cuello del tipo y lo arrojó sobre la grava. Mi madre finalmente se liberó de los hombres de Papa y corrió hacia el extraño. Su amante.

Cayó de rodillas, sin importarle que se rompiera su vestido o que pudiera enterrarse piedras en sus rodillas. Los ojos de Papa se volvieron negros como el cielo sin estrellas que nos cubría. Más oscuros que las profundidades de los océanos.

Tomó su pistola y apuntó a Mama.

Respiraba con dificultad y el corazón me latía con violencia. Maxim me apretó la mano con tanta fuerza que me cortó la circulación. Los gritos del niño, los gemidos de mi hermano... todo se desvaneció, dejando solo las ásperas respiraciones de mi madre con la mía.

Todo sucedió en cámara lenta. Una piedra de grava se movió. Una lágrima manchó la hermosa mejilla de Mama, rodando por su barbilla. El aroma de las rosas contra las gélidas temperaturas.

Padre ni siquiera dudó. Apretó el gatillo. Una fuerte explosión. Un líquido caliente salpicó mi cara.

La sangre de mi madre. Incluso eso olía a rosas. Manchó su cabello rubio arruinándolo

para siempre.

Rosas y muerte. Era todo lo que representaba.

Fue la primera vez que la sangre me tocó. Desde entonces, me había empapado de ella.

Mi teléfono sonó, sacándome de mis pensamientos. Era mi confirmación de que las cámaras de vigilancia estaban instaladas en su *penthouse*. Guardando el aparato, mis ojos parpadearon hacia la sencilla lápida que había junto a la cripta de Adrian.

Mi madre, oriunda de New Orleans, estaba enterrada aquí. Nunca entendí por qué *Papa* trajo su cuerpo aquí. Quizá la quería fuera de su país o tal vez se sentía culpable.

Así que, sí, odiaba las rosas. Solo había una persona que había estado cerca de eliminar mi odio por ellas. Tatiana Nikolaev. Mis ojos parpadearon hacia ella. La figura solitaria frente a la cripta de piedra.

¿Por qué la salvé? Quizá no quería ser testigo de cómo la vida abandonaba sus ojos. Desde el primer momento en que la vi, me había cautivado. Demasiado fácil. No era bueno amar a una mujer en nuestro mundo. Bastaba con mirar a mi padre. Bastaba con mirar a Maxim.

Sus hermanos y el resto de su familia estaban a escasos metros de distancia. Sus miradas preocupadas estaban puestas en su hermanita. A la que casi perdían. La hermana que se casó con su mejor amigo. La hermana que no sabía que tenía en sus manos el destino de la mayoría de los líderes del bajo mundo. Ese maldito chip. Adrian cargó todos esos malditos videos en ese chip junto con información que no era de dominio público.

Sus ojos observaban fijamente la placa del nicho. No había llorado, aunque incluso desde la distancia podía ver que estaba pálida. Su rostro seguía marcado por los moretones, a pesar de su intento de ocultarlos con aquellas oscuras gafas de sol.

Solo con ver ese moretón me daban ganas de romperle el cuello a Adrian con mis propias manos. *Él* la puso en ese lugar. Hizo que el bajo mundo fuera tras ella solo por ser su esposa. En lo que a mí respectaba, se libró fácilmente. Su muerte fue demasiado rápida.

Cuando se quitó las gafas, aquella mirada azul pálida me impactó. Las sombras oscuras bajo sus ojos los hacían parecer aún más azules de lo normal. Sentí como si escudriñara en su alma y al mismo tiempo sacara todos los secretos más oscuros de la mía.

No obstante, esos hermosos ojos azules en los que los hombres habían caído rendidos durante años, se habían apagado.

Sus hermanos se alejaron de ella, dejándola sola. Tatiana se quedó mirando la tumba de Adrian, manteniendo su espalda rígida. Con su metro setenta no era baja, pero en su estado parecía menuda. Frágil. Casi quebradiza.

Como si percibiera mi mirada, movió la cabeza hacia mí. Sus pupilas se dilataron y el negro casi se tragó el azul. Un temblor visible recorrió su cuerpo y, durante una fracción de segundo, vi cómo la emoción atravesaba esos azules pálidos.

Emoción cruda, sin filtrar. Como si recordara. *¿Lo recordaba?*

Entonces parpadeó y volvió a mirar la tumba. Como si las paredes la apresaran, rodeó su pequeña cintura con los brazos. Estaba sola, en un lugar al que nadie más pertenecía.

Un lugar donde no sentiría nada más que entumecimiento. Había sellado su corazón y su alma. Pensó que era el final.

Solo era el principio.

CAPÍTULO SÉIS

TATIANA



Cinco etapas del duelo.
Todavía podría estar atascada en la primera. No lo sabía. Todo lo que podía sentir era dolor. Del tipo que te destrozaba el alma en pedazos. Aunque había un rayo de esperanza.
Antes.

La mancha roja extinguió esa *esperanza*.

Y yo que pensaba que estaba en vía de recuperación.

A lo lejos se escuchaban conversaciones en voz baja y el raspar de los cubiertos. El personal iba y venía entre la cocina y el comedor donde los clientes esperaban su comida. La tranquila melodía de la música relajante flotaba en el aire.

Echaba de menos al Adrian de antes. Con el que crecí. El que conocí antes de que todo se complicara entre nosotros. La forma en que me preparaba el desayuno o me llevaba a ver una representación de ópera rusa mientras luchaba contra las ganas de quedarme dormida. No había muchas cosas rusas que me gustaran, pero la ópera era una de ellas.

Dios, lo extrañaba. Las cosas iban bien entre nosotros. Hasta que nos casamos. Entonces algo salió mal y aún no había descubierto qué y por qué. No podía olvidar todos los buenos años que habíamos pasado. Toda la confianza y la felicidad. Sin embargo, ahora que me quedaba sin ella, era duro ver a la gente a mi alrededor conseguir su *felicidad para siempre* mientras yo la perdía.

Había estado evitando a mi familia como a la peste. Isabella y Aurora habían sido implacables, controlándome, llevándome a mis citas con el terapeuta y el médico que me trataba las lesiones. Sus ojos siempre estaban puestos en mí, observándome con preocupación y ofreciéndome consejos. Yo no necesitaba ninguno. Solo quería que estas etapas se completaran para que no me doliera tanto. ¿Por qué tardaba tanto en pasar por este duelo?

Hoy pensé que tendría un respiro. Vasili y Sasha se ofrecieron a llevarme a mi revisión final y luego decidieron invitarme a almorzar.

Así que aquí estaba.

Mis emociones cambiaron, pasando de la ira al dolor.

El vacío de mi mirada reflejaba mi interior. Como el océano, reflejando un alma atrapada en sus profundidades donde acechaban los monstruos. Cuanto más me acercaba a la superficie, más rápido me ahogaba.

Y nadie podía verme. Nadie podía oírme. Mis gritos eran silenciosos.

Mi rostro estaba más pálido que de costumbre. Los moretones habían desaparecido, pero por

dentro, todavía los sentía. En mi corazón, en mi alma, incluso en mis huesos. Me dolía todo.

Un escalofrío me recorrió.

El corazón se me retorcía, siendo arrancado de mi pecho, centímetro a centímetro. El dolor me arañaba mientras miraba con desesperación la sangre que manchaba mis pantalones blancos. Con un dolor sordo en lo más profundo de mi alma.

Algo me apretaba la garganta, robándome todo el oxígeno de los pulmones.

Perdido. Todo estaba perdido.

Estaría sola. Para siempre. Sasha eventualmente se casaría. Vasili tenía su propia familia. Incluso Alexei tenía la suya. En este mundo, los hombres preferían mujeres jóvenes. *Vírgenes*. Yo no era ninguna de las dos. Los hombres en este mundo podían tener tantas mujeres como quisieran, sin embargo, a nosotras solo se nos permitía encontrar el amor una vez, como si fuera una maldita ley. Tuve mi oportunidad de formar una familia con Adrian y murió, junto con él, en una carretera olvidada de la mano de Dios en medio de la nada. Violentamente.

Un pánico repentino se expandió en mi pecho. *Oh*, Dios mío.

No podía respirar. No podía pensar. El oxígeno fue sustituido por un incendio forestal, devorando todo a su paso. El sentimiento de pérdida me ahogó con una venganza. No podía soportarlo más. Cuatro semanas fingiendo que estaba bien. Mi control se quebró.

Estallé en rabia y reaccioné. Me corría fuego por las venas. Mi bolso de mano rojo de Christian Louboutin voló por los aires y golpeó el espejo. Otra vez. Y luego otra vez. Le siguió el zafacón de basura metálico. Rompió el espejo y el ruido del cristal al chocar con el azulejo resonó por todo el cuarto de baño.

Hola, etapa dos...*ira*.

Me zumbaban los oídos. Ya fuera por el cristal o por la sangre que corría por mis venas. O tal vez fueran los gritos que atravesaban el aire.

Una sensación caliente se disparó por mis venas. Mis cuerdas vocales arañaron mi garganta.

El aire se me escapó de golpe cuando unas manos aparecieron detrás de mí, una me rodeó la boca y la otra la cintura.

—¡Tatiana, detente! —gruñó Vasili.

Debería haber sido mi advertencia. Sus palabras fueron más ásperas. Se le notaba el acento ruso, pero estaba demasiado ida.

Le arañé los brazos. Mordí su mano. Luego grité. Grité hasta que me dolió la garganta y sentí sangre en la lengua. Grité hasta que me zumbaron los oídos. Grité hasta que mi alma sangró.

Hasta que no me quedó más que el vacío.

Y entonces me desmayé.

Me desperté con la cara manchada de lágrimas y la espalda bañada en sudor. El pánico seguía desgarrándome el pecho, robándome el aire de los pulmones. Me escocía el labio y me lamí el corte que estaba en el inferior. No tenía ni idea de cómo me lo había hecho, pero me dolía muchísimo.

—Tiene que pedir ayuda.

La voz de Vasili era un susurro. Mi cuerpo se movía de un lado a otro mientras Vasili conducía como si estuviera endemoniado y a punto de perder los estribos. Debía de ser malo si conducía como un loco. Rara vez lo hacía desde que tuvo a sus hijos.

Un pequeño monstruo verde se deslizó por mis venas. La envidia y el odio eran una mierda.

Nunca los había experimentado. No así. No tan fuerte. Hasta ese momento.

Mantuve los ojos cerrados escuchando el sonido del motor.

—No vas a mandarla lejos —expresó Sasha—. Es nuestro trabajo ayudarla. Tan solo ha pasado un mes. Está mejorando poco a poco.

No lo creía. Incluso yo podía oír la duda en la voz de mi hermano.

—Acaba de destruir el baño de un restaurante en su ira —murmuró Vasili—. Me mordió. Me golpeó y se cortó el labio en el proceso. ¿Cómo demonios crees que está mejorando?

Hubo silencio. No me molesté en moverme. Dejé que pensarán que estaba dormida. Era mejor que participar en esta conversación de mierda.

—¿Qué la hizo estallar? —inquirió Sasha—. ¿Dijiste algo?

—No —contestó Vasili—. Fui a ver qué pasaba ya que estaba tardando mucho y la encontré golpeando el espejo, con las manos ensangrentadas por los fragmentos de cristal que le cortaban sus palmas.

Siguió un silencio, más largo. Era denso, pesado y ominoso. Ensordecedor.

—Se pondrá mejor —refunfuñó Sasha—. No es que nuestra familia sea buena en el duelo. Nuestra propia madre llegó a extremos. Padre no estuvo lejos de eso.

—Tatiana no se parece en nada a mamá y menos aún a papá —rebatía Vasili.

No obstante, todos sabíamos que eso era mentira. Cada uno de nosotros tenía las cualidades de nuestros padres: buenas y malas. Nuestro control era inexistente, nuestros celos mortales y nuestra furia destructiva.

El coche se detuvo, pero escuché pasar carros a nuestro lado. Tenía que ser una señal de alto.

—Llévala al médico —musitó Sasha—. Su mano probablemente necesitará puntadas.

—Isabella puede hacerlo.

—¡No! —La única palabra, ronca y cruda, salió sin darme cuenta de que había hablado en voz alta.

Mis hermanos se giraron al unísono.

—Bella y tú son mejores amigas —razonó Vasili.

—Por favor, llévame a casa —susurré, incorporándome. Vasili me miró los pantalones. La sangre manchaba ahora la mayor parte de mis pantalones blancos, entonces agarré la chaqueta de uno de ellos para ocultarla.

—Necesitas puntadas —señaló Sasha, manteniendo la voz suave.

—Entonces llévame a un médico —argumenté manteniendo los ojos abajo—. No quiero ir a tu casa, Vasili.

—¿Por qué diablos no? —exigió saber con un gruñido—. Somos familia. No dejaré que te aisles.

El silencio se hizo tan ensordecedor que me caló la piel como un sudor frío contra la piel húmeda.

No estuvimos sentados en silencio mucho tiempo antes de que sonara un claxon, haciéndome saltar. Sasha sacó la mano por la ventanilla y sacó su dedo medio. Vasili se dio la vuelta y reanudó la marcha, pero Sasha se quedó mirándome.

—Te llevo a mi casa —declaró Vasili. El odio me invadió con un ardor abrasador. No hacia él. No hacia mi mejor amiga, sino hacia la vida, el destino y la injusticia de todo. Respiré hondo y luego otra vez, mientras la vista se me nublaba. Tenía que recomponerme—. Isabella te curará y te quedarás con nosotros.

—¡No quiero ir a tu casa! —grité saliendo de mis cabales. Otra vez—. Allí todo es felicidad

y alegría. No quiero ver eso.

La admisión y los celos salieron de mis labios y rebotaron contra el metal del vehículo. Era demasiado tarde para retirar aquellas palabras.

—Tienes que seguir adelante —aconsejó Vasili en voz baja.

—Seguir adelante —repetí por lo bajo—. Él lo era todo para mí. ¿Cómo puedo seguir adelante?

—Tatiana... —Vasili empezó, pero lo interrumpí.

—No, escucha. Escucha, Vasili, ¡maldición! —Inhalé profundamente, pero en lugar de calmarme, solo alimentó la amargura y la rabia que manaban en mi interior—. ¿Y si hubiera sido Isabella? ¿Seguirías adelante? No voy a ir a tu casa. ¿Cómo crees que me hace sentir? Viendo todo lo que tienes y que yo nunca tendré. No me queda nada. ¡Nada, demonios!

Los ojos de Vasili parpadearon hacia el espejo retrovisor, conectando con los míos. Lamenté las palabras al instante. La cruda amargura debía ocultarse, no enfrentarse al mundo. Especialmente contra mi hermano. Se merecía ser feliz.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas. Apenas había dicho diez frases, sin embargo, jadeaba cuando las pronuncié. Me temblaban los labios. Me temblaban las manos. La sangre resbalaba por mis palmas y goteaba sobre la chaqueta.

—Te llevaremos al hospital —expresó finalmente Vasili—. Allí tenemos un médico en nómina.

Era solo el principio de mi doloroso viaje.

CAPÍTULO SIETE

TATIANA



El día antes de Navidad.

Aurora y Bella se peleaban por el árbol de Navidad. Yo no me molesté en poner uno, pero mis cuñadas eran tan testarudas como irritantes. Con sus bebés rodeándome con sus sonrisas sin dientes y sus arrullos, Aurora e Isabella decoraron todo el árbol mientras estaba sentada y miraba, sin sentir nada de alegría. Nada de esperanza.

Nada, joder.

—¿Quieres tener el honor de poner la estrella en el tope del árbol? —preguntó Aurora, manteniendo la voz ligera a pesar de la preocupación que fruncía su ceño. Negué con la cabeza. No quería el árbol, ¿qué les hacía pensar que querría poner la estrella?

—Vamos, Tatiana. —Instó Bella.

—No.

Me senté en el suelo, con el cabello enmarañado. Hacía días que no me duchaba. Suponía. No estaba segura. Sabía que apestaba a alcohol, pero por suerte, a mis sobrinos pequeños no parecía importarles en absoluto. Probablemente porque apestaban a vómito de bebé y a pañales llenos de caca. Bella juró por su vida que pronto superarían esa etapa; yo no le creí.

El pequeño Kostya, el hijo de Alexei, trepó por mi regazo, agarrándose con fuerza a mi camisa. Arrulló algo, y casi me pareció un regaño o una orden. *Ve a ducharte*, me exigió, probablemente, mirándome fijamente con aquellos ojos azul pálido.

—Ve tú a ducharte —murmuré—. Tú también apestas.

—Mía —parloteó. El chico pensaba que todo era suyo.

—*Mmmm*, ¿estás hablando con Kostya? —curioseó Aurora, llamando mi atención hacia ella y mi mejor amiga. Parecían dos idiotas, balanceándose de un lado a otro en la silla, intentando alcanzar la copa del árbol. Las dos eran más bajas que yo, así que a menos que crecieran unos centímetros, aquella estrella se quedaría donde estaba.

—¿Y qué si lo estoy? —repliqué. Era mi casa; aquí podía hacer lo que quisiera. Yo no las había invitado. ¿No podían dejarme en paz?

—Esta bien, pero no esperes respuesta —bromeó.

Puse los ojos en blanco.

—¿Cuánto tiempo estarán aquí?

Las dos se miraron. La tensión era palpable en el aire. No tenía energía para ello. Lo único que quería era estar sola. La pena era mi prisión. No la suya. La agonía que sufría no debía ser

presenciada por nadie. Los segundos pasaban lentamente, cada latido más agonizante que el anterior. Cada segundo pasaba más lento que el anterior.

Diría que dormir sería lo mejor, pero entonces los sueños me atormentaban. El aroma a cítricos, sándalo y especias perduraba en el aire, luego algo que no podía identificar asomaba su fea cabeza y mi corazón sangraba. Mis gritos atravesaban el aire y me cortaban el alma.

El dolor era tan crudo que rompió mis entrañas pedazo a pedazo, nunca volverían a encajar. Mi corazón y mi alma quedaron alterados para siempre, incluso el palpar de mi corazón se negaba a latir igual.

Había algo que necesitaba recordar, aunque no podía. Me estaba destrozando.

¿Por qué no podía recordar?

Una suave bofetada en la cara me sobresaltó y fulminé a mi sobrino con la mirada.

—¿A qué viene eso? —El pequeño Kostya se limitó a dedicarme una sonrisa sin dientes, su pequeño cuerpo se sentía cómodo utilizándome como su gimnasio personal—. Si sigues así, me veré obligada a elegir un sobrino favorito —advertí en voz baja—. Nikola nunca me ha abofeteado.

Estaba claro que a Kostya, al igual que a su padre, no le importaba una mierda porque su pequeña y regordeta palma volvió a abofetearme en la mejilla.

Suspiré.

—No tengo tiempo para esto —musité en voz baja. Con él en brazos, me levanté del suelo, y me dirigí hacia el minibar—. Necesito un trago si todos me van a estar regañando hoy.

Quité la tapa de cristal del decantador y me serví una copa.

—Te ofrecería un poco, pero Alexei me mataría —agregué, mirando a Kostya con seriedad. Sus ojos observaban cada uno de mis movimientos y escuchaba atentamente como si pudiera entender cada una de mis palabras. Por supuesto, no podía. Lo único que entendía era hacer popó y pipí en el pañal, y comer. Sin olvidar las bofetadas a su tía.

»Te lo devolveré cuando empieces a salir en citas —murmuré en voz baja, luegoladeé la cabeza y me bebí el trago. El líquido caliente se deslizó por mi garganta hasta llegar a mi vientre vacío. El calor fue casi instantáneo.

Por desgracia, el olvido no lo fue.

Mi primera Navidad sin él. Incluso antes de que empezáramos a salir, Adrian estaba cerca para Navidad. Siempre la celebraba con nosotros. Durante casi veinte años.

—Hola, Mocososa —me saludó Adrian con ese horrible apodo. Sasha dijo que era un término cariñoso. Más bien de vergüenza—. ¡Feliz Navidad!

Adrian sabía que el término me molestaba. Acababa de cumplir dieciocho años; era una mujer joven. Una maldita adulta, no una niña pequeña. ¿Cuándo empezaría Adrian a verme como tal? Quería ser su novia, no la hermana pequeña de su mejor amigo.

—¿Por qué me miras así? —inquirió inclinando la cabeza y con una sonrisa pícaro en los labios.

Intenté controlar mis gestos como la adulta que se suponía que era.

—No te miro de ninguna manera en particular, Adrian —repliqué con un resoplido. Se negó a apartar la mirada. Hombre testarudo.

—Feliz Navidad —suspiré, renunciando de mala gana a mi decepción.

—Te traje algo —continuó con una sonrisa, tendiéndome un pequeño paquete envuelto en papel dorado.

Me quedé mirándolo, atónita. En todos los años que llevaba viniendo aquí por Navidad, nunca me había regalado nada envuelto en papel dorado.

—¿Qué me compraste?

—¿Por qué no lo abres y lo averiguas? —Se rio y sacudió la cabeza.

Miré la caja que había puesto en mis manos. Parecía del tamaño adecuado para una joya. Tal vez era un anillo. Solo de pensarlo mi corazón latía más rápido. Quizás Adrian finalmente sintió lo que yo había sentido desde que lo conocí. Estábamos destinados a estar juntos. ¿Habló con Vasili? Tal vez me casaría con él y tendríamos un cuento de hadas.

Arranqué el papel con impaciencia, rasgué el papel brillante y abrí la caja. Se me encogió el corazón al ver un par de pendientes de oro.

Pero yo no era de las que se rendían. Era un comienzo. Demostraba que ya no me veía como a una niña. Podía trabajar con eso.

Con una sonrisa, me encontré con la mirada verde de Adrian y le dije:

—Gracias. Son preciosos. Los guardaré con cariño. Siempre.

Igual como nos queríamos el uno al otro en un futuro. Para siempre.

«El recuerdo duele. Me dejaste, Adrian». Su amor se había enfriado, dejándome sola, entrelazada entre la realidad y la pesadilla, o tal vez eran la misma.

Otra grieta en mi corazón. Un nudo en la garganta. Una insoportable sensación de asfixia en el pecho.

Caminando hacia donde Isabella y Aurora seguían luchando con el árbol, bajé al pequeño Kostya junto a su primita. Luego, sin decir palabra, me dirigí al baño principal. Tomé una botella de vodka y un vaso al pasar por delante del minibar y me apresuré a entrar en el dormitorio, donde aún había señales de Adrian por todas partes. Mis trajes de diseñador estaban esparcidos por la cama y el suelo, lo que me llevó a mi vestidor, que tenía aún peor aspecto.

El orden y el lujo habituales se habían visto superados por el dolor.

Ignorándolo todo, entré en el baño. En cuanto la puerta se cerró tras de mí, apoyé la espalda contra ella y se me escapó un sollozo. Me apreté la boca con la mano para amortiguar el sonido y me deslicé hacia abajo hasta encontrarme sobre la fría baldosa de mármol.

Una respiración agitada se mezcló con mis sollozos. La soledad me engullía, me arrastraba hacia la oscuridad y no tenía forma de salir de ella.

«No te rindas, carajo». Susurró una voz profunda. No era la voz de Adrian. ¿De quién era? «Tatiana, dame la mano».

Mi corazón gritó. Mi alma sangraba. El peso me oprimía el pecho. El silencio era demasiado pesado y espeso, me robaba el oxígeno.

Ansiaba el entumecimiento. Necesitaba el olvido. Era demasiado para soportarlo.

Un suave golpe en la puerta.

—Tatiana. —Me sobresalté al escuchar la suave voz de Isabella.

—Saldré enseguida —indiqué con la voz entrecortada. Cada palabra era como un papel de lija raspándome la garganta. No podía respirar, las paredes se cerraban sobre mí y amenazaban con asfixiarme.

Isabella empujó la manija hacia abajo, abriendo la puerta de golpe y no dejándome otra opción que girarme para que ella pudiera entrar. Mi mejor amiga podía ser blanda, pero era muy testaruda. Tendrías que serlo para sobrevivir a mi hermano mayor.

Una vez adentro, se agachó y tomó asiento en el mármol junto a mí. Llevaba unos jeans sencillos y una camiseta blanca holgada. Su cabello oscuro rebozaba de vida, haciéndome aún

más consciente del lamentable estado en que me encontraba.

Sus manos me rodearon y me giraron hacia ella. Mi mejor amiga. La mujer de mi hermano. Lo tenía todo: un marido que le daría lo que quisiera, hijos que la amaban. Felicidad, amor, familia.

Yo no tenía nada.

Mi mejor amiga y yo habíamos pasado por mucho. Cuatro años de locura en la universidad. Su aborto espontáneo. Su dolor. Mi rebelión. Éramos hermanas más que amigas. Yo la quería. Ella me quería, pero ahora mismo, no podía soportar estar cerca de ella.

Me dolía ver todo lo que nunca tendría: un marido cariñoso, hijos, un hogar cálido. Una familia.

La quería, de verdad, pero la amargura se deslizaba por mis venas junto con el alcohol, como veneno. Me asfixiaba lentamente, como una almohada que te tapaba la cara. Esperabas la muerte, sin embargo, en lugar de eso, el cruel destino te aliviaba y te dejaba respirar. Solamente para poder sufrir más.

Así era como me sentía. Día tras día.

—Dios, Tatiana —murmuró suavemente—. Odio verte así.

—Estoy bien —musité agarrando la botella y tomando un trago. Uno no bastaba para lavar esta amargura. El vodka me quemaba la garganta, embotando mis sentidos.

—Vasili está preocupado —confesó. Bajé los ojos, repentinamente interesada en las arrugas de mi ropa. Eran un desastre.

—Estoy bien —repetí.

—No estás bien —refutó, manteniendo un tono bajo—. Seguimos esperando que aceptes la muerte de Adrian, mas estás empeorando. Han pasado dos meses desde su fallecimiento. No esperamos que vuelvas a ser la de antes, pero a estas alturas al menos deberías estar un poco mejor. —Permanecí en silencio y volví a mirar la botella de vodka. Necesitaba un trago más. Solo uno más y nada importaría. Sobreviviría un día más—. Sé por lo que estás pasando...

—¡No, no lo sabes! —corté, más bruscamente de lo que pretendía. En sus ojos brilló el dolor y traté de suavizar el tono de mi voz—. Aún tienes a tu esposo. Aunque hubiera muerto, tendrías a tus hijos para ayudarte a seguir adelante. Yo no tengo nada. Nada, demonios.

Abrió la boca para decir algo, pero la cerró. El dolor en sus ojos me dijo que había dicho algo malo. La había herido. Sin embargo, no dije nada. Lo sentía, de verdad, aunque mis labios se negaron a moverse.

—Dime cómo puedo ayudarte —susurró, agarrándome la mano.

—Estoy bien —respondí en automático—. No necesito ayuda.

—Tatiana...

—¡He dicho que estoy bien! —reviré, mientras se dibujaba una expresión de dolor en su hermoso rostro.

Al instante, me invadió el arrepentimiento. No me gustaba hacerle daño. Ni a mis hermanos. Y eso era lo único que hacía últimamente.

—No estás bien —expresó con firmeza—. Estuviste a mi lado cuando te necesité. Incluso cuando no quería que estuvieras allí presenciando mi dolor. Así que te guste o no, estoy aquí y estaré aquí para quedarme.

—¡No, no lo harás! —siseé—. Tienes a tus hijos. Tu familia.

Me quedé mirando obstinadamente aquel punto en el suelo. La única pieza de mármol defectuosa que no encajaba con el resto de las baldosas. No tenía sentido, pero cuando redecoré nuestro dormitorio, insistí en que instalaran esa baldosa, a pesar de que desentonaba con todo el

cuarto de baño. Le daba un toque especial. Adrian no estaba de acuerdo. Dijo que le quitaba algo. Como sea.

—Tatiana, sé que estás pensando que la vida se acabó.—Estaba jodidamente acabada—. También lo pensé cuando yo... —Tragó saliva, comiéndose sus propias emociones—. Cuando tuve ese aborto involuntario. Cuando Vasili me dejó, sin embargo, no es el final. Al principio es duro, pero sigues adelante. Encuentras cosas por las que vivir y entonces, cuando menos te lo esperas, la vida te da un vuelco de lo más maravilloso. Me ayudaste cuando lo necesitaba. Tengo toda la intención de ayudarte. Para eso está la familia.

Aquel oscuro día me vino a la mente. Me aterroricé cuando encontré a Bella acurrucada en el suelo del baño de nuestro dormitorio, con la ropa manchada de sangre. Me asusté muchísimo. Mi primer instinto fue llamar a mis hermanos, mas ella lo prohibió. Así que las dos nos las arreglamos. Cuando la llevé corriendo al hospital y la vi desangrándose en mi coche, estaba aterrorizada.

Me horrorizaba la idea de perderla. Estaba enfadada conmigo misma por no haber visto todas las señales. Necesitaba mi ayuda, pero no lo vi hasta que la encontré desangrándose. Tal vez me estaba devolviendo el favor. Tal vez mi mejor amiga estaba viendo algo que yo no podía.

Después de todo, me mantuvo a distancia. Quería llorar sola y me negué a darle espacio. Me necesitaba y yo estaba ahí para ella, le gustara o no. Nunca supe escuchar. Si la ignoraba, ¿acabaría por marcharse?

—Está bien admitirlo, ¿sabes? —musitó Isabella. Giré la cabeza y la miré sin comprender—. Que estás dolida. Que algo dentro de ti se quebró cuando murió Adrian. —Fue mucho más que una grieta. Todo se hizo añicos—. Solo significa que se puede reparar. Adrian está muerto, no obstante, tú estás muy viva. Tu vida no terminó. Tienes que seguir adelante y vivir. Adrian hubiera querido que lo hicieras. Y sé que puedes hacerlo. Eres fuerte, Tatiana. Más fuerte que la mayoría de las mujeres que conozco. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla—. Cuando me necesites, aquí estaré.

Una cajita dorada con un lazo rosa aterrizó en mi regazo. Como si fuera un objeto extraño. Una caja envuelta de la misma forma que el primer regalo que Adrian me hizo. La observé fijamente, sin querer agarrarla, con miedo de abrirla. ¿Y si era algo que Adrian había pedido antes...?

—¿Qué es e-esto? —balbuceé.

—Me lo acaban de entregar —respondió poniéndose de pie—. Supuse que lo habías pedido. Dejaré que lo abras en paz.

Salió del baño y mis dedos se acercaron lentamente a la caja. Le di la vuelta, buscando un mensaje. Una dirección. Buscando algo.

No había nada.

Tiré lentamente del elegante lazo, dejando que se desplegara como una rosa marchita. Me temblaron los dedos al abrirla. La caja de terciopelo suave estaba dentro de la caja dorada. Al pulsar el botoncito, la caja se abrió.

Había un collar de diamantes, pero no fue eso lo que me llamó la atención. Eran los rubíes en forma de rosa roja con esmeraldas verdes como espinas en el dije, como un colgante incrustado.

Debajo había una tarjeta y la saqué. Dos palabras. *Memento Mori*. ¿Qué demonios significaba eso?

Tenía que haber sido entregada en el lugar equivocado. Metí la nota en la caja, la cerré y arrojé la caja de terciopelo sobre la encimera.

Volví a la habitación veinte minutos después, Aurora e Isabella seguían peleándose con la

estúpida estrella.

—Dénmela —refunfuñé, acercándome a ellas con la mano extendida. Mis cuñadas actuaron como si les hubiera pedido la extremaunción. Sus ojos se abrieron de par en par mientras me miraban como si me hubiera crecido una segunda cabeza—. No dejen que me caiga.

—Mmmm, ¿deberíamos esperar un poco? —Aurora sugirió—. Quizá puedas comer algo y beber un poco de agua. —Cuando entrecerré los ojos, continuó rápidamente—: Sasha me mataría si te pasara algo. Y a Alexei tampoco le haría ninguna gracia.

Una burla me abandonó.

—Como si Alexei dejara que alguien te tocara. —Extendí más la mano, dando golpecitos impacientes con el pie—. Además, soy rusa. Puedo aguantar el alcohol.

Ambas compartieron una mirada y finalmente me entregaron la estrella. Con pasos vacilantes, subí la escalera, peldaño a peldaño, con una cuñada a cada lado, con las manos suspendidas y listas para atraparme.

—Ya está. La estrella está puesta.

—Es increíble lo que pueden conseguir unos centímetros —refunfuñó Aurora.

—A lo mejor no hemos terminado de crecer —bromeó Bella.

Bajé la escalera y me giré para mirar a mis cuñadas. Se estaban esforzando mucho y yo no se lo estaba poniendo fácil.

Mirándolas fijamente, finalmente pronuncié esas palabras clave:

—Necesito ayuda.

Etapas tres...negociación.

Una fugaz mirada compartida entre Aurora e Isabella.

—Lo que sea —dijeron al mismo tiempo.

Probablemente habría sido mejor que estuviera sobria para eso, pero no quería retrasarlo.

Así que me tragué el nudo que tenía en la garganta y me preparé para pronunciar su nombre. Aún no lo había dicho en voz alta desde su muerte. Al menos no cuando estaba despierta. Era un eco en mi cerebro, una sombra que me seguía, pero había algo en decir su nombre en voz alta que parecía definitivo.

—Quiero saber qué hizo que A... —Su nombre vaciló en mis labios, luchando por ser pronunciado, mas estaba decidida. Tenía que averiguar qué había pasado si quería estar en paz—. Necesito ayuda para averiguar por qué mataron a Adrian sin que mis hermanos estén encima de mí.

El silencio que llenaba mi *penthouse* era tan fuerte que podía oír los latidos de nuestros corazones. Esperé, conteniendo la respiración, aguardando por una respuesta. Un trueno retumbó en el cielo y las tres nos sobresaltamos.

—Tengo contactos en el FBI. —Ofreció Aurora con determinación—. Puedo buscar algunos datos y ver qué puedo conseguir. —Los ojos de Aurora se desviaron hacia Isabella—. ¿Tienes algún contacto en el hospital al que llevaron a Tatiana después del accidente? Sigo sin entender cómo no tienen constancia de que alguien la llevara.

Mi amiga negó con la cabeza.

—Conozco a algunas enfermeras, pero ninguna estaba de guardia aquella noche. Es extraño que dejaran que eso ocurriera. Un completo desconocido abandonando a una mujer inconsciente, y no tienen ningún maldito registro de ello.

—Eso es una mierda —protestó Aurora, ahuyentando las voces—. Hay un protocolo sobre esas cosas.

—¿Saben si fue un hombre o una mujer? —indagué. Una voz profunda sonó suavemente en

mi cabeza: «*Vas a estar bien porque nuestra historia apenas está empezando*».

Bella negó con la cabeza.

—Teniendo en cuenta el caos de una sala de emergencias, podría haberse perdido en el tumulto, pero sigue pareciendo muy extraño que nadie se diera cuenta. Una mujer fue abandonada aquella noche y, sin embargo, no hay constancia de ello.

El silencio se ampliaba con cada respiración hasta convertirse en un ente vivo entre las tres. Junto con las sombras de lo desconocido.

Isabella se mordió el labio.

—Miraré en el despacho de Vasili a ver qué información tiene.

—Gracias —repliqué con un nudo en la garganta. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Quizá después de saber qué le había pasado a Adrian, encontraría la paz.

O al menos respuestas.

KONSTANTIN

Mañana de Navidad. Rusia.

Dos meses desde que ese imbécil, Adrian Morozov, encontró la muerte. Dos meses, y el maldito chip seguía desaparecido.

Vi a mi hermana abrir los regalos.

Podía ser que estuviera a punto de cumplir veintitrés años, pero aún me recordaba a aquella niña que intentaba pasar toda la noche despierta para ver a Santa Claus trayendo regalos. Todos los años le escribía una carta. En ese entonces era más fácil cumplir sus deseos. Ahora los guardaba junto a lo que necesitaba cerca de su corazón.

Giré la cabeza y me quedé mirando el horizonte cubierto de nieve. No podía ver más allá del patio del castillo debido a la tormenta de nieve, aunque sabía que se extendía por kilómetros. Los últimos años la celebrábamos en París, donde mi hermana estudiaba. Mientras crecíamos, alternábamos entre Rusia y California, donde ella asistía a un internado.

—Gracias, hermano. —La voz de Isla desvió mi atención de la ventana y la devolvió a mi hermana—. Siempre me das demasiado.

—Tengo que hacer más por ti. —Sacudí la cabeza.

Suspiró, tomó un regalo y se acercó a mí descalza.

—Este es para ti. —Ofreció—. También tengo uno para Maxim, pero supongo que no podrá venir.

Mi hermano gemelo la estaba jodiendo. Estaba cruzando la línea de consumidor de drogas esporádico a uno habitual. Era una carga. Habían pasado años desde que su mujer murió. Años para aceptarlo.

Y lo único que había hecho eran años de joderlo aún más, empezando por ir tras Branka Russo y contra Sasha Nikolaev. No importaba que nuestro padre hubiera hecho un trato con el padre de ella.

El trato era que Maxim se casara con una de sus hijas. Maxim decidió que quería a su puta en su lugar, así que el viejo Russo mató a la mujer de Maxim para quitarla de en medio después de utilizarla para sus propios placeres depravados. Mi hermano no había sido el mismo desde entonces. Se volvió imprudente y puso sus ojos en Branka. La vida de la hija de Russo por la de

su puta. El único obstáculo con el que Maxim no contaba era que Branka era la obsesión de ese loco hijo de puta, Sasha.

—Sí, Maxim no vendrá —respondí secamente. Probablemente estaba drogado como una cometa en algún lugar.

Dejando el tema para más tarde, abrí el regalo que mi hermana había envuelto con tanto cuidado. Le encantaba todo lo rojo y dorado, así que, por supuesto, estaba envuelto en esos colores.

Al rasgar el papel, abrí la caja y un hermoso marco con una foto del pasado me miró fijamente. Se remontaba a siete años atrás, cuando Maxim y yo la llevamos a Washington D.C. para su primer concierto como violinista solista. En la foto, estaba de pie con su precioso violín entre Maxim y yo, apenas nos llegaba al pecho, sin embargo, su sonrisa compensaba su falta de altura. Aquella noche iluminó toda la ciudad con su música.

Esa ocasión vi por primera vez a Tatiana Nikolaev. No supe quién era hasta años después. Imaginen mi sorpresa cuando la vi en la misma mesa que Sasha Nikolaev, descubriendo que era su hermana.

—Me encanta, *Kroshka*. —La gran sonrisa de Isla iluminó toda su cara y tiré de ella para abrazarla—. Lo guardaré como un tesoro para siempre —juré—. Gracias.

Se le escapó una suave risita que vibró en mi pecho. Se me hinchó el corazón. Quemaría este mundo para mantenerla a salvo. Para protegerla. Todo lo que había hecho en las últimas dos décadas era para mantenerla a salvo. Lejos de nuestro mundo.

Por desgracia, también tenía que protegerla de su propia madre. Mi padre entró en espiral rápidamente después de la muerte de mi madre. Se follaba a cualquiera que tuviera un coño, siempre que su cabellera no se pareciera a la melena rubia clara de nuestra madre. Así nació Isla, de una joven puta que mi padre recogió en uno de los burdeles. Al parecer, estaba demasiado borracho para ponerse un condón, pero no tanto como para abandonarla embarazada.

—De nada. —Me dio otro abrazo—. Ahora, déjame ir a ver como va nuestro desayuno de Navidad.

Se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación, justo cuando sonó el zumbido de mi móvil. Lo agarré y abrí el mensaje. Número desconocido. Una grabación, esperando a que le diera *play*.

Un mal presentimiento se formó en la boca de mi estómago. Con la muerte de Adrian, estos deberían haber cesado. Lentamente, pulsé *play* y miré.

No hacía falta verlo para saber cómo se desarrollaba. Me mostraba sacando una pistola de mi chaqueta. *Bang*. El disparo resonó en la pantalla. El senador de Los Angeles se desplomó hacia delante y su cabeza se estrelló contra su elegante escritorio de caoba.

Goteo. Goteo. Goteo.

—Vuelve a husmear en mi familia. —Me escuché decir en la pantalla—. ... Y acabaré con toda tu puta familia.

En el momento en que el vídeo terminó de reproducirse, se borró. La misma firma que los vídeos que habíamos recibido en el pasado.

¡Maldita sea! No importaba que el maldito senador sintiera que estaba en su derecho de tocar a mi hermana. O que se lo hubiera hecho a otras jovencitas. Lo único que importaría, si eso se filtraba, era que mi imperio se desmoronaría.

Mi agarre se tensó alrededor del teléfono. El crujido siguió, protestando por el abuso.

Entonces vibró y contesté.

—¿Sí?

—¡Acabo de recibir un video! —bramó Marchetti—. La misma firma digital que antes.

—A mí también me llegó uno —confirmé. No hubo necesidad de hacer un escaneo digital. Me di cuenta enseguida de que estaba hecho exactamente igual que los anteriores—. ¿Recibieron algo los demás?

—Sí.

—Más vale que su esposa no tenga nada que ver —gruñó Marchetti—. O yo...

—¡No la tocarás, joder! —reviré. No importaba el haberlo soltado por error. La noche del accidente quedó claro que lucharía contra toda la *Omertà* para mantener con vida a Tatiana.

Era mucho más que lujuria por ella. Había algo a la vez tierno y violento en mi deseo. Esta posesividad iba más allá de todo lo racional. Lo único que me importaba era protegerla y destruir a cualquiera que le hiciera daño.

Incluso al riesgo de exponer a toda mi familia. El terror que sentí cuando vi su cuerpo retorcido en aquel coche no se parecía a nada que hubiera sentido antes.

Necesitaba protegerla. A toda costa. Quería desentrañarla y a todos los secretos que escondía. La pregunta era, ¿calculé mal su implicación?

CAPÍTULO OCHO

TATIANA



La furia, el dolor y la traición me atravesaron mientras lo miraba fijamente.
A veces parecía que no lo conocía en absoluto.

Esperaba una explicación, cualquier cosa, pero el silencio en nuestro penthouse seguía siendo ensordecedor y tenso. Sus ojos oscuros me miraban fijamente, con esa obstinada inclinación de la barbilla, mientras sus labios se afinaban en señal de disgusto.

Me debía una explicación.

—¿Por qué no? —indagué—. Estamos casados. Al menos podrías darme una explicación, Adrian. Pronto cumpliré veintisiete años. Nunca dijiste que no querías tener hijos cuando nos casamos.

Su respuesta fue rápida.

—Nunca me lo preguntaste.

—Porque supuse...

—Así es —interrumpió—. Supusiste.

Nunca se lo pregunté específicamente, sin embargo, supuse que le gustaban los niños. Era bueno con los hijos de Vasili.

—Explícame por qué —pedí. Mi temperamento hervía bajo mi piel; podía sentirlo y hacía lo posible por contenerlo. Me sentía estafada del futuro con el que soñaba. De la familia que quería.

—Los hijos ilegítimos no son algo deseable.

Mis cejas se fruncieron ante la estúpida explicación.

—Estamos casados —dije—. ¿Qué quieres decir con hijos ilegítimos? Me da igual que el bebé sea azul, verde o ilegítimo. Será nuestro. No vivimos en la Edad Medieval.

—No —replicó—. No importa lo que digas, la respuesta será no. Nada de niños. Nuestro mundo no está hecho para los niños.

—¡Apenas estás en ese mundo, Adrian! —bramé—. Diriges una exitosa empresa de seguridad. Tenemos más que suficiente para mantener una familia. Incluso si renuncias, tengo suficiente dinero para...

—Tienes el dinero de tus hermanos, no el tuyo.

—Está a mi nombre. —La rabia dentro de mí se desbordó—. Así que es mi dinero. Hay algo que no me estás diciendo y quiero saber qué. —Me zumbaban los oídos por la adrenalina que corría por mis venas. La ira me cegaba. Era como una maníaca furiosa. Agarré el jarrón

cercano y lo lancé por los aires. Adrian se agachó justo a tiempo para evitar que lo golpeará. Se estrelló contra la pared y se hizo añicos por todo el suelo.

Se dio la vuelta para ver todos los trozos rotos por todo el piso de madera. Luego volvió a mirarme y sacudió la cabeza.

—Error —murmuró. Podría haberme apuñalado en el corazón—. Ha sido un puto error.

Se me hizo un nudo en el estómago. El dolor me atravesó y las palabras se me quedaron grabadas en el alma. No se podía tomar a la ligera algo así. La rabia burbujeaba en mi interior, incrementando hasta que sentí que iba a estallar violentamente.

En lugar de eso, tomé el primer objeto que tenía cerca y lo lancé al otro lado de la habitación. La foto de nuestra boda o, mejor dicho, de nuestra escapada de boda, me devolvió la mirada, hecha añicos, con trozos de cristal esparcidos por el suelo.

Sin decir una palabra más, se alejó de mí y la puerta de nuestro penthouse se cerró de un golpe que hizo temblar todo el apartamento.

Y otro jarrón cayó de la mesa, los trozos rotos se esparcieron por los tablones de cedro. La luz de la luna se reflejaba en los vidrios rotos, como gotas de lluvia contra el cristal, como mi corazón.

Los observé, gélida, mientras una lágrima salpicaba la madera. Una sola gota oscura, expandiéndose lentamente. Como esta sensación en mi pecho. Excepto que no la reconocía. Nunca lo había sentido antes. Se sentía terriblemente cerca del odio.

No me gustaba. Quería borrarlo. Dejando todo el desorden donde estaba, mis pasos se dirigieron hacia la parte trasera del penthouse, donde estaba nuestro dormitorio. Me desnudé, quedándome en sujetador y bragas, y me metí en la cama.

Me quitaría la desagradable sensación. Era mejor dormirla y empezar de nuevo.

Cerré los ojos y me concentré en el zumbido de los aparatos de Adrian. Bip. Bip. Bip.

Hasta que mis pesados párpados se cerraron y los sueños me tragaron.

Solo para sobresaltarme en la oscuridad de la habitación. Había alguien aquí. El chirrido de la madera dura. Mi corazón tronó, rompiéndome las costillas.

Mis ojos se abrieron de golpe. Una mano se cerró sobre mi boca, cortando el aire que llegaba a mis pulmones.

Busqué frenéticamente su rostro. Los ojos de mi marido.

Oscuros. Resentidos. Furiosos.

—Este no eres tú. —Mi voz amortiguada no se registró. Esa cara no era la de mi esposo, pero parecía su rostro.

Era el principio de nuestro fin.

CAPÍTULO NUEVE

TATIANA



Me levanté de un salto, agitándome y ahogándome, con las uñas clavadas en las sábanas. Mi grito recorrió el *penthouse* vacío, vibrando contra las paredes y creando un horrible eco. La luna brillaba a través de los grandes ventanales, iluminando la ciudad de New Orleans y siendo testigo de mi miseria. No ofrecía ningún consejo, nada más me observaba insensible.

Las sombras danzaban por las paredes del hogar que se había convertido en una tumba más. La que albergaba a un ser humano vivo, que respiraba.

Miré el reloj, los dígitos rojos indicaban la una de la madrugada.

—Feliz Año Nuevo —susurré, las palabras no iban a ninguna parte. Una pesadilla plagando mis sueños no era la mejor manera de empezar un nuevo año.

Al día siguiente de haber pedido ayuda a Aurora y Bella, Aurora volvió para informarme que había encontrado algo. Aunque no pudo descubrir mucho, lo que descubrió fue sorprendente.

Adrian proporcionaba seguridad a su padre, un político corrupto, y hackeaba para él la red de sus competidores. No tenía sentido. Iba en contra de todo lo que su empresa representaba. Si lo hizo para él, ¿para quién más lo hizo? Las respuestas no llegarían esa noche.

Tiré las sábanas, salté de la cama y me dirigí al minibar.

Me provocaba el alcohol, prometiendo el olvido. Y caí cada vez más bajo su influencia. Necesitaba el entumecimiento, el alivio que me producía. La agonía corría por mis venas mientras me servía un trago con manos temblorosas. No fue hasta el segundo vaso cuando la amarga satisfacción se apoderó de mi pecho. Hundida en el suelo, sujeté el vaso y la botella de vodka.

En el fondo, sabía que era malo. En el fondo, sabía que era un camino peligroso para una Nikolaev.

Sin embargo, no podía detener mi autodestrucción. Habían pasado dos meses desde la muerte de Adrian. Dos meses de oportunidades para seguir adelante. En lugar de eso, elegí perderme en la botella. Cada vaso traía una liberación temporal mientras la angustia me abandonaba. O tal vez solo se enterró más profundamente.

Un vaso se convirtió en dos, luego en tres, luego en tantos como necesitara para librarme de la desesperación. Era la única forma que conocía.

Era el camino equivocado.

Pero era demasiado débil para detenerme. Cuando el alcohol acabó por dominar mis sentidos,

dejé la botella entre las piernas. Todavía en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, contemplé el horizonte de New Orleans, una de las ciudades más vibrantes del mundo. Conocida por su música distintiva, sus celebraciones y festivales; era considerada una ciudad colorida y alegre. Una ciudad libre para hacer lo que te plazca.

Sin embargo, me sentía encadenada. Nunca sería libre, no mientras las preguntas sobre aquella noche me persiguieran. Cada momento de vigilia y de sueño.

¿Quién mató a mi marido? ¿Por qué?

Un golpe en la puerta me sobresaltó. Mis ojos se desviaron hacia el pasillo, casi esperando oír a Adrian decir “Yo voy”, pero, por supuesto, esas palabras nunca llegaron.

¿Quién carajos iba a venir? Me puse en pie y me dirigí a la puerta principal con pasos inseguros. El mundo se inclinaba ligeramente, desequilibrándome. El camino hasta la puerta principal me pareció eterno, cuando en realidad solo me llevó unos segundos. Abrí la puerta y me encontré con un pasillo vacío.

Fruncí el ceño. Escuché que llamaban a la puerta. Realmente lo oí. ¿O no?

Mis ojos recorrieron el pasillo vacío y algo me llamó la atención en la alfombra de entrada. Agarrándome a la manilla de la puerta, me arrodillé lentamente y lo alcancé. Blanco, parecía un... Le di la vuelta y el siguiente suspiro se me quedó en la garganta.

Una fotografía. La de Adrian y yo el día que nos fuimos para casarnos.

¿Qué diablos significaba eso?

—¿Hola? —llamé, pero la única voz que me devolvió fue la mía—. ¡Sé que estás ahí! —grité, con la paranoia corriendo por mis venas—. Imbécil, muéstrate.

El ascensor sonó y grité de miedo, cayendo en mi trasero. La puerta se abrió y Yuri salió del elevador. La alarma se disparó en sus ojos y su mirada recorrió el pasillo, pero lo encontró vacío.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

No, no estaba bien.

—Sí, estoy bien. —Tragué saliva.

—¿Cuánto has bebido? —inquirió Yuri, con un claro gesto de desaprobación. Apreté los dientes y dejé que me ayudara a levantarme. Si decía algo, le echaría la culpa a mi nivel de alcohol. Así que me callé y volví a entrar.

Aunque estuviera enfadada, encontraría a los que me habían llevado al punto de la locura y se los haría pagar. Llegaría al fondo del asunto. Encontraría a los imbéciles que mataron a Adrian y destrozaron mi vida.

La sed de venganza pudo más que mi sed de alcohol. Necesitaba hacer pagar a esos bastardos. Por lo que le hicieron a Adrian y lo que me hicieron a mí. No hacer nada no era una opción. Podría destruirme, lenta pero segura. Ya había empezado.

Las pesadillas eran cada vez peores.

Mientras mis preguntas continuaran sin respuesta, seguiría perdiéndome dentro de la red de suposiciones. Mi solución estaba en buscar respuestas.

Y en la venganza.

Año nuevo. Nuevo yo. Nueva vida.

De acuerdo, quizá no había tantas cosas nuevas, mas necesitaba obtener algunas respuestas. Mis ojos recorrieron el *penthouse*. Las cosas estaban igual, pero luego ya no. Los rastros de Adrian se desvanecían lentamente con cada día que pasaba.

La única habitación en la que aún no había entrado era la guarida de Adrian o su cuarto de aparatos, como yo lo llamaba. Me había mantenido alejada de ella, cerrada con llave, pero ahora que necesitaba respuestas, parecía el mejor lugar para empezar.

—Aquí tiene que haber respuestas —murmuré para mí. Mis ojos parpadearon hacia el final del pasillo. Su cuarto de aparatos estaba en el lado opuesto de nuestro dormitorio. Tenía que ir a ver qué había allí. Cuanto más me adentraba en el *penthouse*, más pesados me parecían los pasos.

Llegué hasta la puerta de su habitación. Una vez allí, me quedé mirando la puerta, incómoda por entrar en su territorio. Ya lo había pisado una ocasión cuando me mudé por primera vez y nunca me había importado volver a hacerlo. Tenía tanta mierda dentro que apenas podías moverte por la habitación, aunque Adrian siempre sabía dónde encontrar lo que buscaba.

Mis dedos agarraron la manilla, pero no pude obligarme a empujarla para abrirla. Me quedé helada, el olor de Adrian que había llegado a conocer tan bien, siempre era más fuerte aquí.

Cerré los ojos y respiré profundamente. Casi podía oír su risa. Sus pasos. Sentir su tacto. La forma en que se burlaba de mí.

—Escuché que tú y tu amiga se metieron en la fuente —comentó Adrian con los ojos brillantes como esmeraldas. Lo fulminé con la mirada, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué ha pasado? ¿Estaba roto el baño de los dormitorios?

—Ja, ja —refunfuñé—. Muy gracioso.

Soltó una risita.

—Lo suponía. Estoy intentando imaginármelo y no lo consigo.

—Pues tu imaginación debe de ser malísima.

Se río.

—Créeme, Mocos, tengo una buena imaginación. Solo creo que es demasiado peligroso vislumbrarte sin ropa en una fuente.

La vergüenza me invadió y agité la mano en el aire.

—No nos quitamos la ropa.

—Ahh, tiene sentido.—Los dos sabíamos que no tenía ningún sentido. Bella y yo estábamos borrachas y llevamos la fiesta demasiado lejos—. ¿Esto es como aquella vez que tú y tu amiga irrumpieron borrachas en la casa de la piscina más cercana?

Le saqué mi lengua, infantil y malcriada, pero ¿qué podía decir? Sí, la jodimos y nos cacharon. Aquellos cocteles eran tan sabrosos y me dieron tantas ideas brillantes.

—Si te sirve de consuelo, Mocos, estoy seguro de que a todos los chicos en un radio de ciento sesenta kilómetros probablemente les encantó la vista. Y ahora, voy a tener que matarlos a todos o cegarlos, dependiendo.

—Hombre, eres tan dulce, maldición —contesté secamente—. Si no puedes manejar la competencia, tal vez deberías hacer algo al respecto. Hasta entonces, deja en paz a esos chicos en un radio de ciento sesenta kilómetros.

Su risa me siguió hasta fuera de la habitación. No vio una sonrisa en mis labios. Estábamos en un estira y afloja. Llevaba dos años asistiendo a Georgetown y, de alguna manera, cada vez que volvía a casa, Adrian estaba aquí.

Empezó a verme como una mujer, una amiga. Ya no como una niña.

Esos años de universidad, aprendí a coquetear. Experimenté. Sin embargo, me reservé para Adrian. Sabía que eventualmente haría un movimiento. Lo sentí en cada mirada que me dio.

Hasta que un día, la ira se entrelazó con su deseo, pinchándome como espinas.

Con todos esos buenos recuerdos, llegaron también los malos.

Su ira durante los últimos meses. El modo obsesivo, casi paranoico, en que exageraba con la vigilancia. La forma en que perdía la paciencia como nunca antes. Cada vez que le preguntaba sobre lo que estaba buscando, me rechazaba.

«*Vuelve a tus compras. El papel de princesa malcriada te queda mejor, Tatiana*». Recordé sus palabras.

Ese día le di una bofetada. Fue la única vez que abofeteé a un hombre. Nuestros ojos ardían de furia. Sus palabras y esa mirada quedaron grabadas en mi cerebro. Odio. Rabia. Repugnancia.

Algo pesado me oprimió el pecho. Mi mano temblaba incontrolablemente. ¿Era el alcohol o los fantasmas que acechaban en las sombras?

Enderezando mi espalda, empujé la manilla y entré. La sorpresa me invadió. La habitación estaba limpia, solamente unos cuantos computadores y *laptops* extendidas sobre un gran escritorio en forma de U.

—¿Qué demonios? —murmuré—. ¿Dónde está todo?

Podría jurar que en esta habitación había más aparatos electrónicos. Era casi como si hubieran sacado las cosas de aquí, pero eso era imposible. Yan y Yuri no tocarían nada dentro del despacho sin consultarlo conmigo. Nadie más tenía acceso al *penthouse*. El corazón me dio un vuelco. Había oído pasos por la noche. ¿Había alguien robando por la madrugada? Sacudí la cabeza. No, no podía ser. Nadie más que Adrian y yo teníamos la llave del apartamento.

Tal vez había enloquecido.

Mientras caminaba, mis ojos iban de aquí para allá, casi esperando que todos esos aparatos electrónicos desaparecidos aparecieran de la nada.

«¿*Cuándo había vaciado esta habitación?*», me preguntaba.

Nunca había dicho nada de vaciarla. Nunca le había visto llevarse nada. Atravesé la habitación y me senté ante la *laptop* con la que siempre se paseaba como si formara parte de él. La prendí y esperé a que apareciera la página de bienvenida.

Una rosa roja envuelta en espinas.

—¿Qué diablos pasa con estas rosas y las espinas? —musité en voz baja. Tenía que haber una razón para que siguiera apareciendo. Seguía sin saber quién me había enviado aquel regalo el día de Navidad. Había llegado con una nota muy extraña que aún no había descifrado.

Moviendo el *mouse*, hice clic en el logotipo y al instante apareció una solicitud de contraseña.

Me quedé mirando el logo y mi mente susurró esas dos extrañas palabras que venían con la joya. ¿Podría ser tan sencilla la contraseña?

Corrí al baño, la caja seguía en el mismo sitio donde la había dejado. La abrí, agarré la nota junto con la caja y volví deprisa, murmurando las palabras.

—Suenan como el maldito latín —me dije. Seguro que Bella lo sabría. Tenía que estudiar latín como parte de su carrera. Se lo preguntaría más tarde.

Una vez de vuelta en el cuarto de aparatos, me senté frente a la pantalla. El corazón me retumbaba mientras tecleaba letras en el campo de la contraseña. *Memento mori*.

—Bienvenido. —Una voz digital me hizo saltar del susto.

Con los hombros encogidos, puse la palma de la mano sobre el *mouse* y empecé a navegar. Un archivo no era más que una lista de códigos sin sentido para mí. Pasé al siguiente. Contenía una lista de lo que parecían direcciones IP. No era lo suficientemente técnica como para poder rastrearlas, así que pasé a la siguiente carpeta. Contenía una larga lista de archivos de vídeo MP4.

Un nombre me llamó la atención. *La madre de Tatiana.*

Me dije a mí misma que no hiciera clic, pero al final me mató la curiosidad. Hice clic y se reprodujeron imágenes. Las voces gritaban. Vi a mi madre, a la que nunca conocí, y a mi papá, al que apenas conocía, discutir y pelearse. Ella le tiraba platos. Luego otro. Sus gritos penetraban en el aire, incluso a través de la pantalla.

Contuve la respiración mientras ella se marchaba enfurecida, golpeando algunas cosas más contra el suelo de mármol. Mi padre se dirigió en dirección contraria, sin inmutarse por su rabietta. Los pedazos volaron por todas partes y, por lo que parecía, mi madre pisó algunos de ellos. Entró corriendo en una habitación y salió con un bebé en brazos.

Mis ojos parpadearon hacia la esquina del video, reflejando la fecha. Era justo después de que yo nací. Contuve la respiración al ver a mi madre abrazándome. No tenía ni una sola foto mía con ella y algo al verla en este video me enterneció el corazón.

Seguro que le reconfortaba abrazarme.

Subió otro tramo de escaleras y empezó a pasearse. Casi parecía histérica. Enloquecida. Se apoyó en el barandal, casi dejándome caer, y un fuerte chillido llenó la habitación. Luego, como si hubiera subido el volumen, los gritos se hicieron más fuertes. La bebé... yo gritaba a todo pulmón.

Mamá seguía murmurando algo y yo me incliné más cerca.

—*No me quiere. Nunca seré suficiente. No me quiere. Nunca seré suficiente.*

Hablaba de papá. Tenía razón. No la amaba, pero lo que ella hizo estuvo mal. Sentí que mi espalda se tensaba al ver aparecer al pequeño Sasha.

—*¡Mama! —gritó y su paso se detuvo. Sinceramente, parecía una loca. Debería alejarse de ella.*

—*Sasha, vuelve a tu habitación. —Como era de esperar, permaneció en su sitio—. Me miras con los ojos de tu padre. Puedo verlo en ti.*

El odio en su voz era inconfundible y mi corazón se apretó por mi hermano. Quería a todos mis hermanos, sin embargo, era más unida con Sasha. Quizá porque los dos éramos testarudos. O tal vez, porque inventábamos cosas para volver loco a nuestro hermano mayor.

—*¿Dónde está Papa? —Sasha le preguntó, su voz tan diferente del hombre que conocía hoy.*

—*Siempre estás hablando de Papa. Él no te quiere. —Se rio moviendo a la bebé bruscamente entre sus brazos—. No me quiere. Yo no te quiero. Damos vueltas y vueltas.*

Por mis venas corría odio hacia nuestra madre. ¿Cómo podía decirle eso a un niño? A mi Sasha. Tenía suerte de estar muerta o la mataría yo misma. Vi a un niño que se convertiría en uno de los mejores hombres que conocía frotarse el pecho como si quisiera aliviar su dolor.

Madre volvió a cambiar bruscamente a la bebé y un suave jadeo salió de los labios de Sasha. Tenía los ojos clavados en la bebé, como un lobo protector listo para abalanzarse.

—*¿Dónde está Papa? —repitió la interrogante.*

—*Está persiguiendo a su putita y a su bastardo —siseó—. No importa lo que haga o le dé, persigue a su puta.*

—*Papa es bueno —replicó Sasha, encogiendo sus pequeños hombros y fulminándola con la mirada.*

—*Eres igual que él. No vales nada.*

Ahora me frotaba el pecho, viendo lo cruel que era nuestra madre con Sasha. Debería dejar de verla pero algo me hacía seguir

—*Trajiste una maldición a nuestra familia, Sasha. No fuiste suficiente. Encontró a otra mujer porque yo estaba ocupada con tus lloriqueos y quejas constantes. —Bajó la mirada hacia*

la bebé—. Igual que esta bebé. Siempre llorando. Siempre lloriqueando. —Sus ojos volvieron a Sasha, sus labios se curvaron con disgusto—. Eres tan indeseable. Ninguna mujer te querrá. Igual que tu padre. Insoportable.

—Pero tú lo amas —señaló Sasha en voz baja.

Dios, era tan inteligente y me hacía sentir tan orgullosa.

—Nunca es suficiente —murmuró madre mientras empezaba a caminar de nuevo—. Nunca es suficiente. Él no me quiere. Nunca seré suficiente. No puedes hacer que alguien sea tuyo.

Seguía dando vueltas y vueltas, murmurando para sí misma e ignorando los gritos de la bebé. Mis gritos. Mi carita regordeta se había puesto roja y, de repente, mamá se detuvo y me levantó como si fuera un balón de fútbol para lanzarlo por los aires.

A-a lo mejor no era yo. Ninguna madre se comportaría así y actuaría como si estuviera a punto de lanzar a su bebé por los aires, aunque en el fondo lo sabía.

—¡Mama! —Sasha la llamó—. Dame a Tatiana. Le daré el biberón.

Madre bajó los ojos y miró fijamente a Sasha. Luego, de algún modo, consiguió agarrarme y me acunó como si supiera lo que hacía. Apostaría todo mi dinero a que en ese momento me había abrazado más que mi propia madre.

—Nunca seré lo suficientemente buena —musitó—. Igual que tú nunca lo has sido.

Comenzó a caminar, pasando a Sasha cuando él gritó:

—¿Mama?! —Ella no contestó mientras abría las puertas y entraba el viento—. ¿Mama? —Volvió a intentar.

Ella miró por encima del hombro.

—Voy a saltar, Sasha.

—No, Mama. —Se me apretó el pecho por mi hermano. Él nunca debería haber presenciado algo así—. ¡No, por favor! —pidió y ella se mofó enloquecida, su cabello fluía junto con el viento—. Por favor, Mama. Quédate.

Extendió una mano, sin dejar de sujetarme.

—Quédate por mí. Me portaré bien.

Justo cuando esperaba que entrara en razón y lo afortunada que era por tener a Sasha, pronunció las palabras que me harían odiar su recuerdo.

—Nunca serás lo suficientemente bueno. No para mí. Ni para tu padre. Ni para nadie. Nadie se quedará por ti. Mejor que te acostumbres ahora, Sasha.

Ella dio un paso adelante y su cuerpo voló por el aire. Y cuando su forma golpeó el suelo, el sonido de su cráneo rompiéndose llenó el silencio, pero no sentí nada.

Tenía suerte de estar muerta, o la habría cazado y matado yo misma.

CAPÍTULO DIEZ

KONSTANTIN



¿Qué carajo?

Marchetti, Romero y yo vimos los videos en nuestros teléfonos. Nuestros propios pasados burlándose de nosotros, la valiosa información destinada a rompernos. No es que se lograra. Destruiríamos a quien estuviera detrás esto.

Las Espinas de *Omertà* podría haber sido una antigua organización que comenzó en Sicilia, pero desde entonces había evolucionado. Después de la caída de los cinco reyes de Italia, comenzaron a reconstruirse en las sombras. Ya no eran solo los reyes de Italia, sino del mundo. El imperio era vasto y poderoso, se extendía a lo ancho: al norte, al sur, al este y al oeste.

Con los ojos fijos en la pantalla, como los de Romero y Marchetti estaban fijos en los suyos, vi cómo otro pecado se desarrollaba ante mis ojos.

Era la reunión que había mantenido con Sofia Catalano Volkov. Su marido era *Pakhan* de Rusia del Este. Desde su muerte, ella había estado jugando en ese campo, vengándose. La mujer estaba un poco desquiciada si me preguntabas. Amaba su juego de sangre. Yo había matado y mataría muchas veces más antes de que acabara mi tiempo. Era un mal necesario de mi posición. Para ella, en cambio, era fascinante. Matar tenía un vínculo directo con su lujuria.

Como dije, desquiciada.

Quería entrar en la organización. Le dijimos que no. Lo intentó de nuevo. Dijimos que no otra vez, pero el maldito video no tenía sonido. Maldita sea. Para cualquiera fuera de nuestra organización, parecería que había trabajado con la lunática.

No me molesté en ver cómo terminaba el video. Después de todo, yo había estado allí ese día, así que lo sabía de primera mano. En lugar de eso, me puse manos a la obra. Entré en mi computadora y empecé a rastrearlo. La señal fue de Corea del Norte, luego a Japón, Londres e incluso Rusia, para acabar de nuevo en Estados Unidos.

En New Orleans.

La dirección IP que pertenecía a Tatiana Nikolaev. La misma que solía pertenecer a Adrian. Maldito hijo de puta.

No había forma de que ella pudiera ser parte de esto. O escondía brillantemente su talento informático o alguien estaba intentando inculparla.

Justo cuando el vídeo llegaba a su fin, las direcciones IP desaparecieron, dejando a su paso solo una pantalla negra.

—¿Algo? —preguntó Marchetti entre dientes.

—La misma mierda de siempre —respondí, manteniendo la calma—. La dirección IP rebotó y luego desapareció. —Mis ojos se dirigieron a la ventana que daba a la ciudad que gobernaba. El estado que gobernaba. Toda la puta costa. No había mejor obra para esconder la maldita corrupción que en Hollywood y en D.C., no obstante, esa era otra historia. Una dirigida por Nico Morrelli.

—¿Pero? —inquirió Marchetti. Habíamos trabajado juntos el tiempo suficiente para saber cómo pensaba el otro.

—Esta vez el punto de partida era Japón —informé—. En el pasado, el punto de partida siempre fue Estados Unidos. Es curioso que de repente sea Japón.

La tensión me recorrió como una avalancha a punto de estallar.

La verdad era que no tenía nada que ver con esos vídeos. Esa mierda formaba parte de nuestro trabajo diario. Encontrábamos al culpable. Luego, lo eliminábamos. Seguíamos adelante y alguien más intentaba jodernos, solo para que nosotros acabáramos con esa persona.

Así era *nuestra* vida.

Mi tensión tenía que ver con una viuda afligida al otro lado del país. Había esperado años por ella. Esperé mi momento. Esperé el momento oportuno. En cuanto supe que era su esposo el que estaba jodiendo con nuestra organización, supe que lo había encontrado.

No dudé en acabar con él. Lo haría de nuevo sin pensarlo dos veces.

Porque Tatiana Nikolaev era mi reina y el rey siempre elimina la amenaza a su reina.

CAPÍTULO ONCE

TATIANA



Miré por la ventana del *penthouse*, mientras mis dedos retorcían el collar con colgante de rosa con espinas que tenía en la mano. De algún modo, aquella joya parecía ahora mucho más que un regalo de Navidad y, mientras tanto, los videos que había visto se repetían en mi mente.

Al principio pensé que había sido un error, pero ahora estaba segura de que me lo había enviado Adrian.

Él debió haber anticipado lo que estaba por venir. Sabía que estaba a punto de morir.

—¿En qué te metiste, Adrian? —susurré mientras me abrochaba el collar. Tenía algo que ver con esos videos. Estaba segura. Llevaba días dándole vueltas.

Había pruebas irrefutables contra mucha gente, incluyendo a mis hermanos. La pregunta era ¿por qué mi esposo tenía esos videos? No me hacía ilusiones de que mis hermanos o cualquier otra persona del bajo mundo no hicieran cosas turbias o mataran personas.

Llámenme moralmente ambigua o hipócrita, sin embargo, eso no me molestaba.

La regla no escrita de no matar inocentes, mujeres y niños, me permitía dormir por las noches. Así que mi brújula moral estaba un poco torcida.

Algunas de las cosas que había visto en ese video me seguían incomodando. Era más fácil estar de acuerdo con ello cuando nunca tenías que presenciarlo. Estar en primera fila era algo totalmente distinto.

Exhalé un fuerte suspiro.

Si aquellos videos eran ciertos, el grupo de sospechosos era muy amplio e incluía a mis propios hermanos. ¿Podría vengar a Adrian de mis propios hermanos? ¿Eran mis hermanos capaces de matar a mi marido?

Sí, lo eran, pero nunca me harían daño. Salí del accidente en mal estado, así que eso eliminaba a mis hermanos como sospechosos. Sería más probable que irrumpieran en nuestra casa y le dispararan a Adrian a quemarropa que arriesgarse a una persecución en coche conmigo en el vehículo.

El timbre de la puerta me sacó de mis pensamientos. Miré el reloj y vi que apenas eran las ocho de la mañana. Me invadió la inquietud. Quizás alguien se había enterado de que yo había visto esos videos y tenía pruebas contra ellos.

Ding. Dong. Ding. Dong.

Parecía que esos videos también me habían vuelto paranoica.

Pum. Pum. Pum.

Bueno, tal vez no tan paranoica. No conocía a nadie que llamara desesperadamente al timbre y luego golpearla la puerta como un puto maníaco. Bueno, tal vez Sasha, pero él habría llamado primero.

Me acerqué a la mesita, metí la mano debajo y palpé hasta encontrar la pistola que Adrian había escondido allí. Siempre decía que era por seguridad. No le llevé la contraria. Sasha y Vasili solían guardar armas en cada maldito rincón. Era más fácil encontrar un arma en nuestra casa que chocolate.

Agarré la pistola y la escondí en mi espalda mientras me dirigía a la puerta principal. En momentos como este deseaba tener personal a mi cargo, como Isabella, pero no podíamos tenerlo todo, ¿verdad?

Solté el seguro de la pistola a metro y medio de la puerta cuando alguien empezó a golpearla de nuevo. Salté del susto.

—¡Vamos, Tatiana! —gritó Isabella—. Sé que estás ahí. Nunca fuiste madrugadora.

Dejé salir el aire que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo, mis hombros se encogieron y la tensión abandonó mi cuerpo. Sacudí la cabeza por lo ridícula que estaba siendo. Habían pasado meses desde la muerte de Adrian y no había pasado nada. ¿Por qué iba a venir alguien a matarme ahora?

Diablos, tenía que ponerme las pilas.

Guardé la pistola en el cajón más cercano, abrí la puerta y me encontré cara a cara con mi mejor amiga.

—Me has dado un susto de muerte —refunfuñé mientras la abrazaba.

La expresión de sus ojos era de incredulidad.

—¿Estás borracha? —inquirió.

—Todavía no —gruñí sintiendo de repente mucha sed, aunque tenía la regla de no beber al menos hasta después de las diez de la mañana. Antes de esa hora y te tachaban de alcohólica. Mi mente se burló de esa estúpida regla, pero la ignoré.

—Bien.

Cerró la puerta tras de sí y me di cuenta de que estaba sola.

—¿Dónde están los niños?

—Los dejé con Vasili —replicó—. Para mantenerlo ocupado. Aurora está haciendo lo mismo con Alexei. Está en camino.

Un mal presentimiento me recorrió por la espalda.

—¿Qué ha pasado?

—Encontró algunas cosas y yo también —explicó. Justo cuando abría la boca para preguntarle algo más, sonó otro golpe en la puerta y me sobresalté.

—Probablemente es Aurora —señaló Isabella, completamente indiferente.

—Demonios, debería darles a todas una llave —murmuré mientras daba unos pasos y abría la puerta para ver a mi otra cuñada allí de pie. Sudorosa y jadeante como si hubiera corrido un maratón—. Estás toda mojada y apestosa. Podrías haberte aseado.

—*Ja, ja* —replicó secamente—. Corrí ocho kilómetros.

Isabella y yo compartimos una mirada. Odiábamos el ejercicio con pasión. Sin embargo, Aurora era la que corría. Al parecer, le gustaba torturarse. No era de extrañar que ella y Alexei se enamoraran. ¡Dos psicópatas!

—¡Estás loca! —Bella y yo dijimos al mismo tiempo.

—Ya veremos quién está loca cuando tengan dos caderas y yo no —recalcó haciendo una

forma con las manos.

—A Vasili le encantan mis caderas, así que da igual —reveló Isabella sonriendo, aunque su sonrisa vaciló rápidamente y sus ojos me miraron con cautela.

Hice un gesto indiferente con la mano, pero algo en lo más profundo de mi pecho se oprimió. Aquellos dos habían pasado unos muy malos momentos, no obstante, habían salido adelante y, desde mi punto de vista, su matrimonio parecía un cuento de hadas. Por supuesto, me alegraba por ellos, sin embargo, el monstruo verde de la envidia acechaba.

Adrian y yo tuvimos una mala racha. Una *larga* mala racha, y nuestra historia terminó de otra manera.

«*Sin amor. Como mi madre*».

Alejé ese pensamiento. Mi madre era una completa lunática. Yo no estaba ahí. Todavía no.

—¿A qué viene ahora esta interrupción? —indagué ocultando mis celos y mi negatividad. Me dirigí a la sala de estar y tomé asiento en el sofá. Los pantalones de yoga me quedaban holgados, lo que indicaba que había perdido peso. Por suerte, mi *jersey* largo lo disimulaba bien.

Suspiré, observaba la manicura francesa de mis uñas y decidí que la próxima vez elegiría algo más llamativo, quizá rojo, como la sangre. Al fin y al cabo, se acercaba San Valentín.

El maldito día del amor. ¿Adrian me amaba? Comparando nuestra relación con la de mi hermano mayor con Isabella, parecía drásticamente diferente. Adrian no me había mirado como Vasili miraba a Bella.

—¡Tatiana! —La voz de mi mejor amiga me sacó de la niebla, su mano agarró mis dedos temblorosos y los frotó.

—Estoy bien. —No lo estaba. Todos sabíamos que no lo estaba, pero lo diría hasta que me lo creyera. Era la terquedad de todos los Nikolaev. Mi mejor amiga estaba en primera fila y se había acostumbrado.

Bella ladeó la cabeza pensativa, estudiándome con expresión preocupada, y yo solté un suspiro exasperado.

—Vayamos al propósito de tu visita —refunfuñé.

Aurora colocó su sudoroso trasero en el sofá frente a mí, mientras Isabella permanecía sentada a mi lado. Hubiera preferido que se ubicara al lado de Aurora, pero para qué estaban las amigas si no era para fastidiarte.

«*Y para asegurarse de que estás bien*», susurró mi mente.

—Está bien, yo iré primero —dijo Isabella, juntando las manos en su regazo. A diferencia de Aurora, que mantenía los ojos bien abiertos respecto a los asuntos de Alexei, a Isabella le gustaba permanecer ligeramente ajena. Después de ver algunos de los videos, no podía culparla. No es que yo cerrara los ojos. Al diablo con eso, y al diablo con seguir ignorando todo. Mira dónde me dejó con Adrian.

—Encontré un documento en el escritorio de Vasili. —Comenzó—. Él iba a comprar las acciones de Adrian de la compañía.

—¿Qué? —Eso no tenía sentido. Adrian nunca vendería la empresa. La parte de Vasili de la propiedad se me transfirió cuando me casé con Adrian. Si lo necesitaba de vuelta, estaba bien por mí, pero no tenía sentido que Vasili comprara la parte de Adrian—. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, pero hablaba de que se había violado su acuerdo original.

Fruñí el ceño. Nunca había oído hablar de ninguno de sus acuerdos. Solo pensaba que Vasili ayudó a Adrian con el capital para que pudiera empezar.

—¿Cuál era su acuerdo original? —indagué.

Isabella soltó un fuerte suspiro.

—No he podido encontrar el contrato original. Esperaba que quizás *tú* lo tuvieras.

Negué con la cabeza.

—Nunca me interesó mucho la empresa... de Adrian. —Me estremecí. Bueno, suponía que era *mi* empresa—. No soy buena para esas cosas.

—Tal vez lo que descubrí ayude a explicarlo —intervino Aurora. Tanto Isabella como yo la miramos con expectación. Aurora carraspeó incómoda—. Puede que no te guste lo que voy a decirte, Tatiana. ¿Estás segura de que quieres seguir por este camino?

Un gran silencio espeso se apoderó de la habitación, augurando lo que estaba por venir. Pero ¿podría ser peor que esos videos que había encontrado? ¿Podría ser peor que la insinuación de que Adrian estaba guardando mierda para usar contra mis hermanos?

—Sí. —Una sola palabra que cambiaría el curso de mi vida.

Esta vez fue Aurora la que parecía agitada, entrelazando las manos en su regazo. Se mordía el labio nerviosamente y cada segundo que pasaba se sentía como una bomba explotando en mi cerebro.

—Sabes por lo que pasó mi hermano, Kingston. —Asentí, aunque ninguna de nosotras sabía exactamente por lo que había pasado. A decir verdad, no conocía los detalles de lo que había vivido Alexei, aparte de que lo que fuera, era horrible, así que solo podía imaginar que Kingston estaba en el mismo barco.

—No pasa nada —la consoló Isabella—. Sea lo que sea, sabemos que es un buen hombre.

—Es un sobreviviente —coincidí—. Como Alexei.

—Gracias. —Aurora esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—Somos familia —susurré asustada por la verdad que estaba por llegar—. Pase lo que pase. —Vasili me lo inculcó de la mejor manera posible. Siempre cuidó de todos nosotros, a pesar de los malos ratos que le habíamos hecho pasar—. Ahora dime lo que sabes, por favor. Me estoy volviendo loca.

—Adrian chantajeó a Kingston. —La bomba cayó. Mi corazón se detuvo. Mis pulmones se llenaron de veneno.

Pero la negación también llegó. Sacudí la cabeza. No podía ser. Adrian nunca le haría eso a nuestra familia, a *mi familia*. Sabía que lo eran todo para mí. Cuando Aurora se casó con Alexei, su familia se convirtió en mi familia. *Nuestra familia*.

«Entonces ¿por qué tiene esos videos en la computadora?», pensé.

Apagué las dudas y, en mi cerebro, repasé los videos que había encontrado. Ninguno de ellos era de Kingston. Apostaba mi vida en ello. Había conocido al hermano de Aurora y no era una cara que se olvidara fácilmente. El rostro de Kingston me recordaba al dios de la guerra. Demonios, ¿qué dios griego era ese?

«Déjate de idioteces», me reprendí en silencio.

—¿Por qué lo chantajearía? —inquirí—. No necesitamos dinero.

Aurora me miró fijamente.

—Quería información sobre una organización que contrataba a Kingston para asesinatos, pero él se negó. —La miré estupefacta—. ¿Quizás ese fue el acuerdo que violó? ¿O quizá se lo hizo a otra persona cercana a Vasili?

Aurora se encogió de hombros sin dar más detalles. Esos pequeños pedazos de información no ayudaban. Solo generaban más preguntas que respuestas.

—Bueno, ¿qué más pasó? —gruñí—. ¿Adrian lo dejó pasar?

Mi cuñada parecía incómoda.

—No creo que nosotras...

Negué con la cabeza.

—No, no puedes darme migajas y luego no esperar que quiera saber toda la historia. ¿Qué pasó entonces? ¿Le dio Kingston lo que quería?

—No.

—¿No?

Aurora dejó escapar un pesado suspiro.

—No, Kingston se negó. Así que Adrian lo chantajeó con un video de vigilancia que mi hermano no quería que nadie viera.

—¿Qué video?

—¡No lo sé, Tatiana! —espetó Aurora con brusquedad. Luego, inmediatamente, el arrepentimiento pasó por su expresión—. Kingston no quiere compartir conmigo detalles de sus últimos veinte años. No le haré esas preguntas. Ya ha sufrido bastante.

—¿Cómo lo sabes entonces? —indagué.

—Escuché hablar a Alexei y a Kingston. Tu hermano quería asegurarse de que nadie te perseguía. —Me burlé suavemente y Aurora entrecerró los ojos mirándome—. Alexei se preocupa por ti y quiere protegerte. Todos tus hermanos lo hacen.

—Lo sé, pero tienden a ocultarme las cosas —musité—. Ser ciega y ajena a tu entorno te hace más vulnerable. Deberías saberlo mejor que nadie, Aurora.

Sacudió la cabeza, con una clara desaprobación en su rostro.

—Bueno, después del accidente y de leer el informe de la investigación, tus hermanos entraron en pánico. Querían asegurarse de que quedara claro que no tenías nada que ver con los tratos de Adrian.

Guarde silencio.

—¿Qué tratos? —pregunté cautelosamente. ¿Cuánto sabía realmente mi cuñada?

Aurora se encogió de hombros.

—No lo sé. Tratos turbios. Alexei sabe más, así que deberías hablar con él.

—O con Kingston —comenté pensativa.

—No, Kingston no —advirtió Aurora con firmeza—. Ya ha pasado por bastante. No necesita más mierda en su mente.

Tenía razón. Kingston había pasado por suficiente mierda, al igual que Alexei. Sin embargo, las interrogantes seguían acumulándose. Esta explicación era tan clara como esos videos que encontré en la *laptop* de Adrian. ¡No! Me sumió aún más a la confusión.

¿No podía venir cualquier revelación con un libro abierto y una explicación?

«*Nada que valga la pena tener o conocer es fácil*». Era la única lección que me había enseñado mi padre.

Por supuesto, no tenía ni puta idea de lo que significaba. Suponía que tenía que averiguar qué tramaba Adrian. Nada bueno, al parecer.

Sin embargo, luché por relacionar al chico que conocí toda mi vida con la insinuación del hombre que dejó atrás. El que tenía basura incriminatoria en su computadora. Chantaje. Pruebas en video.

¿Qué estaba pasando con Adrian? ¿Estaba demasiado ciega para verlo? ¿Demasiado envuelta en querer tener un bebé, para ayudarlo?

Tal vez *Papa* tenía razón. Tendría que averiguarlo para tener paz y seguir adelante.

CAPÍTULO DOCE

TATIANA



El día de San Valentín. El primero sin él. Y yo seguía sin saber qué se traía Adrian entre manos, salvo que empezó a trabajar contra nuestra... no, *mi* familia. No podía pensar que éramos su familia si había guardado videos para chantajear a mis hermanos, y a los hermanos de Aurora. Tendría que asumir que tenía más material en alguna otra parte. Quién sabía de cuántos, probablemente innumerables, amigos o no, tenía videos. Tal vez estaban almacenados en otras computadoras. Solía tener muchas más de las que quedaban en aquella habitación.

El sonido de la reja de hierro del cementerio se escuchó como el graznido de los cuervos: oscuro y amenazador.

Caminar por las hileras de tumbas parecía surrealista, demasiado alegre con los turistas y sus guías que predicaban la historia de New Orleans. El Carnaval había comenzado y no tardaría en llegar el *Fat Tuesday* lo que significaba que el Mardi Gras estaba en pleno apogeo, invitando incluso a más visitantes a la ya abarrotada ciudad.

Me dirigí hacia la tumba, la que se convirtió en la última morada de Adrian. Mis tacones negros de Chanel chasqueaban contra la piedra. El vestido entallado me quedaba holgado.

Por primera vez, el color negro ya no me favorecía en absoluto. Me hacía parecer demacrada. Había adelgazado en los últimos cuatro meses. El alcohol no me ayudaba, pero de algún modo volvía a él constantemente.

Resulta que era más fácil crear una adicción que quitársela de encima. ¿Quién lo iba a decir?

El dolor que tenía entre las sienes me palpitaba de aquella forma tan familiar como si debiera recordar algo, sin embargo, mi mente retrocedía cada vez que lo intentaba. El terapeuta dijo que no lo forzara. Lo llamó supresión de la memoria. Me dijo que mis recuerdos volverían cuando estuviera preparada para manejarlos o cuando algo los desencadenara. Me estremecí, no quería pensar qué podría significar eso.

Incluso así, no podía esperar. Tenía que recordar. Se sentía como una cuestión de vida o muerte. Con suerte, no la mía.

La brisa fresca corrió a mi alrededor, provocándome un escalofrío. Las temperaturas en febrero no eran gélidas, pero se sentían más frías de lo normal con el viento que soplaba.

Encontré su placa de nicho. Durante un largo rato me quedé mirando las palabras, incapaz de leerlas. Incapaz de procesarlas. Ni en un millón de años habría pensado que nuestra historia acabaría así.

Con dedos temblorosos, estiré la mano para seguir el rastro de las letras grabadas.

Nacido en las sombras. Jurado con sangre.

Un voto roto y traicionado.

Sentencia dictada.

No lo había visto antes. Las palabras eran ridículas. ¿Por qué alguien pondría esa mierda en la última morada de mi marido? Volví a leer las palabras, moviendo los labios como si leerlas en voz alta fuera a darles sentido.

Pero no fue así.

No tenía ni idea de lo que significaba, ni de a quién se le había ocurrido aquel absurdo grabado. Quizás algún jodido funeral de la mafia, aunque mi propio padre tenía un grabado sencillo y normal en su placa.

No esto.

Además, Adrian no formaba parte de la mafia. Aunque parecía haberse metido en su lado malo. Aun así, no merecía morir tan joven. Nuestra vida juntos apenas había comenzado. Todavía podía olerlo en nuestro *penthouse*. Todavía podía oír su risa en mis sueños.

Excepto que no se rio mucho esos últimos meses. Temía que las cosas hubieran cambiado. No sabía si eran mis constantes demandas de tener un bebé o algo más.

Pero nada de lo que pasó podía aminorar el hecho de que Adrian murió para protegerme. Murió porque me amaba. Eso era lo que me decían mis hermanos. Que me sacó del coche de alguna manera.

Eso no me hizo sentir mejor. Su sacrificio había dejado tantos agujeros, en mi mente y en mi alma.

—Ojalá no me hubieras dejado atrás —dije con la voz quebrada. Me dolía respirar. Me ardían los ojos, pero no me salían lágrimas. No creía que me quedaran lágrimas—. Ojalá me lo hubieras dicho. —Fuera lo que fuera lo que estaba pasando. Tal vez podría haberle ayudado. Tal vez mis hermanos habrían ayudado. Después de todo, Vasili lo trajo a nuestra familia. La imagen de Adrian la primera vez que nos miramos pasó por mi mente.

—Odio el frío —refunfuñé, y mi aliento empañó la ventana. Apretando el dedo contra ella, dibujé un sol. Necesitaba calor y una piscina. A los rusos no les importaba el invierno. Padre siempre lo decía. Pues a mí sí—. No soy rusa. Soy estadounidense.

El cielo oscuro prometía otra tormenta de invierno, el viento golpeaba contra las ventanas mientras yo miraba con nostalgia. Odiaba estar en Rusia. Siempre hacía frío y estaba oscuro durante los meses de invierno, pero Vasili insistió. Así que llevábamos aquí dos semanas. No era tan malo cuando él estaba en casa todo el día con nosotros.

Me peinaba. Jugaba al ajedrez conmigo. Me leía. A veces me enseñaba ruso. Aunque yo ya lo sabía. Vasili y Sasha discutían demasiado en ruso como para que yo no lo aprendiera.

Estaba en la biblioteca vieja con la cara pegada a la fría ventana y la nariz aplastada contra el cristal.

Las coletas me apretaban dolorosamente la cabeza. Sasha lo intentó y casi me arranca el cuero cabelludo, pero ahora tenía miedo de soltármelas. Podría intentar arreglármelas. Mi cabeza de cinco años no podía soportar que sus manos volvieran a peinarme.

Me rasqué el cuero cabelludo esperando sentir cierto alivio de la tensión.

—Se me caerá el cabello —refunfuñé—. Y todo será culpa de Sasha.

El hielo golpeó con rabia contra las ventanas, igualando mi propia frustración. Apreté la mano contra la fría puerta de cristal. Fue entonces cuando vi acercarse el auto de Papa. Bajó a toda velocidad hacia la casa, como alma que llevaba el diablo, hasta que se detuvo.

Empecé a golpear la ventanilla. Mi padre salió del coche, pero no le hice mucho caso. A papá no le agradaba; siempre fruncía el ceño cuando me miraba. Cuando vi una figura alta y familiar, de hombros anchos, que sobresalía incluso por encima de Papa, golpeé el cristal con más fuerza.

La cabeza de Vasili se giró lentamente hacia mí y nuestros ojos se encontraron.

Sonreí, saltando de emoción. Me dedicó esa cálida sonrisa que solo reservaba para mí. Bueno, también para Sasha, pero sobre todo para mí, porque Sasha era travieso y alborotador. Eran las palabras de Vasili, no mías.

Saltando del marco de la ventana, atravesé corriendo la habitación y salí al pasillo, justo a tiempo para ver entrar a Papa y a Vasili.

—¡Vasili! —chillé mientras corría hacia él y me lanzaba a sus brazos. Papa se dirigió a su despacho sin detenerse a saludarme. Yo tampoco le presté atención. Era difícil pensar en él como mi papá cuando Vasili y Sasha lo hacían todo por mí—. ¿Dónde has estado tanto tiempo, Vasili? Te extrañé.

Mi hermano mayor me levantó sin esfuerzo sobre sus grandes hombros.

—Me viste esta mañana —bromeó.

—Te fuiste antes de peinarme —lo regañé.

—Parece que te las arreglaste —comentó—. Me gustan tus coletas.

—Las hizo Sasha. —Sujetando el cabello de Vasili con una mano, me llevé la mano al cuero cabelludo de nuevo—. Lastiman mi cabeza.

—Tiene que recordar que eres una niña. —Se dio la vuelta y fue entonces cuando lo vi. El desconocido alto y moreno de ojos verdes como la hierba fresca de primavera.

—Tatiana, este es mi amigo, Adrian.

Me quedé mirando al chico alto. Tal vez un hombre, no lo sabía. Adrian. Había oído mencionar su nombre muchas veces, aunque nunca lo había conocido. Papa confiaba en él, pero a Vasili no le gustaba traer a nadie cerca de mí. Solo a la familia y los guardias que habían estado cerca desde que era una niña. Y también se negaba a dejarme a solas con ellos.

—Hola, Mocosa —me saludó Adrian.

Al instante me enderecé.

—¡No soy una Mocosa! —repliqué indignada—. Soy Tatiana Nikolaev.

Se rio entre dientes.

—No me digas.

Le lancé una mirada fulminante, pero antes de que pudiera decir nada más, Vasili me interrumpió.

—Hermana, me estás agarrando el cabello con tanta fuerza que me lo vas a arrancar. Me duele el cuero cabelludo.

—Ahora ya sabes lo que se siente cuando Sasha me peina —respondí.

Un latido de silencio y el pasillo estalló en carcajadas.

Desde aquel día, Adrian siempre había estado cerca, pero ni siquiera a él se le permitía quedarse a solas conmigo. No por mucho tiempo. Incluso cuando Adrian y yo nos convertimos en pareja, Vasili no estaba entusiasmado. Sin embargo, finalmente me dejó tomar mi propia decisión.

¿Podría ser que hubiera algo más en la objeción de Vasili? ¿Acaso el trabajo de Adrian lo colocaba en una especie de primera línea de peligro?

Me llevé la mano a la frente y busqué en mis recuerdos cualquier cosa que me hubiera dicho. Cualquier pista de que estaba en problemas. Sin embargo, nada me llegó a la mente. Absolutamente nada. Adrian hizo un buen trabajo manteniendo su trabajo separado de nuestra vida personal.

De alguna manera nuestra vida personal se convirtió en un cuarto oscuro sin ventanas. Nadie sabía que mi relación con Adrian se deterioraba lentamente. Al menos yo no lo podía creer.

Mi memoria retrocedió hasta el día del accidente. Justo antes de irnos de la fiesta, descubrí a Vasili y a Adrian discutiendo. Quizá mis hermanos sabían que nuestro matrimonio tenía problemas.

—*¡Es una mierda!* —siseó Vasili, dándome la espalda—. *¿Cómo diablos grabas eso sin querer? Alexei y Sasha mantuvieron la mirada fija en Adrian.*

—*¿Dónde están los documentos?* —preguntó Alexei con voz fría.

—*Sera mejor que los traigas, hijo de puta* —gruñó Sasha—. *Hoy mismo.*

Sasha tenía que dejar de llamar “hijo de puta” a todo el mundo.

Clic. Clic. Clic. Mis tacones resonaban contra el suelo mientras me acercaba a ellos. Pude notar el momento en que todos se dieron cuenta de que estaba al alcance de sus oídos porque dejaron de hablar. Hubo silencio.

Quizá yo era la única ciega. Todo el mundo sabía algo o todo, mientras que yo andaba por ahí sin darme cuenta.

«*Nuestra vida personal*», me burlé para mis adentros.

¿Cuándo se complicó todo entre nosotros? ¿Era el motivo de la tensión de los últimos meses? Tal vez me perdí señales que estaban ahí todo el tiempo. Si hubiera prestado más atención a lo que ocurría a nuestro alrededor en lugar de exigirle cosas, ¿habría visto las señales? Quizá podría haberlo salvado. Podríamos haber arreglado las cosas juntos.

Y Adrian todavía estaría aquí. Todavía lo tendría. Tendríamos la posibilidad de un futuro.

El dolor, crudo y furioso, me agarró por la garganta. Me arañó el corazón, lo apuñaló. Me zumbaron los oídos y se me congeló el pecho, asfixiándome. Parpadeé con fuerza mientras se me escapaba un suave sollozo. Me tapé la boca para contenerlo.

—*Ojalá hubieras dicho algo.* —Me atraganté con las palabras, pero las lágrimas seguían sin salir—. *Cualquier cosa.*

Apoyé la palma de la mano en la fría piedra. Tal vez su espíritu descansaría allí, pero su cuerpo no. Cenizas. Mi marido quedó reducido en cenizas. Daría cualquier cosa por recordar lo que había sucedido.

Un dolor insoportable me atravesó. Un recordatorio de que nunca tendría la oportunidad de despedirme como era debido.

Saqué el teléfono y marqué el número. Había llegado a escuchar mucho su buzón de voz. Demasiado para ser saludable.

La grabación automática sonó y mi corazón se detuvo:

—*El número marcado ha sido desconectado.*

—No, no, no —murmuré mirando la pantalla. Quizá me había equivocado de número. Así que volví a marcarlo. La misma respuesta.

—*El número marcado ha sido desconectado.*

Se me encogió el corazón. Tenía que pasar.

—Maldita gente que hace un trabajo eficiente —siseé, aunque la verdad es que no era eficiente. Habían pasado semanas.

Terminé la llamada y metí el teléfono en el bolsillo del vestido. Menos mal que hacían vestidos con bolsillos ocultos.

El viento se levantó y me estremecí, envolviéndome con los brazos. Mis ojos recorrieron el grupo de lápidas que rodeaban el mausoleo. Me llamó la atención otra dedicatoria.

AQUÍ YACE UNA ROSA. MI ROSA.

CON ESPINAS ROTAS.

UNA DEUDA PAGADA, PERO NO SATISFECHA.

UNA ROSA NEGRA Y UNA ESPINA VENENOSA.

Adrian siempre se refería a su madre como una rosa. Me resultaba extraño, pero mis hermanos se referían a nuestra madre como una "perra psicópata", así que quién era yo para juzgar. Al menos *rosa* sonaba cariñoso. Volví a leer la dedicatoria.

Era una coincidencia, tenía que serlo. Nadie más sabía lo de Adrian y el apodo de su madre. Ni siquiera mi mejor amiga. Definitivamente, tampoco mis hermanos. Busqué la fecha de nacimiento y muerte, aunque no había ninguna. Solo un poema críptico o tal vez un mensaje grabado en una lápida sencilla.

Sacudiendo la cabeza, desvié la mirada hacia el lugar donde descansaba Adrian y fruncí el ceño. Entonces me di cuenta. Tenían un tema. Sin embargo, sabía que él no tenía familia en el país.

Nosotros, la familia Nikolaev, éramos su familia. Al menos eso creía.

¿A quién se le ocurrieron estas dedicatorias? Ninguna tenía sentido.

Con una última mirada a la cripta, me di la vuelta y me fui más perdida que nunca.

El cementerio no ofrecía respuestas. Solamente más preguntas.

Una hora más tarde estaba frente al edificio de los Cementerios Municipales de New Orleans en la calle Tchoupitoulas.

No necesitaba darme la vuelta para saber que Yan estaba cerca. Siempre merodeaba entre las sombras, vigilándome. Algo que antes despreciaba, pero que ahora me reconfortaba y me daba seguridad.

Empujé la pesada puerta y entré. El sitio *web* me había dado el nombre de la superintendente de los Cementerios Municipales de New Orleans, así que la busqué en el directorio. Segundo piso.

Jane Ford, Superintendente de Cementerios.

Sacudí la cabeza ante el título grabado contra la puerta. Al menos fue fácil de encontrar.

Me pasé la mano por mi vestido Valentino negro y me aseguré de que nada estuviera fuera de lugar. No había necesidad de que los desconocidos supieran el desastre que había sido para mí desde la muerte de Adrian o que me había dado al alcohol.

Me soplé en la palma de la mano para asegurarme de que no apestaba a alcohol. Solamente olía a enjuague bucal.

Toc. Toc.

—Pase.

Empujé la puerta y entré, luego me detuve y miré por encima del hombro.

—Estaré bien aquí, Yan.

Hice un gesto escueto y cerré la puerta. Una anciana de rasgos suaves y cabello blanco recogido en un moño me miró cuando me acerqué a su escritorio. Me reconoció, me di cuenta por el destello de conocimiento que llenó sus ojos verdes.

Tomé asiento frente a ella y crucé las piernas.

—¿En qué puedo ayudarla, señora Morozov? —inquirió confirmando mi sospecha de que sabía quién era—. ¿O prefiere señora Nikolaev?

Ignoré su pregunta.

—Quiero saber quién encargó el grabado de la placa del nicho de mi esposo —repliqué sin perder tiempo. No había necesidad de cumplidos innecesarios—. Y quiero que despidan a quien haya puesto esa mierda.

Su expresión no vaciló, la misma sonrisa curvando sus labios.

—Veamos —dijo agarrando una carpeta de su escritorio. Revolvió unos papeles, pero me dio la impresión de que estaba haciendo tiempo y que ya tenía una respuesta. Como si esperara esta visita. Pero ¿qué carajo...?

—¡Ajá! —exclamó. Sacó un trozo de papel, su mirada recorrió la página y luego la dirigió a mí. Observé su rostro, su expresión no era reveladora, aunque algo en sus ojos me hacía cosquillas en el fondo de la mente. Una sensación en la boca del estómago me alertaba, aunque no podía precisar qué era lo que me molestaba de ella—. El grabado lo encargó usted, señora Nikolaev.

Soltó la bomba y mi mente se quedó en blanco. La observé, repitiendo lentamente sus palabras en mi mente. ¿Quizá la había entendido mal? Tal vez mi español y mi ruso estaban confundidos. Al fin y al cabo, el accidente me había provocado una conmoción cerebral.

—¿Disculpe? —Mi voz sonaba distante. Un torrente de ruido recorrió mi cerebro. Susurros. Advertencias.

—El grabado de la placa lo ha encargado usted —repitió despacio como si hablara con una imbécil.

—Eso es imposible. —Nunca escribiría algo tan morboso. Tan jodidamente mafioso—. ¿Tiene una copia de la orden?

Sus labios se curvaron en una media sonrisa fría.

—Pensé que nunca lo preguntaría.

Sujetó el papel y extendió la mano sobre el escritorio. Me alarmé, pero hice caso omiso y tomé el papel. Lo leí, cada palabra más confusa que la anterior.

Hasta la última línea.

Mi firma en la línea punteada me miraba fijamente, cuestionando mi cordura.

CAPÍTULO TRECE

TATIANA



El tiempo no trajo más respuestas. Solo más preguntas.

La frustración se apoderó de mí. Me hirvió la sangre de ira. La melancolía me tragó.

Quizá volví a la fase dos o tal vez estaba en la cuatro: *depresión*. ¿Había una etapa para perder la cabeza?

Anoche juré que escuché sonar la radio. La canción que Adrian y yo bailamos. Mientras la luna permanecía en lo alto del cielo, escuché esas palabras repitiendo *Walking in the Shadows* de Jillian Edwards. Excepto que no sonaba la canción entera. Las mismas palabras se repetían una y otra vez. *Sigo. Sigo. De pie en las sombras*.

Estaba demasiado aterrorizada para salir de la cama, me tapé los oídos con las palmas de mis manos y me encogí mientras las lágrimas calientes me quemaban la piel. Tenía miedo de los fantasmas. De convertirme en mi madre. De volverme loca.

Sí, probablemente el escenario para perder la cabeza solamente estaba dedicado a los miembros Nikolaev. ¡Dios mío!

No tenía ni puta idea de dónde estaba, esa era la pura verdad.

Las semanas pasaron volando. El hurgar entre las cosas de Adrian me proporcionaba más interrogantes, no respuestas. Notas extrañas aparecían aquí y allá. Llamar a N. ¿Quién era N? Itinerario N y J. ¿Quién demonios eran esas personas?

Meses rebuscando información solo para acabar más confundida. La información que encontré en la habitación de Adrian no arrojaba luz sobre nada. No parecía haberse centrado en una sola persona con sus videos secretos y condenatorios. Estaba por todas partes: políticos, miembros del bajo mundo, médicos. No había ninguna razón para lo que estaba haciendo o a quién tenía como objetivo, pero los videos que descubrí incluían mierda muy aterradora. Si alguno de ellos supiera de esto, lo querrían muerto.

Dios, tal vez *todos* lo querían muerto.

Entonces, las palabras de Alexei de la mañana del funeral se abrieron paso a través de la niebla.

Él no era bueno para ti. Ya no.

Eso requería una explicación. Tendría que acorrallar a Alexei y preguntarle qué quería decir con eso, aunque no el día de hoy. «*Hoy necesitaba ahogarme en el alcohol*». Una pequeña duda susurró en mi mente, burlándose de mis palabras.

¿Cuántas veces había dicho *hoy no*?

Mis dedos sudorosos agarraron la licorera, la única medicina que me mantenía en pie. Todos mis cortes y magulladuras se habían curado hacía tiempo, aunque mi mente no. En todo caso, empecé a cuestionarlo todo.

¿Qué hice?

¿Qué había hecho Adrian?

¿Qué demonios estaba pasando?

Un extraño tipo de ira se apoderó de mi pecho y se negó a soltarme. Culpé a la muerte de mi marido. Culpé a esta maldita vida. Al bajo mundo. Culpé a todo el mundo. A todos, incluso a mí misma.

Escuchaba voces por la noche. Las cosas del *penthouse* estaban aquí un día y desaparecían al siguiente. El hombre con el que me casé no era quien yo creía. Todo se estaba volviendo demasiado. Sentía que había perdido la cabeza y tenía miedo de que alguien lo viera. ¿Y si mis hermanos decidían que estaba loca como nuestra madre y me encerraban?

Era mejor ocultarlo todo ya fuera con alcohol, ira o lo que fuera.

El pánico por mi estado mental me dificultaba la respiración. Necesitaba aliviar de alguna manera esta rabia. Deshacerme de la amargura y de la adicción que claramente estaba alimentando, sin embargo, no sabía cómo. Se había convertido en parte de mí.

Me temblaba la mano cuando me llevé la licorera a los labios y la incliné. Una miserable gota tocó mis labios, con sabor amargo. La agité una y otra vez. Como si eso fuera a producir más alcohol. Necesitaba más para sentir menos. Para ahogar los pensamientos de mi cabeza. Eran demasiados.

Mis pies se movían por las calles adoquinadas. La gente pasaba a mi lado. Hombres, mujeres, niños, familias. Nadie prestaba atención a otro borracho en la calle. Había muchos en esta ciudad. O tal vez todos me prestaban atención, pero pensaban que me lo merecía.

La princesa mimada Nikolaev en su punto más bajo. O tal vez aún tenía margen para caer todavía más bajo.

Mis pensamientos eran confusos, iban y venían. Algunos tenían sentido; la mayoría no. Era el alcohol en mis venas. Me costaba pensar. ¿Me estaba volviendo loca?

Dios, esperaba no convertirme en mi madre. No podía convertirme en mi madre. Eso sería malo. *Muy* malo.

Crucé la calle con mis pequeños tacones chasqueando contra el pavimento. Me vi reflejada en el escaparate de una tienda. El vestido estilo de los años setenta, blanco en la parte superior y negro en la falda, se ondulaba con cada uno de mis movimientos. Me llegaba desde la cintura hasta las rodillas y favorecía mi figura, que había adelgazado demasiado en los últimos meses.

Era curioso cómo nuestro exterior nunca reflejaba nuestro interior. Todo el mundo esperaba una Tatiana pulcra y a la moda.

Así que ahí estaba yo. Me veía pulcra y arreglada por fuera, pero por dentro era un desastre. Tal vez era una alcohólica. Tal vez estaba loca. Después de todo, era cosa de familia. Esos malditos genes, no había forma de escapar de ellos.

Exhalé. Debería haberme quedado en la cama. Al menos tenía un bar bien surtido en casa o tal vez debería ser inteligente y hurgar más entre las cosas de Adrian. Buscar respuestas.

En lugar de eso, allí estaba, vagando por esas calles llenas de vida mientras la falta de sueño me oprimía los músculos.

Escuchaba susurros en mi mente. Palabras que no tenían ningún sentido.

“La dejó morir”. Las palabras fueron dichas. Estaba segura de haberlas oído, pero no recordaba nada más. ¿Quién me dejó morir? ¿Quién pronunció esas palabras?

Molesta por las palabras que no entendía, aceleré el paso. Yan y Yuri me seguían, no obstante, había aprendido a ignorarlos. Era una constante desde el accidente. El único momento en que no me seguían era cuando estaba en el *penthouse* o con mis hermanos.

El clima fresco de New Orleans me llenaba los pulmones y me rozaba la piel. El calor del alcohol me calentaba por dentro y no podía decidir si me ayudaba o no.

La ciudad bullía de vida. El ambiente de la vieja New Orleans se respiraba en el aire, se olía en la brisa, se escuchaba en la música y se sentía en los colores que me rodeaban.

Sin embargo, el ambiente no encajaba con mi estado de ánimo. The Crescent City flotaba mientras yo me ahogaba. La vitalidad de la ciudad resaltaba mi oscuro estado de ánimo. Solía ser una habladora, una parlanchina alegre, pero ahora prefería mi propia compañía. Ni siquiera me reconocía a mí misma.

El alcohol me inundaba la sangre, haciéndome sentir relajada, adormeciendo todos mis sentidos. Aunque no conseguía mitigar la decepción que sentía en la boca del estómago. Me prometí que dejaría de beber. Lo intenté, de verdad, pero empezaron los sudores, luego los temblores. Me temblaban las manos. Los síntomas de abstinencia eran malos.

Di la vuelta al callejón y opté por una calle menos transitada. Ya no soportaba las risas ni la música. El constante chasquido de mis tacones y mis guardaespaldas a lo lejos era lo único en lo que me concentraba, ignorando todos los demás ruidos.

Entonces el segundo par de pasos se detuvo. Ocurrió muy rápido. Cuando me di cuenta y me volteé, ya era demasiado tarde.

Unas manos implacables me empujaron, mi espalda chocó contra la pared y una mano me tapó la boca. Mi licorera repiqueteó contra el suelo. El impacto y la mano que me obstruía el oxígeno me cortaron la respiración. El impacto me nubló la vista. Parpadeé y volví a parpadear, observando fijamente la cara del desconocido.

Pómulos altos. Cabello negro como las plumas de un cuervo. Ojos oscuros y fríos. Una piel preciosa. Sería hermoso, si no fuera por esa mueca que curvaba sus labios. Y la crueldad en sus ojos.

—¿Dónde está el chip? —Su voz era áspera. Muy acentuada. Desconocida.

Mis ojos se movieron a la izquierda, luego a la derecha, buscando frenéticamente a mis guardaespaldas. No estaban por ninguna parte. El corazón me retumbó en el pecho, presionándome las costillas.

Asumía que estaba por mi cuenta.

Sin embargo, lo sabía. No era rival para ese tipo. No en mi estado de embriaguez.

Bajé los ojos hasta su muñeca y me tembló el pulso. Una manga de tatuaje *Yakuza* decoraba su piel. ¿*Yakuza* en New Orleans? La niebla inducida por el alcohol se apoderó de mi cerebro.

No estaba tan borracha como para no darme cuenta de que eso era malo. *Realmente malo*. Los *Yakuza* eran implacables. Despiadados. Peligrosos. Y sus habilidades de combate eran incomparables.

Sasha siempre intentaba enseñarme movimientos de defensa personal. Nunca había estado particularmente interesada, pero las cosas de alguna manera se me grabaron. Así que fui por ello. Relajé mi cuerpo, engañándolo para que pensara que me había dominado. Entonces le di un rodillazo en las pelotas. Con fuerza.

—¡Putas de mierda! —siseó con una expresión de dolor, pero se negó a soltarme. ¡Maldito sea! El alcohol que corría por mis venas no ayudaba.

Al segundo siguiente, me clavó el codo en las costillas.

—¡*Ouch!* —grité. Me dolía, demonios.

—¡Último aviso antes de que te parta el cuello! —bramó—. El chip de tu marido. ¿Dónde está?

—N-no lo sé. ¿Cuál ch-chip? —balbuceé con la voz apagada.

En un segundo vi su puño volando por los aires y al siguiente el cuerpo del hombre desplomado en el suelo. Sucedió incluso antes de que mi cerebro pudiera procesarlo todo.

Parpadeé, mirando atónita al hombre que yacía a mis pies. No podía ser un miembro de alto rango de la *Yakuza*. Sus pantalones eran decentes, aunque no caros. Su camiseta blanca era de Tommy Hilfiger. No era barata, pero tampoco demasiado costosa.

—¿Estás bien?

Lo primero que percibí fue su aroma. Cítricos, sándalo y especias. ¡Adrian! Aunque, la voz equivocada.

—¿Adrian? —Mi voz era un susurro ronco.

Un rincón de mi mente comprendió que no podía ser él, pero aun así mis ojos se dispararon con esperanza, esperando ver su rostro familiar.

El de mi esposo.

El sentimiento de vacío fue instantáneo, me abrumó con tal fuerza que mis rodillas empezaron a temblar. Mi corazón se estremeció y mis pulmones se expandieron, respirando profundamente. El aroma me penetró hasta lo más profundo, tan potente que me embriagó más que todo el alcohol.

Cerré los ojos y dejé que me inundara. Un momento más de olvido, de esperanza, pero la realidad llegó demasiado rápido.

—¿Estás bien? —La misma voz desconocida.

Abrí los ojos. El hombre que estaba frente a mí no era mi marido, pero olía como él. Justo como lo recordaba de nuestra primera vez juntos.

—¿Por qué hueles así? —cuestioné. Me temblaba la voz. Me temblaban los músculos.

—¿Cómo?

Al hombre que amaba. Como al hombre que lo era todo para mí. Como al hombre que me ocultaba secretos.

En lugar de eso, sacudí la cabeza y permanecí entumecida, ahogándome en sus ojos negros. Eran duros y oscuros, me arrastraban a sus profundidades. Sin embargo, no tenía miedo. El olor me engañó, creyendo que era alguien que no era. Y lo permití, viviendo en el olvido que me ofrecía.

Duró poco.

Se movió y yo retrocedí un paso instintivamente, apoyándome contra la pared. Hizo una pausa, metió sus manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones. Las mismas manos que hacía unos segundos habían noqueado a este hombre con una fuerza brutal.

Intentó no parecer amenazador. *Intentar* era la palabra clave.

Todo era amenazador en él. Había oscuridad en ese hombre. Bajo esa impresionante belleza masculina se escondía algo salvaje. Algo aterrador.

El corazón me retumbó con fuerza en mi pecho. Las partículas del aire se cargan y chisporrotean. Se me calentó la piel y respiré entrecortadamente.

«*Corre, Tatiana*». Me lo advirtió el instinto. Una persona inteligente correría. Sin embargo, me obligué a quedarme quieta, estudiándolo. Acababa de verlo en el cementerio. No era precisamente alguien a quien olvidaría. Encontrármelo dos veces era sospechoso.

Era alto. Muy alto. Probablemente alrededor de metro ochenta, tal vez incluso metro noventa. Llevaba una camisa negra y pantalones blancos. Ropa de muy buena calidad. A la medida.

Costosa. Ese tipo era alguien. Todo en él gritaba dinero y elegancia. Seguridad en sí mismo.

Era eso lo que me fascinaba más que cualquier otra cosa. Su carisma. Y la intimidación de su comportamiento. Ese hombre era peligroso. Reconocería a su tipo entre millones. Crecí con ese tipo.

La pregunta era qué quería y por qué estaba aquí. No podía ser una coincidencia.

Con el corazón latiendo aceleradamente, nos quedamos allí, mirándonos. Estudiándonos. De mala gana me pregunté qué veía él: una borracha, una viuda afligida, una Nikolaev.

Tragué con fuerza. Eso era malo. Si solo fuera un delincuente callejero, podría manejarlo. Fue más fácil cuando me estaba persiguiendo el don nadie, sin embargo, sería difícil dominar a el tipo frente a mí. Era demasiado grande, sus ojos demasiado intensos y la inteligencia en ellos desalentadora.

Mis ojos buscaron frenéticamente a su alrededor, pero estaba solo. Tal vez estaba equivocada y no era más que un transeúnte, un buen samaritano que intentaba ayudar a una mujer en problemas. Normalmente, los hombres como Vasili tenían soldados detrás. Tenía que haber al menos un guardaespaldas, sin embargo, él no tenía ninguno.

Mis ojos parpadeaban observándole su cara y supe al instante que me estaba engañando. Una nube de dureza lo rodeaba. Del tipo que hablaba de cosas que había presenciado y de cosas malas que había hecho. Su rostro estaba inmóvil, sin pestañear. Duro.

Pero sus ojos me arrastraron a sus oscuras profundidades, tragándome en su salvajismo.

Ese hombre estaba exactamente donde quería estar.

—¿Estás bien? —repitió la pregunta. Su voz me rozó la mejilla, profunda e indiferente. Una extraña sensación revoloteó en mi estómago. Una sensación aún más extraña de familiaridad. Sin embargo, mi cerebro estaba demasiado sumido en la niebla para identificarlo.

Y, mientras tanto, sus ojos oscuros descifraban cada centímetro de mi alma.

—Sí. —Mi voz sonó débil. Odiaba parecer débil, así que eché los hombros hacia atrás—. Lo tenía controlado, muchas gracias.

Su ceño se frunció y las comisuras de sus labios se inclinaron hacia arriba. Apenas. No había empatía en su expresión. Ni preocupación fingida. Se quedó allí, inmóvil. Sin pestañear. Como si estuviera esperando.

El escozor bajo mi piel se hizo más profundo. Su cercanía me abrasaba, como cuando estás demasiado cerca del fuego, pero te niegas a alejarte porque el frío te tragaría entera.

—Será mejor que vuelvas a la calle —sugirió, con su aroma a cítricos y sándalo llenándome los pulmones—. Voy a esperar a la policía.

Casi solté una risita. *Casi*.

No sabía a quién estaba engañando, pero no era a mí. Los de su clase no usaban policías para hacer lo correcto. O para hacer lo incorrecto. Los de su clase se ensuciaban las manos como esos hombres, incluidos mis hermanos, en los videos que había visto.

¿Estaba en uno de esos videos de la *laptop* de Adrian? Podría ser donde lo vi antes y la razón por la que me resultaba familiar.

No podía deshacerme de la sensación de que conocía a ese hombre.

CAPÍTULO CATORCE

KONSTANTIN



Una niebla roja cubrió mi visión.

Mis neuronas ardían más rápido que las respiraciones que inhalaba en un intento de calmar mi rabia.

La había estado observando. Acechándola. Esperando el momento oportuno.

Se acercaba el día en que ella sabría los secretos que me pertenecían. Los que pertenecían a Marchetti. Los que pertenecían a cada maldito criminal de este planeta. Solo eso, ponía su vida en peligro. Por desgracia, algunos cabrones no conocían el significado de la paciencia.

Como la maldita *Yakuza*.

Acababa de regresar de California. Mi chofer me dejó en el French Quarter. Entonces la vi. Tenía a dos de mis hombres de confianza siguiendo a Tatiana desde la muerte de Adrian. En cuanto salí del vehículo, los hombres retrocedieron mientras yo caminaba a pie, siguiendo a la mujer que aún parecía estar de luto por su difunto esposo.

Habían pasado más de seis putos meses. Era hora de que siguiera adelante. Él no era digno de ella, era una lacra; *ella*, una reina. Él era traicionero; ella, leal.

Joder, cómo me irritaba eso. El imbécil no valía el suelo que *ella* pisaba. Definitivamente menos sus lágrimas. Ella merecía algo mejor. Se merecía todo el maldito mundo.

El brillo en su mirada se había ido, pero juré el día que la dejé en esa cama de hospital que tomaría las estrellas del cielo nocturno y las pondría donde pertenecían. En sus ojos. Las volvería a ver en sus ojos, aunque fuera lo último que hiciera en esta vida.

Completamente ajena a su entorno y perdida en sus pensamientos, Tatiana bebió un sorbo de su botella. No era difícil adivinar qué contenía. Odiaba que hubiera desarrollado ese hábito, aunque no duraría mucho. No una vez que la tuviera donde quería: en mi casa y en mi cama.

Después de todo, había esperado mucho tiempo por ella. Adrian era un tonto y su estupidez era mi ganancia. En el momento en que supe su verdadera identidad, era hombre muerto de todos modos.

Y entonces la maldita *Yakuza* llegó a ella. Se atrevió a tocarla. La que dije que estaba fuera de los límites. Solamente a mí se me permitía torturarla, y mi tipo de tortura produciría gritos de placer, no de miedo.

Habían noqueado a Yan y Yuri, los dos guardaespaldas que siempre la seguían, lo que la dejaba vulnerable. Mis propios hombres se quedaron atrás, siguiendo mis instrucciones, ya que

tenía la intención de vigilarla yo mismo.

Un error que no repetiría.

Después de encargarme del cabrón y de que cayera desmayado al suelo, me encontré con la mirada de Tatiana. Sus pálidos ojos azules se abrieron de par en par y su respiración se entrecortó. Me observó, buscando en mi rostro, y algo en su expresión me hizo detenerme.

Me hizo esperar.

—¿Estás bien? —Volví a preguntarle, preocupado de que aquel hijo de puta le hubiera hecho daño y yo hubiera llegado demasiado tarde.

—Sí —respondió, agarrando la falda de su vestido. Estaba preciosa. Como la Grace Kelly del siglo XXI. Luego, como si se diera cuenta de que sonaba demasiado débil, añadió—: Lo tenía controlado, muchas gracias.

«Ahí está», pensé satisfecho. Mi valiente reina.

Tatiana Nikolaev no era una mujer que se acobardara. Era tan testaruda como sus hermanos e igual de impulsiva. Su vida estaba llena de decisiones impetuosas y acciones temerarias. Vivía su vida al máximo. Como si fuera su último día en la tierra.

Tenía que ser la razón por la que no podía soportar ver la luz abandonar sus ojos. Ver a mi madre ejecutada dejó una marca, tanto en Maxim como en mí. Ver a Tatiana terminar de la misma manera me destrozaría. Aunque temía que, si se difundía la noticia de su conexión con el chip de Adrian, terminaría como mi madre.

A menos que me casara con ella antes de que alguien se enterara.

La pregunta más importante era si trabajaba con Adrian y, de ser así, cuánto sabía.

—Será mejor que vuelvas a la concurrida calle —sugerí en voz baja—. Voy a esperar a la policía.

Sí, *claro*. Haría que mis hombres metieran a este cabrón en una furgoneta y luego le daría una lección.

Me miró con recelo y contuve la respiración. ¿Me reconocería? Durante los últimos siete años, había sido un susurro constante en mi mente. Cuando por fin supe su identidad, se convirtió en una auténtica obsesión.

Conocía su comida favorita. Su libro favorito. Canciones. Diseñadores. *Todo*, lo sabía.

Ella frunció el ceño.

—¿Nos conocemos?

Dejé escapar un suspiro sardónico, con el fastidio agitándose en mi pecho. ¡Dios mío, esta mujer! Llevaba años obsesionado con ella y ni siquiera recordaba haberme conocido. Aquella noche en la pérgola alimentó mi obsesión y ella no tenía ni más mínima idea de que era yo quien estaba enterrado profundamente en su apretado coño mientras gemía, suplicándome.

¡*Maravilloso!* Eso sin duda me subió el ego.

—Tú dímelo —repliqué irónicamente—. ¿Nos conocimos?

—Como sea. —Hizo un gesto con la mano, como si mi respuesta no importara—. En fin. Gracias, supongo. —Arqueé una ceja.

—¿Supones?

—Como dije, podría haberlo manejado —repitió, entrecerrando los ojos sobre mí—. No soy una damisela en apuros.

Se balanceó sobre sus pies. La mujer era lo suficientemente inteligente como para saber que no podría haberlo manejado.

—Vete a casa. —Necesitaba que ella y ese aroma a rosas desaparecieran antes de que mi control se rompiera y la tocara.

Asintió con la cabeza y se alejó de mí. Mantuve mi atención en ella hasta que dobló la esquina. En cuanto desapareció de mi vista, llamé a Nikita. Contestó al primer timbrazo.

—Síguela y asegúrate de que llegue bien a casa.

—Entendido, jefe.

Mi chofer, Lenosh, apareció a continuación y se detuvo al final del callejón, bloqueando la vista. Boris, mi segundo al mando, y mi chofer se bajaron, mirando al hombre tendido en el suelo.

—¿Está seguro de que es una buena idea? —indagó Boris—. Los hermanos Nikolaev no estarán contentos si nos encuentran en su territorio.

Me encogí de hombros.

—Si empiezan con la mierda, se los quitaré todo. Hay que recordarles que era territorio de mi familia antes que suyo.

Estaban aquí por la gracia de mi viejo. Él no quería este territorio después de llevarse a mi madre y casarse con ella. Así que se lo dejó a Nikola Nikolaev. Mi viejo incluso lo patrocinó. Yo honraría el acuerdo, pero tenía que poner mis manos en ese chip. Si esa mierda terminaba en las manos equivocadas, como la Interpol o el FBI, sería malo.

Para todos, incluyendo a los Nikolaev.

No importaba si llegaba a las manos de nuestros enemigos. Todos caeríamos. La sola idea de que Sofia Volkov tuviera en sus manos una información como esa haría temblar los cimientos del bajo mundo. Esa perra loca y vengativa nos destruiría a todos.

Después de todo, fue mi padre quien derrocó a su marido. El viejo Volkov era el *Pakhan*, pero era débil, perdiendo territorios ante los italianos, franceses, griegos. Así que mi viejo arrasó como el puto Alejandro Magno, con el respaldo de Espinas de *Omertà*, y se convirtió en Konstantin el Grande.

Sí, yo era muy consciente de la maldita ironía.

—Definitivamente se avecinan problemas —murmuró Boris, mi segundo al mando. Se apresuró hacia mí, recogió el cadáver y regresó al vehículo, arrojando el cuerpo inconsciente al maletero antes de atarlo.

Cuando volvimos al coche, el conductor aceleró. Boris agarró su teléfono y lo consultó rápidamente. Probablemente buscaba posibles *hackers*, y luego estaba el hecho de que habíamos hackeado la red de Nikolaev.

Mi atención se centró en los alrededores y todo mi cuerpo se tensó cuando nos cruzamos con Tatiana, cuyos pasos eran un poco inseguros mientras se dirigía a su *penthouse*. La decepción se apoderó de mí cuando no miró hacia mí. Estaba tan obsesionado con aquella mujer y ni siquiera se acordaba de mí.

Paro cuando todo terminara, ella me recordaría. Cada maldita caricia. Cada palabra. Todo.

Había adelgazado, pero sus rasgos eran los mismos: delicados, hermosos y jodidamente tentadores. ¿Cómo pudo haberme confundido con Adrian? Yo vivía para esos sonidos que ella hacía. Aquellos gemidos eran imposibles de borrar de mi memoria, por mucho que lo intentara.

Me sacudí la imagen de la cabeza o me arriesgué a que se me pusiera dura. No era el momento adecuado.

En lugar de eso, llamé a un contacto que sabía que no me delataría con Marchetti. El famoso, más bien infame, *Príncipe Amargado*.

Amon Takahashi Leone.

El segundo al mando de la organización *Yakuza*, no solo una rama en un país determinado, sino en el mundo. A decir verdad, él debería ser la cabeza. Solo tenía que aprovechar la

oportunidad. Era el único hombre que tenía conexiones con la *Yakuza* y conexión indirecta con Marchetti. Tal vez Enrico se había cansado de esperar. Aunque esperaba que me diera la cortesía de un maldito aviso.

Contestó al tercer timbrado.

—Sí.

—¿Enviaste a la *Yakuza* tras Tatiana Nikolaev? —gruñí.

Si lo hizo, lo borraría del planeta. A pesar de lo mucho que admiraba al maldito y lo mucho que había logrado.

—No.

—¿Lo hizo Marchetti?

—No.

—Pero sabes quién lo ordenó —declaré. Nada ocurría en la *Yakuza* sin el conocimiento de Itsuki Takahashi, su primo.

—Sí. —Joder, él y sus respuestas cortas.

—Tu primo es un problema.

Amon no hizo ningún comentario. No es que esperara que lo hiciera. En cambio, su respuesta llegó con voz fría, en su perfecto inglés británico:

—No será el último intento. Escóndela.

—Mantén a tu primo alejado o acabará muerto, carajo.

Pasó un latido antes de que las siguientes palabras de Amon dispararan furia por mis venas.

—Maxim dio la pista.

La ira se extendió como el fuego a través de mí y una niebla roja volvió a cubrir mi visión. La idea del cuerpo sin vida de Tatiana y de no volver a ver ese brillo en sus ojos azules me revolvió el estómago. Mis manos se apretaron con furia mientras terminaba la llamada. Maxim. Mi maldito hermano gemelo. Nunca habría esperado semejante traición de su parte.

Inhalando profundamente, solté el aire y volví a repetirlo. Tardé varios minutos en calmar la rabia que me devoraba por completo. Cualquier otro, estaría muerto en una hora.

También me encargaría de Maxim.

Mientras tanto, le daría una lección al primo de Amon. Tal vez incluso iría más allá y acabaría con él. Entonces Amon podría apoderarse de ese reino.

Hoy, sin embargo, destrozaría al tipo que se atrevió a tocar a Tatiana. Lo destrozaría. Tal vez le enviaría su corazón a Itsuki Takahashi con un mensaje.

Sí. Eso me gustaba mucho.

El auto se detuvo frente a uno de los almacenes que compramos a las afueras de la ciudad. Su ubicación era perfecta, justo en el río Mississippi. Hacía fácil deshacerse de imbéciles como este. A los cocodrilos les encantaba comer humanos.

Lenosh había sacado al tipo del maletero y lo había arrastrado al interior del almacén antes de que yo saliera del coche. Aceché dentro, dejando que la ira me hirviera la sangre y se extendiera por mi interior.

¿Quién diablos se creía que era para poder tocarla? Un pequeño mensajero de la *Yakuza*. Aunque fuera el jefe de la *Yakuza*, no se le permitiría poner sus sucias manos sobre Tatiana.

Entré y me lo encontré rodando por el suelo de cemento y gimiendo mientras se agarraba las pelotas. Mis labios se curvaron en una media sonrisa. Me sentí muy orgulloso cuando la vi darle una patada en los huevos. Tatiana era una guerrera, y ya era hora de recordárselo.

Ella era *moye solntse*. Mi sol. *Moya luna*. Mi luna. Mi todo.

Finalmente se dio cuenta de mi presencia y se sentó. Lo dejé. No tenía sentido atarlo a la

silla. No había ningún sitio al que pudiera correr sin que yo lo atrapara. Ya tenía las muñecas atadas a la espalda. Casi esperaba que huyera. Así disfrutaría más matándolo.

Sus ojos oscuros y rasgados se encontraron con los míos.

—¿Qui-eén e-eres tú-ú? —balbuceó con un español con acento marcado.

—Nadie.

Saqué la pistola mientras me acercaba a él, luego el silenciador y me tomé mi tiempo para colocarlo.

—¿Hiciste el juramento de *Omertà*?

Sus ojos se abrieron de par en par y el sudor le recorrió la frente.

—Sí.

Su mirada se clavó en mis movimientos mientras me acercaba a él.

—Has tocado lo que es mío —reviré mientras le ponía la punta del arma en la frente—. Mala idea.

Espetó una cadena de palabras en japonés. Sabía lo suficiente para entender que me estaba maldiciendo.

—Ah, estás pidiendo que te corte en rodajas —agregué—. Puedo complacerte.

Sonreí y tomé mi cuchillo. Su lengua fue lo primero que perdió, pero ciertamente no lo último.

Cuando terminé, ya no le quedaba sangre en el cuerpo. Se derramó por todo el suelo del almacén.

El último movimiento fue sacarle el corazón.

—Voy a enviarle esto a tu jefe —comenté al cadáver.

No se opuso.

CAPÍTULO QUINCE

TATIANA



Con el alcohol aún en las venas, mis pasos vacilaron al traspasar el umbral del *penthouse* que solía compartir con mi esposo. Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella mientras el corazón seguía latiéndome con fuerza en mi pecho.

Me desplomé contra la puerta. Solo entonces dejé escapar un suspiro de alivio. Mis ojos recorrieron el desolado *penthouse*. Había muebles por todos lados, pero las pequeñas cosas que lo convertían en un hogar no estaban. Las fotografías enmarcadas estaban guardadas en algún lugar donde no me miraran, recordándome lo que había perdido. Sin embargo, los recuerdos no se borraban tan fácilmente. Cada uno acechaba en los rincones de mi mente, diciéndome que era hora de seguir adelante. Tal vez dejar ir algunas cosas.

«Como este lugar», pensé en silencio.

El lugar ya no se sentía como mi hogar, pero era más seguro que allá afuera. Dios, eso fue intenso.

Yakuza.

¿Fueron los que mataron a Adrian?

¿Qué diablos estaba pasando? Adrian se vio envuelto en algo que no debía y yo aún no sabía qué.

De alguna manera sentía que ni siquiera lo conocía. Tal vez no encajábamos tan bien como pensaba.

Este lugar, por ejemplo. Adrian prefería su casa fuera de la ciudad. Yo no. Optaba quedarme aquí. Este *penthouse* estaba en el centro de la ciudad. El French Quarter se podía ver desde las ventanas. Me reconfortaba saber que el bullicio de la ciudad estaba justo al otro lado de la ventana. Me hacía sentir no tan desesperadamente sola.

O quizás era todavía más solitario estar entre millones de personas, risas y música y esta era mi forma de torturarme.

¡Mierda!

Yan y Yuri todavía estaban por ahí en alguna parte. Debería ir a buscarlos. No podría mirar a sus familias a los ojos si les pasaba algo por mi culpa. Justo cuando me debatía entre volver a salir al peligro, sonó un suave golpe en la puerta.

Todo mi cuerpo se puso rígido y dejé de respirar. ¿La *Yakuza* envió más hombres y me habían seguido hasta casa?

Asustada hasta de respirar, mantuve la mano sobre mi acelerado corazón para calmarlo.

—Tatiana. —Un poco de aire salió de mis pulmones. Era la voz de Yuri. Entonces, para asegurarme de que no me lo estaba imaginando, me asomé por la mirilla. Sí, era Yuri.

Quité el seguro de la puerta, la abrí y me lancé sobre él.

—Creía que te habían matado —hablé con la voz temblorosa. Tenía los nervios destrozados, aunque el alcohol podía tener algo que ver.

—No, solo me dejaron un chichón en la cabeza —refunfuñó—. Es más importante que estés bien.

—No digas eso —contradije suavemente—. Mi vida no vale más que la tuya. Pregúntaselo a tu familia.

Sonrió y mis ojos se clavaron detrás de él.

—¿Dónde está Yan?

—Está abajo. Coordinando un chequeo alrededor del edificio, asegurándose de que no hay otros alrededor.

—Por favor, dime que no le has dicho ni una palabra a Vasili. —Mi hermano se pondría completamente en modo protector hiperactivo. Era tan adorable como controlador.

—Todavía no, pero debemos hacerlo.

Sacudí la cabeza.

—No, no debemos.

—Tatiana...

—¡No! —Lo fulminé con la mirada—. Primero, te culparía por haber permitido que te dejaran inconsciente. Luego, me asignaría todo un ejército y posiblemente te despediría. Mantengamos esto entre nosotros.

—A Yan no le va a gustar.

—Dile a Yan, que yo te pago, no Vasili. —Yuri levantó la ceja como si dijera que todo mi dinero era de Vasili. Bueno, eso no era cierto. Yo tenía mi propio fondo fiduciario y lo administraba bien—. Se acabó. Ahora entra —exigí.

Yuri negó con la cabeza.

—No, yo vigilaré aquí. No veo la amenaza desde dentro. —Se dio la vuelta y cerró la puerta—. Enciérrate.

Hice lo que me pidió y volví a apoyarme en la puerta respirando aliviada. Yuri y Yan estaban bien. Yo estaba bien. Relativamente hablando.

—Chip —murmuré mientras colgaba el abrigo en el perchero junto a la puerta y me dirigía a la cocina, con pasos pesados y lentos—. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Es eso lo que...? —Me di cuenta. Debería haberme dado cuenta antes, pero el alcohol que llevaba en las venas no ayudaba—. ¡Eso debe ser lo que buscan esos hombres! —Ahora tenía un rumbo. Un propósito. Lo encontraría y obtendría mis respuestas—. ¿Dónde está ese maldito chip?

Se sentía importante. Ese hombre claramente pensaba que yo lo tenía.

Me dirigí a la ventana y miré a la gente debajo de mí, apresurándose a su destino final, mientras mis pensamientos vagaban.

¿Era esa la razón por la que Adrian no quería tener hijos? Era posible que supiera que estaba tan metido que pondría en peligro a nuestra familia. El recuerdo de aquella última semana juntos apareció en mi mente.

Yo era testaruda, exigente para salirme con la mía y ajena a lo que aparentemente estaba pasando.

Adrian y yo nos sentamos en el sofá, cada uno en el lado opuesto. Pasaban una vieja película de

Grace Kelly. Flash. Lujo. Cámaras. Vestidos. No obstante, no vi nada de eso. Las ruedas de mi cerebro giraban furiosamente desde que el día anterior soltó la bomba. INFÉRTIL.

Al principio, fue un shock. No sabía qué pensar de ello o que sentir.

Pero desde entonces, había tenido tiempo para pensarlo. No era un obstáculo. Días de investigación me mostraron que había muchos niños que necesitaban una familia. No estaba dispuesta a renunciar a nuestra familia solo porque él fuera estéril.

—Podríamos adoptar —susurré.

Si pudiera demostrarle a Adrian que un niño sería una bendición. Necesitaban amor y afecto, una familia cariñosa. Mis hermanos querrían a su sobrina o sobrino, independientemente de si adoptábamos o dábamos a luz.

La temperatura en nuestro penthouse descendió hasta el invierno siberiano que te congela el maldito trasero.

—Déjalo, Mocosa. —La advertencia de Adrian fue vehemente y dura.

Yo no era de las que se rendían. La terquedad era parte de mi genética. Así que insistí.

—He investigado unas cuantas agencias —continué, mientras la tensión se notaba en sus hombros—. Hay algunas aquí en Estados Unidos; aunque podría ser más rápido si adoptamos de una internacional. —No me miró, pero la tensión se hizo palpable. Era tan densa que casi podía saborearla—. ¿Quizá podríamos adoptar en una agencia rusa?

Después de todo, él venía de las calles de Moscú. Conocía a algunos niños que habían crecido en orfanatos rusos. Podríamos darles una vida mejor.

—¡No quiero un niño! —siseó sin siquiera dedicarme una mirada.

Luego salió disparado y empezó a alejarse de mí. La rabia ciega fue como una inyección y yo también me levanté de un salto.

—¡Dame una razón! —grité—. Una buena razón. Te niegas a considerar lo que quiero o necesito.

—Tatiana, te han mimado toda la vida —expresó, sin voltear la cabeza—. Nunca lo entenderías.

Me quedé estupefacta mirándolo. Tardé un minuto en formular una pregunta.

—¿Entender qué, Adrian? —indagué con voz dolida. Sí, mis hermanos me daban todo lo que podían, pero yo no me consideraba una malcriada. Nunca exigí cosas irrazonables y siempre estuve dispuesta a trabajar por lo que quería—. ¡Adrian, no te alejes de mí! —exclamé—. Háblame.

La puerta se cerró de golpe y mi voz resonó por todo el penthouse vacío.

Me había dejado. Otra vez.

Al final, me dejó para siempre, ¿no?

Aunque al principio éramos felices. Antes, aquí había vida. Felicidad.

Teníamos una vida juntos. Me mudé con él. Nos reíamos. Veíamos películas. Hacíamos planes. De repente, cambió casi de la noche a la mañana.

Mis ojos recorrieron la habitación vacía.

Los aparatos de Adrian solían estar por todas partes. Mis revistas de moda. Sus botas de combate que se quitaba de una patada y dejaba tiradas en medio del pasillo. Me volvía loca, decía que las guardaría, pero nunca lo hacía y yo me irritaba.

Parecía una cosa tan insignificante por la que preocuparse ahora. A la luz de la muerte eterna.

Tantos recuerdos. La mayoría estaban guardados. Algunos olvidados. El día en que todo terminó permanecía en la oscuridad, esperando a salir de las sombras.

Otro escalofrío recorrió mi espalda. El lugar era demasiado oscuro y vacío.

«*Un poco como yo*», pensé.

Después del accidente, dejé de comer, de bañarme y de vivir durante un tiempo. No podía cuidar de mí misma, pero me negaba a que nadie más cuidara también de mí. Y ahora... bueno, quería la verdad y respuestas.

De repente, me di la vuelta y fui a la cocina.

Abrí el refrigerador y lo encontré vacío excepto por dos rebanadas de queso. No tenía ni idea de cuántos años tenía ahí dentro, así que opté por no comer. Me senté en la mesa vacía de la cocina, lo único que había en ella era una botella de vodka. Mi compañera constante. Contemplé la mesa vacía, los estantes vacíos.

El lugar había estado *vacío*. No había visitas desde hace semanas. Solamente yo.

Tanto Isabella como Aurora seguían recordándome que siguiera adelante. Ninguna de las dos fue capaz de conseguir más información sobre el acuerdo entre Vasili y Adrian. Aurora tenía claro que no estaba dispuesta a indagar en el pasado de Kingston para averiguar en qué estaba metido exactamente.

Las palabras de Aurora fueron:

—Ciertas cosas es mejor dejarlas en el pasado. Sigamos adelante.

Excepto que yo no podía hacerlo.

Cada noche venía un recordatorio. Cada noche me visitaban fantasmas.

Dejé escapar un suspiro, casi temiendo la próxima vez que cerrara los ojos. Cuanto más bebía, menos recordaba de los sueños. No obstante, sabía que mis hermanos tenían razón. No podía seguir así. Me destruiría a mí misma, o a mi hígado, mínimo.

Otro suspiro resonó en la casa. Estaba tan condenadamente silenciosa. Demasiado vacía.

—¿Puedes dejarme dormir esta noche? —pregunté, esperando a medias una respuesta.

Pero ¿de quién? ¿De los fantasmas? ¿De los recuerdos? ¿De Adrian?

Cerré los ojos, el corazón me dolía de aquella forma tan familiar. No desapareció con el tiempo, pero se atenuó. El dolor estaba dentro de mi pecho, un compañero constante y un recordatorio de lo que había perdido.

Seguir adelante no debería ser tan difícil, tan doloroso.

Una respiración agitada llenó el espacio. Resonó en las paredes, viajó a través de la oscuridad junto con un golpeteo contra las ventanas. Miré por el gran vidrio que iba del suelo al techo. Había vuelto a llover. En los últimos meses había llovido mucho. Hacía un clima deprimente.

Una lágrima cayó, resbalando por mi mejilla, dejándome sola con los recuerdos de mi esposo muerto.

Me serví un vaso de vodka y me lo bebí de un trago. Luego me serví otro. Sabía amargo. No me gustaba su sabor, pero aun así me negué a dejarlo. Necesitaba la inyección de insensibilidad que lo acompañaba. Mi cuerpo no tardó en relajarse y el zumbido de mis oídos en aumentar. El mundo daba vueltas, aunque no me importaba.

Tomé el vaso con una mano, la botella con la otra y me dirigí al dormitorio. Puse los dos sobre la mesita de noche, luego mis dedos se dirigieron a la cremallera y el sonido cortó el aire. Dejé que el vestido cayera por mi cuerpo y se encharcara a mis pies.

El aire acondicionado debía de estar apagado porque hacía calor. Oía el ruido de las sirenas a lo lejos. Alguien debajo de mí debió de dar un portazo porque todo el edificio tembló.

Lo ignoré todo.

Agarré el vaso y la botella, me senté en la cama y me serví otro trago. Me lo bebí de un sorbo y cerré los ojos.

Seguía sin poder deshacerme de aquella sensación. La misma sensación de todas las noches. Alguien me observaba.

El vaso y la botella de mi mesita de noche se hicieron añicos en el suelo. Mi corazón tronaba. Respiraba entrecortadamente. Llevé las piernas al pecho y me encogí. Cerré los párpados con fuerza, esperando borrar todas las imágenes de mi mente.

—Duerme, duerme, duerme —murmuré mientras me mecía en la cama. «Mocosa. Moya luna. Mocosa. Moya luna». ¿Por qué mi mente susurraba esas estúpidas palabras una y otra vez?

Había cristales por todas partes. Yo colgaba cabeza abajo. Las voces discutían. La sangre cubría mi cara. Adrian se había ido. Miré a mi alrededor buscándolo, no estaba en ninguna parte.

¿Me había abandonado?

Una mano se estiró hacia mí. La mano de un hombre. Una mano fuerte. No era la mano de Adrian, pero olía como mi marido: a cítricos y sándalo.

Sentía el corazón en mi garganta.

—No dejaré que te pase nada. —No era la voz de mi esposo, pero yo conocía esa voz. La conocía, maldita sea. Pero ¿de dónde?—. Agarra mi mano.

Grité. Los latidos de mi corazón se hicieron más fuertes, compitiendo con los gritos y zumbidos de mi cabeza.

—Por favor, no me dejes morir. —No estaba preparada para la muerte. Las lágrimas corrían por mi cara. Su sabor salado escocía. Quemaban. Algo ardía. Estaba demasiado caliente. Me dolía.

—¡Solo un centímetro! —exigió la voz del desconocido—. Dame un centímetro y te tendré para siempre, Tatiana.

¿Quién eres tú? Quise preguntar, pero solo me salían gemidos y llantos. Tenía que llegar hasta él. El hombre se agachó y ahora podía verlo. Nuestras miradas se cruzaron y la sangre hirvió en mis venas. Me rodeó como un tornado envuelto en fuego.

O tal vez era el fuego del coche en el que estaba atrapada.

Extendí la mano. Los cristales me cortaron la piel. El parabrisas destrozado me hizo un corte en el antebrazo, pero lo ignoré y la sangre que brotaba de la herida.

—Estoy aquí —dijo con voz grave. El acento ruso—. Solo un poco más.

Nuestros dedos se tocaron y fue todo lo que necesitó. Agarró la punta de mis dedos, tirando de mí. Mis huesos crujieron, aunque no me importó. Él me salvaría.

Las llamas me quemaban la espalda.

—Por favor —sollocé. Mis dedos se zafaron de su agarre y mi mano cayó sobre el cristal. El agotamiento, pesado y abrumador, me ahogó. Veía varios puntos negros. Me obligué a levantar la cabeza buscando su oscuridad.

Sus ojos brillaron, oscureciéndose con furia y determinación.

—No te rindas, joder —refunfuñó.

Se nos pegaron trozos de cristal. Por mi piel corría sangre caliente y pegajosa.

La suya. La mía. La nuestra.

El dolor me atravesó, explotando en mi cabeza. Mis manos estaban cubiertas de sangre. Me ardían las entrañas. Me dolían todos los músculos del cuerpo.

—Tatiana, dame la mano —exigió—. ¡No te atrevas a cerrar los ojos!

La oscuridad seguía apareciendo, haciendo un túnel en mi visión. Apenas podía verlo. Intenté mover la mano, de verdad.

Sus ojos seguían clavados en mí. Oscuros. Devoradores. Exigentes.

Me desperté con un grito desgarrador que recorrió el aire y me levanté bruscamente en la cama, con todo el cuerpo empapado en sudor. Mi corazón latía con fuerza y mis ojos recorrían la oscura habitación mientras mi pecho subía y bajaba, respirando entrecortadamente.

Inhalando profundamente, una y otra vez, me repetía que nada más era una pesadilla. Un sueño.

Mis dedos se enroscaron en las sábanas, formando puños, y me encogí en posición fetal. Cerré los ojos al oír la débil voz. Me incorporé y escuché. Volví a oírla. Y otra vez. Repetía la misma palabra. Como un disco rayado sonando por el altavoz.

Una y otra vez.

—*Tu traición. Tu muerte.*

Fue la voz de Adrian la que atravesó la oscuridad y me produjo escalofríos.

Durante el resto de la noche, me quedé helada, mirando fijamente la puerta vacía mientras en mi mente aparecían imágenes de fantasmas. Incluso me convencí de que oía voces susurrando en la oscuridad, prometiendo venganza.

Con el primer destello del alba supe lo que tenía que hacer. Era hora de buscar la verdad y dejar la bebida.

Pero primero, me mudaría de una maldita vez.

CAPÍTULO DIECISÉIS

KONSTANTIN



Marchetti y Agosti estaban en la puerta del restaurante a las afueras de Roma donde Marchetti solía hacer sus reuniones. El local *Rose Spinosa*, traducción de Rosa Espinosa, era propiedad suya.

Incluso a la luz de la luna, pude ver que ambos iban impecablemente vestidos con trajes oscuros, con más aspecto de hombres respetables de negocios que de jefes de una de las cinco familias italianas. Al menos aquí, en Italia. DiMauro, Agosti, Leone, Romero y, por supuesto, Marchetti fueron una vez conocidos como los reyes. Y luego, sus imperios cayeron.

Pero mientras el mundo no estaba mirando, cada una de esas familias había regresado más fuerte y más poderosa. Permaneciendo en las sombras, gracias a la tecnología de Konstantin, que les dio una ventaja extra. Hicimos una alianza inusual. Volvimos a ser reyes.

Había una fila de SUVs negras estacionadas alrededor del restaurante con varios soldados patrullando la calle.

Mi propio conductor se detuvo y salí en cuanto abrió la puerta. Al ajustarme los gemelos, sentí que los ojos de Enrico Marchetti y Giovanni Agosti se volvían hacia mí. Unos marrones oscuros y los otros verdes. El primero rondaba en medio de los cuarenta, el segundo en sus treinta.

Enrico poseía una gran propiedad en Roma y negocios por todo el mundo. Giovanni Agosti sería el único heredero de los negocios de su tío Matteo Agosti en Italia. Matteo Agosti dirigía la mafia italiana de Boston y se decía que su esposa quería pasar más tiempo con su marido. Giovanni fue una buena elección. Permanecía bajo el radar y seguía las reglas, a diferencia del hermano de Matteo. Ese era un imbécil.

—Konstantin —me saludaron Agosti y Marchetti al mismo tiempo.

—Espero no haber llegado tarde. —Vine solo. Opté por no arrastrar conmigo a Nikita ni a Lenosh. Los dejé para que vigilaran a la mujer de ojos azul pálido. Ella necesitaba más protección que yo.

—Justo a tiempo.

A decir verdad, me importaba una mierda si llegaba tarde o no. Sabía exactamente por qué Marchetti exigía esa reunión. Quería saber el progreso con Tatiana. Las grabaciones de vídeo de nuestros pecados habían resurgido y empezaba a mofarse de nosotros, causando estragos entre el bajo mundo. El hecho de que viniera de la dirección IP de Tatiana no ayudaba, joder.

Luego estaba todo el puto asunto del chip. Si ese chip que creó Adrian caía en las manos

equivocadas, pondría en peligro a todo el mundo en la sombra de la *Omertà*. Sin embargo, esa no era la peor parte.

Al menos no para mí.

Ese chip contenía una lista de todos los hombres poderosos y sus hijos ilegítimos. Esos hijos ilegítimos que estaban por todo el mundo serían el objetivo. Algunos de ellos no sabían quiénes eran sus padres. Como mi hermana, Isla.

Ella fue la razón principal por la que continué el acuerdo que iniciaron nuestros padres y abuelos con Marchetti. No era que salirse del juramento de la *Omertà* fuera una opción. No, a menos que tuvieras tantos secretos sucios de todos los miembros, que pudieras usarlos en su contra. Pero incluso así, tendrías que cuidar tu espalda para siempre.

La *Omertà* era un voto y un compromiso de por vida: para mi abuelo, mi padre, yo y muchas generaciones futuras. Durante siglos, los reyes de Italia negociaron sus imperios y su bajo mundo criminal con orgullo, creyéndose intocables. La *Yakuza* destruyó esa ilusión, hace tres generaciones, en cuestión de meses. Entraron sigilosamente y poco a poco empezaron a desmoronar el imperio de las cinco familias.

No fue hasta que el abuelo de Marchetti se acercó a la mía, que hicieron un pacto. Información, compartir puertos y objetivos comunes. Y luego estaba el voto. Solo había una forma de entrar y una forma de salir de ese voto.

Omertà por encima de todo, excepto que yo no estaba dispuesto a dejar que mi mujer pagara el precio por ello, como mi padre dejó que mi madre lo sufriera. Ni a su jardinero, que amenazaba con desenmascarar a la organización.

—Todo el mundo está aquí —comentó Agosti.

—¿Cómo está la viuda? —Marchetti no perdió el tiempo.

—Bien —gruñí. Solo de pensarlo mi furia crecía—. A pesar de que la *Yakuza* envió a un asesino tras ella.

Y mi hermano, pero ya me ocuparía de él a mi manera.

Marchetti chasqueó la lengua.

—La *Yakuza* está siendo más difícil de controlar.

—Imposible querrás decir —resoplé.

Marchetti sonrió satisfecho.

—*Oh*, es posible. —Estuve de acuerdo, y una forma de conseguirlo era dejando que Amon acabara con su primo y su hermano, no obstante, eso significaría que uno de los hombres de esta mesa tendría que ser condenado a muerte—. Entremos y pensemos en un plan —declaró Marchetti.

—Sin armas de fuego adentro —ordenó Agosti y yo asentí.

Me quedaría con mi cuchillo. Era todo lo que necesitaba para acabar con cada uno de esos hombres. Sin embargo, ellos no eran mi enemigo. Hoy no. Aunque si intentaban siquiera insinuar eliminar a Tatiana, lo serían.

Agosti entró en el restaurante, dejando a Marchetti a solas conmigo.

—¿Estás bien?

—Sí.

¿Estaba bien? No, no lo estaba. Mi propio hermano conspiró con la *Yakuza*. Si los hombres de esta mesa se enteraban, fácilmente creerían que yo también estaba en eso. Intentando cambiar de bando. Era un hecho conocido que la *Yakuza* había tratado durante años de apoderarse de las Espinas de *Omertà*. Les daría poder sobre Europa.

Era lo último que necesitaba ahora. Y los putos vídeos habían vuelto. Jesucristo.

—¿Tu mujer está bien? —*Mi mujer*. Era la primera vez que alguien llamaba a Tatiana mi mujer. Se sentía bien. Sonaba bien, joder. Asentí con la cabeza—. Fue la decisión correcta mantenerla con vida. Pero tenemos que llegar hasta al fondo con el problema de los vídeos.

Lo miré con desconfianza. Marchetti no era de los que cambiaban de opinión fácilmente. Y no creía en las segundas oportunidades. ¿Cuál era su motivo? El cabrón nunca hacía nada por la bondad de su corazón.

Percibiendo mis sospechas, aclaró:

—Necesitamos saber exactamente quién formaba parte de esta conspiración contra nosotros.

Asentí. Era algo sensato que había que averiguar, sin embargo, había algo en su idea de utilizar a Tatiana para ello que no me gustaba para nada. Filtrarían cualquier información que necesitara aprender, pero no dejaría que cuestionara a mi mujer.

Aun así, era bueno saber que Marchetti me respaldaba. El acuerdo entre nosotros se remontaba a décadas atrás. Aunque eso no significaba que fuéramos amigos. Los amigos y el bajo mundo no iban de la mano. Era el voto de *Omertà*, y luego la familia. Más allá de eso, nada importaba.

—Deberíamos empezar con esta reunión.

Entramos en el edificio. El restaurante tenía un aire mediterráneo; las paredes pintadas con motivos de viñedos, ruinas y estatuas romanas, y las playas de Cerdeña. Los cristales tintados a prueba de balas bloqueaban la vista desde el exterior y mantenían la elegancia en el interior.

Observé a todos los hombres alrededor de la mesa. Como era de esperar, Enrico Marchetti, Giovanni Agosti, Aiden Callahan junto con sus hermanos, Dante Leone, su hermanastro Amon Takahashi Leone, también conocido como el *Príncipe Amargado*, y Tomaso Romero.

Príncipe Amargado. Un apodo que se le quedó grabado gracias a su amargo comienzo.

—Caballeros —los saludé a todos, haciendo inventario de la tensión en la sala.

Cada representante de las cinco familias de Italia estaba sentado a la mesa. A excepción de Luca DiMauro, que estaba representado por los Callahan. Puede que tarde un poco antes de que decida aceptar su responsabilidad.

Los gemelos Callahan se colocaron en el extremo opuesto de la sala. Después de todo el fiasco con Margaret Callahan y la familia DiMauro, fue una sorpresa verlos aquí. Hicieron un voto y representaron tanto a su familia como a la de DiMauro. Apostaría a que pasarían algunos años antes de que Luca DiMauro accediera a mantener una conversación civilizada con algunos de los presentes.

Al girar la cabeza, los ojos oscuros y exóticos de Amon se cruzaron con los míos durante un segundo. Incluyó la cabeza en señal de reconocimiento, jurando en silencio que no había compartido mi secreto con nadie.

Si lo hubiera hecho, Maxim ya estaría muerto.

—Konstantin —expresó Dante Leone, poniéndose de pie para darme la mano—. Me alegro de verte.

La comisura de mis labios apenas se inclinó en un amago de sonrisa. Hubiera preferido que Amon ocupara el asiento de Dante, pero los italianos eran muy tradicionales. Además, Dante era el hermano mayor, aunque solo por unos días. Los dos no podían ser más diferentes y, sin embargo, se llevaban bien. No me extraña.

Amon tenía conexiones en el este, y no solo era el segundo al mando de la *Yakuza*, sino también un aliado del imperio Leone e incluso de las Espinas de *Omertà*.

Cortesía de la relación extramatrimonial de su padre.

Él era un elemento valioso. La *Yakuza* ha sido una amenaza desde el inicio de nuestra

organización. Su objetivo final era controlar los vastos territorios bajo nuestro mando. Hasta ahora no habían tenido éxito y tener a Amon Leone con un pie en su organización nos ayudaba a vigilarlos. Si Amon llegaba a dar la espalda a las Espinas de *Omertà*, estaríamos en muy seria desventaja.

Dante volvió a sentarse y los demás me saludaron por turnos.

Aiden Callahan fue el último.

—Me sorprende verlos unirse al grupo —admití. Por lo que yo sabía, los Callahan no tenían motivos para permanecer en la sombra. Además, la mayoría del bajo mundo ya los conocían y sabían lo que representaban. Especialmente aquellos hermanos gemelos suyos. Más jóvenes que Adrian, tendían a ser medio salvajes. Que Dios ayudara a la familia que había arreglado el matrimonio de su hija con uno de esos gemelos. Ella estaría recibiendo más de lo que había negociado.

—Esto es bueno para nosotros —respondió Aiden crípticamente. Luca probablemente no estaría de acuerdo, pero daba igual. Apostaría toda mi fortuna a que estaban protegiendo los intereses de su sobrina, Penelope DiMauro. A ninguno de ellos le entusiasmaba demasiado el contrato de boda que Marchetti hizo para que uno de sus hijos se casara con ella.

Luca era el jefe de la familia DiMauro, sin embargo, no estaba dispuesto a perdonar. Todavía no. Los Callahan llegaron a una paz a regañadientes con Luca, por el bien de su hermana y su sobrina. Solo podía imaginarme lo amenas que serán las cenas de Navidad una vez que sus hijos se casaran.

Tomé asiento en la mesa redonda, con Marchetti a mi izquierda.

—¿Cuál es el motivo de esta reunión? —Entablé. No era como si reunirnos fuera a darnos alguna respuesta sobre los vídeos que habíamos estado recibiendo durante el último año antes de la muerte de Adrian—. Tuve que hacer un desvío antes de mi fin de semana largo en París.

Pude ver por la mirada de todos, que ellos también se lo preguntaban. Aunque no se atrevían a expresar su opinión.

Tomaso Romero acabó siendo el primero en hablar.

—Necesito saber en qué punto estamos con la recuperación de información de la mujer Nikolaev.

Jesucristo, ya estamos en eso otra vez. Lo miré fijamente. No tenía buen aspecto. Desgastado. Sombras oscuras bajo sus ojos. Y solo tenía hijas, lo que potencialmente dejaría su asiento en esta mesa vacío. Una oportunidad para otra persona.

—No puedo permitir que se descubra mi identidad —continuó en un siseo—. Eso dejaría a mis hijas vulnerables.

—Al igual que a muchos otros niños. —Aiden intervino—. Tus hijas al menos tienen protección con la *Omertà*. Otros niños ilegítimos son realmente vulnerables. La mayoría ni siquiera conoce su conexión con este mundo.

Fruncí el ceño, estudiando a Aiden. ¿Había algo más en su voto de *Omertà* que proteger, además de los intereses de Penelope DiMauro? No necesitaba indagar en él ni hackearlo para saber que intentaba proteger a alguien. Por lo que parecía, era alguien que le importaba mucho.

—¡No puedo tener a mis hijas conectadas a este mundo! —bramó Romero. Por el rabillo del ojo, noté que Amon se puso rígido. Apenas. No obstante, fue suficiente para notarlo—. Necesitamos ese chip, Konstantin. No saben nada de esto. Reina provocará una revuelta si se entera de los prostíbulos.

—¿Quizás deberías acabar con el comercio de carne? —sugerí, echándome hacia atrás en mi asiento. Normalmente, las hijas ilegítimas eran arrastradas a los prostíbulos por cualquier

miembro del bajo mundo que participara en el tráfico de personas. Se les valoraba más que a cualquier otra mujer y a veces se vendían a un precio superior. Los acuerdos de *Bellas y Mafiosos* no tenían comparación con esta mierda.

Ninguna protección podía garantizar la seguridad de los hijos ilegítimos. Esa era la razón por la que había estado ocultando la identidad de mi propia hermana. Podía contar con una mano cuánta gente sabía de ella, incluyendo a Maxim y a mí. Las hijas de Romero no eran ilegítimas, pero sin un heredero masculino, quedarían vulnerables.

—¿Y cómo detendría eso a la *Yakuza*?! —Romero estalló—. Si consiguen ese chip, probablemente ampliarán el número de prostíbulos en todos nuestros territorios. Necesitamos ese chip.

—Y lo tendrás —afirmé.

—¿Estás seguro de que no estaba trabajando con su marido? —indagó Leone.

Joder, cómo odiaba oír esas dos palabras. Su marido.

—Sí, estoy seguro —gruñí.

—Quizás habría sido mejor acabar con ella —repitió Romero. El pánico hacía que estuviera más paranoico de lo normal—. No hay nadie más que pueda estar dejando estos vídeos. Es ella o uno de los Nikolaev. Pero nuestras fuentes indican que ellos tuvieron un enfrentamiento con él cuando intentó chantajear a Kingston Ashford para que nos delatara. Así que tiene que ser ella.

Kingston Ashford. Nuestro asesino a sueldo cuando lo necesitábamos. El cuñado de Alexei Nikolaev.

—Esa mujer... —Me levanté y me incliné, apoyando las palmas de las manos contra la fría mesa de caoba y entrecerré los ojos hacia Romero—. Ahora mismo deberías preocuparte más por *mí* que por Tatiana Nikolaev. —Dejé que las palabras calaran hondo antes de continuar—: Mantengo toda tu información fuera de todas las bases de datos del mundo. Atrévete a mencionar el nombre de Tatiana otra vez y me aseguraré de que tu nombre aparezca en todos los malditos sitios *web*.

De acuerdo, eso no fue inteligente, pero a la mierda. Era demasiado tarde en el momento en que puse los ojos en Tatiana de nuevo. Tal vez ella y yo éramos inevitables desde el momento en que nacimos.

—No la conozco bien, aunque mi cuñado la conoce a ella y a sus hermanos. Tatiana Nikolaev forma parte del bajo mundo —pronunció Aiden Callahan—. Su familia lo es todo para ella. A diferencia de su difunto esposo, nunca dejaría que ese chip cayera en manos de nadie. Si es que lo tiene. —Hizo una pausa y clavó los ojos en Romero—. Preferiría morir antes que hacer daño o poner en peligro a su familia.

Desplacé la mirada por la mesa. Los pensamientos de Leone parecían haberse desviado a otra parte. A Agosti no parecía importarle en lo más mínimo. Al final fue Marchetti quien ajustó las cuentas.

—Todas las pruebas apuntan a que Tatiana Nikolaev nunca traicionaría a su familia —declaró vagamente. A la mierda si eso significaba que estaba de mi parte o no. Sus ojos se volvieron hacia mí—. Konstantin traerá el chip en cuanto lo recupere. Pero tenemos que averiguar quién nos está enviando esos vídeos. ¿Maxim puede ayudar?

—No.

Maxim era el experto cuando se trataba de rastrear direcciones IP. Era su especialidad un tiempo atrás. En estos días, mi hermano no podía ayudarse a sí mismo, mucho menos le importaba ayudar a nadie más.

Demonios, tal vez Nico Morrelli podría descubrir ese misterio. Era un genio por derecho

propio. Todos en esta sala habían intentado descifrar la firma digital de los mensajes de vídeo. Sin éxito. Tenía que haber alguien más listo que el imbécil de Adrian.

Asentí y me levanté. Marchetti hizo lo mismo, dando por terminada la reunión.

—Me alegra ver que todos estamos de acuerdo. —Me abroché la chaqueta—. Caballeros.

Permanecieron sentados mientras me volvía hacia la puerta. Marchetti igualmente se retiraba. Tal vez él también había tenido suficiente de esta mierda.

—Romero se alinearé con nuestras ideas —dijo Marchetti una vez que estuvimos fuera—. Se preocupa por su hija mayor debido a su discapacidad.

No lo envidiaba. Tener hijas era una preocupación que nunca desaparecía. Romero no tenía familia masculina que protegiera a sus hijas cuando él ya no estuviera. Eso las hacía más vulnerables, y no ayudaba que fueran ajenas a este mundo.

—Tiene que considerar casar a una de ellas con alguien poderoso —expuse—. Antes de que pase al otro mundo.

—La discapacidad de la hija mayor hace difícil concertar un matrimonio —admitió—. Y la menor es una alocada rebelde. De su propia casta. Terca.

—¿No lo son todas? —repliqué secamente.

Casualmente, las hijas de Romero asistieron al mismo internado que Isla en California. Las tres congeniaron y fueron a la misma universidad en París. La menor tenía veintiún años y la mayor la edad de Isla. Veintitrés y era sorda.

—Romero está pensando en arreglar un matrimonio entre su hija menor y Dante Leone.

—Mala jugada —manifesté.

Enrico me miró a la cara, con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué?

Enarqué una ceja. Debería observar más a los jóvenes.

—Dante tiene mal genio. No necesita casarse con una salvaje, sino con alguien que lo calme.

Sus ojos se entrecerraron.

—Bueno, ¿tienes algún candidato para Reina? —Mantuve la boca cerrada. Pronto lo descubrirían. Era la batalla que Amon debía enfrentar—. Sé que no eres tú —agregó—. No después de que demostraras apoyo a la mujer de Morozov.

Apreté los dientes. Odiaba oír ese apellido unido a Tatiana. Me detuve junto al coche que me esperaba y me volví hacia Marchetti.

—Solo una advertencia —siseé, observándolo a los ojos. Normalmente yo sobresalía por encima de la gente, pero Marchetti era tan alto como yo. Estábamos frente a frente. Aunque ahora mismo me encantaría sobresalir por encima de él—. Tomaré cualquier atentado contra la vida de Tatiana como un ataque directo contra mí y mi familia. Y mi venganza será rápida y brutal. Pregúntale al hijo de puta de la *Yakuza* que se atrevió a acercarse a ella.

Me estudió un momento. Me importaba una mierda si revelaba demasiado. Quería que se supiera de quién era la ira que tendrían que soportar si tocaban un solo cabello rubio de aquella mujer. Yo era el único hombre autorizado a tocarla.

—¿Por qué tengo la sensación de que tienes un plan para la *Yakuza*? —curioseó Marchetti con ironía.

Una sonrisa fría se dibujó en mis labios.

—En realidad, solo estoy evaluando y ayudando en lo necesario. Alguien ya tenía un plan en marcha. Yo solo lo estoy acelerando.

Los labios de Marchetti se curvaron en una mueca y extendió su mano para estrechármela.

—Bien. Lo estoy deseando.

Esta era la razón por la que los dos trabajábamos bien juntos.

A la mañana siguiente, me desperté en mi casa de París con la música a todo volumen y un dolor de cabeza de muerte.

—¿Qué carajos? —refunfuñé, saltando de la cama y poniéndome un pantalón de pijama. Nunca sabía a quién invitaría mi hermana y tener a chicas de apenas veinte años mirándome embobadas en bóxers no estaba en mis planes. Nunca, joder.

Salí del dormitorio y seguí el sonido de voces hasta el comedor.

Sorpresa, sorpresa. No había visto a mi hermano gemelo desde mi último viaje a California. Se había estado escondiendo y confabulando, probablemente haciendo algún jodido desastre que yo tendría que limpiar.

Entré en el comedor y encontré a Maxim y a mi hermanita Isla sentados en la larga mesa del comedor, junto con cuatro amigas de Isla: Phoenix y Reina Romero, Athena Kosta y Raven Jameson. Y maldita sea, estaban bebiendo alcohol. En el puto desayuno.

Ni siquiera me habían visto entrar. Ya de mal humor, me acerqué al reproductor de música y lo apagué.

Siguió el silencio. Incómodo. Tenso.

—¡Illias! —gritó Isla, poniéndose en pie de un salto. Corrió hacia mí y se lanzó a mis brazos —. Creía que habías decidido no venir cuando no apareciste ayer, así que las chicas y yo estamos pasando el rato.

—Bebiendo alcohol en la mañana —la regañé.

Se encogió de hombros.

—Solo son mimosas. Son para la mañana.

¿Cuándo diablos había crecido mi hermanita?

Se me apretó el pecho mientras la abrazaba y le besaba la frente. Mi media hermana tenía la mitad de mi edad. Demasiado buena para estar con hombres como yo. Maxim y yo habíamos hecho todo lo posible por criarla lejos de miradas indiscretas y de los peligros del bajo mundo. Nadie podía relacionarla con nosotros. Sus amigas no sabían quiénes éramos, al igual que Isla. Era la vida más segura para ella. ¡Y para ellas!

—¿Cómo estás? —le pregunté, con su cuerpo menudo apenas llegándome al pecho. La abundancia de sus rizos pelirrojos la hacía parecer aún más pequeña de su metro setenta. Casi como si una fuerte ráfaga de viento pudiera romper su frágil figura. A veces me preguntaba cómo se las arreglaba para sostener el violín durante horas mientras tocaba.

Y sabía tocar. Había visto llorar a hombres adultos cuando ella tocaba el violín. Tenía una forma de meterte esas melodías en el alma y hacerte sangrar el corazón.

—Mucho mejor ahora que estás aquí. —Sonrió.

Cuando me miraba así, me recordaba a aquella niña que siempre me observaba con adoración y admiración. Por muy manchadas que tuviera mis manos, aquella niña dependía de mí. Para protegerla. Para cuidarla de nuestro mundo. Especialmente de los *hombres* de nuestro mundo que encontrarían la forma de llegar a ella y explotarla.

Mis ojos se dirigieron hacia sus amigas. Siempre era el mismo grupo. De algún modo, Isla se relacionaba con las hijas ilegítimas de otras familias mafiosas. Siempre me sorprendía verlas juntas. Eran todas tan diferentes: una violinista, una pintora, una escritora, una diseñadora de moda y una pianista.

Eran las dos últimas chicas las que siempre me sorprendía ver. Las chicas Romero. El viejo Romero no controlaba bien a sus hijas. Me atrevería a decir que su adinerada abuela tenía algo que ver.

—¿Qué están haciendo? —pregunté, dirigiendo una mirada a mi hermano, que parecía drogado. Estaba desplomado en la silla, mirando a las chicas con una alegría en sus ojos que me revolvió el estómago.

Apreté la mandíbula, la necesidad de darle una lección y luego castigarlo me recorría las venas, mortal y fría. Se las vería conmigo.

Nuestra hermana no necesitaba oír ninguna de nuestras mierdas de negocios. Y sus amigas aún menos. Las chicas Romero eran igual de ajenas a los negocios del bajo mundo. Las otras, desde luego, no sabían nada.

Ajena a la tensión entre sus hermanos, Isla se encogió de hombros y se dirigió a sus amigas.

—Maxim apareció ayer y dijo que no vendrías, así que llamé a las chicas. Íbamos a ir a algunas discotecas, pero...

—Podemos volver a nuestro apartamento —interrumpió la hija menor de Romero mientras echaba su silla hacia atrás y empezaba a hacer señas a su hermana sorda—. *Vamos a nuestra casa.*

Todas las chicas empezaron a asentir, obviamente entendiendo perfectamente el lenguaje de señas.

—No, está bien —comenté—. Ustedes, señoritas, quédense. Maxim y yo tenemos asuntos de que ocuparnos. Las dejaremos para que se diviertan.

—¿Seguro? —Isla se dio la vuelta, mirándome con curiosidad.

Sonreí, aunque ahora mismo quería acercarme a mi hermano y retorcerle el cuello.

—Sí. Pero mañana pasaremos tiempo juntos. ¿De acuerdo?

Una sonrisa se dibujó en su expresión y toda su cara se iluminó.

—De acuerdo, hermano. Entonces iremos a mi habitación.

Asentí y las chicas se dispersaron. Maxim se levantó, preparándose para irse también.

—Tú no —dije con voz fría. La tensión en mi mandíbula y hombros estaba a punto de estallar, aunque nunca había perdido los estribos con él. A lo largo de los años, con razón o sin ella, siempre lo había protegido. Sin embargo, en esos momentos había ido demasiado lejos.

Nunca nos habíamos parecido tan poco como ahora. Su abuso de las drogas lo había envejecido. Sus ojos estaban apagados y desenfocados, sus manos temblaban ligeramente.

—¿Me has hecho el papeleo de la nueva fábrica? —Se lo había encargado hacía dos semanas. Era un trabajo de dos días. Ya me había ocupado de ello, pero él había estado demasiado drogado para darse cuenta.

—Lo haré. La semana que viene.

Sacudí la cabeza.

—¿Has adquirido más servidores?

Se encogió de hombros.

En otros tiempos, Maxim podía correr en círculos alrededor de los mejores programadores y podía montar una *dark web* en cuestión de segundos. Ahora, yo lo dirigía y supervisaba todo, cubriendo sus faltas. Empecé a preguntarme si le había hecho un daño siendo tan suave con él.

Pero ahora sentía un impulso más fuerte de proteger a Tatiana de los demonios de mi hermano y de lo que fuera que su difunto esposo hubiera traído a su puerta.

—¿Cómo fue tu reunión con la *Yakuza*? —inquirí.

—Bien. —Luego, al darse cuenta de que había soltado su secreto, se sentó más erguido—.

¿Por qué iba a reunirme con la *Yakuza*?

Sus ojos se desviaron como si estuviera pensando en huir. Quería a mi hermano, pero era difícil no darse cuenta de lo mucho que había caído.

—Yo me pregunto lo mismo, hermano —desafié—. Recuerdo haberte dicho que te mantuvieras alejado de la familia Nikolaev.

Especialmente luego de que mandó matar a la mujer de Sasha años atrás, después de que el desquiciado Nikolaev le advirtiera que Branka Russo estaba bajo su protección. Gracias a mi hermano gemelo le debía a Sasha cualquier favor que necesitara. En cualquier momento. En cualquier lugar. Le di mi palabra como el *Pakhan* y un Konstantin. Era eso o la muerte segura de Maxim.

Todavía recuerdo las palabras exactas que le dije una vez que Sasha lo golpeó y luego se fue.

—Ningún miembro de la familia Nikolaev sufrirá daño alguno de tu parte. Algún día, nuestras familias se fusionarán, y te estrangularé si causas problemas con tu puta vendetta la cual ellos nunca empezaron. ¿Entendido?

Uno de los ojos de Maxim ya estaba azul, hinchado y cerrado. Su cara estaba ensangrentada. No obstante, yo conocía esa obstinada inclinación de su barbilla y ese estúpido brillo en sus ojos.

—Lo digo en serio, Maxim —juré, con la voz más fría que los inviernos de nuestra madre patria—. No te daré tantas oportunidades antes de que te mate yo mismo.

—Como Papa mató a nuestra madre —reviró, la sangre le corría por el labio—. ¿Como tú mataste a Papa y ahora matarías a tu hermano?

Dejé escapar un suspiro sardónico. Ya había tenido suficiente con limpiar lo que él manchaba por dos vidas. La familia no hacía la mierda que él hacía. Con él fuera del camino, la vida sería tan fácil como un paseo por el parque.

—¿Qué te crees? —respondí a su pregunta con la mía.

Yo era responsable de miles de hombres y mujeres, no solo de Maxim. Incluyendo a Tatiana. Si se trataba de él o Tatiana, la elección siempre sería ella.

Abrió la boca y levanté una ceja, desafiándolo a decir algo más. Podría recibir otra paliza si no tenía cuidado.

La cerró.

—No me acercaré a los diablos pálidos —prometió a regañadientes.

Nos cruzamos al salir, pero me detuve. Levanté un hombro y me volví hacia él. Realmente necesitaba una lección. Así que para asegurarme de que recordaba la lección, apreté el puño y al segundo siguiente chocó contra su mandíbula.

—No rompas esa maldita promesa —advertí, y luego salí por la puerta.

—No me he acercado a los diablos pálidos. —La voz de Maxim me devolvió al presente, encogiéndose de hombros con indiferencia. Maldito drogadicto y mentiroso.

Mi mandíbula se tensó y le envié una mirada que prometía retribución.

El silencio. Un silencio denso y oscuro se extendió por la habitación.

Sabía que intentaría huir antes incluso de moverse. La silla golpeó contra la pared, pero yo era más rápido que su trasero drogado. Mi mano rodeó su garganta y golpeé su cuerpo contra la pared, haciéndola vibrar con el impacto.

—No me jodas, Maxim —gruñí—. No te gustará lo que resulte de ello.

Nuestras miradas se clavaron en las del otro, chocando con años de animosidad. Él me

odiaba por ser fuerte; yo lo odiaba por ser débil. Mi hermano gemelo estaba tan jodido y amargado por haber perdido a su puta queapestaba a ella. Le prometí que no me involucraría en su relación. Podía follarse a quien quisiera, pero cuando empezó a afectar a nuestro negocio y a atacar a gente que deberían ser nuestros aliados, mi promesa se fue por el inodoro.

—¡Eres igual que él! —bramó. No había necesidad de cuestionar quién era él. Nuestro padre. El hombre implacable y cruel que nos convirtió en los hombres que éramos hoy.

Solté el agarre de su garganta y lo aparté de un empujón. Luego, dando un paso atrás, alcancé el cajón cercano que funcionaba solo con mis huellas dactilares. Saqué mi 45, giré el silenciador mientras los ojos de Maxim se abrían de par en par, registrando mis movimientos. Apreté el gatillo. El estallido silencioso reverberó a nuestro alrededor. Le disparé en el brazo y siseó de dolor mientras se deslizaba por la pared.

—Mantente alejado de Tatiana Nikolaev. Última advertencia. —Luego, para asegurarme de que lo recordaba, añadí—: Lo mismo con Sasha y su esposa. No te daré más oportunidades.

Guardé la pistola y cerré el cajón con un chasquido antes de dirigirme hacia la puerta. Me detuve con la mano en el picaporte.

—El gran *Pakhan* dominado por una mujer —se mofó—. Me pregunto si apretarás el gatillo con ella como hizo *Papa* con *Mama*.

La insinuación y el pensamiento de los hermosos ojos azules de Tatiana carentes de vida enviaron sentimientos crudos a mi corazón.

Mi voz era antinaturalmente tranquila cuando pronuncié las siguientes palabras:

—Más te vale que su vida sea más larga que la tuya —amenacé sin volver a mirarlo—. Si le pasa algo, te destriparé vivo, seas culpable o no.

Luego salí por la puerta y lo encerré allí.

CAPÍTULO DIECISIETE

TATIANA



Llegaron las preguntas, pero no las respuestas. El tiempo no pasaba. Se arrastraba en cámara lenta.

Al menos eso parecía.

Estaba perdida. Nada tenía sentido. Ni la información que encontré en la computadora de Adrian en nuestra casa. Ni la firma en los documentos del funeral. Ni el collar que apareció en Navidad junto con la contraseña del reino de Adrian.

Tal vez Adrian sabía que iba a morir y quería protegerme pasándome la información.

Excepto que nada de eso tenía sentido.

Así que aquí estaba, en el *penthouse* de Alexei.

Mirando por encima del hombro a Yan y Yuri, asentí con la cabeza, indicándoles que se quedaran allí. Estaba bien que entraran en mi casa, pero Alexei prefería que nadie ajeno a la familia entrara en la suya.

Me tembló la mano al llamar a la puerta. Después de que los cinco primeros golpes fueran en vano, volví a levantar la mano, dispuesta a tumbarla, sin embargo, la puerta se abrió antes de que pudiera hacer contacto.

Alexei estaba de pie con su hijo en sus hombros y, por un momento, me quedé mirando a mi hermano. Dos años atrás, no habría podido imaginar esa situación. Apostaba a que él tampoco, pero ahí estaba, con su propia familia. Contento. Feliz incluso, a pesar de todos los horrores que la vida le había hecho pasar.

Inclinó la cabeza.

—Pasa.

Extendí la mano y rocé con los dedos la suave mejilla de Kostya.

—Hola, chico. —Sonrió, luego se llevó mi dedo a la boca y mordió—. ¡Kostya! Es mi dedo —protesté.

—Quiere que le devuelva el chupete —explicó Alexei. Como si por eso estuviera bien morderme el dedo.

Negué con la cabeza, pasé junto a él y entré en su *penthouse*, mientras me frotaba el dedo.

—Tienes suerte de ser de la familia, amigo —refunfuñé en voz baja—. Si no, te devolvería el mordisco.

Las comisuras de los labios de mi hermano se levantaron.

—¿Dónde está Aurora? —pregunté, mirando a mi alrededor, esperando que apareciera en

cualquier momento.

—Está con su hermano almorzando.

Alcé una ceja.

—¿No te invitaron?

Se encogió de hombros.

—A mí sí. Byron tiene alguna mierda en marcha. Kostya no necesitaba escucharlo.

—Ah. —Me pregunté en qué mierda se había metido Byron Ashford. No era que importara. Tenía suficientes problemas en mi propia vida—. Yo podría haber cuidado a Kostya.

En el momento en que dije esas palabras, me di cuenta de lo tontas que sonaban. Apenas había sido una hermana confiable desde la muerte de Adrian. Para crédito de Alexei, no expresé esa opinión. Se limitó a observarme de esa forma desconcertante a la que me había acostumbrado.

Esperó a que continuara. Mis ojos parpadearon hacia Kostya y luego volvieron a mi hermano. Tenía tatuajes en casi toda su piel, incluso en la cara. Compartíamos el color de ojos y cabello, igual que Sasha y Vasili, aunque a diferencia de ellos, yo no tenía tinta en la piel. Sus historias eran más duras que la mía. Comparada con ellos, mi vida era bastante fácil. Menos lo de ser viuda.

Los rayos de sol entraban a través de las ventanas del suelo al techo, proyectando sombras sobre el cabello de Kostya, tan parecido al de su padre. Al mío. Al de Nikola. Nuestro rasgo familiar era inconfundible. Me pregunté si mi hijo habría tenido la misma coloración.

Un dolor agudo me atravesó el pecho. La amargura lo llenó.

—Tatiana. —La voz de Alexei se suavizó, sus ojos vieron a través de mí.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta, enterrando todos los sentimientos en lo más profundo.

—¿Sí?

—¿Qué llevas puesto? —Era una pregunta extraña. Bajé la mirada. Llevaba los pantalones deportivos y la camiseta blanca de Adrian. No era el *look* más sexy ni más favorecedor.

Volví a prestarle atención a mi hermano.

—El día del funeral... —Se me quebró la voz al recordar aquel día. *«El dolor aún estaba fresco, aunque cicatrizando»*. Pensé. *«Quizás había pasado a la siguiente fase del duelo»*. Suspiré temblorosa, dándome cuenta de que probablemente me estaba engañando a mí misma—. Dijiste algo. —Carraspeé mientras continuaba.

Él no era bueno para ti. Ya no. Su voz monótona repetía las palabras una y otra vez como un eco en una habitación vacía.

Alexei asintió, pero, a su manera típica, no dio más detalles.

—¿Por qué dijiste eso? —inquirí, observándolo. No era que esperara que la máscara de mi hermano se quebrara. Nunca lo hacía, para nadie, salvo para su esposa y su hijo.

Me estudió sin decir palabra mientras yo le sostenía la mirada, pero no me acobardé. No rompí el contacto visual. Estaba preparada para lo que se me viniera encima.

—No te va a gustar.

Mis pulmones se cerraron, no obstante, me negué a detenerme ahora. Había venido en busca de respuestas y me negaba a marcharme sin ellas.

—Hay muchas cosas que no me gustan, no obstante, las afronto. —Me ahogué con mis palabras.

Sus ojos seguían clavados en mí. Un latido después.

—Adrian transfirió tu parte de la empresa a su propio nombre. —Fruncí el ceño. Sacudí la

cabeza, con la confusión claramente reflejada en mi rostro.

—¿Cómo? —No firmé ningún documento transfiriendo la propiedad a Adrian. Era cierto que no me interesaba la empresa, pero nunca la cedería sin hablar antes con Vasili.

—Debes haber firmado el acuerdo.

Negué enérgicamente con la cabeza.

—No lo hice —atestigüé con convicción—. Siempre leo todos los documentos que firmo. Vasili me metió eso en la cabeza. Te juro que nunca lo firmé.

«*Pero firmaste papeles funerarios con esa extraña inscripción en la lápida de Adrian y no te acuerdas*», susurró mi mente. No estaba dispuesta a admitirlo. Todavía no.

—A Vasili no le hizo ninguna gracia cuando se enteró —continuó Alexei con su voz fría.

—Se enfrentó a él la noche de tu accidente.

Recordé haber visto discutir a Vasili y Adrian la noche de la celebración de *Halloween*, con Alexei de pie a su lado en su forma habitual. En cuanto me acerqué a ellos, dejaron de hablar y no le di importancia.

—¿Por qué Vasili no dijo nada? —Respiré y la mirada de Alexei brilló ferozmente. Peligrosa.

—No tenías por qué ocuparte de esas cosas.

—¿Pero no se preguntó por qué iba a ceder la empresa sin hablar con él?

Alexei se encogió de hombros.

—Una vez que Adrian murió, no importó.

Me estremecí ante sus palabras. Al estilo típico de Alexei, no se disculpó. No lo habría dicho en serio y, de algún modo, lo agradecí. Prefería que me lo dijera sin rodeos.

—¿A quién pertenece ahora la empresa? —indagué.

—A ti.

Me miró con ojos de océanos pálidos congelados, los oscuros secretos prosperando en sus profundidades, mientras que en los míos solo bailaba la confusión.

—Pero... —Había algo que no me estaba diciendo.

—Hay una cláusula que nos impide borrar el nombre de Adrian de los papeles legales.

—¿Y el incumplimiento del acuerdo original?

Los ojos de Alexei se volvieron más fríos y su mirada se encontró con la mía.

—¿Quién te ha hablado de ello?

Apreté los labios. Era uno de mis trucos cuando me empeñaba en no delatar a alguien. Alexei sabía leerme tan bien como Vasili y Sasha. Tal vez era la sangre Nikolaev que corría por nuestras venas o tal vez era solo Alexei.

—¿Lo habló Adrian contigo? —inquirió con serenidad, pero había un trasfondo de disgusto. Arrugué las cejas.

—¿Adrian? No, ¿por qué iba a...?

Se encogió de hombros.

—Una suposición. Adrian le dijo a Vasili que te había hablado del acuerdo, y tú te empeñaste en transferírselo todo a él —replicó con frialdad—. Fue idea tuya ser justo con él.

¿Qué demonios estaba pasando aquí?

—No dije eso en absoluto.

—Ya no importa. La empresa es tuya —comentó fríamente—. Ahora que está muerto.

Se me escapó un suspiro frustrado.

—¡Por el amor de Dios! Por una vez, Alexei, por favor, explícate.

Los labios de mi hermano se torcieron.

—Al fallecer tu marido, todo pasó a ti. Hay algunas cosas que Vasili está resolviendo. Vasili congeló los activos hasta que todo esté a tu nombre. La empresa entre otras cosas.

Siguió el silencio. Espeso y ensordecedor. Se sentía como si hubiera demasiadas cosas que aún quedaban sin respuesta.

—¿Alexei?

—¿Sí?

Estudié a mi hermano un momento. La mayoría de la gente se cagaba encima nada más de verlo y solía alejarse de él. Los tatuajes de su cara ni siquiera eran la razón. Era esa expresión enervante que siempre permanecía en sus ojos. Por alguna extraña razón, nunca me asustó. Tal vez porque crecí con dos hermanos desconcertantes o porque había oído lo suficiente sobre lo que ocurría en el bajo mundo como para comprender que ningún hombre salía ileso de él.

Alexei no era una excepción. Y era de la familia, así que siempre había conseguido puntos extra. *Siempre cuidamos de nuestra familia*. Esas eran las palabras que Vasili nos había inculcado a todos. Podía ser que no lo creyera, pero sí lo logró.

—El día del funeral. —Empecé. Asintió con la cabeza y tuve la sensación de que sabía exactamente a dónde quería llegar—. ¿Cuál fue la verdadera razón por la que dijiste que Adrian ya no era lo suficiente bueno para mí?

Pasó un latido.

—Había empezado a hacer cosas turbias y estaba poniendo a la familia en peligro. *Tú* incluida.

—¿Como chantajear a Kingston? —Sentí que cada sílaba de esas simples palabras eran demasiado pesadas de decir o tal vez no estaba preparada para oír la explicación.

Alexei se encogió de hombros.

—Como chantajear a Kingston. Como empezar problemas y ponerte en peligro.

Nada era lo que parecía.

Salí de casa de Alexei más confusa que cuando llegué.

Sin embargo, estaba segura de una cosa. Adrian no era el hombre que yo creía que era. Sí, lo amaba. Había formado parte de mi vida durante demasiado tiempo como para borrar todo el amor y el afecto que sentía por él. Aunque era obvio que no conocía al verdadero Adrian.

Los videos que había encontrado y el chantaje contra Kingston ya eran bastante malos, pero ahora me decían que Adrian en realidad me estaba robando. ¿Qué otra cosa podía pensar? Había falsificado mi nombre en unos malditos papeles para transferirle mi mitad de la empresa de seguridad. Podía ser que me estuviera volviendo loca, pero sabía que no firmé ningún maldito papel.

Nada era lo que parecía con mi difunto esposo. Y esa era la parte que más me molestaba. Adrian no confiaba en mí para compartir sus problemas conmigo. Estaba claro que tenía algunos problemas, aunque quedaba por ver cuáles eran.

En lugar de ir a casa, me dirigí al despacho de Adrian en el edificio de su propiedad.

Tenía que haber una razón detrás de todo lo que había hecho. Tenía que encontrar al menos algunas respuestas a todas las preguntas que me hacía.

Busqué en cada centímetro de la oficina, con la esperanza de encontrar en qué se había metido exactamente Adrian. Había descubierto dos cosas. Mi esposo no creía en los rastros de papel ni en el papel en absoluto. Y le gustaba dejar aparatos por todas partes. Igual que en casa.

Mi marido tenía aparatitos electrónicos por todas partes.

Todo el edificio estaba intacto. Vasili invirtió en la empresa de Adrian para ayudarlo a empezar, pero cuando me casé con Adrian, Vasili me transfirió la propiedad. Excepto que la tecnología y los negocios no era algo que me interesaba. No había mucho que me interesara aparte de la moda si de negocios se tratara.

Mis hermanos se sorprendieron cuando elegí estudiar Ciencias Políticas. Adrian aún más. Siempre le parecí caprichosa y temía que me considerara una rubia tonta. Yo me opuse. Quizá no era tan brillante como él, sin embargo, no era tonta. Tenía mis puntos fuertes y mis puntos débiles. Así que opté por la estúpida e inútil licenciatura para demostrar a mis hermanos y a Adrian que podía ser tan lista como ellos.

¿Fue inteligente? No, no lo fue. Aprobé con buenas calificaciones, pero esos cuatro años de estudios bastaron para llevar a un santo a convertirse en diablo. Lo único bueno que salió de esa carrera fue Isabella. Mi mejor amiga.

La quería mucho y ella había enriquecido a nuestra familia. Hizo feliz a Vasili. Lo más feliz que lo había visto nunca.

Tomé asiento en el escritorio ejecutivo de mi marido, que sabía que rara vez utilizaba, y acerqué su *laptop*. Estaba en la misma posición que la última vez que vino a trabajar, congelado en el tiempo desde hacía más de seis meses.

Me reí en silencio. Me sentía totalmente identificada. Llevo en el limbo el mismo tiempo.

Con los dedos sobre el teclado, observé la pantalla.

Sangre y espinas me miró fijamente como identificación de usuario, recordándome su nicho mórbido. Había realizado tantos descubrimientos extraños que no sabía qué pensar de ello. Me llevé la mano al collar, girándolo de izquierda a derecha.

Era el nombre de usuario más extraño que había encontrado, pero Adrian tenía una lógica extraña a veces. Quiero decir, basta con ver la forma en que finalmente terminamos juntos.

Suspiré. No era el momento adecuado para los recuerdos, así que aparté esos pensamientos.

—Solo necesito una contraseña —refunfuñé. Si el nombre de usuario servía de indicación, sería una contraseña difícil de adivinar—. Solamente un pequeño obstáculo.

¿Podría ser la misma contraseña que la de su ordenador personal? Parecía demasiado simple, pero quizá...

Mi cerebro registró el aroma de cítricos y sándalo antes de oír la primera palabra.

—Sin duda, un pequeño obstáculo. —Una voz vino de detrás de mí y salí disparada de la silla. En un abrir y cerrar de ojos, tomé la pistola del cajón y apunté al intruso.

Hombros anchos. Traje negro. Reloj costoso. No parecía preocupado por el hecho de que le apuntara con un arma.

Y entonces todo hizo clic. *Pakhan*.

El desconocido que me salvó no era un desconocido en absoluto. Había escuchado hablar de él. Podía ser que también lo conociera. En alguna parte. *Oh, diablos*. No recordaba dónde lo había visto ni su nombre. Me quedé mirando los mismos ojos oscuros. Sabía que era alguien. Nombre. ¿Cómo se llamaba? Me maldije por haber olvidado su nombre. Era estúpido olvidar los nombres de tus amigos, pero aún más estúpido era olvidar los nombres de tus enemigos potenciales.

Debió de ver el reconocimiento en mis ojos. Las comisuras de sus labios apenas se curvaron, mas su expresión me produjo escalofríos. Como si estuviera furioso.

Y mientras yo me devanaba los sesos, él se apoyó en el marco de la puerta, con aspecto de villano. Quizás un demonio vestido de D&G. Me reí en silencio ante mi ingenioso título.

Mis ojos se posaron en él y en su fuerte figura. Su traje a la medida debió de costarle una fortuna.

—¿Dolce & Gabbana? —inquirí, bajando el arma y guardándola antes de volver a sentarme. Si me quisiera muerta, ya lo estaría.

Levantó una ceja.

—No. Illias Konstantin.

¡Ese era su nombre!

¿Cómo iba a olvidarlo? Mantuve mi rostro inexpresivo. Konstantin. Eran dos. Hermanos gemelos. Había un rumor sobre una hermana, aunque era solo un rumor. ¿Qué hacía aquí?

—El traje —contradije, en lugar de hacerle una pregunta—. Traje Dolce & Gabbana. Me da igual quién eres.

Las comisuras de sus labios apenas se inclinaron, pero lo vi.

—Esa no es forma de hablarle a tu salvador.

—Qué presuntuoso —protesté—. Ya te lo he dicho. Podría haberme encargado sola.

No me creyó, pero lo dejó pasar.

—No tengo ni idea de quién ha hecho el traje —reconoció con sinceridad. Entonces sus ojos viajaron sobre mí y de repente mis mejillas se encendieron. Todavía llevaba los pantalones deportivos de Adrian y una camiseta blanca que era cinco tallas más grande. La ropa me colgaba, haciéndome parecer una muñeca de trapo. Luego, para rematar el *look*, llevaba un par de crocs de plástico tono verde diarrea de bebé.

¡Maravilloso!

Yo tenía el peor aspecto y él parecía uno de los hombres mejor vestidos que había conocido. Entrecerré los ojos y reté a que dijera algo. Siempre era el día que te vestías mal cuando te encontrabas con alguien que no querías.

—Bueno, es D&G —renegué, deseando al menos haberme puesto *jeans*—. Tu traje —añadí.

—Y tú llevas... —Mis pezones se tensaron bajo el escrutinio de sus ojos y su mirada se detuvo un latido de más sobre mis pechos. Mierda, se me había olvidado ponerme sujetador. ¡Maldita sea!

—No es de tu puta incumbencia —aludí cruzando los brazos sobre el pecho para ocultar el estado de mis pezones. La fugaz sonrisa en su cara cuando me miró me dijo que se había dado cuenta de lo que había pasado. De hecho, apostararía mi vida a que no había muchas cosas que se le escaparan a ese hombre.

Lo veía todo.

—Tatiana Nikolaev, supongo —afirmó. Me llamó por mi nombre de soltera. Otra vez. ¿No sabía que mi apellido era Morozov?—. Me alegro de verte de nuevo.

Me pregunté si se refería a salvarme el trasero de la *Yakuza* o si recordaba nuestro fugaz encuentro en el restaurante de Los Angeles.

No me molesté en contestarle. En su lugar, mis ojos parpadearon detrás de él. ¿Dónde carajo estaban mis guardias?

—Están tomando una siesta —declaró, leyéndome el pensamiento. Mi corazón se agitó, una pequeña gota de miedo creciendo lentamente. Me tragué el nudo que tenía en la garganta. «*Me salvó de la Yakuza*», susurró mi mente. No me habría salvado si me quisiera muerta—. Estás a salvo de mí —añadió—. Por ahora.

Parpadeé confundida.

—¿Por ahora? —El asintió con un movimiento de cabeza—. Bueno, si mis hermanos descubren que me estás acosando, no estarás a salvo. Ni ahora ni nunca —respondí enojada por

atreverse a amenazarme.

¿Era inteligente amenazar al *Pakhan*? Rotundamente no. Al parecer, era tan inteligente como mi hermano Sasha. *Fenomenal*.

Se alisó una arruga inexistente de la chaqueta con movimientos seguros y confiados.

—Es bueno saberlo. —No estaba preocupado en lo absoluto.

No debería sorprenderme. Illias Konstantin era *Pakhan* de California y Rusia, y uno de los hombres más temidos de Rusia. Se rumoreaba que tenía un vínculo directo con una de las familias más despiadadas que gobernaban el mundo desde las sombras.

Nadie sabía quiénes eran esas familias ni a qué se dedicaban.

—¿Qué quieres? —Me tembló la voz y me odié por ello. Yo era más fuerte. Mis hermanos me enseñaron a ser una reina. No una damisela en apuros.

—Imagino que los dos queremos lo mismo.

—Lo dudo —repliqué.

Me ignoró mientras continuaba.

—Tu marido tenía algo que no le pertenecía. Ahora lo tienes tú.

Ahí estaba de nuevo. De alguna manera parecía que Adrian incluso había conseguido enfurecer al *Pakhan*. ¿Dónde acababan todos estos secretos?

Incliné la cabeza, estudiando a Konstantin. No era una mujer baja, pero era al menos una cabeza más alto que yo. Sin embargo, era más que eso. Transmitía esas vibras más grandes que la vida. Algo así como mi hermano mayor, me di cuenta. Excepto que este hombre era peligroso a un nivel completamente nuevo.

—¿Y qué es eso? —indagué. Tal vez me daría una pista. No adivinó. No era de extrañar. No se llegaba a ser *Pakhan* siendo estúpido—. ¿Es esa la razón por la que la *Yakuza* me atacó ayer? —Asintió—. ¿Los enviaste tú? Una trampa para que pudieras reunirme conmigo —murmuré en voz baja—. ¿Sabes?, hay mejores formas de conocer a una dama.

Konstantin levantó los labios con expresión divertida.

—Si lo hubiera enviado, ya estarías muerta —contestó fríamente.

Jesucristo. Para él era así de sencillo. Con una sola palabra, podía borrar me de este planeta.

Sin embargo, no se me escapó que no hizo ningún comentario sobre el asunto de la presentación. Bueno, se merecía otra cosa si pensaba que aceptaría lo que me arrojara. Acabaría con él antes de que él pudiera acabar conmigo.

Fue en ese preciso momento cuando la revelación se asentó en algún lugar profundo. Aunque no lo reconocí de inmediato, y tardaría otros meses en darme cuenta.

Nunca era de las que se rendían. No estaba preparada para dejarlo ir.

Tendría un futuro, hijos, aunque tuviera que adoptarlos y no dejaría que nadie me los arrebatara.

CAPÍTULO DIECIOCHO

KONSTANTIN



Era una reina y lo peor era que ella lo sabía.
Esta mujer podría llevar trapos y seguiría siendo impresionante. Como la maldita realeza.

Tenía el cabello enmarañado, me recordaba al hilo de oro. Su rostro estaba pálido, sombras oscuras bajo sus ojos azul claro y esos labios cual rosa tentaban a ser besados. A la mierda los besos, esos labios estaban hechos para ser devorados. Devastados. Magullados.

Joder, me dolía verla; era tan hermosa.

—Está bien, así que no los enviaste —afirmó mientras llevaba sus manos a la *laptop*. Se posaron sobre el teclado, con las cejas fruncidas—. Dices que tengo algo que te pertenece, y yo te digo que no lo tengo. —Entonces esos ojos azul pálido volvieron a dirigirse a mí—. Y no olvidemos que estás invadiendo mi propiedad.

Se me tensó la mandíbula. Nadie me contestaba nunca, maldición.

—Lo tienes —refuté con una oscura advertencia en mi voz—. Nada más tienes que encontrarlo. O recordar dónde está.

Sin que ella lo supiera, había hecho que mis hombres de confianza la vigilaran. No confiaba en que las familias del bajo mundo no hicieran alguna estupidez. Ella era un obstáculo, la única persona que actualmente tenía la identidad de todos los miembros de nuestras organizaciones al alcance de sus manos. Una lista de todos los hijos ilegítimos escondidos a plena vista.

Ese chip contenía pruebas para encerrar a casi todos los miembros de nuestra organización.

Sus ojos brillaron y esos azules pálidos se estrecharon hasta convertirse en rendijas.

—¿Así que lo puse en un lugar seguro?

—Probablemente.

Se encogió de hombros.

—Bueno, eso es útil. Entonces sé exactamente dónde está —comentó con sarcasmo—. Además, como es mío, ¿qué te hace pensar que te lo daría o lo compartiría contigo?

Me observó, con expresión molesta. El fuego que sabía que tenían los Nikolaev, especialmente Tatiana, era una fuerza y, a pesar de todo, me alegraba verlo en ella. Todos los informes que había recibido hasta ahora indicaban que estaba cayendo en una depresión cada vez más profunda.

Entrecerré los ojos.

—Porque sabes lo que te conviene, Tatiana. Lo que es bueno para tu familia.

Se tensó y un relámpago brilló en su mirada.

—No te atrevas a amenazar a mi familia —reviró—. Puede que seas el *Pakhan*, pero eso no importará si le haces daño a alguno de ellos. Te mataré.

Así que se acordaba de mí. El fuego ardía como llamas azules en sus ojos. Un sentimiento sarcástico tiró de mi pecho, burlándose de mi obsesión. Desde el momento en que la vi, el bloque de hielo de mi pecho se convirtió en otra cosa. Un fuego que ardía más que un volcán.

—Entonces ayudémonos mutuamente —sugerí—. Y no habrá necesidad de asesinatos—. ¿Qué tal una tregua? —ofrecí.

Me observó con desconfianza. Quizá preferiría asesinarme. Personalmente, escogería inclinarla sobre ese escritorio y hacerla gritar mi nombre. Sentir su coño apretándose alrededor de mi polla. Escuchar sus gemidos. El recuerdo me golpeó como el subidón de una droga, tentándome a tomarla. Hacerla mía ya.

Apreté los dientes, conteniendo el hambre carnal de mi expresión. Aún no era el momento.

Nuestras miradas se cruzaron. El tiempo se paralizó.

Ella guardaba secretos detrás de esos ojos Nikolaev. Yo tenía algunos propios.

—No sé si quiero una tregua con alguien que irrumpe en mi empresa —agregó, reclinándose en la silla como si reinara sobre su reino. Poco sabía ella, el barco había zarpado en este pequeño reino. Yo dirigía el barco y controlaba los vientos.

—No es más que una empresa fantasma, Tatiana —comenté con voz indiferente—. Una empresa de verdad necesita clientes. —Frunció las cejas, sorprendida—. No me digas que no sabes que no tienes clientes.

—¿Cómo sabes que no hay clientes? —indagó, manteniendo un tono cauteloso.

Una mujer inteligente. No es que lo dudara. Probablemente sus hermanos le habían enseñado a responder a las preguntas con sus propias preguntas cuando no tenía respuestas.

—Porque todos esos clientes vinieron a mi por esos servicios.

—Pensé que eras dueño de centros comerciales y otras mierdas —señaló—. Tus centros comerciales tienen algunas tiendas realmente bonitas. Es casi como comprar en Italia. —Luego, como si se diera cuenta de que me había hecho un cumplido, añadió—: Casi, pero no del todo.

Se me escapó un suspiro sarcástico. Esta mujer era algo especial. Mis centros comerciales tenían todas las marcas de lujo y las últimas tendencias de la moda, lo mejor de la alta costura italiana. Mi relación con Marchetti lo garantizaba.

—Dígame, gran reina de la moda, ¿qué hace falta para que sea como ir de compras a Italia? —reté.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

—Bueno, el ambiente —indicó—. Cuando entras en uno de tus centros comerciales, el ambiente es típicamente estadounidense. En cambio, cuando compras en Italia, lo que te atrapa es el helado, la música italiana y la energía.

Tenía razón. ¿Por qué no se le ocurrió eso al gerente de mi centro comercial? Le pagaba mucho dinero para que lo hiciera, tan jodidamente típico. Tendría que arreglarlo.

—Tienes razón —admití y sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Qué? Soy lo suficientemente inteligente como para ver cuando alguien tiene una buena idea.

—Mmmm. —Me dirigió una mirada interrogante—. Dime, Konstantin. ¿Por qué iba a tener el dueño de un centro comercial algo que quisieran los clientes de Adrian? La seguridad no es algo que se pueda comprar en una *boutique*, después de todo.

—Una discusión para otro día, tal vez. —Ella sabía quién era. Sabía muy bien lo que esos clientes obtendrían de mí, la muy astuta pícara.

—No hay momento como el presente —expresó.

Mis ojos se desviaron hacia la *laptop* que tenía adelante.

—¿Y qué intentas hacer? —inquirí.

Suspiró.

—Accesar —admitió—. Pero no sé la contraseña.

Bajó los ojos hacia la computadora, con las yemas de sus dedos apoyadas en el teclado. Todos los reportes indicaban que Adrian no guardaba ningún tipo de información en su *laptop* profesional. Habría sido demasiado fácil descubrirla. Demasiado fácil de hackear.

Además, yo ya había entrado en esa *laptop*.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Quiero encontrar los papeles de propiedad de la empresa. —Luego, como si se diera cuenta de que había respondido a mi pregunta, replicó secamente—: Y no es asunto tuyo.

—Sabes que podríamos ayudarnos mutuamente —señalé.

—Lo dudo mucho —objetó.

¿Qué diablos tenía que hacer para que esta mujer me viera? Normalmente las mujeres se volvían locas por mí, pero esta apenas recordaba que nos habíamos visto antes. No una, sino dos veces. Bien podría ser invisible para ella.

«*Para cuando esto termine, solo me recordará a mí. Cada aliento suyo me pertenecerá*», juré.

Tatiana podría haber sido mi obsesión durante años, mas yo me convertiría en la suya también. Seríamos dos almas entrelazadas tan densamente, que nada sería capaz de separarnos. Escondía fuego bajo esos ojos azul pálido, yo quería saber hasta qué punto ardía. Y, quería que me consumiera. Nos consumiera.

Porque seríamos un solo cuerpo y una sola alma.

—Prueba con *Espin*as y *R*osas con *E* mayúscula y *R* mayúscula —indiqué, ofreciéndole la rama de olivo—. Con guion bajo entre las palabras.

Alzó una ceja y se apartó un mechón de cabello de su rostro con dedos temblorosos. Era la combinación más peculiar cuando se trataba de esta mujer. Podía ser fuerte y vulnerable al mismo tiempo. En un momento era mansa y al siguiente una fiera.

Tal vez fue eso lo que me hizo responder por ella ante Marchetti. O tal vez había sido *dominado* por su coño virgen hacía tantos años. ¡Qué maldita burla!

Me mofé de mi idiotez.

—Inténtalo —ordené.

—Qué mandón —murmuró y tecleó la contraseña. La pantalla se desbloqueó de inmediato—. Supongo que ya entraste a esta *laptop*. —No lo confirmé. Ni lo negué—. ¿Cómo has entrado? —cuestionó.

—Por la puerta —respondí secamente.

—No me digas —musitó irónica, y luego volvió su atención a la *laptop*. Observé cómo movía el *mouse* de derecha a izquierda, haciendo clic. No tardó en darse cuenta de que no había nada digno de mención. Ni siquiera el acuerdo de la empresa que necesitaba.

Se reclinó en la silla—. Guardó fotos en esta —dijo por lo bajo, con los ojos clavados en la pantalla.

—¿Alguna de ellas significa algo?

Odiaba cada una de esas fotos. Adrian guardaba sus momentos más felices en esa *laptop*. Las imágenes de los dos compartiendo un helado, en un carrusel, esquiando. La sonrisa de Tatiana

deslumbraba en cada una de ellas.

Adrian quería que las encontrara. Me apostaría la vida en ello. Mi padre podría haber empezado la guerra cuando mató al suyo, no obstante, Adrian lo llevó a un nivel completamente nuevo. Él era el chico que no debí haber salvado.

Las palabras de mi padre resonaban en mis oídos. *«Los niños crecen y se convierten en hombres. Regresan a buscarte, y de repente, el cazador se convierte en la presa».*

El bastardo tirano se moriría de risa si supiera cómo me habían perseguido esas palabras en los últimos años. Tal vez ese fue mi castigo por matar al desgraciado.

De repente, Tatiana se levantó. La silla cayó detrás de ella con un ruido sordo y pasó por mi lado sin decir palabra.

Sin embargo, no pasé por alto el temblor de su labio inferior antes de que se marchara.

CAPÍTULO DIECINUEVE

TATIANA



Las fotos me desgarraban el alma.

Pero entre el dolor, una foto me llamó la atención. En todas las imágenes aparecíamos nosotros dos, excepto en una. *La pérgola*.

Tenía que ir a Washington D.C. La respuesta estaba allí. Estaba segura de ello. En nuestro comienzo.

A pesar de todos los secretos y algunas cosas cuestionables que Adrian parecía haber hecho, no podía borrar mi amor por él. Había formado parte de mí durante tanto tiempo, sin embargo, ahora me preguntaba qué más desconocía.

«Probablemente muchas cosas», pensé.

Era hora de ir a ver a Sasha de nuevo. Mi hermano favorito. Parecería que ese era el día de las visitas. Si añadía a Vasili al itinerario, el día estaría completo.

Al salir, mis guardias estaban durmiendo la siesta. Los habían noqueado. En su lugar había otros cuatro guardias, y yo sabía a quién pertenecían.

—Más vale que estén bien —siseé, señalando a los dos hombres que trabajaban para mi hermano—. Y cuando se despierten, convénzanlos de que no digan ni pío a mis hermanos sobre esta mierda.

Se limitaron a mirarme sin comprender, y resoplé.

—Ahora, despiértenlos. Necesito que me lleven y no voy a buscar las llaves en sus pantalones.

Nada. Se negaron a moverse y la frustración estalló en mi interior.

Sentí la presencia detrás de mí al mismo tiempo que ese aroma me envolvía. Realmente odiaba que usara esa fragancia. De todas los perfumes del mundo, ¿por qué demonios tenía que usar el que nos pertenecía a Adrian y a mí?

Me di la vuelta y lo fulminé con la mirada, culpándolo de todo lo malo de mi vida.

—Arregla esto. —Señalé a mis guardias desmayados, dando golpecitos con el pie con impaciencia. Si me hubiera puesto los tacones, el resultado sería elegante. Los crocs hacían que pareciera algo torpe.

Sus guardias soltaron un grito ahogado y la parte sensata de mi cerebro supo que así no se hablaba con el *Pakhan*. Demasiado tarde. *Qué pena*. No me arrodillaba ante nadie.

Puede que fuera una viuda afligida, pero seguía siendo una maldita reina. No la sirvienta de Konstantin.

—Di por favor, o te daré unas nalgadas. —El *shock* se apoderó de mí y algo más. Como una chispa encendiendo una cerilla que acabaría convirtiéndose en un incendio. Había algo en la voz de Konstantin que era pura seducción. Hizo que mis muslos se apretaran, como si él fuera lo único que necesitaba entre ellos.

«No, no lo quiero. No lo quiero», me reprendí a mí misma. Inhalé estremecida mientras la piel me ardía.

—A menos, claro, que te gusten las nalgadas —gruñó.

Se me encendieron las mejillas. Me imaginé en su regazo mientras su enorme palma me golpeaba el trasero, y la imagen hizo que me temblaran los muslos.

—En tus putos sueños —reviré. Este tipo era el último hombre con el que querría involucrarme. Era solamente una reacción física después de no haber sido tocada durante tanto tiempo. Entonces, como no podía contener mi lengua, gruñí, pero mi voz estaba demasiado ronca —. Y si alguna vez intentas azotarme, te cortaré las manos.

Una suave risa recorrió el aire. La amenaza era ridícula. Yo lo sabía. Él lo sabía. No obstante, temía que también reconociera la reacción de mi cuerpo por lo que era.

Lujuria. Deseo.

Dio una orden silenciosa a sus hombres y estos se apresuraron a ayudar a Yan y Yuri a despertar de su siesta forzada. Golpeé el pie con impaciencia, mordéndome el labio inferior. Cuanto antes saliera de aquí, mejor.

En cuanto mis guardaespaldas se dieron cuenta de quién los había noqueado, aceptaron de buen grado no decir nada a Vasili. No ayudaba mucho a la confianza en mi seguridad que pudieran ser persuadidos tan fácilmente, pero por ahora, funcionaba a mi favor.

Yan corrió hacia el coche y abrió la puerta antes de que yo llegara. Por lo general, mi salida sería mucho más elegante, aunque en mi vestuario actual, era poco menos que mediocre, no era que me importara. Solo quería salir de aquí.

—¿Por qué corres? —La voz de Konstantin vino de detrás de mí. Mi corazón se aceleró a un ritmo extraño, enviando un escalofrío a través de mí. No me gustaba esta reacción hacia él. Me gustaría convencerme de que era miedo, pero sabía que era mentira.

Mis pasos se detuvieron, Yan sujetando la puerta y mirando al frente. Si yo fuera inteligente, entraría en el vehículo y le pediría a Yan que cerrara la puerta para no tener que oír ni una palabra más del diablo de Konstantin, mas nunca pretendí serlo, así que me di la vuelta. Despacio. Quizás incluso sensualmente.

—Yo nunca corro. ¿Y tú?

Podía sentir su calor. Podía oler ese aroma que se convirtió en mi afrodisíaco desde mi primera experiencia sexual. Durante todos mis años en la universidad experimenté con mi sexualidad. Mucho. Aunque, contrariamente a lo que todos creían, me aferré a mi virginidad. Hasta aquella noche con Adrian en la pérgola. Esa noche, la virgen inexperta se convirtió en la mujer experimentada.

—Yo nunca corro —respondió Konstantin con esa voz profunda.

Cerró el espacio que nos separaba. Mis pechos rozaron los suyos y un calor sin precedentes se disparó hasta mi interior. Un suave jadeo me separó los labios y su mano se enroscó en mi nuca, agarrando un puñado de cabello. Acortó distancias y sus labios se acercaron a los míos. El estómago se me revolvió, robándome el aliento. Su lengua me pasó por el labio inferior y las mariposas me recorrieron el vientre bajo, esparciendo fuego por mis venas.

Adictivo. Era tan adictivo.

Su lengua rozó la mía y un sonido áspero vibró en lo más profundo de su pecho. Me

zumbaron los oídos. Me ardió la sangre.

Entonces me mordió el labio con tanta fuerza que grité. Retrocedí un paso, mirándolo confusa mientras me hormigueaba el labio inferior como si me hubiera marcado.

—Esto no es una despedida, Tatiana Nikolaev. —Su voz era suave, como terciopelo negro, dispuesto a atraparme con sus anzuelos.

A su hermano gemelo probablemente podría manejarlo, pero a este tipo, definitivamente no.

Se apartó de mí y, de repente, mis pulmones se llenaron de aire. Por fin me llegaba oxígeno al cerebro. Justo a tiempo para darme cuenta de lo idiota que era por jugar con alguien tan poderoso como un Konstantin. Especialmente *este* Konstantin, pero primero que me condenaran antes de detenerme.

Como si fuera un castigo por comer, mientras me deslizaba en el asiento trasero del Mercedes, mis ojos se clavaron en la alta figura oscura.

—Espero de verdad que sea un adiós definitivo —siseé, y luego le ofrecí una falsa sonrisa dulce—. Por tu bien. Pareces demasiado obsesionado conmigo. Eso no es sano.

Su mirada parpadeó con algo parecido a la broma y rápidamente cerré la puerta para no tener que oír su respuesta.

La tensión entre Yan y Yuri se notaba en sus hombros mientras me llevaban a casa de Sasha. Maldito Konstantin. Este hombre me estaba haciendo sentir cosas que no había sentido en tanto tiempo, y temía aferrarme a él. Abrumaba cada fibra de mi ser. Me hacía sentir deseada como ningún otro hombre lo había hecho, incluso Adrian antes de que las cosas se salieran de control.

¡Dios mío!

Yo era una viuda afligida. No podía ir por ahí besando hombres bien vestidos. Y este no era como Adrian, que prefería llevar *jeans* y botas de combate. Este tipo era elegante y carismático. Poderoso. Peligroso.

En resumen, malas noticias.

Adrian era el hombre que amaba y extrañaba. Era mi vida.

«*Aunque te mantuvo en la oscuridad*», susurraban los rincones de mi mente. Sobre tantas cosas.

—Ni una palabra a nadie —advertí a mis guardias, ignorando los susurros de mi cabeza. Los dos asintieron y agarré la licorera que había en la consola. Esta vez no era vodka, sino un brandy frutal. Al instante, el alcohol penetró en mi sangre y me calentó por dentro y por fuera.

Había reducido algo mi consumo de alcohol, pero seguía recurriendo a él, aunque solo para tranquilizarme.

Como en ese momento.

Así que, técnicamente, era culpa del maldito *Pakhan*.

Para cuando el coche se detuvo frente a la casa de Sasha, había bebido demasiados sorbos de mi licorera. El autocontrol no era mi fuerte y el alcohol llenó el hueco en mi pecho.

Al menos temporalmente.

Entré en la casa de Sasha, la del French Quarter, para encontrarlo en su despacho. A diferencia de Vasili, que pasaba la mayor parte del tiempo en la oficina, Sasha rara vez estaba allí. Eso significaba que estaba planeando cómo joder a alguien. Y tenía la sensación de saber a quién.

—He oído que Branka Russo está comprometida. —La mirada oscura que me dirigió fue mi

confirmación, y supe que Branka nunca se casaría con ese hombre. Permaneció en silencio—. ¿Quieres saber quién es el afortunado?

No le interesó. No me sorprendió. Mis hermanos eran unos cabrones testarudos y asustadizos. A decir verdad, me sorprendió que no hubiera averiguado la identidad de su futuro esposo. El bajo mundo podía ser como un pueblito a veces. Así me enteré hace unas semanas.

—Killian Brennan —solté el nombre y por la forma en que se heló la expresión de Sasha supe que el irlandés podría no vivir por mucho más tiempo. Me tiré en la silla y di otro sorbo a mi licorera. Esa mierda estaba muy sabrosa—. ¿Así que vas a matarlo? —pregunté con curiosidad. Apoyé mis largas piernas en la mesa, estirándolas. Al menos con mis pantalones deportivos podía estirarlas.

Sasha me lanzó una mirada preocupada, ignorando la carnada y la burla que le lancé.

—*Sestra*, no puedes seguir así. —La voz de Sasha era seria y preocupada. Solo me llamaba *hermana* en ruso cuando estaba muy preocupado—. Estás matando tu hígado.

Agité la mano y salpicaron gotas de alcohol de la botella. Maldita sea. Quizás el alcohol estaba haciendo más efecto extra de lo que esperaba.

—Los hígados se pueden reparar.

—También puede hacerlo tu corazón —razonó mi hermano.

Lo miré, con esa pérdida de hace tantos meses todavía carcomiéndome. Aunque el beso que acababa de compartir con Konstantin pasó por mi mente, mitigando parte del dolor. ¡Patético!

—¿Entonces por qué persigues a la chica Russo? —pregunté, en lugar de evaluar mi reacción ante el *Pakhan*. Mis hermanos se volverían locos si supieran que había estado a solas con ese hombre. Burlándome de él. Jugando con él.

—Tatiana, tienes que dejarlo ir. Tienes que encontrar la manera de seguir adelante y buscar pistas, beber vodka —sus ojos se desviaron hacia mi vestuario—, y usar pantalones deportivos no es la forma de hacerlo.

Hice un gesto de disgusto, desechando su consejo. No me sorprendió que supiera que buscaba respuestas. Me conocía demasiado bien. Y estaba segura de que Aurora le había dicho algo a Alexei, quien a su vez le había comentado algo a Sasha.

—¡Así como tu estas buscando la manera de seguir adelante de tu obsesión con su compromiso! —comenté sarcásticamente mientras dejaba la licorera en el suelo. Luego estiré las piernas un poco más. Ejercicio y alcohol en el mismo minuto. Eso sí que era realizar varias tareas al mismo tiempo.

Por suerte, cambió de tema.

—¿Qué sabes del acuerdo de Branka y Killian?

Me encogí de hombros.

—Solamente que se van a casar y que Branka se negó a pasar por el altar hasta que su amiga volviera sana y salva. —Entonces troné los dedos, me rondaba la idea en la cabeza—. Por supuesto, eso suponiendo que su amiga salga de Afganistán.

No creía que mi hermano pudiera soportar conseguir su felicidad a costa de otra persona, pero no estaba de más ponerlo a prueba. A juzgar por la expresión de su cara, tenía razón.

—¿Sabes?, Killian Brennan es prácticamente de la familia —pronuncié despreocupadamente. Decir que nuestras relaciones familiares eran complicadas era quedarse corto. La esposa de Alexei, Aurora, estaba emparentada con Davina Brennan, esposa del padre de Killian, Liam Brennan. Padrastro. Fuera lo que fuera.

Dejé que Sasha se desahogara un poco, pero no había duda de que idearía un plan. Y conseguiría lo que quería. Que aparentemente era Branka Russo. Más le valía que nuestro

hermano mayor no se enterara de sus planes, fueran cuales fueran.

Exhalando, bajé los pies y me puse de pie.

—Por cierto, necesito tu ayuda.

Los ojos de Sasha, ese azul pálido característico de los Nikolaev, se encontraron con los míos. Esperó y esperó. Podía pedirle que me acompañara, pero pensé que sería mejor ir sola.

—¿Hay alguna posibilidad de que tengas a alguien, aparte de ti, que pueda llevarme a Washington el fin de semana y mantenerlo en secreto a Vasili?

Se pasó la mano por el cabello, esa tinta que marcaba su piel mostrando la historia de su propia vida. Su piel contaba lo que vivió y, aunque había sido algo duro, realmente esperaba que consiguiera a su mujer y ser feliz para siempre. Por un tiempo, pensé que la mujer que amaba había muerto, pero aparentemente, estaba equivocada.

—¿Por qué no voy contigo? —Me ofreció.

Negué con la cabeza.

—No, esto tengo que hacerlo sola, aunque preferiría que asignaras a alguien para que me acompañara y me prestaras tu avión.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Ocurre algo con Yan y Yuri?

Negué con la cabeza.

—No, pero tienen familia y Yan tiene hijos pequeños. —Era una verdad a medias—. Ya trabajan demasiado. No quiero apartarlos de sus familias.

No se lo creyó exactamente, no obstante, teniendo en cuenta que le pedí protección, estaba dispuesto a dejarme salir con la mía.

—Sí, ¿cuándo tienes que ir? —preguntó.

—¿Esta noche?

—Podrías ir con Byron Ashford —sugirió. El hermano de Aurora. Tenía que ser una señal y lo mejor era que el *Rey Multimillonario* no se molestaría en hacer preguntas.

Como señaló Alexei, tenía problemas más importantes de los que ocuparse y no me prestaría mucha atención.

CAPÍTULO VEINTE

KONSTANTIN



Ella estaba en movimiento.

Lenosh se sentó a mi lado, observando cómo Tatiana se abría paso por el lujoso patio trasero de la residencia. Lo recordaba bien. ¡Cómo había podido olvidarlo! Fue allí donde vi por primera vez a Tatiana hacía tantos años. La segunda vez fue en mi restaurante: *Constantinople*. Sí, el nombre no era muy discreto. Mi hermana pequeña le puso el nombre.

Sin que la familia Nikolaev lo supiera, le puse un rastreador a Tatiana justo después de su accidente. Un simple procedimiento dental mientras ella estaba en el hospital. Tal vez fue un poco exagerado. La seguridad de Tatiana era más importante que su derecho a la privacidad.

Yo tenía una moral cuestionable. Demándame.

Durante los primeros meses, no hubo absolutamente nada. Luego, la guerrera que yo conocía, empezó a indagar, a buscar respuestas. Marchetti se estaba impacientando. También los demás.

Nadie se atrevía a atacar, excepto los *Yakuza*. No eran miembros de las Espinas de *Omertà*, pero tenían una conexión indirecta con ella a través de Amon, pero hasta donde sabía, no estaban siendo extorsionados. No como los miembros de nuestra organización. Eso significaba que querían el chip para expandirse por nuestro territorio.

Poniendo esos pensamientos en espera, me centré en la mujer a la que había estado observando durante años. Desde la muerte de Adrian, había tenido hombres vigilándola las veinticuatro horas del día. Sí, sus hermanos también le asignaron guardaespaldas, pero eso no era suficiente. Le daban demasiada libertad, lo que significaba demasiadas oportunidades para que alguien llegara a ella.

Había aterrizado en D.C. a última hora de la noche. Byron Ashford ni siquiera se dio cuenta de lo cerca que estaba de morir. Voló con él y el maldito *caballero* la acompañó al interior del hotel Waldorf Astoria para registrarse. Dos minutos. Estuvo a solas con ella dos minutos, ciento veinte segundos. Un segundo más y habría sido hombre muerto. Si volvía esa noche, habría sido hombre muerto.

—¡Imbécil!

La vi vagar por la propiedad del río Patapsco. Fue donde nos conocimos y ella ni siquiera lo recordaba. Dejé escapar un suspiro sardónico. Tatiana era todo en lo que había pensado durante los últimos siete años y ni siquiera se acordaba de mí.

Que maldita ironía.

Sus talones se hundieron en el suelo blando y murmuró algo que no pude oír, luego continuó

de puntillas, pasando por alto la casa. Se dirigió directamente al vasto paisaje de la parte trasera que daba al río Patapsco.

La puesta de sol proyectaba sombras, bajando lentamente por el horizonte. La propiedad me pertenecía, así que, aunque no la hubiera estado rastreando, la alarma se habría activado en cuanto hubiera puesto un pie en ella.

Por mi mente pasaron imágenes de mi primer encuentro con la mujer que se convirtió en mi obsesión. La forma en que entró en la fiesta como si fuera la dueña. La manera en que sus ojos brillaban como rayos de sol reflejándose en el mar Caribe.

Y luego esa nota. Esa maldita nota pidiéndome que la follara. Joder, yo era muchas cosas, pero un santo no era una de ellas. Así que la seguí hasta la pérgola y la follé. Desafortunadamente, o tal vez afortunadamente, ella dejó una impresión en mí.

Justo cuando encontrábamos nuestra liberación, con mi miembro enterrado profundamente en su apretado coño, su maldito guardaespaldas regresó. No sabía su nombre, aunque estaba decidido a averiguarlo.

Pero Adrian empezó a hacer de las suyas. Siempre estaba en medio, incluso, cuando yo no sabía quién era realmente. ¡Hijo de puta! Debería haberle disparado cuando se acercó, y luego volver a cogérmela y escuchar aquellos gemidos y quejidos.

En cualquier caso, poco después de mi encuentro sexual con Tatiana en esta misma pérgola, convencí a los propietarios de que querían vender esta residencia.

Nunca fui un sentimental, sin embargo, necesitaba este lugar. Era un templo sagrado al que estaba decidido a traerla de vuelta y adorarla de nuevo. La casa tampoco estaba nada mal: una mansión blanca junto al río Patapsco, con una gran extensión de terreno que le proporcionaba intimidad y protección.

Podía follármela a cualquier hora, de día o de noche. Dentro y fuera. El puto sueño perfecto.

¡Mierda!

La forma en que Tatiana se paseaba por él como si fuera la dueña del lugar. Con aquel vestido rosa, sus muslos jugaban al escondite cada vez que daba un paso.

La voz de Sasha Nikolaev se desvaneció en el fondo. También la de mi gemelo.

Diablos, no podía decidir si parecía un ángel con ese cabello rubio claro o una seductora. Todo en ella era tentador. Como una mujer fatal decidida a actuar inocente. Y luego te sorprende con un mensaje insinuante o esos malditos gemidos con los que había soñado desde aquella noche en la pérgola.

La sangre se me subió a los oídos y el calor a mi entrepierna.

Tenía que saber quién era. El universo la había puesto en mi camino. Tenía que significar algo. Tenía que ser una maldita señal.

Agarré el teléfono y mantuve la mirada fija en ella mientras escribía mi mensaje a Nikita.

Yo: Necesito un nombre. Mujer del vestido rosa. Ahora.

El vestido de satín rosa claro abrazaba sus curvas, sus largas piernas daban paso a la abertura que se extendía casi hasta la cadera. Todos los hombres del restaurante la miraban. Algunos hombres en citas estaban siendo discretos, pero otros no podían despegar sus miradas de la pasarela de esa belleza.

Jesucristo, la mujer incluso caminaba como una reina y se dirigía directamente a nuestra mesa.

¿Me había reconocido? ¿Me había estado buscando como yo a ella?

Dios, alguien tenía que pegarme. Actué como un adolescente dominado por su coño. O peor aún, como si fuera una maldita chiquilla embobada.

Un hombre se inclinó hacia delante y los pasos de ella vacilaron. Sus ojos abandonaron mi dirección general y se volvió para mirar al tipo. Murmuró algo y se alejó de él sin mirar atrás.

—Entonces tu boca puede encontrar mi miembro.

La mesa, llena de hombres, era pura risa. Niebla roja cubrió mi visión, haciendo que su vestido rosa pareciera de diferentes tonos de rojo. Todo el ruido del restaurante estaba distorsionado por la rabia que me recorría, golpeándome el pecho y ansiosa por hacer pagar al hijo de puta. Ahora mismo. Joder.

Necesité todo mi autocontrol para no sacar la pistola y matar al imbécil que se atrevía a hablarle así a una mujer, **a mi mujer**.

Me puse en pie, pero la mano de mi hermano me rodeó la muñeca. Giré la cabeza, dispuesto a pegarle un puñetazo, cuando me dio un seco apretón de manos.

«Ahora no», me dijo con la mirada. Era una de las pocas veces que se preocupaba por el bienestar de alguien que no fuera él. Lo nuestro solía ser diferente. Éramos muy unidos. Sin embargo, una bala nos separó.

Apreté los dientes y volví a sentarme, sin apartar los ojos de la mujer y la mesa. Mataría a ese cabrón y le daría una lección a los demás por haber mirado siquiera de reojo a mi esposa.

Me pasé una mano por el cabello, consciente de que me estaba adelantando, pero, demonios, sabía lo que quería cuando lo veía. Ella era mi objetivo, me casaría con ella, tendría hijos con ella y la tendría conmigo para siempre. En esta vida y en la siguiente.

Sus ojos parpadearon de nuevo hacia nuestra mesa. Como si supiera exactamente quién era yo y qué pensamientos pasaban por mi mente. Excepto... que estaba mirando a Sasha Nikolaev. Seguí su mirada, pero los extraños ojos azul pálido del idiota estaban enfocados en otra cosa.

Alguien más.

Cuando volví a centrarme en la reina, noté que murmuraba algo en voz baja y el tipo se echó hacia atrás, como si le hubiera sorprendido lo que fuera que dijera.

Con el teléfono aún en la mano, envié otro mensaje de texto a Nikita.

Yo: Mesa cinco. Quiero al cabrón del traje barato y cara horrible.
Mantenlo en el cuarto de atrás.

El aroma a rosas llenó mis fosas nasales e invadió mis pulmones. De la mejor maldita manera.

—Hermano, sabes que este restaurante es más para citas que para un almuerzo rápido. ¿Verdad? —La pregunta estaba en ruso. Demonios, esa voz. Mi corazón se aceleró, el calor corrió por mis venas hasta la ingle. Ya me molestaba la erección, temía que fallara mi autocontrol y me la cogiera aquí mismo. La inclinaría sobre la mesa y penetraría su apretado coño, mientras me emborrachaba con el aroma de las rosas.

Fue entonces cuando registré sus palabras. ¿Hermano?

Sasha estaba de pie, tomándole la mano.

—Llegaste temprano —refunfuñó Sasha—. Nunca llegas temprano.

Su hermana frunció el ceño.

—Y yo que pensaba que te gustaría que intentara apaciguarte. Será la última vez, que lo haga.

—Lo dudo —replicó Sasha irónicamente, luego sus ojos parpadearon hacia su hermana y hacia mí—. Caballeros, un placer verlos y hacer negocios con ustedes.

No tan rápido, hijo de puta desquiciado.

—Preséntanos —exigí.

Yo seguía siendo el Pakhan, y aunque permitía la autonomía de los Nikolaev, él aún me debía respeto y lealtad. No es que me engañara a mí mismo de que alguna vez caerían de rodillas ante mí.

—Mi hermana, Tatiana —gruñó Sasha.

Tatiana. Mierda, el nombre le quedaba bien. Reina de las hadas.

El cuento favorito de mi madre era El sueño de una noche de verano y la Reina de las Hadas, Titania.

Nuestras miradas se encontraron, su bonita pequeña nariz se arrugó y... me miró con odio. Me fulminó con la mirada.

Podría haberme reído, pero no tenía nada de gracioso. Yo aquí recordaba estar dentro de su apretado coño, masturbándome con sus imágenes desde hacía años, y ella me miraba como si yo fuera una mancha en sus bonitos zapatos de tacón rosas.

—¿Y ustedes quiénes son? —preguntó con los ojos entre mi hermano y yo—. Aparte de gemelos, lo cual es obvio.

Era obvio que ella estaría más preocupada de que manchara sus zapatos que por mí.

Me puse en pie, sobresaliendo una buena cabeza por encima de ella. Nadie, y me refería a nadie, había mostrado menos interés en conocerme.

—Illias Konstantin —contesté—. Te hará bien recordar el nombre de tu Pakhan.

Le brillaron los ojos al reconocerme. Al menos sabía de mí, aunque no me recordara, demonios.

Sus labios se curvaron, apenas.

—Bueno, señor Konstantin, intentaré recordar el nombre. Al menos para apaciguar su frágil ego.

¡Jesucristo, esta mujer!

Mis labios se torcieron, divertidos. Al parecer, mi pequeña seductora no recordaba nuestro encuentro. Me aseguraría de recordárselo. Recordaría mi nombre y mi puta polla en su coño el resto de su vida.

—Tatiana, Illias y Maxim ocasionalmente hacen tratos con Vasili. —La voz de Sasha era cautelosa, aunque distraída. Su atención estaba en otra parte. Seguía mirando hacia la entrada, donde dos mujeres susurraban entre ellas con urgencia. Maxim también las vio y, por alguna tonta razón, parecía fascinado por ellas.

Algo así como yo estaba fascinado con Tatiana.

—Es fascinante —comentó. ¿Me estaba leyendo el pensamiento la mujer mágica? Entonces noté el trasfondo de su sarcasmo. Dios, quería darle unas nalgadas. Necesitaba azotarla y darle una lección.

Sin embargo, me conformaría con darle una paliza al imbécil que se atrevió a hablarle a mi mujer como si fuera una puta vulgar.

Me abroché la chaqueta y me alisé las mangas, indicando a mi hermano que era hora de irse.

—Los dejamos. Disfruten de la comida. La casa invita.

Maxim nos dejó antes de que pudiera terminar mi frase. Mi hermano gemelo estaba actuando como un estúpido últimamente. Vamos... ¿no era yo el Pakhan más temido y despiadado o qué? Claramente, mi hermano estaba a punto de perder los estribos. Mi futuro cuñado tenía más interés en el área de recepción de mi restaurante que cualquier otra persona

en esta mesa.

Y mi futura novia... su atención estaba en otra parte junto con la de Sasha. No es que me importara la atención del maldito psicópata. Sin embargo, la de ella era algo completamente diferente.

—¿Sabes qué? —murmuró Sasha—. Tienes razón, este es un restaurante para parejas. Mejor vamos a comer algo del food truck.

Tatiana resopló. Resopló de verdad.

—Vete a la mierda, Sasha. No voy a comer nada de un carrito de comida rápida.

No le prestó atención, sacó la cartera y arrojó un montón de billetes sobre la mesa.

—Sasha... —replicó con un rayo azul llenando su mirada.

—Vamos, mi dama.

Lo que fuera que significara eso, no tenía ni puta idea, pero consiguió que su hermana lo fulminara con los ojos. ¡Gracias a Dios! No creía que mi corazón pudiera soportar otra mirada de ella.

Le dio un tirón del brazo y ella me hizo un sutil gesto con la mano.

—Hasta luego, Pakhan.

Sacudí la cabeza. Podía ser que hoy estuviera al límite, así que me encogí de hombros. Ya se acordaría de mí cuando llegara a un acuerdo con su hermano para casarme con ella.

Ahora mismo, iría a torturar al hijo de puta con esa boca sucia. Una excelente forma para aliviar el estrés.

Encontré a Nikita en el "cuarto trasero" como lo había ordenado. Era más bien un sótano, pero quién se preocupaba de formalidades aquí. Nadie. Los hombres que se atrevieron a reírse del chiste grosero de su amigo recibirían una lección. Defendería a mi mujer en el futuro. Y, para el imbécil que se atrevió a decir el chiste grosero, bueno, las cosas no acabarían muy bien para él.

—Caballeros, gracias por reunirse conmigo —declaré aburrido. Caminé despacio hacia ellos, como un depredador listo para atacar. A cada paso, su tensión y su miedo aumentaban, cargando el aire.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de ellos, con un tono indignado. Por supuesto, sería el idiota que se atrevió a sugerirle a mi ángel que le chupara la polla.

Solté mi rabia y sonreí sádicamente.

—Este soy yo enseñándote modales —respondí antes de que mi puño volara hacia su mandíbula.

Los tres pares de ojos se abrieron de par en par. Todos irradiaban terror.

—L-o que tú-ú pienses... —Uno de ellos tartamudeó.

Mi voz estaba demasiado calmada cuando volví a hablar.

—Tu amigo aquí presente le habló a mi futura esposa faltándole al respeto. —Se quedaron petrificados. Los tres—. A menos que quieran cargar con su castigo, les sugiero que se callen la boca y observen. No se preocupen, no me olvidaré de ustedes. —Abrió la boca y troné la lengua, entrecerrando los ojos sobre él—. Pero si dices otra palabra, si haces un puto ruido, te daré una lección a ti primero.

Sus labios se apretaron al instante, temeroso de emitir un solo atisbo. Sonreí salvajemente, saboreando su miedo en mi lengua.

—No sabíamos que era tu esposa —suplicó el hijo de puta que se atrevió a hablarle a Tatiana. Luego, para mi diversión, se meó encima—. Estaba bromeando cuando dije que le destrozaría el culo. No me gusta follar culos. Ni violar. No iba a violarla.

Le mostré una sonrisa feroz mientras el rojo se filtraba lentamente en mi visión. Necesité todo mi control para mantener la calma. Para no matar a esos tres cabrones que colgaban del techo de mi sótano.

Girando a mi izquierda, había una mesa con todas nuestras herramientas perfectamente organizadas. Podía haber una mancha de sangre. O dos. Las dejamos a propósito. Funcionaba de maravilla a la hora de infundir miedo.

Tomé el bisturí y lo retorcí en mi mano mientras me acercaba al cabecilla. El tipo que se atrevió incluso a decir violación cuando hablaba de mi mujer.

—¿Cómo te llamas? —indagué, dejando que el salvajismo se apoderara de mí.

—T-Tom.

—Bueno, Tom. Tú y yo nos vamos a conocer de maravilla.

Sacudió la cabeza.

—No quiero que nos conozcamos.

Mis ojos se desviaron hacia Nikita.

—Vamos a enseñarle al idiota lo que les pasa a los violadores en mi ciudad.

Y lo hice. Durante horas y horas. Para cuando la luz de sus ojos se apagó, sus colegas odiaban la idea de cualquier cosa no consensuada.

—Tenemos que conseguir ese chip pronto. —La voz dura de Lenosh me sacó del pasado—. Los demás están cansados de esperar.

Golpeé el volante con los dedos, observando cómo la esbelta figura vestida de negro se movía de aquí para allá, como si intentara recordar algo. Su larga cabellera rubia no estaba enmarañada ni desordenada. Le caía por la espalda, con un rubio aún más claro en contraste con su traje negro de Chanel. Parecía ser su estilo.

No pude evitar una suave burla. Al menos no llevaba esos horribles pantalones deportivos. Me costó mucho no arrancárselos ayer. Aunque fue más atribuible al hecho de saber que pertenecían a su difunto marido.

—Tendrán que esperar el tiempo que haga falta —ordené.

Lenosh frunció los labios, sin embargo, no dijo nada más. Por eso nos llevábamos tan bien. Sabía cuándo protestar y hablar, y cuándo callarse. Nikita también, pero él tenía asuntos urgentes que atender.

Mi mirada se deslizó de nuevo hacia la mujer que ahora estaba de rodillas, con las manos rozando el césped.

—Demonios, ¿qué está haciendo? —murmuró Lenosh.

—Buscando algo, supongo. —La cuestión era si estaba buscando el chip o algo más.

—A lo mejor está borracha y por fin ha perdido... —Al ver mi expresión furiosa, hizo una pausa, pensando mejor en no terminar la frase.

—Puedes irte —pronuncié—. Yo le pediré que me lleve a nuestra pequeña exploradora.

Asintió y salí del coche, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Quería asegurarme de que Tatiana me oyera. Y, efectivamente, giró la cabeza y sus ojos se cruzaron con los míos.

Prácticamente pude escuchar su gemido mientras ponía los ojos en blanco y se levantaba de un salto. Me tomé mi tiempo para acercarme a ella y contemplarla. El vestido que llevaba se ajustaba contra la curva de sus pechos y su cintura, y luego se ensanchaba hasta las rodillas. Sus mejillas estaban sonrojadas y sus labios carnosos eran tan tentadores.

Por supuesto, no ayudó que los recuerdos de la última vez que ambos estuvimos aquí

inundaran mi mente.

Fue aquí. En esta pérgola.

Le robé su inocencia aquella noche, pero ella me robó mi puta alma. Fui un estúpido al dejar que Adrian se la llevara, sin embargo, ahora sería mía. Completamente. En sentido figurado y literalmente.

En todos los sentidos del mundo.

—Hola de nuevo.

—Dios, esperaba no volver a verte nunca más —soltó, su enfado tapando el hecho de que la había asustado de muerte—. ¿Qué haces aquí?

—Cuidado —advertí suavemente, deteniéndome a metro y medio de ella—. O tendré que castigarte.

—Y tú te ganarás una bala.

Mierda, su fuego era tan excitante. Nadie, y quiero decir nadie, me había hablado nunca así. Me daban aún más ganas de domarla. Ver cómo sus ojos se oscurecían cuando ella ansiaba mi toque y mi boca.

Como aquella noche.

Le hice señas con un dedo.

—Ven aquí.

En mi pecho rugía un apetito profundo y voraz que me exigía saborearla de nuevo. Llevaba años soñando con ella, y ahora que estaba tan cerca de mí, me costaba muchísimo trabajo no ir por ella. Exigir su sumisión. Su cuerpo. Su alma.

Sus ojos brillaron como dos relámpagos azules.

—No soy un perro, Tirano.

Maldición, me encantaría llenar su boca con mi polla. El calor se apoderó de mi ingle y al instante mi miembro se excitó con esa imagen. Aunque, a juzgar por la expresión de la hermosa cara de Tatiana, lo más probable sería que intentara arrancármela a mordidas.

Su desprecio se extendió por mis venas como un invierno siberiano. Sus suaves curvas bajo aquel horrible vestido negro me tentaban e invitaban. Era mía. Siempre había sido mía.

Con un movimiento rápido, la agarré por la barbilla con dos dedos.

—Basta de ocultar cosas —exigí—. ¿Qué has encontrado?

CAPÍTULO VEINTIUNO

TATIANA



Sus dedos eran duros y posesivos. No me dolió, pero algo me hizo sentir en el interior. La confusión se apoderó de mí. ¿Qué me estaba pasando? Cada vez que este hombre se acercaba a mí, mi cuerpo respondía. La sangre se me calentaba y el corazón me latía con más fuerza. La nota me quemaba en la palma de mi mano. Estaba escrita con la letra de Adrian.

Sigo adelante. Parado entre las sombras.

Era enigmática. Confusa. En resumen, la nota no tenía sentido.

La metí en el bolsillo y decidí abordar los problemas de uno en uno. Primero, tenía que encargarme de ese demonio que parecía acecharme. Malditos villanos. Siempre acosadores. Apostaba a que se llevaría muy bien con mis hermanos.

Ugh.

—Deberías venir con un cartel de advertencia —refunfuñé—. Cuidado. Alerta de acosador.

Konstantin se inclinó hacia mí, su perfume cítrico y tan condenadamente familiar, llenó todos mis sentidos. Olvidando la nota arrugada en mi bolsillo y mi actitud, cerré los ojos, luchando contra ese impulso desconocido en lo más profundo de mí. De someterme. De dejar que me dominara.

Por primera vez, quise arrodillarme ante alguien. El impulso me confundió. Me aterrorizaba.

Sin embargo, ahora que nuestras miradas se habían cruzado, el desconcierto me invadía. El pasado y el presente se enredaban en mi mente. Adrian y Konstantin. Había un dato clave que me faltaba o tal vez lo había olvidado.

No podía culpar al alcohol. No lo había tocado desde que llegué a D.C.

—Cuéntame lo que has encontrado, *moya luna* —dijo en un tono perezoso que me hizo cosas. Algo cosquilleaba en el fondo de mi mente, pero se negaba a manifestarse—. Dímelo y te recompensaré. —Este villano no se distraía fácilmente. Aunque su tono seductor ciertamente me distrajo—. Confía en mí, te gustará. —Su aliento rozó el lóbulo de mi oreja. Su aroma era adictivo y adormecedor—. De hecho, te gustará tanto que gritarás mi nombre para que lo oiga todo el estado.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Cada centímetro de mi piel ardía. Sentí el tamborileo de

la sangre en mis oídos, pero mi terquedad se apoderó de mí. Aparté de mi mente las sensaciones de mareo y embriaguez, quedándome con la determinación. Enfocándome. Para asegurarme de que no encontraría la pista que Adrian me había dejado. Si Konstantin decidía registrarme, la encontraría. Así que usaría mis artimañas.

Me encontré con su mirada y mi corazón se detuvo por un instante, antes de acelerarse de forma antinatural. Había algo oscuro detrás de sus ojos que me atraía hacia él con una fuerza invisible. Como si estuviéramos unidos.

Me acerqué más, nuestras respiraciones a escasos centímetros. Lo sentí en cada parte de mi piel, aunque sus dedos solo tocaron mi barbilla. Estaba sedienta de probarlo, de algo que me atrapara bajo su oscuridad. Los efectos del alcohol no tenía nada que envidiar a esta sensación.

Mis labios se acercaron a los suyos. El beso estaba a un solo suspiro. Quería morderlos y lamerlos. Mis senos rozaban su pecho con cada respiración, enviando calor directamente a mi interior. Apretando una mano, pasé la otra por sus abdominales, enroscando los dedos en su pecho.

Quería arrancarle la ropa del cuerpo y sentir su pecho, duro y cálido, bajo las yemas de mis dedos. Lo deseaba contra mí. Santos cielos, olía tan bien que me perdí en él.

Nuestros labios se conectaron y mi estómago se llenó de mariposas. No sabía quién cerró ese último milímetro. Tal vez nos encontramos en el medio, dividiendo esos centímetros por la mitad. Mis labios se separaron y su lengua se introdujo en mi boca, robándome el aliento.

Era ardiente. Húmedo. Adictivo.

Estalló en mi interior pura lujuria, ahogándome en sus aguas. La cabeza me daba vueltas y mi mundo giraba tan rápido que me mareaba detrás de los párpados. Me aferré a él mientras mi lengua se deslizaba por la suya. Un sonido áspero vibró en lo más profundo de su pecho, como el eco de mi propio volcán en erupción por mis venas.

Mi corazón latía con fuerza. El suyo tronaba bajo mi mano.

Olvidé la nota y el plan de seducción. Me froté contra él, necesitaba más fricción.

Y entonces me mordió el labio tan fuerte que grité. Otra vez.

Este ruso hijo de puta.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué diablos?

Su mirada ardía como los fuegos de Hades. Si fuéramos dioses, él formaría parte del dominio infernal y yo estaría... bueno, no estaba segura de dónde estaría. Tal vez en algún lugar entre el purgatorio y el cielo.

—Estás jugando con fuego, Tatiana —advirtió con voz aterciopelada y seductora, aunque el *tic* de su mandíbula y la lujuria de sus ojos lo delataron. Su mano se acercó a mi garganta, agarrándola ligeramente. Contuve la respiración, esperando, y se me erizó la piel cuando me acarició el pulso con su pulgar. Bastaría con que lo apretara para que me apagara la vida.

—¿Y? —reté en un suspiro.

Estaba ardiendo. Necesitaba más de él. No había vuelta atrás. Solo el aquí y ahora.

—¿Estás preparada? —«*Para qué*», quería preguntar, pero tenía la garganta seca. Me zumbaban los oídos.

Me ardían los labios por el calor de nuestro beso. Aún podía sentir su sabor en mi lengua. Un toque de cítricos y algo más que no podía identificar. ¡Diablos!, era tan adictivo que sabía que, si cruzaba la línea, no habría recuperación de la adicción llamada Illias Konstantin.

Como si me hubiera leído el pensamiento, añadió con un áspero tono de voz:

—Si cruzamos esta línea, no hay vuelta atrás.

El tono me hizo temblar, advirtiéndome del riesgo que estaba a punto de correr. La atracción eléctrica de su mirada me tentó. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba, pero ahora... con él... quería jugar. Quería seducir. Quería ganar.

Nunca fui de las que les gusta ponerse de rodillas. Lo prefería al revés. «*Todos ustedes, hijos de puta, arrodíllense y adórenme como a una reina*». Sin embargo, con él... Dios, ayúdame. Quería arrodillarme y hacerlo sentir bien. Quería sus manos sobre mí.

Sí, se trataba de ganar, no obstante, también de sentirse bien por primera vez en mucho tiempo. Un tiempo muy largo que se extendió antes de la muerte de Adrian.

Lentamente, manteniendo el contacto visual, me arrodillé. Konstantin se sorprendió y sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en pozos negros. No me importaba que estuviéramos afuera o que alguien pudiera estar observando desde lejos.

Sentía una necesidad imposible de negar.

Así que tomé su cinturón y lo desabroché, apretando los muslos. El aroma a cítricos y sándalo inundó mi mente, como el alcohol más fuerte que jamás había consumido. No me detuvo y, mientras liberaba su longitud, mis manos no temblaron. Era como si mis dedos lo conocieran. Lo hubieran tocado.

—¿Estás segura? —Su voz estaba contenida como si estuviera al borde del abismo. Mi mano rodeó su pene duro como una roca, con el líquido preseminal brillando y procedí a masturbarlo. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Era grande, mucho más grande de lo que yo estaba acostumbrada.

—¿Tatiana, estás segura?

Mirándolo fijamente, me incliné y lamí sus gotas de la punta y lo chupé en mi boca. Era la única respuesta que tenía para él.

De sus labios brotó un profundo gemido, pero sus ojos entrecerrados se clavaron en mí. Aceleré el paso mientras apretaba los muslos por la excitación que me había golpeado como un tsunami. Esto me daba fuerzas. Podía ser que yo estuviera de rodillas, sin embargo, él se estaba deshaciendo por mí. Era yo quien le daba placer. Yo controlaba su placer.

Dejé que golpeará el fondo de mi garganta, sus dedos se aferraron a mi cabello y me agarraban casi al punto de dolor. Sus gruñidos y ruidos de agradecimiento eran todo para mí. Mis manos se aferraron a sus muslos y mis uñas se clavaron en sus pantalones.

Empujó su miembro hasta el fondo de mi garganta. Una y otra vez. Mis reflejos de arcadas entraron en acción, sin embargo, me negué a parar. Dejé que me penetrara la garganta, sus dedos mantenían mi cabeza inmóvil mientras él golpeaba la parte posterior una y otra vez.

Gemí alrededor de su miembro y sus ojos oscuros brillaron con tono victorioso.

Entraba y salía de mi boca. Sus caderas controlaban el ritmo y, como si siempre me hubiera conocido, me la metió profundamente y con fuerza. Hasta el fondo. Era tan grande y tan grueso que aún no estaba completamente dentro de mi boca.

Su otra mano agarró mi mandíbula. Y todo el tiempo, nuestros ojos estaban fijos uno en el otro. Oscuridad y luz. Pasado y presente. Tal vez futuro. Las lágrimas me punzaron los ojos y se derramaban por mis mejillas.

Konstantin entraba y salía de mi boca con un ritmo enloquecido, su control era inexistente. Mis muslos se tensaban con cada embestida dentro de mi boca. Mis ojos se cerraban y la excitación empapaba mi ropa interior mientras me perdía en aquella lujuria.

—Abre los ojos, *moya luna* —ordenó con tono salvaje.

Abrí los párpados y vi el brutal filo de sus facciones. Su agarre se hizo más fuerte en mis hebras y siguió y siguió. Follando mi boca dispuesta. Todos mis pensamientos se evaporaron,

dejándome a solas con él. La saliva me caía por la barbilla. Me dolía la mandíbula, pero me negaba a parar. Quería ver a este hombre desmoronarse por mí.

—Abre más la boca —gruñó y obedecí antes incluso de procesar sus palabras. El calor se fundía en mi estómago y entre mis muslos, enviándome una oleada tan fuerte que pensé que podría haber llegado al orgasmo si me follaba la boca. Nunca me había gustado que me dieran órdenes, no obstante, con este hombre me pasaba algo.

—¡Joder, así! —elogió, su cabeza cayendo hacia atrás.

Me tiró del cabello hacia atrás mientras sus caderas me penetraban con una crueldad que me robaba el aliento y todos mis pensamientos. La única sensación en la que podía concentrarme eran las chispas de placer.

Solamente una vez me sentí así antes. Irónicamente fue en este mismo lugar. En esta pérgola. Saqué un poco la lengua y gemí, con la boca llena de su miembro.

Su gemido retumbó en lo más profundo de su garganta.

—Mierda. —Su voz era áspera, ronca y me recorrió el cuerpo con una oleada de calor desconocido.

Y se corrió en mi lengua y en mi garganta. Me tragué su semen, pero era tanto que me goteaba por la barbilla. Tenía un aspecto magnífico cuando llegó al orgasmo. Era sin duda el espectáculo más hermoso que jamás había visto. Sus venas se tensaron en su cuello. La felicidad en su cara. ¡Pero sus ojos! Brillaban como diamantes negros.

Mi piel se calentó bajo su mirada. Se apartó y me llevó el pulgar al labio inferior, a la par que me sujetaba del cabello con la otra mano. Respiraba con dificultad mientras me limpiaba la barbilla y me la llevaba a los labios.

Mi lengua se lanzó y lamió su dedo, luego chupé hasta dejarlo limpio.

Se acomodó el pantalón con una mano, se subió la cremallera y se abrochó el cinturón. No me quitó la mirada de encima en todo el tiempo.

Luego me puso de pie. Pecho con pecho. Mi respiración era agitada, pero la suya no era mucho mejor. El frío de D.C. se sentía lentamente como escarcha contra el sol abrasador. Me estaba derritiendo poco a poco.

—¿De quién es esta boca? —exigió saber con su agarre firme en mi barbilla.

—Mía.

Sus labios se curvaron como si esperara esa respuesta.

—Eso ya lo veremos. —Se inclinó y me lamió los labios. Era tan sucio, tan erótico. Un escalofrío me recorrió la espalda. Esto era diferente, pero al mismo tiempo era familiar—. Ahora me dirás lo que has encontrado, Tatiana.

—Nada —respondí rápidamente.

Demasiado rápido.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

KONSTANTIN



Desde muy joven aprendí a detectar las mentiras.

Se trataba de ese sutil movimiento de ojos o cambio de postura, una sonrisa falsa. Incluso un cambio en el tono de voz, pero lo más revelador era la aceleración del pulso. Pude ver cómo se aceleraba el pulso de la vena del cuello de Tatiana.

Había torturado a hombres en busca de respuestas y sabía que podía sacárselas a Tatiana. Excepto que nada más el hecho de pensar en ella sufriendo hacía que mi corazón se retorciera. Me hacía subir la bilis a la garganta. Así que tendríamos que aprender a hablarlo.

Era algo nuevo para mí, sin embargo, por ella lo aprendería.

—Respuesta equivocada. —Mi voz era mortalmente calmada, ocultando el volcán en explosión que había en mi interior. El que exigía que obtuviera las respuestas y el que reclamaba que no le hiciera daño—. Un intento más.

Parpadeó dos veces, pero me sostuvo la mirada. Mierda, aún tenía las mejillas sonrojadas por la excitación y los labios pegajosos por mi semen.

Sus ojos se desviaron a mi izquierda y luego a mi derecha. Reconocí las señales incluso antes de que pateara sus zapatos. Mis manos rodearon su muñeca antes de que pudiera huir.

—Maldición, no tan rápido —gruñí, tirando de ella hacia atrás. Sacudió el brazo y mi mano rodeó su garganta, inclinándola hacia atrás y apretándola suavemente—. ¿Quieres correr? Hazlo. Me encantará perseguirte cada segundo, pero te advierto que te follaré duro cuando te atrape.

Su cuerpo se tensó y permaneció en silencio mirándome con esos preciosos ojos. Ni siquiera se defendió, aunque no me engañé pensando que se había rendido. Esta mujer no era de las que se rendían. Al menos no a largo plazo.

—Qué *agradecido* —refunfuñó—. Al menos podrías darme una ventaja por una mamada bien hecha.

Allí estaba ella. La guerrera que sabía que era. Y una muy sarcástica.

—Quizá la próxima vez. —Puso los ojos en blanco. Joder, *puso los ojos* en blanco con mi mano alrededor de su cuello. Dios, tenía que meterle algo de miedo. Los hombres se meaban encima a mi alrededor y esta mujer ponía los ojos en blanco—. Ahora, muéstrame lo que encuentras.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una nota, apretándola en su palma. Extendí la mano y esperé a que me la diera.

Ella resopló, su cabello rubio volando de su cara. Me la puso en la mano y gruñó.

—Es la última vez que te la chupo.

Sonreí.

—No me tientes. —Ronroneé. Desde luego, no sería la última vez. Solo habíamos empezado —. Y no te preocupes. Te devolveré el favor.

Sus mejillas se mancharon de carmesí y sonreí enamorado de su mirada. Había soñado con ella durante años, y supe que en el momento en que la conociera, nada sería igual. Cuando se casó con Adrian, me convencí de que era lo mejor. Parecía feliz.

Dejarla ir fue mi primer y último acto desinteresado. Si hubiera sabido que todo era parte del plan de venganza de Adrian. Si hubiera sabido quién era, la habría reclamado y lo habría matado.

Eché un vistazo al papel que me puso en la mano, mientras frotaba suavemente el pulgar sobre su fuerte pulso.

Sigo adelante. Parado entre las sombras.

—¿Qué significa? —indagué.

Se encogió de hombros, con las cejas fruncidas y la mirada pensativa.

—No lo sé —contestó con un deje de fastidio en su voz. Luego, como si se diera cuenta de que eso la hacía sonar incompetente añadió—: Aún.

Puse mi mano en la parte baja de su espalda y la empujé hacia delante, nos dirigimos hacia el coche que rentó.

—No me cabe duda de que lo descubrirás —afirmé, y luego extendí la mano—. Las llaves. Vamos de vuelta al hotel.

—¿Y si me estuviera quedando con un amigo? —reviró con ironía.

Una diversión me invadió. Ningún amigo, ninguna familia, ningún enemigo me alejaría de ella.

—Entonces será mejor que le avises a tu amigo, que yo también voy.

Veinte minutos después estábamos en su habitación de hotel.

Por supuesto, consiguió la mejor habitación que el Waldorf podía ofrecer. La *suite* presidencial. Nada menos sería adecuado para la reina que era.

En cuanto entramos en su habitación dejó el bolso sobre la mesita, se quitó los tacones y estiró los dedos de los pies. Era un acto tan simple, pero algo en él era tan relajante. Joder, tan correcto.

Prácticamente podía imaginármela haciendo eso todos los días cuando llegáramos a casa. Juntos. Demonios, me estaba adelantando.

Miró por encima del hombro.

—No necesito compañía —se burló, como si la idea de volver a casa conmigo le diera náuseas. *Qué lástima*. Tendría que acostumbrarse.

Miré la hora en mi reloj.

—Bueno, vas a tenerla.

Cuando levanté la cabeza, me encontré con que sus ojos brillaban de fastidio y me miraban fijamente.

—Bueno, no esperes ningún entretenimiento.

Dejé escapar un suspiro sarcástico. Desde luego, no se molestó en acariciarme el ego. Sin volver a mirarme, se dirigió al pequeño minibar y se sirvió una copa de vino. Me fijé en las pastillas que había junto al bar y fruncí el ceño. No me gustaba que tomara esa mierda.

Estaba tan concentrada en el alcohol que no me vio acercarme a ella. Antes de que pudiera llevarse la copa a sus labios, la aparté de su alcance.

—¿Qué demonios estás haciendo? —siseó dando un paso atrás mientras yo daba otro hacia ella. Podía ver su pulso retumbar bajo su pálida piel. Sus ojos se abrieron ligeramente, pero se negó a acobardarse.

—Nada de alcohol hoy —ordené.

Sus ojos se entrecerraron con desprecio y su pulso se aceleró. No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Por toda la información que tenía sobre ella, y por lo que había visto, sus hermanos la adoraban. Probablemente para compensar la falta de una madre y un padre ausente.

—Tú no eres mi padre.

Volví a dejar la copa sobre la encimera, sin dedicarle otra mirada.

—*Vok tak*. —*Así es*. Ella dio otro paso atrás y yo la seguí.

—Tú tampoco eres mi hermano.

—*Vok tak*. —*Así es*. Otro paso atrás y su espalda golpeó la pared del hotel—. Pero soy un hombre de palabra. —Un susurro de oscuridad recorrió mi voz mientras acortaba la distancia entre nosotros. Apoyé las manos en la pared a ambos lados de su figura y bajé la cabeza. Inhaló cuando mis labios rozaron su cuello—. No culparás al alcohol después de que follemos, Tatiana Nikolaev.

Un visible escalofrío recorrió su cuerpo y su esbelta y delicada garganta se movió al tragar. Maldición, era preciosa. Como un ángel arrojado a esta tierra para tentarme. Para humillarme.

—¿Po-or qué-é nunca me llamas por mi nombre de casada? —tartamudeó en voz baja. Mordí su piel sensible con fuerza, castigándola por haberlo siquiera sugerido—. *Ouch*.

—No me presiones, *moya luna* —murmuré contra su piel—. Eres mía y no quiero recuerdos de nadie más. —Volví a morderla—. ¿Entendido?

Ni siquiera se dio cuenta de que inclinaba la cabeza para complacerme. «*Mi reina desafiante puede ser domada*», pensé divertido.

Alivié el dolor chupando y lamiendo su pulso. Sabía a hielo en un día caluroso y húmedo. Fue la única vez que me gustó el olor a rosas. Junto a ella. El aroma que odiaba desde la traición de mi madre, llegó a su fin.

Al levantar la cabeza, ya podía ver mi marca en su piel de porcelana y algo salvaje se hinchó en mi pecho. *Mía*. Gritaba alto y claro. No de Adrian. No de su familia. Diablos, era mía.

Al verla a los ojos, me perdí en su pálida mirada aguamarina. No me apartó, pero tampoco me atrajo hacia ella. Necesitaba sus palabras. Habían pasado meses desde la muerte de Adrian. Estaba lista para seguir adelante, a pesar de su obstinación por aferrarse.

—Necesito escuchártelo decir. —Una oscura obsesión se apoderó de mí. Quería estudiar cada centímetro de su cuerpo, tocarlo y besarlo. Necesitaba sus gemidos como si fueran mi próximo aliento, pero primero necesitaba su voluntad. Su aceptación—. Necesito tus palabras, Tatiana. Dime que quieres que te coja.

Tomando un mechón de su cabello entre mis dedos, inhalé profundamente, dejando que el aroma de las rosas invadiera mis pulmones y tomara un lugar allí. Solo para ella. Solo para nosotros.

—¡Dilo! —gruñí contra su cuello.

—De acuerdo —musitó inclinando la cabeza para acomodarse a mí—. Sí.

—Sí ¿qué? —No habría una salida fácil de esto. Entraría con los ojos bien abiertos y las palabras claras.

—¡Cógeme ya! —agregó exasperada, apretando los muslos.

En un movimiento rápido, estaba sobre ella. Mi boca chocó contra la suya, mis manos arrancaron su vestido de luto. Ella pertenecía a los colores, no al maldito negro. Sus manos me rodearon el cuello, sus uñas rozándome el cuero cabelludo. Mierda, se me había vuelto a poner dura. Como un puto adolescente al que acaban de golpear las hormonas. A los cuarenta y un años, no era deseable. Esta obsesión por ella estaba creciendo demasiado rápido, consumiéndome.

Estaba de pie frente a mí, llevando nada más que un sujetador negro de encaje y bragas a juego. Contra su piel pálida era un gran contraste. Seductora y ángel. Inocente y pecadora. No importaba. Mientras fuera mía.

Le desabroché el sujetador y lo dejé caer al suelo, junto con el vestido. Me incliné hacia ella y me llevé el pezón desnudo a la boca, lamiéndolo.

Su suave gemido vibró en el aire. Sus dedos me agarraron del cabello y me acercaron. Mordí su pezón y luego alivié el escozor chupándolo. Su espalda se arqueó y volvió a gemir. El aroma a rosas estaba por todas partes, en mis dedos, en mi piel, en mis poros, y aún no me la había follado.

Mis dedos se engancharon en sus bragas y me arrodillé mientras ella se las quitaba. Su piel era suave bajo mis nudillos, su excitación perfumaba el aire. Mis ojos recorrieron su cuerpo desnudo, enrojecido por la necesidad. Se extendía por su tez blanca como un dique desbordado.

—¿Quieres que pruebe este coño? —incité, rozando con mi boca su monte y observando cómo su cuerpo se estremecía de placer. Sus jugos brillaban, haciéndome agua la boca—. Puedo darle a este coño lo que realmente desea. Pídemelo.

Observé cómo movía el cuello mientras tragaba. Si no la conociera, pensaría que estaba borracha por la forma en que me miraba con los ojos entornados.

—Por favor —gimió, con las manos en mi cabello mientras sus caderas se arqueaban hacia mí, hambrientas de mi boca—. Solo una vez. Sexo casual.

Una risita oscura sonó entre nosotros.

—No hay nada casual entre nosotros.

—Yo-o...

Le costaba coordinar las palabras. A diferencia de mí, nunca se le notaba el acento ruso cuando hablaba, sin embargo, sus palabras temblaban cuando se emocionaba. Su piel se sonrojaba, pero nunca lo ocultaba.

Tatiana era una reina. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Debería poner todas las cartas sobre la mesa, no obstante, estaba tan jodidamente ido que no podía pensar con claridad. Nada en esta mujer era casual. Nunca lo fue y nunca lo sería, pero ella no estaba preparada para oír eso.

Así que se lo enseñaría.

Mis dedos se deslizaron entre sus piernas, separándolas. Dios, estaba empapada, su excitación brillaba a la vista. Le acaricié ligeramente el sexo y luego le pasé los dedos por el clítoris, disfrutando de su calor resbaladizo.

Su respiración se entrecortaba y sus ojos brillaban de lujuria. Me quedaría con eso. Por el momento. Enganché su pierna sobre mi hombro, dándome mejor acceso a su coño. Mi boca se aferró a su clítoris y sus caderas se balancearon contra mi boca. Exigiendo más. Le pellizqué el clítoris y ella jadeó, luego gimió mientras se lo chupaba.

Deslicé dos dedos en su interior, con la boca aún pegada a ella. Sus paredes se cerraron alrededor de mis dedos con avidez. Sus ojos tenían una mirada suave, desenfocada, y pude sentir cómo se acercaba al orgasmo. Sus jugos goteaban por mis dedos, agradeciendo mi tacto y mi boca. Metí y saqué los dedos de su calor, su cuerpo reaccionaba de una forma tan diabólicamente adictiva.

Lamiendo su cremosa excitación, gruñí contra su sexo. Maldición, su sabor era tan perfecto. Sus dedos se aferraron a mi cabello como si temiera que me detuviera. No había nada en este puto universo que pudiera hacerme parar. Mi verga estaba tan dura que me dolía dentro de los pantalones, no obstante, esto era por ella. Necesitaba su orgasmo antes de tener otro.

Sus caderas chocaron contra mi cara. Notaba cómo su cuerpo empezaba a tensarse y su respiración se hacía cada vez más agitada. Retiré los dedos e introduje la lengua en su entrada. Dentro y fuera. Entraba y salía. La penetré con la lengua, chupando hasta la última gota de sus jugos.

Su agarre se hizo más fuerte, haciéndome arder el cuero cabelludo. Su mirada se volvió distante y su coño se agitó alrededor de mi lengua. No dejé de lamerla hasta que cesaron sus contracciones.

Seguía mirándome, con los ojos nublados en mí, esperando. Tenía los labios entreabiertos y las mejillas sonrojadas. Parecía una mujer completamente complacida, y a mí me encantaba ese aspecto. La necesitaba desesperadamente, su apretado coño agarrando mi miembro y sacándome el semen.

Me puse en pie y la miré fijamente mientras me desvestía. No me ayudó, solamente observó cada uno de mis movimientos. Una vez desnudo, se pasó la lengua por el labio inferior mientras me observaba.

Agradecida. Hambrienta. Atrevidamente.

Fue entonces cuando extendió la mano y sus dedos recorrieron suavemente mi hombro, bajaron por mis bíceps y luego por mis abdominales.

—Eres tan guapo. Y ese perfume, es como el viagra —susurró tan bajo que casi no me di cuenta. Era la segunda vez que hacía un comentario sobre mi perfume, personalizado por una de mis empresas. Nunca había salido al mercado. Me sorprendió que pareciera reconocerlo.

Aquellos ojos *turquesa* se encontraron con los míos y entonces me di cuenta de lo diferentes que éramos. Su cabello rubio y sus ojos pálidos, su piel de porcelana frente a mi cabello y mis ojos oscuros y mi piel bronceada. Luz y oscuridad. Ángel y demonio. Rosa y espina.

Mis dedos se enroscaron alrededor de mi polla y me acaricié. Una vez. Dos veces. Su mirada me dijo que le gustaba la vista. Sus palabras lo confirmaron.

—Hazlo otra vez —respiró. Joder, era la perfección en carne y hueso.

—La próxima vez —gruñí. Necesitaba sentir su coño. Necesitaba consumirla toda ahora.

—¿Vas a cogerme ahora? —murmuró. Sus ojos me decían que quería que lo hiciera. La cuestión era si su corazón también lo deseaba.

—¿Quieres que lo haga? —inquirí con voz ronca. Mierda, explotaría en cualquier momento. Necesitaba sentir su apretado sexo estrangulando mi polla. Asintió con un movimiento de cabeza.

—Palabras, *moya luna*. Necesito tus palabras.

—Sí.

Nos desplazé a la cama. Empujándola hacia abajo, su espalda golpeó el colchón y sus pechos rebotaron con el suave impacto. Diablos tenía unos senos magníficos. Perfectos para besar, morder, follar.

Me coloqué a horcajadas sobre ella con las rodillas a ambos lados de sus piernas.

—Tu excitación es el mejor afrodisíaco —admití mientras alineaba mi polla con su entrada. Ella arqueó las caderas, ávida de mí. Su carne rosada e hinchada brillaba, y me pregunté qué aspecto tendría cuando por fin estuviera embarazada de mí. La sola idea de que estuviera embarazada me tenía volando en los cielos.

—A mí también me encanta tu sabor. —Joder. Una admisión silenciosa y jadeante. Solo con esas palabras podría correrme. Aunque no estaba seguro de que quisiera decirlas en voz alta. Tenía los ojos hacia abajo, fijos en el punto donde casi nos conectamos. Su calor en la punta de mi longitud—. Po-por favor, no me hagas esperar.

De un solo empujón, la penetré hasta el fondo. Tatiana gritó, mirando hacia abajo, donde estábamos unidos. No la culpé; yo también nos observaba. Me resultaba imposible apartar los ojos de donde nuestros cuerpos estaban conectados.

—¡Eres demasiado grande! —exclamó, con un borde de dolor y excitación.

—Te acostumbrarás a mí —repliqué, manteniéndome quieto. Dios, se sentía como estar en el cielo y en el infierno. Se me formaron gotas de sudor en la frente, luchando contra el impulso de empezar a cogérmela duro y rápido. La penetré con movimientos lentos y superficiales, incapaz de mantenerme quieto por más tiempo. Sus ojos brillaban como benditas estrellas, atrapándome bajo su hechizo.

—Míranos, Tatiana —gruñí mientras entraba y salía de ella. Sus paredes se cerraron en torno a mi polla, estrangulándome. Sus dedos agarraban las sábanas, arrugándolas mientras se estrechaba contra mí, pero sus ojos estaban fijos en el lugar donde nos conectábamos.

—¡Más! —gimió—. Konstantin, p-por favor.

La embestí de golpe, más que feliz de darle más. Una vez que la llené hasta el fondo, se acabaron los juegos. La follé más fuerte y más rápido, y sus paredes acogieron cada una de mis arremetidas. Sus gemidos se convirtieron en suaves jadeos y luego en gritos agudos mientras la penetraba con fuerza. Una y otra vez. Piel contra Piel. Las ingles se golpeaban entre sí. Su mano se acercó a mis bíceps, pero no para apartarme. Sus uñas se clavaron en mi carne, instándome a seguir.

—¡Diablos!, ¡diablos!, ¡¡diablos!! —Jadeaba entre gemidos, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Mechones de su pelo rubio se agitaban alrededor de su cabeza, dándole un halo, y su perfume de rosas llenaba el aire entre nosotros. Lo inhalé y dejé que se apoderara de todos mis sentidos. Con ella, el perfume de rosas era afrodisíaco.

—Míranos. —Se agitó contra las sábanas y su coño me llevó cada vez más alto. Estaba cerca, podía sentirlo en la forma en que su cuerpo se tensaba.

Sus ojos brillaron al abrirlos y luego los bajó entre nuestros cuerpos. La penetré con fuerza y rapidez. Fue como si hubiera perdido todo el control y la hubiera cogido hasta el olvido con la intención de tenerla. Poseerla.

—Tú y yo. Siempre fuimos tú y yo —gruñí.

Sus pequeños gemidos me apremiaban, suplicándome que la liberara. La saqué casi por completo y su gruñido vibró en su garganta, pero antes de que pudiera decir algo volví a penetrarla.

Mierda, resplandecía mientras se deshacía bajo mi cuerpo. Sus gemidos guturales y sus dedos clavándose en mis bíceps mientras se sacudía debajo de mí. Era todo lo que necesitaba para encontrar mi propia liberación. Mis pelotas se tensaron, esa sensación familiar en la parte posterior de mi espalda y mi propia liberación llegó con más fuerza que nunca. Me vacié dentro de ella.

Con su cuerpo suelto debajo del mío y la respiración agitada, la atraje hacia mí mientras me

daba la vuelta en la cama. Su cabeza se apoyó en mi pecho y un profundo suspiro salió de su boca.

Dios, echaba de menos sus sonidos. Solo me bastó con escuchar uno para necesitarlos de por vida.

—Esta vez no te dejaré ir —murmuré, apretando un beso contra su sien, mientras sus ojos se cerraban con una sonrisa soñadora en los labios. Mierda, solo con eso ya podía ponerme de rodillas.

La había amado durante demasiado tiempo desde las sombras como para dejarla ir ahora. Rompería sus muros a martillazos y la mantendría prisionera en este nido que habíamos creado. En nuestro mundo.

—Adrian —musitó suavemente mientras se dormía y se me heló el puto corazón.

Bastó un nombre, una sola palabra, para calarme hasta los huesos.

De repente, deseé poder matar al maldito bastardo de nuevo.

Tatiana Nikolaev necesitaba una lección de lo que significaba ser propiedad de un Konstantin. Había llegado el momento de enseñársela.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

TATIANA



*B*ailamos bajo las estrellas en un estacionamiento de grava cubierto de nieve, sin ningún edificio a nuestro alrededor. La luna y los faros de nuestro coche alquilado eran nuestra única luz. Era una fría noche rusa, a las afueras de Moscú, y nuestro aliento empañaba el aire.

—Hace frío —refunfuñé, cerrando un centímetro de espacio entre nosotros.

—Te mantendré caliente —prometió Adrian. Bailamos lentamente, con la nieve crujiendo a nuestros pies. Yo llevaba mi vestido blanco de jersey con botas UGG rojas y una chaqueta del mismo color. Los leggings térmicos cubrían un poco el frío, pero no era suficiente. Sinceramente, podía decir que mi herencia rusa solo llegaba hasta mi apellido. Yo era una chica americana hasta lo más profundo de mi ser.

—Recuérdalo siempre, Tatiana. —La boca de Adrian se movió contra mi cuero cabelludo—. No importa lo que pase, yo sigo adelante.

Levanté la cabeza para mirarlo. La voz de Adrian era oscura, al igual que su expresión. Sus palabras no tenían sentido, a menos que solo estuviera citando la canción.

—¿Por qué estamos aquí, Adrian? —inquirí suavemente, dejándome llevar por él mientras bailábamos al ritmo de la música que sonaba por los altavoces del vehículo alquilado. La canción "I Go On" de Jillian Edwards no habría sido mi elección para bailar. Y menos el primer baile después de habernos fugado.

Llevábamos casados casi veinticuatro horas. No era exactamente la boda de ensueño que siempre había imaginado, pero tenía su anillo en el dedo. Era suficiente.

—Aquí es donde murió mi padre —comentó y mis ojos parpadearon a nuestro alrededor, casi esperando que aparecieran los fantasmas—. Nunca encontraron su cuerpo. Está enterrado aquí, en alguna parte. —Sus ojos se volvieron distantes al mirar a nuestro alrededor, aunque de algún modo parecía que los dos no veíamos lo mismo—. Aquí es donde se decidió mi futuro.

Fruncí el ceño.

—Creía que tu padre era un borracho y tu madre... —Se me cortó la voz, no quería llamarla drogadicta, pero no se me ocurrió otra palabra.

—Drogadicta —concluyó por mí. Tragué saliva y asentí—. Mis padres adoptivos. Él era un borracho vago y ella una adicta —explicó—. Mi verdadero padre era un buen hombre. Solo se involucró con la persona equivocada.

—¿Tu madre biológica? —cuestioné.

*Sus ojos verdes se oscurecieron, la rabia nadaba tan fuerte en ellos que mis pies tropezaron.
—Se amaban mucho, pero otro hombre la reclamó.*

*Parecía una historia familiar complicada, pero teníamos suficiente de esas nosotros mismos.
—Lo siento. —No había sido fácil para él.*

Vasili y Adrian se hicieron amigos de niños, cuando ambos crecían en Rusia, mucho antes de que yo naciera. Cuando mi padre se trasladó a Estados Unidos, se trajeron a Adrian. Llevaba aquí desde que tengo uso de razón.

—Esta será nuestra canción de boda. —Adrian cambió de tema.

Me reí por lo bajo.

—Es una canción un poco deprimente.

El rostro de Adrian era una máscara en blanco, carente de emociones. Sus ojos eran de un verde más oscuro que nunca. Casi parecían negros, aunque su fuerte cuerpo seguía sosteniéndome firmemente entre sus cálidos brazos. Algo estaba mal, pero no sabía qué.

—Aquí hay sangre —expresó despreocupadamente mientras caían copos de nieve a nuestro alrededor—. ¿Ves el rojo salpicado por toda la nieve, Tatiana?

Mis ojos recorrieron la nieve blanca, clara bajo la luna. No vi sangre. Solo nieve recién caída como un cálido manto blanco sobre la tierra.

—Una pista, Tatiana. —Jadeó—. Es una pista justo donde estamos bailando.

*Pero entonces lo escuche. **Bang.***

Un solo disparo. El rojo salpicó la nieve blanca, luego se extendió lentamente, empapando de rojo el suelo cubierto de nieve. Como pintura sobre el lienzo blanco. Adrian yacía allí, con un líquido carmesí goteando de su boca.

Sus ojos se nublaron antes de que la vida se extinguiera en ellos, dejando la oscuridad. Una oscuridad aterradora me arrastró más y más hacia ella, asfixiándome.

Luché contra ello. No quería morir, pero si dejaba que me llevara, lo haría. Me quedaría en su aterradora oscuridad para siempre.

Chillé tan fuerte que me estallaron los oídos.

Mi cuerpo temblaba. La cabeza me daba vueltas. Entonces me desperté sobresaltada entre brazos cálidos. Los brazos de otro hombre, fuertes y protectores, abrazándome.

—Es solo un sueño. —Un suave susurro. Un olor fuerte. Konstantin.

Me mantuvo sentada, en medio de la gran cama, con la palma de la mano apartándome el cabello húmedo de sudor de mi rostro.

Mis dedos temblorosos me taparon la boca y sollocé. Sollocé por lo que fue y nunca sería. El sueño. Aquella noche. Adrian. Todo había desaparecido.

Konstantin me tomó la barbilla entre los dedos y me levantó la cara, clavándome la mirada.

—¿Qué soñaste? —indagó con voz suave. Quería respuestas. Pero no se lo dije. No podía confiar en él. Todavía no.

—No me acuerdo —murmuré.

Seguía observándolo fijamente, con el sueño fresco en la mente. Sabía lo que tenía que hacer a continuación.

Era hora de visitar Rusia. El país que te dejaba el trasero congelado.

Algo olía delicioso.

Como los cítricos, el sándalo, las especias y el calor. Como el hogar. Como el amor.

Me acurruqué más cerca de la fuente, apretando cada centímetro de mi cuerpo contra él, usándolo como una manta suave. Sentía un calor sólido bajo la mejilla.

Bostecé, con los músculos débiles por un cansancio familiar. Los músculos que nunca creí tener se retorcían en señal de protesta.

Forzándome a abrir los ojos, me fijé en la piel desnuda. Y por una fracción de segundo, mi corazón se elevó. Levanté la vista, pero el par de ojos incorrectos me devolvió la mirada. Eran oscuros, casi negros. A diferencia de los verdes de Adrian.

Había engañado a mi esposo.

«*Tu marido está muerto*», se burló mi mente. «*Nunca volverá*».

No me hizo sentir mejor. Era demasiado pronto. No estaba lista. Demasiado tarde. Debería haberlo pensado el día anterior. Debería sentir la nauseabunda traición hincharse a través de cada fibra de mí. Sorprendentemente, no la sentí.

«*¿He llegado a la quinta etapa del duelo? Aceptación, allá voy*».

—Buenos días. —Había algo raro en él. Su voz era dura, igual que la expresión de sus ojos. Yo estaba felicitándome mientras él me miraba como si acabara de matar a su cachorro.

Envolviéndome con la sábana, subí las rodillas hasta el pecho y lo miré fijamente. Quizá se estaba arrepintiendo.

—Buenos días —musité.

Cuando no dijo nada más, me levanté de la cama. Tiré de la sábana y me la agarré al pecho, mientras me pasaba inconscientemente la mano libre por el cabello enmarañado. Adrian siempre decía que dormía como si estuviera muerta. A veces también babeaba. Discretamente, me pasé los dedos por la boca, pero por suerte no tenía baba en mi cara.

—No tenías por qué quedarte anoche —renegué dolorosamente consciente de que mis pezones se endurecían bajo su mirada. Mi piel se enrojeció de excitación. Al parecer, mi cuerpo tenía mente propia. No quería sentirme atraída por aquel hombre, pero estaba claro que mi cuerpo sí—. Esto es solo un ligue *casual*.

Esas palabras parecían ser un error, porque la expresión de Konstantin se ensombreció aún más.

—Abstente de *ligar* con otros de ahora en adelante —dictaminó con la voz quebrándose en el aire como un látigo. No se me escapó la amenaza de su voz y algo en la forma en que me miró me hizo querer fastidiarlo.

—Puedo hacer lo que quiera —desafié.

No importaba que no hubiera tenido un ligue, algo casual, desde la universidad. No era asunto suyo. El frío desprecio que me miraba desde aquellos ojos oscuros y diabólicos me hizo lamentar mi valentía. Sus siguientes palabras aún más.

—Toca a otro hombre y lo mataré —advirtió—. Y después te follaré sobre su sangre, Tatiana. —Lo miré fijamente, frunciendo el ceño. No sabía si estaba bromeando o no. Temía que no. Aquel comentario era erróneo en muchos niveles. Quizás el *Pakhan* era un psicópata—. ¿Entendido? —gruñó.

La ira hirviendo a fuego lento viajó por el aire. Mi boca se entreabrió y mi mente se quedó en blanco. No se me ocurría nada para responder. Excepto que algo tenía que estar mal con él o conmigo, porque mis muslos se apretaron al pensar en él follando de nuevo. Sin sangre incluida. Esa no era mi vibra.

Me quedé mirándole la cara. Era duro, con rasgos de granito, pero hermoso. De hecho, me

dolía por dentro observarlo demasiado tiempo. Algo en sus ojos sacudía algo muy dentro de mí. Como si pudiera ver dentro de mi alma y sacar cada uno de mis secretos.

Sin embargo, él no descubriría el mensaje de Adrian. Yo revelaría todos esos secretos en mis propios términos. Si tuviera que hacerlo, usaría a este hombre para ayudarme, pero no sería su peón. Illias sería el mío.

Sus ojos se entrecerraron y acechó hacia mí hasta que no quedó distancia entre nosotros.

—¿Entendido? —Su tono, aunque tranquilo y suave, envió un oscuro escalofrío hasta el rincón más profundo de mi alma. Mi cuerpo se puso inmediatamente en alerta, deseándolo. Otra vez. Tragué saliva y asentí—. Palabras, Tatiana. Quiero tus palabras.

—No tengo tiempo para otros hombres, así que supongo que te entiendo. —Mi voz sonaba extrañamente ronca, incluso jadeante. ¿Qué me estaba haciendo este tipo?

—*Nunca* volverás a tener tiempo para otro hombre. —Las palabras eran suaves con un toque de advertencia y vehemencia—. Me has entregado tu coño y tu vida. Nadie más volverá a tocarte. —¡Dios mío! La intensidad de sus ojos prometía quemar el mundo si alguien se atrevía a tocarme. No podía decidir si me gustaba o no—. Te arruinaré, te romperé. Luego te recompondré. —Su voz bajó a un gruñido oscuro, pero el mensaje era alto y claro—. Solo yo puedo hacerlo. Nadie más, no si valoran su vida.

Vendí mi alma al diablo y este me estaba cobrando. Por el resto de mi vida. Todo por una noche de liberación sexual. ¿Cómo se había jodido tanto mi vida?

Yo no era una mujer sumisa. No había lugar para eso en nuestra familia. Incluso Isabella, con su corazón cariñoso, era una guerrera. Había que serlo para sobrevivir a esta familia y a este mundo, pero algo en la forma en que se oscureció la mirada de Konstantin me hizo ahogar mi siguiente respiración.

Los dos estábamos de pie, frente a frente con una batalla de voluntades danzando a nuestro alrededor. El juego era emocionante y peligroso.

—Bueno, tengo que... —Carraspeé, dando un paso atrás. Luego otro. No se movió, sin embargo, sus ojos siguieron todos mis movimientos—. Orinar.

Me apresuré a entrar en el baño y cerré la puerta con un fuerte clic, como el cerrojo de mi corazón. Como si eso pudiera detenerlo.

Tal vez jugar con el diablo no era un gran plan, pero ya no había vuelta atrás. Tendría que asegurarme de que no me robara el corazón y el alma.

Cuando me metí en la ducha y la abrí, me sentí tomada como nunca antes. Poseída. Dominada. Consumida.

En realidad, tacha eso. Solo me había sentido así una vez. La primera noche que Adrian y yo estuvimos juntos. Nunca lo había disfrutado tanto las otras veces. Era bueno, pero nunca tan bueno.

Esa noche, en la pérgola, cuando tomó mi virginidad. Fue la noche más increíble de mi vida. Fue la noche en la que tomé las riendas y envié a Adrian una nota para que se reuniera conmigo en la pérgola. El placer que me dio me convirtió en una adicta instantánea. Después de eso, esperé y esperé a que hiciera algo. No lo hizo, no durante años.

El dolor entre mis piernas palpitaba con esa dolencia dulce y familiar. Intenté utilizar a Konstantin para aliviarlo. Me salió el tiro por la culata porque fui yo la que se sintió totalmente utilizada y consumida, no de mala manera. De hecho, me sentí tan bien que era tentador volver por ese camino.

El agua caía en cascada por mi cuerpo, helándome al principio y calentándose después poco a poco. Aún lo sentía en cada centímetro de mi piel. Aún lo olía en lo más profundo de mis

pulmones.

Me vi en el espejo. Tenía los labios hinchados y enrojecidos. La expresión de mi cara era la de una mujer completamente complacida, o mejor aún, follada.

Una mancha roja, un chupetón, me marcaba la piel donde se unían el cuello y el hombro. Otra en el pecho izquierdo. Y otra en la cadera derecha. Me giré y descubrí más marcas. Ligeros moretones con la forma de sus huellas dactilares en mi trasero.

Konstantin me había marcado.

No obstante, era mucho más que una marca en mi cuerpo. También había una marca en mi alma.

Mi mirada se clavó en mis muslos, donde el cálido líquido resbalaba por mis piernas. Su semen.

¡No usamos condón!

Tal vez... Dejando escapar un suspiro, aparté de mi cabeza todas las esperanzas y los sueños que habían sido aplastados anteriormente. Además, quedar embarazada del diablo resultaría en el engendro de Satanás. Difícilmente un escenario perfecto.

Veinte minutos después cerré la ducha y me envolví en una de las lujosas y esponjosas toallas del hotel. Me quedé quieta, atenta a cualquier movimiento. Me acerqué a la puerta de puntitas y recargué el oído contra la superficie lisa de madera.

Todavía nada.

Abrí suavemente la puerta y encontré la habitación vacía.

—¿Konstantin?

No hubo respuesta.

Fue entonces cuando vi el trozo de papel entre las sábanas revueltas.

Acariciando la fría madera, me dirigí a la cama.

*No. Hay. Otros. Hombres. Para. Ti.
Tus manos, boca, pechos, coño y culo son solamente para mí.
Recuérdalo antes de hacer una estupidez.*

¡Maldita sea! Qué romántico.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

KONSTANTIN



Hacía semanas, aunque me parecieron años, que dejé a Tatiana en D.C. y volví a California por unos asuntos urgentes. De mala gana, pero estaba claro que la mujer aún no había superado lo de Adrian. Se oyó un sonido crujiente y me di cuenta de que era yo. Apreté los dientes con tanta fuerza que mis muelas protestaron.

Ese hijo de puta de Adrian. Siempre estaba en medio. Incluso cuando estaba muerto.

Pero incluso después de pronunciar su nombre mientras se dormía y soñaba con pesadillas, con las cejas fruncidas y la frente brillante de sudor, quise consolarla. No podía seguir enfadado con aquella mujer. La necesitaba. Verla retorcerse en su pesadilla era como si un cuchillo me atravesara el corazón. Deseaba arrancarle las malas imágenes del cráneo para que encontrara la paz. No se merecía la tortura que acompañaba a esos sueños.

Yo, en cambio, me los merecía de sobra. Al igual que la mayoría de los hombres del bajo mundo. Pero no ella. Nunca ella.

Apreté el vaso en mi mano, luché contra el impulso de lanzarlo al otro lado de la habitación. Todos lo verían y me enorgullecía de mantener la calma. Lo conseguí hasta que Tatiana entró en juego. Entonces todo se fue a la mierda.

Me quedé mirando por la ventana. El centro de Los Angeles se extendía frente a mí y la vista del océano detrás de todos los edificios se extendía por kilómetros. Este era mi imperio. California. La Costa Oeste. Rusia.

La pared de cristal que tenía detrás separaba mi despacho, en la última planta de mi edificio, del personal. Esta era mi negocio legítimo. Nada que ocultar. Al menos, no en este edificio. Las baldosas blancas españolas iluminaban toda la planta superior, haciendo aún más evidente mi oscuro estado de ánimo.

Llevaba semanas de mal humor. El olor a rosas me seguía a todas partes. Los pensamientos sobre Tatiana me acompañaban como una sombra constante. Al parecer, no ocurría lo mismo con ella, mi ángel rubio. Tardaba demasiado en responder a mis malditos mensajes. Me había estado evitando.

Por supuesto, lo mismo me pasaba a mí. No confiaba en mí mismo para no llevarla a la cama otra vez, y si pronunciaba el nombre de Adrian, incendiaría este mundo.

Maldito Adrian. Era la primera vez que mi padre le perdonaba la vida a alguien. Lo hizo por mí, pero su advertencia resonó en mis oídos durante años.

—¡No! —grité, agarrando la mano de mi padre mientras apuntaba con la pistola al chico que estaba sentado junto al cadáver de su padre—. ¡Papa, no! Por favor.

Maxim lloraba, con su pequeño cuerpo aferrado al cadáver de nuestra madre. Mucho más tarde, me enteraría de que fue ese día el que quebró a mi hermano gemelo.

La gran mano de Papa se acercó a mi hombro y lo agarró con tanta fuerza que temí que me arrancara el brazo izquierdo del hombro.

—La piedad es para los débiles —pronunció—. Los niños crecen y se convierten en hombres. Vuelven a buscarte y, de repente, el cazador se convierte en presa.

No entendí sus palabras. Padre odiaba la caza.

—Es solo un niño —argumenté. Lenosh estaba de pie junto a Papa, con los ojos sombríos y fijos en el chico. Como si esperara la ejecución final—. No hizo nada.

—Mantén tu arma apuntando al chico por si huye —le ordenó papá a Lenosh, y luego se volvió hacia mí. Era la única vez que le había visto los ojos húmedos. Lágrimas. Lo contuvo todo.

—Illias, algún día ocuparás mi puesto —expresó, con voz dura y fría, a pesar de las lágrimas brillantes que se negaban a caer de sus ojos—. Tienes que usar mano dura o los demás te verán como débil. La debilidad atrae la codicia y la venganza. Es mejor no seguir ese camino.

Asentí, aunque no entendí sus palabras.

—Mañana —repliqué manteniéndome más alto que mi corta edad—. Si vuelve mañana, no habrá piedad. Hoy ha perdido mucho. Puede que ni siquiera sobreviva esta noche. Déjalo ir, Papa.

Nuestros ojos se cruzaron. Sabía que estábamos cortados de la misma tela. Igual que Maxim estaba hecho de la misma tela que mamá. Podría haberse parecido a padre y a mí, pero era demasiado blando. Como dijo Mama.

No fue culpa suya. Así como no fue culpa de este chico que su Papa y mi Mama decidieran traicionar al Pakhan. Mi Papa.

En cuanto oí el suspiro resignado de padre, supe que dejaría vivir al niño. Rara vez cedía, pero esta noche, me dio esa pequeña misericordia.

—Bien, mi pequeño Illias. —Cedió—. No obstante, recuerda mi advertencia. Los niños crecen y se convierten en hombres. Y vuelven para vengarse. Prepárate para él.

Sonó mi teléfono y contesté sin comprobar quién era.

—¿Sí? —respondí.

No estaba preparado para Adrian. Se convirtió en un niño olvidado sin nombre ni rostro.

Y entonces fue demasiado tarde. Nunca lo vi venir.

Su venganza estaba en pleno apogeo cuando lo encontré. Estaba dispuesto a acabar no solo conmigo, sino con Las Espinas de *Omertà* y todas las familias relacionadas con ellos. Así que, en última instancia, era mi responsabilidad encargarme de él.

—¿Estás ahí? —Una voz gritó por mi móvil. Mierda, olvidé que había contestado a la llamada.

—Sí, y deja de gritar. —Miré el identificador de llamadas y me sorprendió ver quién era—. Sasha Nikolaev.

»He oído que fuiste a Afganistán a rescatar a una dama —comenté secamente—. Esperaba que te quedaras allí.

—Apuesto a que sí, maldito Pakhan —refunfuñó—. Nada te haría más feliz que ver mi lápida, ¿verdad? —Se equivocaba. Sabía lo mucho que Tatiana quería a sus hermanos y esa era

la única razón por la que no querría verlo muerto—. Pues lo mismo digo, hijo de puta.

Intentaría matarme si supiera mi obsesión con su hermana. No es que tuviera éxito. Apostaría mi vida a que Tatiana no compartió nuestro encuentro con sus hermanos, lo que dejaba solo otra razón por la que Sasha llamaría. Quería cobrar su deuda.

Hacía siete años, Maxim la jodió y fue tras la mujer de Sasha. Mi hermano gemelo no era demasiado listo cuando se trataba de su polla. Pero no había muchos hombres que lo fueran. El problema era que Maxim no sabía cómo matar gente ni contratar asesinos sin que lo descubrieran. Así que cuando Sasha se enteró de que mi hermano gemelo fue tras Branka Russo, se propuso matarlo.

Con el fin de salvar la vida de mi hermano, me ofrecí a deberle. Apostaría mi vida a que Sasha finalmente estaba listo para cobrar.

—Así que estás listo para cobrar la deuda —afirmé.

—Sí, la tuya y la de tu estúpido hermano —espetó.

—Cuidado, Nikolaev —gruñí—. Son pocas las libertades que te dejaré pasar.

—Como sea, carajo. —Mis labios se curvaron. Sasha no la había tenido fácil. Había estado suspirando por Branka Russo durante años. Bolas azules probablemente tenían un nuevo significado con él—. Estoy cobrando y necesito un avión. Tu hermano tendrá que conseguir una motocicleta.

Ni siquiera quería saber para qué mierda necesitaba una moto.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos semanas —contestó—. El primer sábado del verano. Qué puta maravilla.

—Ahórrate tu teatro, Nikolaev —comenté con voz fría. Conociendo a Sasha, probablemente se colaría en la boda, mataría a todo el mundo y luego secuestraría a la novia gritona.

—Puedes usar mi avión. Solo mándame un mensaje con la información de la ciudad de salida.

—Es un placer hacer negocios contigo, Konstantin.

Demonios, me molestaba que me llamaran Konstantin. ¿*No sabía* que mi nombre era Illias? En realidad, a la mierda, no me importaba como me llamara. Haría que su hermana me llamara Illias. Ella era lo único que importaba.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

Maxim entró en mi despacho veinte minutos después.

Joder, parecía una mierda. Apestaba a mierda también. Polvo blanco y alcohol. Posiblemente orina.

—¿De dónde carajo la conseguiste? —siseé, fulminándolo con la mirada. Yo era el dueño de todos los traficantes de la Costa Oeste, y todos sabían lo que les pasaría si le vendían a mi hermano.

—¿Conseguir qué? —refunfuñó, con las pupilas dilatadas. Estaba totalmente drogado. Imbécil. Tener un hermano drogadicto era un problema. Ya no podía confiarle ningún trabajo.

—¿Qué usaste esta vez? —reviré—. ¿*Crack*, heroína, algún otro opioide?

Los labios de Maxim se afinaron, negándose a responder. No importaba una mierda. Fuera lo que fuera, era malo.

—¿Quién te dio la mierda? —repetí. Yo era cinco centímetros más alto que Maxim. Era suficiente para mí para sobresalir por encima de él.

Mi hermano parpadeó, con los ojos desenfocados. Joder, estaba tan ido que creía que ya no podría llegar a él. Cada día caía más y más en la depresión, revolcándose en su propio infierno y negándose a seguir adelante. Algunos días me preguntaba si tal vez el infierno de Maxim no había comenzado el día en que presenciamos la muerte de nuestra madre.

—¿Quién, Maxim? —inquirí agarrando su cuello.

—Takahashi.

El nombre hizo eco en mi despacho, una amenaza tan calmada y mortal que calmó el aire y me inundó.

Lo sabía. Lo supe en ese momento, tendría que elegir entre mi hermano y Tatiana.

Y muy pronto.

CAPÍTULO VEINTICINCO

TATIANA



Otro pitido. Otro mensaje de texto.

Suspiré y tomé el teléfono que tenía al lado. Era Konstantin. Por supuesto que era el *Pakhan*. Habían pasado dos semanas desde D.C. y el maldito era tan exigente. ¿Si resolví el mensaje críptico? ¿Si encontré el chip?

Como si se lo fuera a decir.

—¿Por qué decidiste mudarte? —inquirió Isabella mientras desempacamos en mi antigua casa. Hacía años que no estaba aquí. Después de que atacaran a Isabella allí, Adrian me llevó a su casa y Vasili se llevó a Bella a su recinto. No había vuelto desde entonces, pero este era mi hogar. Tenía sentido volver aquí.

Así que aquí estaba yo. De vuelta al principio.

Me encogí de hombros.

—Pensé que ya era hora —musité mientras agarraba otra caja. Esta contenía restos de los aparatos de Adrian. Tres computadoras, cinco discos duros externos y un servidor. Había revisado todos y cada uno de los objetos de esa caja. Mi marido claramente grabó cosas que nunca debieron ser grabadas. Esas cosas claramente no me pertenecían ni a mi difunto esposo y no deberían estar en mi posesión. El problema era que parecía que tenían una copia de seguridad de alguna manera y no sabía cómo destruirla.

Por supuesto, estaba la manera antigua. *Fogata* allá vamos, pero temía que agregara esos elementos a la nube. Yo era una tonta en lo que a informática se refería, sin embargo, sabía que hacer copias de seguridad de cualquier dato en la nube sería un error.

Así que, ese era el problema.

Jesucristo, más valía que Vasili tuviera a todo el maldito ejército rodeando mi casa. La mierda en esa caja tendría mucha de gente detrás de mí. ¿Era ese el chip? Mi instinto me decía que no, aunque no estaba segura. Tal vez debería pedirle a Konstantin que lo revisara, pero no sabía cuánto podía confiar en él.

Podría verlo como algo contra mi familia y no podía arriesgarme. Guardé la caja en la habitación de seguridad que Vasili había instalado aquí y me dirigí de nuevo al comedor para seguir desempacando. Allí estaba yo mientras Isabella sacaba una caja en la cocina, el pequeño Nikola arrastraba una olla y una sartén, una en cada mano, sobre mi lujoso y caro azulejo italiano.

Negué con la cabeza. Dejaba que mi sobrino jugara con toda la vajilla. Era una doctora

estupenda, pero una ama de casa horrible y una cocinera aún peor. Dios sabía lo que comíamos cuando visitábamos a Isabella.

Suspiré. No tenía sentido regañar a mi sobrinito. Si una sola lágrima brillara en sus ojos, me sentiría culpable por ello. Lavaría todos los platos cuando se fueran.

Los de la mudanza acaban de traer la última caja y nos quedaban otras tres horas para desempacar. Con el pequeño Nikola, podrían ser seis. Juraría que todo lo que guardábamos, ese niño lo sacaba y lo desparramaba por todos lados.

—¿Qué tal si vamos a comer algo? —sugerí. Prefería desempacar el resto más tarde, cuando estuviera sola.

Los ojos de Isabella se abrieron de par en par.

—¿Estás segura? —Hacía tiempo que no le recomendaba que saliéramos juntas. Mi estómago gruñó como respuesta. Toda su cara se iluminó—. Sí, sí. Por supuesto. Vamos a Nola's.

Levanté la ceja sorprendida.

—¿Vasili compró Nola's?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero he oído que su comida es estupenda. ¿Quizás compartan una receta?

Mis cejas se juntaron con la línea de mi cabello. Nunca entendería por qué se empeñaba en averiguar todo eso de la cocina. Estaba claro que no era su fuerte. Francamente, ni siquiera era su punto débil. Yo no era una experta, pero al menos sabía revolver huevos. Incluso hacer pasta decente, sin embargo, Isabella solo conseguía quemar comida, en el mejor de los casos. En el peor de los casos quemaba la casa. Estuvo cerca una vez. Tal vez dos veces.

Me arrodillé y miré a Nikola a los ojos.

—¿Tienes hambre? —asintió—. Entonces vamos —dije con voz ligera por primera vez en casi un año.

Los ojos de Isabella me observaban con vacilación, mientras que Nikola me miraba con curiosidad. Hacía tiempo que no era su tía. Desde que jugaba con él. Desde que sonreía.

«Quizás haya superado las cinco etapas del duelo», pensé con orgullo.

—¿Ya estás mejor? —inquirió, sin apartar sus ojos azules de mí. La preocupación que había visto en los ojos de todos desde la muerte de Adrian se reflejaba también en la mirada de mi sobrino. Siempre me afectaba más verla en los ojos del pequeño Nikola.

—Lo estoy —murmuré en voz baja. «Creo», añadí en silencio.

—Pronto cumpliré seis años —declaró arrancándome una sonrisa—. Mi hermanita cumplirá dos.

—Lo sé —afirmé, rozando con mis dedos sus mejillas—. Y estoy muy orgullosa de que cuides de ella. Siempre protegemos a los nuestros, ¿no?

Asintió con una gran sonrisa en su cara. Seguro que Vasili le había dicho esas mismas palabras unas cuantas veces.

Dios, amaba a mi familia. Amaba a mis sobrinos. Mataría por ellos. Quemaría este maldito mundo por ellos. No debería haberme mantenido alejada tanto tiempo. Era lo que nos hacía más fuertes, los Nikolaev se mantenían unidos. Y yo los protegería con todo lo que tenía. Si se trataba de llegar al lado bueno del *Pakhan*, lo haría.

Además, no era un inconveniente terrible. Mi cuerpo aún lo recordaba. Cada centímetro de mi piel lo ansiaba desde aquel día. Sustituir una adicción por otra no era inteligente. Así que me lo tomaría con calma.

Buen plan.

Tomé mi bolso y los tres caminamos uno al lado del otro. De la mano. Algo me oprimía la garganta. El bulto crecía y crecía, ahogándome hasta que cada respiración se volvía dolorosa. Un resuello.

—Tía, ¿estás mejor? —preguntó Nikola suavemente, su pequeña mano apretando la mía.

Me aclaré la garganta. Inhalé hondo y luego exhalé lentamente. Era fácil sentirse emotiva.

—Sí —le aseguré suavemente—. Sí, estoy bien. Gracias.

Salimos de la casa con los guardias de Isabella detrás. Subimos al Mercedes Benz, los tres atrás y sus dos guardias adelante. Detrás de nosotros circulaba otro vehículo.

Miré por la ventana, sintiendo los ojos de Isabella sobre mí. Quería asegurarse de que estaba bien. Completamente curada. No lo estaba. Todavía no, pero lo estaría.

El conductor paró delante del restaurante, con un gran cartel colgado sobre la puerta. Entramos, pasando por delante de la tela roja oscura y las ventanas que daban a la calle. El ambiente era acogedor y cálido. El aire olía a deliciosa comida y pastelería.

—Caray, parece lleno —murmuró Isabella—. Debería haber hecho una reservación.

—No se sentarán si no tienen reservación —señaló la *hostess*, con los ojos fijos en Isabella. Llevaba un auricular y, por la expresión de su cara, estaba a punto de descartarnos. Entonces sus ojos se dirigieron hacia mí, su mano tocó el auricular y se puso tensa. Sus ojos parpadearon a la izquierda y seguí su mirada. Se quedó observando la pared de cristal como si buscara respuestas.

«*El tema de Blancanieves*», pensé. «*Espejito, espejito en la pared. ¿Pueden pasar estas dos?*».

Me reí de mi propia broma. Isabella me miró interrogante. Mis labios se curvaron en una sonrisa y dije:

—*Espejito, espejito en la pared*, ¿quién es la más bella de todas?

Siguió mi mirada hacia el espejo y soltó una risita, luego la ahogó rápidamente. Tenía que ser un espejo unidireccional.

—¡Conozco esa película! —exclamó Nikola. El bichito era demasiado listo—. Lo dijo la bruja malvada.

Bueno, no estaba llamando *bruja malvada* a la anfitriona. Eso podría malinterpretarse.

—Este sitio siempre está lleno —expresó un tipo detrás de nosotras sin otro motivo más que mirarnos embobado a Isabella y a mí—. Hice mi reservación hace un mes.

Isabella y yo compartimos una mirada y luego nos encogimos de hombros.

—*Oh*, en ese caso... —Isabella no llegó a terminar la frase.

—Tengo una vacante. —Se apresuró a decir la anfitriona. Detrás de nosotros se oyeron gritos de sorpresa. Mis ojos parpadearon hacia el espejo. Tenía que haber alguien ahí detrás. La inquietud me acechaba bajo la piel. Sentí que me miraban. Una percepción familiar.

Como una brisa cálida. O una caricia. No tenía sentido.

—¿Lista? —La anfitriona apartó mi mirada del espejo y me di cuenta de que todos me observaban. Debían de haberme llamado varias veces.

Asentí y, mientras la chica nos adentraba en el restaurante, miré una vez más por encima del hombro. No había nadie.

La anfitriona nos sentó en una cabina con ventana a la calle. Isabella entró, Nikola la siguió y yo me senté frente a ellos.

La anfitriona nos entregó nuestros menús y luego preguntó:

—¿Quieren algo de beber?

Me pasó la carta de bebidas y la leí. Lentamente. Los nombres tentadores: Chardonnay, vodka, brandy, Sazerac, cerveza. El sudor me recorría la espalda. Me temblaba la mano al bajar

la carta.

Hacía unos días que no tomaba una gota de alcohol y mi cuerpo lo ansiaba. Lo necesitaba como el oxígeno. Al menos eso creía. Era hora de ponerme las bragas de niña grande y dejar esa adicción. Mis hermanos tenían razón.

Dios, les encantaría que dijera esas palabras en voz alta.

—Nikola tomará jugo de naranja. —Se apresuró a decir Isabella—. Yo tomaré agua mineral. Llevamos todo el día desempacando.

—Ah, eso explica lo del vestuario —comentó.

Las cejas de Isabella se alzaron ante su grosería tácita. Llevaba sus característicos *jeans* y un *top* negro de Chanel. Yo llevaba un vestido. No teníamos mal aspecto, pero nada de eso me importaba porque se me hacía agua la boca y lo único en lo que podía concentrarme era en la carta de bebidas.

La necesidad de tomar al menos una cerveza me carcomió.

—Agua. —Grazné.

Con un gesto de la cabeza, se marchó y volvió enseguida con nuestras bebidas. Y desapareció igual de rápido.

—Vaya, estoy impresionada —observó Isabella, apoyando sus codos en la mesa—. Tienen un servicio magnífico. Aunque un poco esnob, en mi opinión.

Me encogí de hombros.

Toda la sala se había iluminado y el ambiente era bullicioso. El ruido del restaurante no era desagradable. El ambiente era cálido y la música ligera.

De mala gana, mi mirada volvió a aquel espejo y mis ojos se abrieron de par en par, al notar que nuestra anfitriona desaparecía por la puerta oculta. Una sensación tocó mi piel. Una emoción familiar se expandió en mi estómago. La inquietud creció y esta vez no tenía nada que ver con el alcohol.

—Tengo que ir al baño —le informé a Isabella mientras me levantaba.

—¿Quieres que pida algo por ti si viene el camarero?

—Sí, lo mismo que vayas a ordenar para ti.

Me dirigí al baño cuando la misma anfitriona se me acercó, apareciendo de la nada. Esa sensación extraña recorrió mi espalda y se hizo más fuerte a cada paso que daba. Miré a mi alrededor. Nadie me prestaba atención.

—¿Puedo ayudarle?

—No —repliqué—. Nada más voy al baño.

—Maravilloso —respondió, sonriendo como si su vida dependiera de ello. La miré dos veces—. Por favor, déjeme enseñarle nuestro baño VIP. —Entrecerré los ojos. ¿Baño VIP? Eso sonaba casi como una invitación a la habitación donde ocurrían cosas prohibidas—. Por aquí.

Señaló hacia la puerta de cristal y yo la seguí a regañadientes a través de la puerta secreta y por el oscuro pasillo con mis tacones chasqueando contra el suelo. Empujé la puerta y entré en el cuarto de baño más lujoso que jamás había visto.

Las baldosas de mármol negro daban a la habitación un aire oscuro. El lavabo, de porcelana roja, dejaba correr un flujo constante de agua que parecía el flujo constante de la sangre. Mis ojos se fijaron en mi reflejo. Mi moño desordenado enmarcaba mi cara, mi cabello rubio contrastaba con el mármol negro. Mi vestido negro de Chanel encajaba a la perfección con el mármol oscuro.

Puse las manos bajo el chorro de agua, me las lavé y sequé. La verdad es que no necesitaba ir al baño. Solo necesitaba sacudirme la sensación de ser observada.

La puerta se abrió detrás de mí y levanté la mirada, encontrándome con los ojos oscuros que había estado evitando desde Washington. Un escalofrío me recorrió la espalda y eso que aún no había hablado.

—Hola, Tatiana. Me has estado evitando.

Su voz era aterciopelada, suave como la seda, pero con una profundidad que me hacía sentir electricidad en cada fibra de mi ser. Incluso desde esta posición, emanaba una intensa vibración masculina y tal control que me daban ganas de incomodarlo. Ese olor característico a cítricos y sándalo, recorrió el aire, empezando a representar lentamente a Illias Konstantin y a borrar a Adrian.

En el cuarto de baño reinaba un silencio tenso mientras él me observaba con una mirada oscura y entrecerrada. Sus ojos eran demasiado oscuros para leerlos, y una inquietante convicción en su mirada enviaba advertencias a cada célula de mi ser. ¿Huí? Claro que no.

Al girarme lentamente, mi mirada se cruzó con la suya. Nos observamos fijamente, y una espesa tensión llenó el aire. Casi asfixiaba, drenando el oxígeno en el espacio que parecía demasiado pequeño para los dos.

—No te he estado evitando —mentí con una suave burla.

—Sí, lo has hecho —afirmó—. Y no has contestado a mis mensajes.

Puse los ojos en blanco.

—No tenía respuestas. —Me reí—. Quiero decir ¿cuántas veces quieres que escriba eso?

Konstantin llevaba su cabello negro más corto que la última vez que lo había visto. Su traje oscuro moldeaba su tonificado cuerpo, acentuando sus anchos hombros y las nítidas líneas de su musculoso cuerpo. Era el tipo de cuerpo por el que se desmayaban las mujeres, sobre todo, lo que me fascinaba era la inteligencia que había detrás de aquellos ojos oscuros.

Me hizo señas con un dedo y yo negué con la cabeza.

—Una vez más, Konstantin, no soy un perro —siseé suavemente, luchando contra mis piernas que querían moverse hacia él. Este estúpido cuerpo. Debería exigir uno nuevo.

—No me hagas repetirlo, Tatiana. —Ronroneó.

—¿O qué? —desafié en contra de mi buen juicio.

Ladeó la cabeza como si leyera mis pensamientos y se entretuviera.

—O te daré unas nalgadas.

Parpadeé. No podía hablar en serio.

—¡Estás loco! —espeté. Mis hermanos estaban locos, pero de alguna manera su demencia no se comparaba con la de este hombre—. Ponme un dedo encima, y te mataré.

Su expresión parpadeó con algo y luego se ensombreció. A pesar de su expresión asesina, no me moví de mi sitio. Me negaba a dejar que me asustara. Si creía que podía controlarme, se llevaría una gran sorpresa.

—Cuidado, *moya luna* —agregó—. Amenazarme no es prudente. Ahora deja de jugar y ven aquí. Odio repetir las cosas.

—Dios *nos ayude* si no te sales con la tuya —murmuré mientras me acercaba lentamente a él, contoneando las caderas. ¿Lo hacía a propósito? Sí, lo hacía. Diablos, estaba en modo seducción. ¡Este hombre!

Me observaba, calculador, su calma era una fachada, pero sus ojos lo traicionaron. Ardían. Y supe que era por mí. No sabía cómo tenía esa certeza, pero lo sabía.

En un momento estaba frente a él, y al siguiente mi espalda chocaba contra la puerta. Sonó al contacto y se me escapó una bocanada de aire. Me agarró por las muñecas y me las puso por encima de la cabeza.

Jadeé, el fuego se extendía por mis venas. Una lánguida sensación tiró de mis músculos. Sus labios me rozaron la oreja y sentí un escalofrío.

—Siempre tienes que decir la última palabra, ¿no? —Me miró y sus ojos recorrieron mi cuerpo. Mis pechos subían y bajaban con cada respiración. Cada centímetro de mi piel se volvió hiperconsciente de sus ojos sobre mí. Casi como si ya me hubiera tocado—. Eres inteligente, Tatiana, pero a veces estás ciega.

Su voz era burlona y me dieron ganas de darle una patada en los huevos. ¿Qué demonios quería decir con eso? Su mirada se cruzó con la mía. Negra como el carbón. Obsesión. Deseo. Posesión.

Podía verlo todo acechando en sus ojos. Reflejaba los míos.

Apretó la cara contra mi cuello e inhaló. Un profundo gemido sonó en su garganta y me hizo estremecer. Incliné la cabeza para ofrecerle más mi cuello, necesitaba su boca en mí.

Sus labios rozaron la zona sensible donde se unían mi cuello y mi hombro, y luego me mordió. Con fuerza. El punto palpitó, igual que el pulso que latía entre mis piernas.

Empujó su gran cuerpo contra el mío. Dios, era tan grande. Incluso con mis tacones, que añadían cinco centímetros a mi metro setenta, tuve que estirar el cuello para mirarlo a la cara.

Me ardían los senos bajo el calor de su pecho. La tela me rozaba los pezones, haciendo saltar chispas bajo mi piel. El corazón me latía tan fuerte que temí que me rompiera las costillas.

Levantó la boca. Sabía exactamente lo que me estaba haciendo. El impacto que tenía en mí, pero me negué a actuar como una colegiala desmayada. Dejé que mis ojos recorrieran su cuerpo, disfrutando de sus hombros anchos, sus definidos brazos y sus estrechos abdominales.

Luego, le pasé un dedo por el hombro, siguiendo por su pecho y los abdominales, y una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios al notar un bulto en sus pantalones.

—No estoy tan ciega como para no ver esto —comenté, acariciando su bulto. Mis siguientes palabras fueron suaves y sensuales—. ¿Qué pasa, Konstantin? ¿Tenías que volver por más?

Había perdido la cabeza, burlándome de él de esa manera. Tenía sabor a una mala decisión. A veces un villano se convertía en héroe. Ese nunca sería el caso con él.

Aun así, eso no me impedía jugar con él.

Me observó con la mirada entrecerrada y el corazón me retumbó a un ritmo incómodo. Una vistazo suyo podía prenderme fuego. A mi alma le crecieron garras, aferrándose a él para sobrevivir.

Mis labios estaban a un suspiro de los suyos. Lo bastante cerca como para besarlo y sentir la sombra de la barba de tres días que adornaba su mandíbula. El calor se disparó directamente a mi interior, y mis muslos se apretaron por la necesidad de sentir la aspereza de esa barba entre mis muslos.

El calor que emanaba de él era más fuerte que cualquier alcohol que hubiera consumido jamás. Pasé las manos por sus abdominales y apreté los dedos en su pecho. Era duro y cálido, tentador y estimulante. Incluso su evidente peligro me tentaba.

Me rodeó el cuello con la mano, agarró un puñado de mi cabello y apretó su boca contra la mía.

—Tú también quieres más, Tatiana —aseguró y mi estómago se apretó cuando su lengua rozó la mía. Tenía razón. Quería más. Mucho más. Me robó el aliento y me besó como si fuera lo último que haría en su vida—. Sé exactamente cómo excitarte. Sé exactamente lo que se necesita para hacerte retorcer, para hacerte gemir, para hacerte gritar.

—Sí —gemí. Mi voz era ronca, la sola sílaba le dio toda la confirmación que necesitaba. Su lengua se deslizó por mi labio inferior y luego se enredó con la mía. Las mariposas revolotearon

por mis venas.

Puso su pierna entre las mías separadas, su duro muslo presionando mi centro. Mi cuerpo se movió por voluntad propia, necesitado de la fricción. Su longitud dura me oprimió la cadera y, al apretarme contra su muslo, mi cabeza se inclinó hacia atrás, contra la puerta.

—Más duro. —Las palabras se deslizaron entre mis labios en un gemido gutural.

Su boca rozó mi mandíbula hasta que sus labios rozaron mi oreja. El corazón me latía con fuerza en los oídos y su pulgar acarició mi pulso desbocado y luego lo presionó ligeramente. No podía recuperar el aliento. Mi cuerpo ardía y sabía que necesitaba más de él.

Necesitaba algo para estabilizarme, así que levanté mi mano y le agarré los bíceps. Sus músculos eran duros bajo aquel costoso traje oscuro, mis dedos se enroscaron en sus músculos. Apreté el agarre y su mano subió lentamente por debajo de mi falda. Su palma sobre mí, áspera y experta, subió más y más, hasta rozarme las bragas.

—Estás empapada. —Su voz era una ronca oscuridad, enviando un escalofrío por mi espalda —. ¿Es por mí, *moya luna*?

—Sí —declaré mirándolo con los ojos entreabiertos. Me recompensó metiendo los dedos por debajo de la tanga y recorriendo mi centro.

Un gemido de satisfacción salió de su garganta.

—Buena chica.

Trazó círculos alrededor de mi clítoris y mis caderas se agitaron contra su mano. La piel me zumbaba como un cable en tensión y respiraba entrecortadamente. Levanté las caderas y un gemido salió de mi garganta cuando me introdujo dos dedos. Mis ojos se cerraron de golpe mientras él bombeaba sus dedos dentro y fuera de mí a un ritmo lento y agonizante.

—Por favor, Konstantin. —Jadeé—. ¡Más rápido!

Una risita oscura llenó el espacio, sonando como un ruido lejano. Me apreté contra su mano, ávida de más fricción en mi clítoris. Sus dedos expertos me hacían sentir tan bien que necesitaba deshacerme.

Inclinó la cabeza y sus dientes rozaron la sensible piel que unía mi hombro y mi cuello. Otro escalofrío me recorrió la espalda. Y mientras tanto, sus dedos me acariciaban, entrando y saliendo. Mis caderas se agitaban bajo su contacto.

—Konstantin. —Me apreté alrededor de sus dedos, su nombre un gemido en mis labios.

—Me llamarás Illias —ordenó en tono áspero.

Luego, con un movimiento rápido, me rodeó con los brazos por detrás de los muslos, me levantó y nos cambió de sitio para sentarme al borde del mostrador.

Luego se arrodilló, con la cabeza entre mis muslos. Con una mirada oscura que reflejaba el cielo y el infierno, me miró a los ojos y acercó su boca a escasos centímetros de mi cuerpo. Podía estar de rodillas, pero no tenía nada dócil. Lamió mi sexo a través de mis sedosas bragas y abrí más las piernas. Su lengua estaba caliente, demasiado cerca pero no lo suficiente, provocándome una profunda oleada de placer.

—¡Mi nombre! —exigió mientras apretaba la tanga en sus puños.

—Konstantin —gemí.

El sonido de la rotura resonó en el aire. Dejó caer el pedazo de tela al suelo sin mirarla. Me estremecí bajo el contacto húmedo y caliente de su lengua contra mi vientre. Dio lentos y pausados lengüetazos desde la entrada hasta mi clítoris y luego introdujo la lengua en mi entrada. Hice un ruido gutural y agarré su cabello con los dedos, rozándole el cuero cabelludo con las uñas.

Su boca se alejó de mí, solo para que su mirada ardiente encontrara la mía.

—¿Cómo me llamo? —preguntó en tono cortante.

—Por favor. —Gimoteé. Sus ojos brillaron y, antes de que pudiera pensar en lo siguiente, me invadió una sensación de plenitud. Deslizó dos dedos dentro de mí, bruscamente, encendiendo el placer a través de mi torrente sanguíneo.

—Mi nombre, Tatiana —demandó con dureza, sacando los dedos y hundiéndolos después con más fuerza. Un temblor me recorrió mientras el dolor y el placer se mezclaban—. Dilo y el placer será todo tuyo.

—¿Por qué... por qué te importa? —balbuceé, moviendo las caderas contra sus dedos. Era difícil pensar con sus dedos dentro de mí—. ¿No sabes tu nombre?

Sacó los dedos y una risita oscura y profunda salió de sus labios. Su mirada se clavó en mi sexo expuesto y su aliento caliente lo rozó. Me estremecí con la intensa necesidad de rogarle que acortara la distancia.

—Quiero asegurarme de que sabes el nombre de quién vas a gritar, Tatiana —gruñó—. Mi nombre. Siempre mi nombre.

La batalla de voluntades iba y venía entre nosotros. Tuve que ser una mujer débil, débil porque cedí.

—Illias —suspiré y la recompensa fue instantánea. Su boca encontró mi clítoris, lamiéndolo y chupándolo, mientras sus dedos entraban y salían de mí. Un profundo gemido de satisfacción vibró desde su garganta hasta mis entrañas, como si aquello fuera tan placentero para él como para mí.

Mis manos tiraban de sus hebras y mis caderas frotándose contra su boca. Necesitaba más, pero él se tomaba su tiempo, ralentizaba el ritmo cuando la presión se disparaba y yo me encontraba justo al borde del precipicio, lista para caer en espiral hacia el abismo.

Luego volvía a frenar. Mis dedos agarraron con más fuerza sus hebras.

—Por favor, Illias. —Escapó de mis labios.

Como si eso fuera lo que esperaba, por fin me dio lo que quería. Me metió los dedos más rápido y más fuerte, y sus lengüetazos se volvieron más firmes. Solo sentía un profundo y ardiente placer. Su mirada oscura encontró la mía mientras seguía entre mis muslos y enroscó los dedos en mi interior, golpeando aquel punto.

La presión estalló en mis venas como un incendio. Una fuerte presión de su pulgar sobre mi clítoris y volé por el espacio entre el cielo y la tierra.

Y grité su nombre.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

KONSTANTIN



Una hora más tarde, vi salir de mi recién adquirido restaurante a Tatiana con su sobrinito de la mano. El niño tenía el cabello rubio platinado y los ojos azul pálido. Se parecía más al hijo de Tatiana que al de su cuñada.

Me preguntaba si los hijos de Tatiana tendrían el mismo matiz que el de su madre. Como angelitos correteando por ahí.

La imagen bailaba en mi mente, tentándome. Quería una familia con ella. Era todo lo que quería desde el momento en que la encontré.

Me encantaba complacerla. Me encantaba verla sonreír. Me encantaba poner esa sonrisa en su cara. Tenía la intención de enseñárselo... con el tiempo. Hasta que llegue ese momento, la uniría a mí a través del placer. Era lo único que estaba funcionando.

Sacudí mi cabeza.

Me estaba volviendo loco y la mujer apenas me dedicaba tiempo. A menos que mi cabeza estuviera enterrada entre sus muslos, o mi polla enterrada profundamente dentro de ella.

Dijo que había encontrado algo. Podría ser algo o podría ser nada. Una cosa que dejó clara fue que sus hermanos no sabían nada al respecto. Como Aiden Callahan declaró, Tatiana protegería a su familia con su último aliento. Y yo la protegería con el mío. En cualquier caso, me reuniría con ella más tarde en su casa y averiguaríamos juntos si su descubrimiento era relevante.

Como si sintiera mis ojos clavados en ella, miró por encima del hombro y me encontró observándola fijamente. Luego miró a su alrededor y me hizo un gesto con el dedo medio.

No sabía si reírme o enojarme. Esto último me parecía imposible tratándose de ella, así que me conformé con reírme. Llevaba más de siete años suspirando por Tatiana. Ahora que la tenía al alcance, era difícil tomármelo con calma, pero tenía que jugar bien mis cartas.

Un desliz, una revelación demasiado rápido, y ella se habría ido. Para siempre. Secuestrarla era una posibilidad, sin embargo, sus hermanos moverían cielo y tierra para encontrarla. Quemarían todo a su paso. Así que probablemente no era el mejor plan.

Aunque era una posibilidad.

Nikita entró, evaluando el cuarto trasero de mi nueva empresa. En cuanto los Nikolaev se enteraran de mi nueva adquisición, estallarían de rabia.

Dejé escapar un suspiro sarcástico. Quizá debería acorralarlos y obligarlos a entregarme a su

hermana. El día que supe que Tatiana se había unido con Adrian fue como una píldora nauseabunda que me había tragado y cuyos efectos se negaban a remitir.

Por supuesto, era demasiado tarde. Culpaba a Adrian. Incluso sentía ira hacia ella por confundirlo conmigo.

Hasta que fuera mía, en cuerpo y nombre, mis celos y mi obsesión no se calmarían. Lo sabía.

—La *Yakuza* ha vuelto a la ciudad —informó Nikita—. Intenté atraparlo, pero desapareció antes de que tuviera oportunidad.

La tensión me recorrió como un rayo. De alguna manera creí que era obra de Maxim.

—¿Tienes la ubicación de mi hermano? —inquirí.

—Está en New York, como requeriste —respondió Nikita. Al menos mi maldito gemelo hizo algo bien.

Yo siempre había sido lógico. Maxim, por otro lado, aunque excelente con sus habilidades de hacker, dejaba que las emociones lo inclinaran hacia un lado u otro, dependiendo de su estado de ánimo o de lo drogado que estuviera.

Cuando le ordené que pagara su deuda a Sasha, entró en un ataque psicótico. Se las arregló para lanzar un ataque incluso bajo la influencia de narcóticos.

Los dos éramos casi idénticos físicamente, pero hasta ahí eran nuestras similitudes. A veces, cuando estaba cerca de nuestra hermana, parecía mejorar, no obstante, se descontrolaba en cuanto la dejaba. Quizá debería exigirle que se pasara todo el tiempo cuidando de nuestra hermana pequeña, aunque me preocupaba su influencia sobre ella.

—Pon más hombres de seguridad a Tatiana —ordené—. No quiero que nadie que no sean sus hermanos y familiares directos se acerquen a ella.

Con una inclinación de cabeza, se marchó para ejecutar mi orden.

Vine solo.

Era la condición de Tatiana. Ninguna persona se atrevía a ponerme ultimátums y condiciones, pero esta mujer me tenía atado a su dedo meñique. No habría llevado a ninguno de mis hombres a su casa, mas saber que estaba tan bajo su influencia era preocupante.

Mi coche se detuvo frente a una reja de metal negra, sin guardias. Dijo que se desharía de ellos, y resultó que lo decía en serio. Tatiana debió ser traviesa para sus hermanos cuando era pequeña. Isla, mi hermana, nunca causó problemas. Cuando le pedía algo, lo hacía. Aún no la había visto rebelarse.

El portón de metal negro, tan grande y tan alto como el de mi propia casa, se abrió lentamente con un fuerte crujido. Cuando lo atravesaba, observé la seguridad. Mis propios hombres merodeaban por la casa, sin que la propietaria lo supiera.

La vivienda estaba al final del largo camino de entrada. La luna se proyectaba sobre la piedra blanca de su casa. No era grande, pero le quedaba bien. Elegante. Acogedora. Suficientemente grande para una familia, aunque no demasiado como para perderse en ella.

Estacioné mi Aston Martin negro y salí del vehículo justo cuando Tatiana abría la puerta de su casa.

Alcé una ceja. Esperaba que tuviera personal para hacer eso.

—Podría haber estado aquí para matarte.

Agitó la mano.

—Te vi a través de los monitores de seguridad en la puerta.

Sacudí la cabeza. Seguía siendo un descuido, sin embargo, ese no era el día de sermonearla. En lugar de eso, dejé que mis ojos la recorrieran. Llevaba una camiseta de tirantes rosa intenso y unos *shorts* a juego, con sus largas piernas desnudas a la vista. Iba descalza, con las uñas de los dedos de los pies del mismo rosa brillante. Era agradable verla sin su característico Chanel negro.

Su espesa melena rubia le caía por los hombros y entre los dedos enrollaba una liga.

—Entra. —Se hizo a un lado, mi traje rozándola mientras entraba, cerrando la puerta tras nosotros.

Me di la vuelta, observando el brillo en sus ojos. Había desaparecido aquellos primeros meses. Juré que volvería a verlo en sus ojos azules, aunque yo mismo tuviera que bajar las estrellas del cielo. Por ahora, las estrellas estaban a salvo.

—Guíame. Esta es tu casa.

El tirante cayó por la delgada curva de su hombro. No se molestó en subirlo, sosteniéndome la mirada. Esta lujuria por ella estaba incrustada como espinas en una rosa. Estaba grabada en la médula de mis huesos.

Era parte de mí y ni siquiera quería purgarla.

La cuestión era si podría soportar mi amor. Mi madre no pudo con el de mi padre, y no acabó bien para ella.

—Siéntate donde quieras —suspiró frustrada. Se apartó el cabello de la cara con las manos e intentó trenzárselo. El aroma a rosas llenó mis pulmones y se extendió como una droga por mis venas—. Solo necesito tener este desastre bajo control.

Alargué la mano y le quité la liga.

—Espera, déjame hacerlo.

Su boca se entreabrió y su mirada se encontró con la mía.

—¿Sabes hacer trenzas? —murmuró ella, sorprendida.

—Sé hacer trenzas —respondí en voz baja. Había practicado bastante a lo largo de los años.

Mis ojos recorrieron el vestíbulo, iluminado por un antiguo candelabro. Había piezas antiguas en diferentes rincones, mezcladas con el resto de los muebles. Me di cuenta de que a Tatiana le encantaban las antigüedades. Le encantaría mi castillo en Rusia.

Vi un viejo banco español del siglo XVI y la empujé hacia él. Se sentó sin protestar, con una postura rígida, como si esperara una broma.

Empecé a trenzarle el cabello, recordando la última vez que se lo hice a mi hermana. Habían pasado años.

—¿Dónde aprendiste a trenzar el cabello, *Pakhan*? —preguntó, sus hombros se relajaron lentamente.

—Una niña me las pedía todas las noches —contesté—. Así que aprendí a hacerlo.

—¿Tu hija?

—Está bajo mi protección —repliqué vagamente. Si fuera cualquier otra persona, ni siquiera le habría dicho eso.

Alterné los lados derecho e izquierdo, llevando la sección lateral hacia arriba y hacia el centro hasta llegar al final. Una vez que la trenza quedó bien apretada, la sujeté con la liga para el pelo. Sus dedos se acercaron a la nuca y la trazaron hacia abajo.

—No está mal... —musitó, mirándome por encima del hombro—. Para un *Pakhan*. Qué diría el mundo si supiera que el gran y malvado *Pakhan* sabe hacer trenzas. —Las comisuras de mis labios se torcieron. Tatiana podía ser encantadora cuando quería serlo. Me miró por encima del hombro y sus ojos brillaron mientras se golpeaba la barbilla pensativa—. Incluso podría usarlo para chantajearte.

Dejó escapar un suspiro divertido.

—Puedes intentarlo.

Sonrió.

—*Oh*, lo haré. Espera y verás. Ahora me perteneces.

La mujer ya me poseía. Pronto descubriría que ella también me pertenecía.

—Ahora, vayamos al grano —pronuncié—. Muéstrame esos discos duros.

Se levantó de un salto y se dio la vuelta. Nuestros cuerpos estaban cerca, pecho con pecho. Frente a frente. Mi traje negro frente a su camiseta rosa y sus *shorts*. Tatiana era la luz de mi oscuridad.

Ella era mi razón para todo. Era mía para tomarla. Mía para domarla. Mía para poseerla.

Y no me conformaba con nada menos que eso.

—Illias. —Empezó, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo. No era propio de ella mostrar sus emociones, pero estaba preocupada.

—¿Qué pasa? —indagué, tocando sus mejillas.

—Lo que veas en esos discos duros, se queda entre nosotros. —La súplica en sus ojos era imposible de negar para mí, aunque no podía hacer esa promesa. No hasta que viera lo que había en ellos—. Hay cosas sobre mis hermanos y... —Sus dientes tiraron de su labio inferior y desvió la mirada. Le preocupaba que lo usara contra sus hermanos—. Ellos no saben lo que hay ahí, y lo prefiero así. Podemos borrarlo, permanentemente, para que nunca pueda lastimar a mi familia.

Aquellos ojos azules, más claros que el cielo más despejado, se encontraron con los míos, clavándose aún más en mi pecho. Mierda, podría haber pasado a formar parte de mi ADN.

—Lo prometo —juré—. Todo lo que concierne a tu familia quedará entre nosotros. —Asintió satisfecha y nos dirigió por los pasillos de su casa—. ¿Vives sola?

—Sí y no —comentó, continuando el camino. Luego se detuvo y miró hacia la pared. Su mano la recorrió hasta que lo encontró. Un mecanismo que abrió la pared.

—Normalmente hay guardias aquí.

—¿Por qué dejaste el *penthouse*? —curioseé. A decir verdad, era más fácil vigilarla en esta propiedad, a pesar de varios puntos ciegos. El *penthouse* era una pesadilla para la seguridad, con otros inquilinos imprevisibles que traían todo tipo de invitados, pero ella se resistió a mudarse durante tantos meses qué cuando lo hizo en ese momento pareció abrupto.

Se encogió de hombros e introdujo el código. La puerta se abrió y apareció una habitación de seguridad. Vacía, salvo por una caja.

—Ese era el hogar de Adrian —replicó—. Este es el mío. Era hora de mudarme.

Estuve de acuerdo. Hacía tiempo que debía haberlo hecho.

Ella entró en la habitación y la seguí.

—Esta es la caja con las *laptops* y los discos duros —explicó señalándola. Se sentó en el suelo y cruzó las piernas. Arrugó los ojos, divertida, y levantó la cabeza hacia donde yo seguía de pie—. Siéntate donde quieras. El piso es todo tuyo.

Sacudí la cabeza, luego me senté en el suelo y entrecrucé también las piernas.

—Si hubiera sabido que nos sentaríamos en el suelo, me habría vestido de acuerdo a la ocasión —comenté secamente.

—No seas aguafiestas —se burló—. Es como volver a la universidad. ¿No echas de menos esos días?

—La verdad es que no. Tenía que llevar mis negocios y asistir a clases.

Alzó una ceja.

—Bueno, siempre podrías haber terminado tus negocios.

—¿Quieres quedarte con mi trabajo, Tatiana?

—No podrías pagarme lo suficiente para hacer tu trabajo —agregó, usando comillas al decir “trabajo”.

Al abrir la caja, sacó una *laptop* y un disco duro y me lo entregó.

—¿Eres bueno con la tecnología?

Me hizo gracia. Realmente no sabía mucho de mí, pero así funcionábamos en las Espinas de *Omertà*. Nuestro lema era permanecer en las sombras.

—Soy bueno —repliqué—. No tan bueno como mi hermano, no obstante, él ya no está disponible para hackear.

—Tu hermano gemelo, Maxim. —Asentí la confirmación—. He oído que es bastante gruñón. ¿Tú también sueles ser gruñón?

—*Mmmm*. —Como si fuera a admitirlo.

—¿Te llevas bien con tu hermano? —preguntó, estudiándome de cerca—. Quiero decir, sé que son gemelos, pero de alguna manera los dos también se ven tan diferentes.

—No somos tan unidos como tú y tus hermanos —agregué.

—¿Por qué no? —Sacudí la cabeza. No me había dado cuenta de que mi mujer era tan entrometida.

—Tiene un problema de adicción —confesé con sinceridad—. La mujer que amaba murió hace años y se ha vuelto poco fiable.

—*Oh*. —Me observó fijamente, esperando a que me explicara. Cuando no lo hice, continuó —: Tal vez tu hermano es del tipo emocional mientras que tú eres un bloque de hielo. —Si supiera lo poco que me parecía a un bloque de hielo cuando se trataba de ella—. No es fácil olvidar a la gente que amas. —La miré a los ojos. Si se atrevía a seguir hablando de Adrian y de su amor por él, cavaría en busca de sus cenizas y lo mataría de nuevo. Ese imbécil egoísta no la merecía. Puso su vida en peligro con sus acciones—. La gente no se olvida de sus seres queridos —añadió en voz baja. Apreté los dientes. Era mejor que decir las palabras que tenía en la punta de la lengua. Después de un momento, se encogió de hombros como si tratara de sacudir sus pensamientos—. Bueno, da igual. Es tu hermano —murmuró.

No había mucho más que decir al respecto. Además, Maxim era el último tema del que quería hablar. Así que abrí la *laptop*, con la contraseña parpadeando.

—La contraseña es *Memento mori* —anunció. Alcé una ceja y ella levantó las manos—. A mí no se me ocurrió esa contraseña.

—La traducción literal es *Recuerda que debes morir*. Eso es bastante morboso para una contraseña —señalé—. ¿Sabías lo que significa?

Suspiró y asintió.

—El latín no es mi fuerte. Tuve que buscarlo.

Introduje la contraseña y apareció la pantalla de bienvenida. Hice clic en la primera carpeta. Uno, dos, tres... Ya veía por qué estaba preocupada. Adrian grabó alguna mierda sobre los hermanos de Tatiana. Empecé a borrar los videos del disco, así como el historial, para que no quedaran rastros.

El video de su madre casi matando a Tatiana me dio en el pecho. Pensar que su vida estuvo a punto de acabar tan poco después de empezar. Sasha no lo sabía, pero le estaría en deuda para siempre por salvar a su hermanita.

—¿Es esto? ¿El chip? —inquirió, sacándome de mi tarea. Sus dedos jugaban con su collar, retorciéndolo nerviosamente. Había borrado docenas de videos, aunque había muchos más. Nada sobre los miembros de las Espinas de *Omertà*.

—No.

Dejó escapar un suspiro exasperado.

—*Ugh*, esperaba que fuera para poder dejar todo esto atrás. —Se hizo el silencio durante un instante—. ¿Qué quiere la *Yakuza* con este chip?

—Probablemente para protegerse —respondí vagamente—. Muchas familias poderosas quieren ese chip. Adrian grabó mierda en ese chip que podría poner a mucha gente en peligro.

Incluida mi hermana, aunque me guardé esas palabras para mí.

—Pero ninguno de ellos me atacó —argumentó—. Excepto la *Yakuza*. Así que significa que están desesperados por la información en el chip.

Tenía mis sospechas de por qué la *Yakuza* quería obtenerlo primero. Luego poseerían a todos los demás miembros de *Omertà*, sin embargo, no era fácil echarles la culpa sin pruebas concretas. Podría decirse fácilmente que se inquietaron y se preocuparon por su exposición en ese chip.

Mientras estuve allí, Tatiana desapareció varias veces y volvió con galletas y bebidas. Nada de alcohol, observé con agrado.

No hice ningún comentario, pero debió de notar mi mirada, porque añadió:

—*Mmmm*, aquí no tengo alcohol.

No quería que bebiera porque tenía la intención de dejarla embarazada. Entonces me casaría con ella antes de que pudiera decir *bebé* y tendríamos toda la vida por delante. Quemaría todo el maldito mundo si eso la hiciera feliz.

Sus ojos estaban más claros. Sus sonrisas, por pequeñas que fueran, eran más frecuentes. No había vuelto a ser la de siempre, sin embargo, estaba en camino de serlo, y me hacía el hombre más feliz del mundo verla así. ¡A la mierda todo lo demás!, ella era lo único que importaba. La consideraba mi familia.

—Bien —afirmé.

Era un paso en la dirección correcta. Estaba orgulloso de ella. Adrian no se merecía sus lágrimas, sus pesadillas, y mucho menos su hígado. Así que bebí Coca-Cola mientras ella tomaba agua. Tardamos tres horas en repasarlo todo. Adrian había reunido información sobre mucha gente, pero lo que yo necesitaba no estaba allí.

Con la última unidad completamente borrada, apagué la computadora.

—Todo listo.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—No hay rastros de videos de mis hermanos, ¿verdad?

—He revisado todos los videos y están todos borrados. ¿Sabes por qué los tenía?

—No. —Sacudió la cabeza, mordiéndose el labio inferior—. No tiene sentido. Ha estado en nuestra familia desde siempre y tener esas cosas casi se siente como...

No terminó la frase, no obstante, el significado perduró. Le molestaba. Me di cuenta por la expresión de su cara. Por el temblor de su labio inferior. Por el movimiento de sus manos.

La lealtad formaba parte del ADN de Tatiana. No formaba parte del de Adrian.

—Bueno, ya no está —pronuncié—. Pero seguimos necesitando ese chip.

—No sé dónde más podría estar esa maldita cosa —soltó con un fuerte suspiro.—He buscado por todas partes.

O era una excelente mentirosa o realmente no sabía dónde estaba.

Creía que esto último era cierto.

CAPÍTULO VEINTISIETE

TATIANA



El mundo exterior parecía no existir mientras estábamos sentados en esta habitación. Estábamos los dos solos. Las hermosas líneas de su rostro me fascinaban. La oscuridad de sus ojos me hablaba. Cuanto más nos mirábamos, más aumentaba la tensión.

Pero no era incómodo. De hecho, era todo lo contrario. Él me ayudó. Hicimos esto como un equipo. «*Adrian nunca me había incluido en nada. Me ocultaba cosas, dejándome en la oscuridad*».

Reflexioné de repente y aprecié aún más a Illias.

La verdad era que los dos no se parecían en nada. Adrian casi nunca se arreglaba, siempre optaba por *jeans*, camisetas y botas de combate. Illias Konstantin, en cambio, vestía un traje mejor que el mismísimo Dios.

Gritaba sofisticación, estatus y poder. No solo por su forma de vestir, sino también por su vestuario. Adrian tenía tatuajes en todo el cuerpo. Illias nada más tenía uno. En la espalda, una calavera envuelta en rosas y espinas.

¿Por qué reaparecía el tema de las rosas y las espinas?

—¿Qué significa el tatuaje de tu espalda? —curioseé, rompiendo el silencio.

Nuestras miradas se cruzaron. La suya ardió, estudiándome durante demasiados segundos. El recuerdo de nuestra noche en Washington calentó el aire y se me metió bajo la piel. De repente, la habitación de seguridad estaba más ardiente que la caldera. El corazón me latía rápido y con fuerza. Una pesadez se instaló entre mis piernas.

Parecía que me faltaba oxígeno. La cabeza me zumbaba mientras la adrenalina corría por mis venas.

—¿Por qué quieres saberlo? —inquirió.

Me encogí de hombros, ocultando mi turbación.

—A lo mejor quiero trazarlo con mi lengua.

Solté la respuesta, pero ahora que la había dicho, quería hacerlo. El deseo hervía en mí como si mi vida dependiera de ello. Aunque mantuve la cabeza y, sobre todo, la lujuria bajo control. Necesitaba saber qué pasaba con aquel tatuaje de rosas y espinas. La respuesta parecía importante.

—La calavera representa la muerte, las espinas el sacrificio y las rosas rojas el amor que te puede costar un voto.

—Morboso —murmuré. La verdad es que me sorprendió que contestara, pero ya que lo había

hecho, estaba ansiosa por saber más—. ¿Por qué las rosas están metidas en la boca, las orejas y los ojos de la calavera?

En cuanto a tatuajes, era bastante increíble. Aunque, oscuro. Personalmente, lo haría rosa o algo femenino, sin embargo, el suyo era realmente siniestro con rosas rojas. Era como si simbolizara la sangre que salía de la boca, las orejas y los ojos.

—No veas el mal. No escuches el mal. No hables el mal.

Fruncí el ceño.

—Pero hombres como tú, eso es todo lo que hacen. Ver, oír y hablar mal. —Antes de que pudiera comentar, continué—: Puede que mis hermanos me hayan protegido, pero nunca los he pintado como santos. No los veo con gafas de color de rosa. Así que no te molestes en negarlo.

Parecía divertido.

—No iba a hacerlo, aunque el mal que vemos, escuchamos y hablamos está contenido. Nunca sale de nuestro círculo de confianza.

A menos que alguien lo grabara. Como Adrian.

—¿Te arrepientes alguna vez? —indagué seriamente.

—Arrepentirse es de tontos. —Me burlé de su respuesta. Me pareció una respuesta muy Vasili—. ¿Qué? ¿No estás de acuerdo? —desafió.

Me encogí de hombros.

—Suenas como una respuesta que Vasili me daría.

—Hombre inteligente.

Cuando era niño, veía a Vasili como si fuera un dios. Siempre me pareció más grande que la vida. Ahora que era una mujer adulta, todavía lo veía como una fuerza a tener en cuenta, pero era un hombre, y conocía sus defectos tan bien como él conocía los míos. Ya no era un dios, era mi hermano y sabía que siempre me cuidaría las espaldas, pasara lo que pasara. Y yo cuidaría la suya.

Un silencio cómodo, aunque engañoso, nos consumió a ambos. Puede que no dijéramos nada, aunque había tantas palabras que llenaban esta habitación.

Esperé, conteniendo la respiración. No me había tocado. Pero mi piel se iluminó como si él lo hubiera hecho. Su aroma cítrico que tanto me gustaba llenó el espacio cerrado de la habitación de seguridad.

—Hueles a rosas. Ese aroma se ha convertido en mi adicción después de haberlo odiado durante años —declaró en voz baja. Jadeé, sus palabras me sorprendieron. Entonces comprendí el significado.

—¿Por qué lo odiabas? —Mi voz era suave y vulnerable. Era estúpido, sin embargo, no quería que me odiara.

—El perfume de mi madre era parecido —confesó manteniendo la voz uniforme. Incluso fría, pero debajo de todo eso, escondía su propia vulnerabilidad. Podía sentirla como si fuera la mía—. Traicionó a mi padre como marido y como *Pakhan*.

El significado quedó en el aire. No había necesidad de aclaraciones. No sobrevivías traicionando al *Pakhan*. Abría la puerta a la debilidad y más intentos.

—Lo siento. —La palabra palideció en comparación con lo que tuvo que sentir al enterarse de la traición de su madre—. ¿Cuántos años tenías?

—Seis.

—Tan pequeño —murmuré.

—Eras incluso más joven —comentó, manteniéndome la mirada. Así que había visto el video. Esperaba que simplemente los borrara sin verlos, pero entonces eso lo convertiría en un

pésimo criminal. ¿No?

—No lo vi y no lo sentí cuando ocurrió. Imagino que le dolió más a Sasha.

Asintió con la cabeza.

—¿Cómo demonios hemos llegado hasta aquí? —Enemigos a qué... amigos a regañadientes. ¿Amigos con derechos? ¿O tal vez amantes? De cualquier manera, mis hermanos me dirían que tuviera cuidado al confiar en este hombre. Tacha eso, me encerrarían en esta habitación y me mantendrían aquí hasta que me olvidara de él. No es que alguna vez podría.

Esa mandíbula afilada. Esos ojos que te arrastraban a los pozos del infierno y que, por alguna razón, te gustaba. Dios, las cosas que podía hacer con esa hermosa boca engreída y esas manos fuertes. ¿Cómo diablos no se había casado alguien con este hombre?

Tal vez la soltería era un riesgo de su ocupación. Después de todo, él era el *Pakhan*.

Mis ojos se posaron en él. Debería parecer ridículo con su costoso traje negro Brioni, sentado en el suelo, aunque viéndose elegante. Como una pantera descansando, lista para saltar si fuera necesario.

Se me aceleró el pulso. Mi piel zumbaba ante la expectativa. Respiraba entrecortadamente.

Tomé mi vaso de agua y mis dedos temblaron ligeramente. La tensión entre nosotros se disparó como fuegos artificiales el 4 de julio. Mi cuerpo ansiaba su contacto y empecé a preguntarme si había sustituido una adicción por otra.

Sin embargo, en este momento, no me importaba. Compartió una parte de sí mismo conmigo y yo quería otra. En todos los años que había conocido a Adrian, nunca había compartido nada de su infancia. Ni un solo recuerdo. Lo máximo que había compartido era aquella noche que bailamos en aquel estacionamiento de Rusia.

Illias me veía realmente, me estudiaba. Su mirada estaba llena de algo suave y oscuro, como si me hubiera esperado toda la vida. Era ridículo, sin embargo, no podía deshacerme de esa sensación.

Gateando acorté la distancia entre nosotros. A cuatro patas, acerqué mi cara a un par de centímetros de la suya. Su olor me mareaba. Apreté los labios contra los suyos y luego recorrí su mandíbula, su oreja y su cuello. Inhaló con fuerza y se sintió orgullosa la mujer que llevaba adentro.

Yo le impacté. Fui yo quien hizo que su corazón latiera con fuerza en su pecho.

Cerré los ojos y me entregué al beso. Su lengua se introdujo en mi boca con pericia y una mano grande y cálida me agarró por la nuca, sujetándome. Salieron chispas, prendiendo fuego a todo mi cuerpo. Era solo un beso, aunque a mí me pareció mucho más.

El mundo entero se desvaneció. Todo el pasado. Todas las preocupaciones. Lo único que quedaba era la intimidad de los dos y la fuerza magnética que nos atraía el uno hacia el otro.

Su lengua se enredó con la mía y, con un sonido áspero procedente de lo más profundo de su pecho, la chupó. Gemí y se tragó el sonido. Su cálido aliento me embriagó y me hizo estremecer. Exploró cada rincón de mi boca, reclamándola para sí, y yo se la di libremente.

Mis pezones se endurecieron bajo la camiseta de tirantes y mis músculos internos se contrajeron ante un creciente dolor de vacío. El deseo llenaba mis venas y nadaba por mi torrente sanguíneo. Mi cabeza se agitó cuando un sonido grave y áspero retumbó en su garganta. Me devolvió el beso con un hambre salvaje y sus brazos me aprisionaron en su agarre de acero.

Este brutal azote de deseo amenazaba con reducirme a cenizas. Nunca había sentido una necesidad tan cruda y carnal, ni con Adrian ni con nadie.

No tenía ni idea de cuándo nos habíamos acostado en el duro suelo, con mi espalda apoyada en él y su cuerpo grande y fuerte suspendido sobre el mío. Mis manos apartaron frenéticamente

la chaqueta de sus anchos hombros. Se deslizó silenciosamente por el suelo. Le siguió la corbata. Luego le desabroché los botones. La presión de su abdomen contra el mío me hacía vibrar la sangre. Me mordió el labio inferior, luego lo lamió y un gemido me subió por la garganta mientras me relamía, calmando el escozor.

Mis dedos se introdujeron en su camisa, sintiendo su piel caliente bajo mis palmas. El húmedo deslizamiento de su lengua dentro de mi boca reflejó el empuje de sus caderas contra mi cuerpo. Me hizo temblar. El calor de su cuerpo y la forma en que me besaba me robaron el aliento. No podía respirar.

Mis uñas se clavaron en sus hombros y mis piernas rodearon sus caderas, apretando mi clitoris palpitante contra su dura erección. Un gemido escapó de su garganta y su mano recorrió mi cuerpo, tocando cada centímetro de mí.

Me subió bruscamente la camiseta de tirantes por encima de la cabeza y su palma áspera se cerró sobre mi pecho derecho, acariciándolo.

—Illias —suspiré, arqueando la espalda ante sus caricias. Sus labios seguían aplastando los míos, su beso me consumía igual que su tacto. Mis manos se deslizaron hasta su cabellera y agarraron un puñado de sus sedosos mechones—. ¡Quítate la ropa! —exigí.

La necesidad en mi voz era alarmante. No hice caso de la advertencia. Sentí un tirón en el bajo vientre y giré las caderas, apretando contra él para aliviar el dolor interior.

Mis manos tantearon su cinturón. La desesperación me corroía por dentro, me arañaba con la necesidad imperiosa que sentía por él. El tintineo de su cinturón resonó en el rincón más alejado de mi mente. Sus dedos se engancharon en mi ropa interior, agarraron mis bragas y me las bajaron por las piernas.

Inhaló profundamente.

—Tu excitación... puedo olerla.

Se deshizo del resto de su ropa, dejándonos a los dos desnudos. Con un movimiento ágil, nos puso en posición sentada. Mis piernas aún rodeaban su cintura, a horcajadas sobre él, y mis senos se apretaban contra su duro pecho. Me besó en el cuello y luego me mordió con fuerza, marcándome como suya. Un escalofrío me recorrió la piel.

—Tú y yo, *moya luna* —murmuró, trazando el borde de mi oreja con esa lengua—. No lo olvides nunca. Cada centímetro de tu cuerpo y de tu alma, lo quiero todo.

Quería decirle que no. Quería decirle que solo era algo físico, pero sus labios en el hueco de mi cuello me hicieron olvidar el español y el ruso.

En lugar de eso, incliné la cabeza, ofreciéndole un mejor acceso. Yo era suya. Cada parte de mi ser le pertenecía y él lo sabía. Mi cuerpo zumbaba para él. Mi alma cantaba para él.

Ya me aterrorizaría más tarde. En ese instante, la desesperación me carcomía. Apenas habíamos empezado y ya lo necesitaba dentro de mí con un dolor cada vez más difícil de soportar. Lo deseaba tanto que mi cuerpo temblaba.

Le pasé las manos por su pecho desnudo, por encima de los bíceps y por su espesa cabellera. Dejó escapar un suspiro áspero, viéndome de forma sombría. Su erección se alineó con mi entrada y el calor de su cuerpo hizo que me estremeciera por dentro. No pude evitarlo; me balanceé contra él.

Un fuego se encendió dentro de mí. Quería más. Me moví sobre su erección, sintiendo su dura longitud en mi entrada. Me deslicé hacia abajo, sintiendo la punta dentro de mí y mi cabeza cayó hacia atrás con un gemido.

—Mira qué bien me acoge tu coño —gruñó, agarrándome del cabello y obligándome a mirar cómo su miembro desaparecía dentro de mí. Miraba nuestros cuerpos unidos con una reverencia

en los ojos, oscuros y posesivos. Había tal intensidad en su mirada, que llamaba a mi alma y enviaba ondas a través de ella.

—¿Lo ves, Tatiana? —Carraspeó, con un marcado acento en la voz—. Siempre será así. Tú y yo. —Se me escapó un suspiro tembloroso mientras lo miraba con los ojos entrecerrados y nublados—. Móntame. Cógeme —gimió—. Déjame ver cómo te vienes.

La gran lujuria de su voz se filtró entre nosotros, llenándome el estómago de calor. Agachó la cabeza y se llevó un pezón a su boca. Una luz blanca se disparó tras mis párpados. Mientras chupaba y lamía un pecho, su áspera palma tocaba el otro.

Su otra mano aterrizó en mi trasero desnudo con una nalgada.

—Fóllame, Tatiana.

La palma de su mano me quemaba el trasero. Mi excitación goteaba, haciendo un desastre entre los dos.

Una risa oscura vibró de Illias. Su mandíbula se apretó. Sus latidos se aceleraron contra los míos. Algo oscuro permanecía en sus ojos; parecía a punto de perder el control.

Me moví lentamente, moviendo las caderas en círculos, sintiéndolo dentro de mí y mis paredes apretándose a su alrededor. Apreté mi clítoris contra él, estremeciéndome por el placer que ya me recorría las venas.

—Eso es, *moya luna*. —Su boca estaba pegada a mi oído, sus palabras cargadas de un acento ruso que por primera vez en mi vida me encantó. Mostraba que estaba perdiendo el control. Por mí—. Me estás tomando tan bien.

Sus manos estaban en todas partes: en mi cuello, subiendo y bajando por mi columna, agarrando mis caderas. Cada bocanada de aire era embriagadora. Mi boca recorrió su cuello, mordisqueó su mandíbula hasta que nuestras bocas volvieron a chocar.

Me agarró de las caderas para apretarme más contra él.

—¡Ohhhh! —gemí. El placer crecía y crecía, encendiendo chispas que llegaban cada vez más alto. Lo cabalgué, arriba y abajo. Mis pechos rebotaban. Volvió a darme nalgadas, me mordió el cuello, me chupó los pezones y luego los mordió con fuerza—. ¡Jesucris...!

—Illias —gruñó, apretándome contra él con fuerza y rapidez. Me estremecí por dentro. Estaba en todas partes—. El nombre es *Illias*. No lo olvides, Tatiana.

Me dio otra palmada en el trasero y el orgasmo fue instantáneo. Grité su nombre. Me corrí tan fuerte que se me nubló la vista con manchas. El fuego en mi interior se extendió como pólvora, enviando una sensación de hormigueo por todo mi cuerpo.

Cuando regresé del clímax, tenía sus ojos puestos en mí.

—Me encanta verte llegar al orgasmo —halagó, mordisqueando mi labio.

Me ruboricé. Sus palabras me llenaron de sentimientos más fuertes de los que había sentido nunca. Era aterrador y emocionante al mismo tiempo.

—Es mi turno de verte llegar al orgasmo —afirmé, y sus ojos se iluminaron con un fuego más ardiente que el infierno cuando me eché hacia atrás y apoyé las manos en sus muslos. Así podía ver mejor nuestros cuerpos unidos y su longitud enterrada en mi interior.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, desde mis mejillas sonrojadas, pasando por mi boca entreabierta, bajando por mis pechos que rebotaban hasta donde él se deslizaba dentro y fuera de mí mientras yo lo cabalgaba. Mi excitación goteaba por mis muslos y los ruidos eróticos de piel resbaladiza contra piel resbaladiza llenaban la habitación.

Podía sentirlo en lo más profundo de mi vientre. Vi con los ojos entornados cómo me agarraba de las caderas, me ponía pecho con pecho y me golpeaba contra su erección. Con fuerza.

Un gemido conjunto. Miradas fijas. Luego me levantó, solo para hacerme rebotar de nuevo sobre su miembro. Arriba y abajo. Una y otra vez. Mis gemidos llenaban el espacio. Mis dedos llegaron a sus hombros, arañando su piel.

—¡Illias! —gemí—. ¡Oh, Dios... mío! ¡¡Ahhh!!

Entraba y salía de mí con tanta fuerza, llenándome como nunca.

Sus dedos agarraron mi trenza mientras devoraba mis labios y mi lengua. Entraba y salía de mí con tal brutalidad que temí que me marcara por dentro. Con la otra mano me pellizcó un pezón y gimoteé contra él.

El ritmo con el que me follaba era salvaje. Me consumía. Me retorció los pezones una y otra vez, entremezclando dolor y placer. Me penetró con fuerza, mientras su palma me golpeaba el trasero y yo veía las estrellas.

El sonido de mi placer era inconfundible. Diablos, ni siquiera sabía que disfrutaría tanto del dolor como del placer. El ardor potenció el placer y supe que mi cuerpo nunca volvería a ser el mismo.

Sin pudor, busqué su mano y la puse sobre mi clítoris.

—P-por favor —balbuceé.

Ni siquiera dudó. Me frotó el clítoris con la palma de la mano y, de un solo movimiento, me lo abofeteó. El corazón me retumbó con tanta fuerza que amenazó con romperme las costillas. Luego me agarró el clítoris hinchado y lo retorció.

—Ohhh...

Su ritmo aumentó hasta un nivel enloquecedor, sus embestidas me perforaban. Su ingle golpeaba con fuerza contra mi clítoris.

—¡Eso es! —gruñó contra mi boca, con los ojos entrecerrados—. Córrete para mí.

El segundo orgasmo me golpeó con una fuerza monumental y grité su nombre tan fuerte que se me irritó la garganta. Los gemidos se mezclaron con su nombre. Siguió penetrándome sin descanso, con mis paredes apretándose a su alrededor.

Con un último empujón de castigo, se estremeció, enterró la cara en el pliegue de mi cuello y terminó dentro de mí.

Maravillada por el placer y el éxtasis postorgásmico, apreté mi cuerpo contra él y apoyé la cara en su cuello. Respirábamos agitadamente. Nuestros corazones latían salvajemente.

Una espesa y húmeda excitación, mezcla de los fluidos de ambos, se deslizó, goteando por mis muslos. Su mano acariciaba mi espalda, sin cesar su movimiento tranquilizador y mis ojos se cerraban de cansancio.

—Tengo que asearme —musité somnolienta, intentando moverme, pero mis músculos se negaban a sostenerme.

—Te tengo —aseguró suavemente.

El sueño profundo me invadió.

Esa noche soñé con niños y niñas de ojos azul pálido y cabello oscuro.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

TATIANA



Tenía que encontrar la manera de llegar a Rusia.

Como no había más información entre las posesiones de Adrian, volví a mi plan original. La pista de Adrian. Tenía algo que ver con ese estacionamiento en Rusia. Así que, a Rusia debía ir.

Solo había algunos obstáculos menores. Los hombres que Konstantin tenía cuidando de mí. Los hombres que mis hermanos tenían sobre mí. Y luego estaba la maldita *Yakuza*. ¿En qué demonios se había metido Adrian?

Illias recibió una llamada urgente y se marchó en algún momento de la noche. Me desperté con un ramo de rosas en la mesita de noche y una nota.

Tuve que ocuparme de una deuda. Volveré. Espera por mí.

Mis labios se curvaron en una suave sonrisa y hundí mi cara en la almohada. Su olor aún permanecía en las sábanas e inhalé profundamente dejando que se filtrara en mis pulmones.

Espera por mí.

Tomé mi teléfono y escribí rápidamente un mensaje:

Yo: Touché, Pakhan. Va en ambas direcciones.

Eso fue hace semanas.

Cuando Yan me dejó en el corazón de la ciudad debido a las aglomeraciones, salí del auto y caminé por la calurosa acera, con un clima húmedo. Sin embargo, nada de eso me molestaba, pues veía a gente de todo el mundo acudir en masa al French Quarter.

El olor a jambalaya, gumbo, *beignets* y, por desgracia, a orina en ciertos rincones invadía mis sentidos. La cocina de New Orleans era conocida por sus especias, pero eran los dulces mis favoritos.

Las elaboradas decoraciones durante todo el año eran la firma de la ciudad. Los turistas se reunían en torno a los pintores callejeros y animaban a las bandas callejeras locales. La música,

las risas y la alegría estaban siempre presentes en esta ciudad.

Y por primera vez en tantos meses, la desesperación y la tristeza no me tragarón entera; aunque seguían ahí. En un rincón oscuro de mi alma, escondiéndose de la luz y las risas.

Me llamó la atención una joven con un bebé. Observé cómo el bebé se reía entusiasmado mientras bailaban juntos al ritmo de la música local, con la rara brisa veraniega que soplabá. Una pena instantánea se apoderó de mi corazón y me oprimió tanto que las lágrimas me hicieron arder los ojos.

Deseaba tanto tener mi propio bebé. Adrian estaba tan en contra. No entendía por qué. El ácido carcomía mi corazón, el agujero verde crecía más y más con cada respiración.

Durante los meses anteriores a su muerte, parecía más un extraño que el chico que no paraba de llamarme Mocosa.

Me puse delante de Adrian con mi vestido Valentino que apenas me llegaba a las rodillas y que combinaba con mis zapatos.

Dio un sorbo a su bebida, probablemente vodka, mientras sus ojos me miraban impasibles y fríos. Aquellos ojos verdes que solían acelerarme el corazón, ahora solo conseguían decepcionarme y encender mi ira.

No sabía qué había cambiado entre nosotros. Algo había pasado y se negaba a reconocerlo. La terquedad formaba parte de mi ADN. Mis hermanos se encargaron de ello.

—¿Qué? —cuestioné.

Dio otro sorbo a su bebida y me miró molesto.

—¿Estás intentando empezar con la misma mierda, Tatiana?

Apreté los puños. Podía sentir cómo mi ira aumentaba en mi interior, al igual que la suya. Nuestros ojos chocaron, el resentimiento en sus profundidades azules hizo que mi corazón se disparara en espiral hasta caer a mis pies.

En todos los años que lo conocí, nunca me había mostrado esta faceta suya. Ni siquiera sabía que existía.

—Adrian... —Mi voz se quebró, el dolor en ella evidente—. ¿Qué ha pasado? —Me atraganté con las palabras. Lo había amado durante tanto tiempo. Primero como amigo de mi hermano, luego como mi amigo y finalmente como mi amor hasta que se convirtió en mi amante.

Esta tensión que nadaba por el aire era asfixiante. La cadena invisible me rodeaba la garganta cada vez con más fuerza.

Me tembló el labio y me maldije por no haber sido más fuerte.

Vasili y Sasha siempre me habían protegido, pero también me enseñaron a protegerme y a ser fuerte. Físicamente fuerte, pero emocionalmente era demasiado sensible porque mis dos hermanos siempre me mimaron demasiado. Incluso yo lo sabía.

—Si no quieres este matrimonio, solo dilo —reprendí.

Algo pasó por su expresión, pero desapareció tan rápido que no pude estar segura. Cada latido de mi corazón dolía mientras esperaba su respuesta ahogada en sus ojos verdes.

Los ojos verdes como bosques profundos.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta e ignoré el dolor que sentía en el pecho. Esperé su respuesta, aunque no llegó. Se quedó observando algún otro lado, casi como si no pudiera soportar mirarme.

—¿Por qué no quieres tener un bebé conmigo? —Se me quebró la voz, igual que se me estaba rompiendo el corazón. Lento, pero seguro.

—No hagas esto —dijo con voz casi apenada. Casi desesperada. El silencio desgarrador se

prolongó, separándonos cada vez más.

—¿Hacer qué? —musité, con los ojos llenos de lágrimas. Yo no era suficiente para él. En el fondo de mi corazón lo sabía tan bien como sabía mi nombre—. ¿Rogarte por una familia propia?

—Te lo dije —pronunció con la voz entrecortada—. No quiero traer un niño a este mundo. El mío estaba muy jodido. No quiero eso para mis hijos.

—Tú y yo no nos parecemos en nada a nuestros padres —supliqué—. Somos mejores. Ofreceríamos a nuestros hijos una vida mejor.

Todos los años de daño que la infancia de Adrian cimentó en su ADN no podían remediarse. Podía verlo ahora, pero en aquel entonces, estaba demasiado ciega para notarlo. Le fallé; él me falló.

Dimos vueltas y vueltas.

Alguien me dio un codazo en el costado y me sacó de mis recuerdos. Jadeé y me di la vuelta bruscamente para gritarle al imbécil que se atrevió a acercarse demasiado a mí cuando me encontré cara a cara con un hombre que me sonreía.

Un rostro impecablemente cincelado y unos ojos profundos, oscuros y hermosos que brillaban. Una sonrisa suave y plena llenó su expresión, y juré que mi corazón habría dado un vuelco. Tal vez dos. Era guapísimo. De los que los pintores querrían dibujar para memorizar sus rasgos para toda la eternidad.

Una mandíbula fuerte. Pómulos altos. Del tipo que pondría celosa a cualquier mujer. Su boca. Y esa maldita sonrisa. Hasta que el asombro se desvaneció y sus hermosos rasgos finalmente se convirtieron en peligro.

Podría ser un *Yakuza*.

Antes de que pudiera asustarme, metió las manos en su costoso traje. «*Costoso traje italiano hecho a medida*», pensé para mis adentros.

—Tal vez quieras entrar antes de que algunos hombres se crean demasiado valientes —sugirió en voz baja. Escuché su acento, pero no pude distinguirlo. Casi sonaba como una mezcla de italiano y británico elegante. Apenas un indicio, así que no podía estar segura—. Los mantendré alejados.

Parpadeé, sorprendida por su oferta. No era tan estúpida como para confiar en él. Guapísimo o no.

—¿Quién eres?

Inclinó ligeramente la cabeza, sus ojos agudos sobre mí y los alrededores.

—Amon Takahashi Leone.

Wow, hasta su nombre sonaba *sexy*. Entonces el nombre se me quedó grabado. ¿Era japonés e italiano? Una combinación poco habitual, sin duda.

Mis ojos se desviaron y noté a un hombre al otro lado de la calle. Me quedé helada al ver su expresión sombría. No había ni una pizca de calidez en su rostro.

—¿Así que eres *Yakuza*? —susurré con la voz apenas audible. Me pasé la mano por el vestido blanco y negro abotonado y miré al otro hombre. Una vez que mis dedos se aferraron al botón blanco, seguí retorciéndolo nerviosamente. Posiblemente podría correr más rápido que el otro tipo, pero con este, ni de broma.

Amon T. Leone parecía estar en plena forma. Fuerte y atlético.

—Sí y no —replicó Amon, sonriendo—. Solo ofrezco favores a cambio de futuros pagos. —Ladeó la cabeza y sus ojos se dirigieron a mis guardias y a otro grupo que, según había

adivinado, pertenecía a Konstantin—. Ellos te mantendrán a salvo hasta que entres a dondequiera que vayas. Voy a mantener ocupados a los demás.

Jesucristo, ¿cuántos hombres me estaban vigilando?

Sin embargo, sería estúpido cuestionarlo en ese instante, así que, asentí con un movimiento tenso de la cabeza, me apresuré hacia Yan y Yuri.

Estábamos a una manzana del edificio cuando empezaron a volar las balas. Salté y, antes de darme cuenta, Yan se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo.

—¡Quédate en el suelo! —gruñó. Moví la cabeza y vi a Yuri disparando a un Mercedes que pasaba por allí.

La adrenalina corría por mis venas. Las palmas de las manos me ardían contra el pavimento. El corazón me brincaba en mi pecho y cada latido me dolía más que el anterior. Quizá me había roto las costillas. Diablos, tenía miedo. No estaba preparada para morir.

—¡Joder, es la *Yakuza*! —Hubo gritos. Alarmas. Sirenas de policía. Todo sucedió en un instante y lo único que registré fue el pavimento caliente y el hedor de una calle de New Orleans. Orina y cerveza.

Dios, no podía morir. No así. Corrió una brisa refrescante y suave. Calmó mi piel ardiente. El sonido de la ciudad penetró a través del miedo y mi instinto de supervivencia se puso en marcha.

—Yan, tenemos que entrar —refunfuñé con el corazón retumbando en mis oídos—. Aquí somos blancos fáciles.

Debió de estar de acuerdo porque bramó órdenes. Solo pude procesar algunas de sus palabras.

—De acuerdo, Yuri y tu amigo nos cubrirán las espaldas —siseó Yan.

—¿Qué-é amigo? —tartamudeé. «¿*No que yo era valiente? Quizá la próxima vez*», me consolé. Hoy no estaba preparada.

—El que estabas mirando embobada —replicó Yan secamente, con un ligero enfado en el tono.

Puse los ojos en blanco.

—Ese es Amon Leone. Tú también te quedarías embobado si lo vieras de cerca.

—¡Dios! —murmuró. Miró detrás de él, asintió brevemente y me levantó de un jalón.

—Vámonos. Nos cubren las espaldas.

Con mis guardaespaldas detrás y mi respiración errática, entré en el edificio y subí corriendo a nuestro antiguo *penthouse*. Una vez dentro, me paseé de un lado a otro, esperando a que subieran Yuri y Yan.

Mi corazón retumbaba de miedo y preocupación. Esperaba que los dos estuvieran a salvo. Esperaba no haber cometido un error viniendo hasta aquí, acorralándome. Sacudí la cabeza. No, no, no. Estaban a salvo. Sabía que lo estaban.

Llamaron a la puerta. Me quedé quieta, conteniendo la respiración.

—¡Tatiana! —Un suspiro de alivio abandonó mis pulmones mientras corría hacia la puerta y la abrí.

—Yuri, ¿están todos bien? —pregunté, mis ojos volando detrás de él—. ¿Dónde está Yan?

—Él está bien. Todos lo están.

Me llevé la mano al cabello.

—Vasili se va a enterar de esto, ¿verdad?

—No puedo prometer nada, pero intentaremos mantenerte fuera del lio —pronunció—. Ahora, ve y haz lo que tengas que hacer. Cierra las puertas.

Me cuestioné si sospecharía que estaba buscando pistas. En lugar de preguntarle, asentí con

la cabeza y volví a entrar.

Como una zombi, me dirigí al vestidor que solía compartir con mi esposo. Todavía había ropa ahí. Suya. Mía. Solamente había movido cosas que sabía que necesitaría. Las cosas que me recordaban a Adrian, las dejé atrás.

Empujaba las perchas en el clóset sin pensarlo, de un lado a otro. De un lado a otro.

Me encantaba la moda. Chanel. Valentino. Armani.

No importaban mis intentos de frenar mi gusto por la moda lujosa, era imposible detenerlo. Culpaba a mis hermanos de alimentar al monstruo que llevaba dentro cada vez que estaba triste o disgustada, pero lo cierto era que yo disfrutaba con ello.

Estudié Ciencias Políticas nada más para demostrarle a Adrian que era inteligente. La verdad era que no me importaba ser inteligente ni sofisticada. Solo quería perderme en diseños diferentes, decorar quizás alguna pequeña tienda con vestidos bonitos que cualquiera pudiera comprar.

Me temblaban los dedos al pasarlos por el fino material de su ropa. Rara vez se la ponía. Mucha todavía tenía las etiquetas colgando, ya que rara vez se arreglaba, siempre optaba por la ropa informal. De algún modo, al volver aquí, el recuerdo de Adrian era desalentador.

Dejé escapar un suspiro y me dirigí al baño.

Mi reflejo me devolvió la mirada. Me sentía mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo. El espejo era testigo. Mi cabellera y mis ojos estaban más brillantes, mi tez más clara. Mis mejillas tenían color y las ojeras se habían desvanecido.

Sonó el timbre, luego llamaron a la puerta y me quedé inmóvil. Mi familia sabía que me había mudado a mi propia casa. No serían ellos. ¿Quizá los malos? Sacudí la cabeza ante lo absurdo del asunto. ¿Qué tipo malo tocaba el timbre?

La puerta se abrió. Contuve la respiración al darme cuenta de que todas las armas de los lugares secretos ya no estaban aquí. Las trasladé a mi propia casa.

—¿Tatiana?

Una bocanada de aire abandonó mis pulmones y sentí alivio.

—Aquí —llamé a Yan—. Baño principal.

Me aparté del espejo y mis ojos se detuvieron en el azulejo por el que Adrian y yo discutimos cuando redecoré su *penthouse*. Se destacaba.

Yan apareció en la puerta y aparté la mirada de la baldosa.

—Esto acaba de llegar.

Fruncí el ceño. Había cambiado de dirección todo mi correo.

—¿Cómo es que no llegó a mi casa?

Yan se encogió de hombros.

—Una entrega personal.

Me dio la caja.

—Gracias, Yan.

Asintió con la cabeza.

—Estaré justo afuera del *penthouse*.

Suspiré.

—¿Sabes?, puedes quedarte dentro del apartamento.

Me dedicó una media sonrisa.

—Pero entonces me perdería a cualquiera que intentara acercarse por afuera. Yuri está afuera del edificio y yo adentro. Así es como trabajamos.

Giró sobre sus talones y me dejó mientras yo abría la caja. Una vez abierta, encontré en ella

un iPhone con un protector de pantalla *play me* que parpadeaba encendiéndose y apagándose. De repente, la luminosidad del día se atenuó.

Contuve la respiración mientras deslizaba el teléfono para abrirlo. Fue todo lo que se necesitó para que empezara a reproducirse un video.

El video mostraba a Sasha estrangulando a un hombre. No reconocí a nadie, no obstante, fue brutal. Esa mirada en los ojos de mi hermano estaba enloquecida. Esa sonrisa desquiciada en sus labios prometía dolor. Dios, cuántos de esos malditos videos circulaban. No era uno de los que estaban en la *laptop* de Adrian. Así que no podía ser.

¿Qué estaba pasando? ¿Quién perseguía a mi familia?

Vi el video con un nudo en el estómago. Hasta que el cuerpo se desplomó en el suelo, la cabeza casi separada del cuerpo del hombre. ¡Dios santo!

No lo vi hasta el final. Un reflejo contra el cristal. Un reflejo de Adrian mientras alcanzaba la cámara y deslizaba la cinta hacia fuera.

—*Estoy borrando todos los rastros de nuestra visita* —le informó a Sasha. Sin embargo, el video se estaba reproduciendo justo ahí delante de mí. Nunca borró nada. Si lo hubiera hecho, nunca habría visto esto.

Me invadieron la decepción y la rabia. Adrian había puesto a mi familia en peligro al conservar esos videos. Podía estar muerto, pero había dejado un desastre que limpiar.

Me di la vuelta y me observé en el espejo.

—Mis hermanos —gruñí a mi reflejo en el espejo. Lo miré sin comprender, preguntándome si realmente sabía algo de Adrian. ¿Conocía a mi esposo?

Mi corazón se endureció. No, no se endureció, solo se entumeció, aunque eso era bueno. No quería sentir la traición de Adrian. Era como si lo hubiera perdido de nuevo.

Él sabía cuánto quería a mis hermanos. A mi familia. Eran todo lo que tenía. ¿Por qué haría eso?

Mi respiración temblorosa empañó el espejo. Las heridas que empezaban a cicatrizar volvieron a agrietarse. El silencio resonó a mi alrededor, haciendo que el sonido de mi corazón desangrándose fuera casi literal.

Goteo. Goteo. Goteo.

El puño alrededor de mi corazón se apretó. El nudo en mi garganta se hizo más grande hasta que me dolió hacer un acto tan simple como respirar. Y la traición me quemó el fondo de los ojos.

—Necesito un trago —le dije a mi propio reflejo, no obstante, antes de darme la vuelta, mis ojos se posaron en aquel trozo de azulejo por el que Adrian y yo discutíamos. Él lo odiaba, a mí me gustaba. Me amenazó con quitarlo. Yo amenacé con destrozar sus computadoras.

Pero de repente, un día llegué a casa y me lo encontré arreglando ese mismo azulejo en nuestro cuarto de baño.

—¿Qué haces? —pregunté con suspicacia—. *Será mejor que no toques mi azulejo decorativo o tocaré tu laptop principal, brutalmente.*

Adrian negó con la cabeza, con una de esas raras sonrisas en sus labios. Se me calentó el pecho y luché contra las ganas de abrazarlo.

—*Mocosa, tienes que relajarte.*

Puse los ojos en blanco y gemí. Odiaba ese apodo.

—*Acabo de volver del spa. Estoy relajada —solté bruscamente. Quería un apodo dulce y adorable. Como me llamó aquella primera noche en la pérgola. Moya luna. Eso sí que era un*

apodo para tu mujer. No jodida mocosa—. ¡Deja de llamarme Mocosa! —exigí, mirándolo con mis manos en las caderas—. ¿Por qué ya no me llamas moya luna?

Me miró sin comprender. ¡Oh, no! ¿De verdad se le había olvidado?

Eso sí que me sacó de quicio. Era nuestra primera vez juntos. La noche más ardiente de mi vida. Me cogió en la pérgola mientras la fiesta seguía dentro de la mansión y en ese momento actuaba como si fuera una noche más.

—Si tocas esa baldosa, me convertiré en una fiera. —Giré sobre mis talones, cuando su voz me detuvo.

—Vamos, Tatiana —pronunció—. Tenías razón y yo estaba equivocado. El azulejo me convenció. Me estoy asegurando de que esté bien cementado.

No le di mucha importancia, pero ¿por qué iba a ponerle cemento? Era de baldosas. A menos que...

Se me cortó la respiración. A menos que lo desenterrara y luego pusiera algo dentro. Sin demora, corrí por el *penthouse* en busca de un martillo. Encontré una pequeña caja de herramientas de construcción y lo agarré. De vuelta al cuarto de baño, lancé el martillo al aire. Un instante después, lo hice caer sobre la baldosa.

Se agrietó al instante. Así que lo hice de nuevo. Y otra vez. Me puse de rodillas, con las manos escarbando el desastre. Rompí el azulejo de alrededor también. Los escombros estaban por todas partes. Recogí los trozos y los aparté.

Un brillo metálico me llamó la atención. Mis dedos escudriñaron la tierra hasta que lo encontré.

Una llave pequeña.

Otra pista, aunque sin respuestas.

Horas más tarde, entré en el edificio de Vasili. A cada paso que me acercaba al despacho de mi hermano mayor, su profunda voz acentuada vibraba a través de las paredes. Era el primer indicio de que estaba disgustado. Su acento se volvía más marcado cuando se enfadaba.

Encontré otra pista, pero, personalmente, era como dar dos pasos atrás. La decepción tenía un sabor amargo. Como el vodka Bacardi sin el sabor afrutado. Mis sentidos se desbocaron y también la autodesilusión, sin embargo, sabía en un rincón de mi mente que volvería multiplicada por diez.

—¡Te dije que *encontraras* una novia, no que la *secuestraras*! —rugió Vasili tan fuerte que temí que el cristal del edificio se hiciera añicos.

—Semántica —replicó Sasha en tono aburrido.

Debería haber sabido que fue Sasha quien lo hizo enfadar. Casi siempre perdía los estribos con nuestro ligeramente psicótico hermano. Personalmente, pensaba que la locura de Sasha tenía sentido, aunque tal vez eso demostraba lo jodida que estaba yo también.

Con la mano en el pomo de la puerta, soplé con la otra y lo olí. Mierda, olía a alcohol. Había dejado ese hábito, pero después de ver aquel video y las pruebas evidentes de que Adrian había mentido claramente a mis hermanos, me caí del vagón junto con mi resolución de ponerme las pilas. Recurrí a un vaso de vodka para calmar los nervios. Luego a otro vaso para ahogar mi pena. Y otro para adormecer el hecho de que el hombre que amaba me traicionó. A mi familia.

Resultó que no conocía a mi esposo en absoluto.

Bueno, a partir de ahí todo se fue en espiral. Ya en ese punto, no estaba segura de cuánto había bebido.

Agité la mano como si eso fuera a eliminar mi aliento a alcohol, luego abrí la puerta y entré a grandes zancadas.

—He oído que vas a empezar una guerra —bromeé. Sasha necesitaba que Vasili retrocediera. Se merecía tener a la mujer que amaba. ¿Y qué mierda si tenía que secuestrarla? No era como si Vasili fuera un maldito santo—. ¿Puedo unirme?

La mirada tormentosa que me lanzó mi hermano mayor podría haber matado a una persona inferior. Por suerte para él, yo podía con eso y más. Tomé asiento y me recosté, observando a mis hermanos. Vasili estaba demasiado alterado para sentarse, en vez de eso seguía paseándose de un lado a otro.

—¡Ustedes dos son peores que mis hijos pequeños! —exclamó Vasili—. Se acabó. Ya es suficiente. —Me señaló con el dedo—. Vas a dejar de beber. No quiero oler alcohol en ti y...

Me había portado bien, quería protestar. El idiota me atrapó en un mal día. En vez de eso, tuve que salir con un comentario sabelotodo.

—Me echaré más perfume —repliqué con el habla ligeramente arrastrada. Maldita sea, esa mierda me golpeó más fuerte de lo que pensaba.

—¡Mierda, no lo harás! —bramó Vasili—. Dejarás de beber y de tomar somníferos. Cada maldita cosa.

Le di la espalda. Estaba loco si pensaba que podía darme órdenes. Yo era una mujer adulta. Se pasó la mano por el cabello y volvió los ojos hacia Sasha.

Mi pobre hermano.

—Y tú, Sasha, devolverás a la novia —demandó mi hermano mayor.

—*Nope*, paso —respondió Sasha con indiferencia—. Me la quedo.

—Estoy de acuerdo —animé, en contra de mi buen juicio—. ¿Por qué deberías ser el único en conseguir lo que quiere y necesita?

Hice una mueca de amargura en mi voz. Era difícil no sentir el ácido de la envidia después del video que acababa de ver, parecía que ni siquiera yo conocía a Adrian.

—¡Ustedes dos serán mi muerte! Tatiana, ponte las pilas o lo haré por ti. Y tú, Sasha. Irás a ver a Alessio y le entregarás a su hermana, luego te disculparás.

—Sí, claro —respondió sarcásticamente Sasha, y luego sopló una burbuja con el chicle aún en la boca—. Su hermana es mía.

Vasili se pasó las manos por el cabello.

—*Jesucristo*. Pensé que te gustaba Autumn, no su amiga.

Solté una risita. Vasili debería prestar más atención a sus hermanos. Por otro lado, quizá fuera mejor que no lo hiciera.

—Tu error —indicó Sasha, encogiéndose de hombros.

—No podemos irnos a una guerra contra él. —Intentó razonar Vasili. No debe conocer bien a nuestro hermano si pensaba que eso disuadiría a Sasha—. Cassio y su grupo lo apoyarán. Incluso es cercano a Raphael.

—Nunca me cayó bien *el diablo* de todos modos. Se cree más hermano de Bella que Alexei. Te apuesto que Alexei estaría de mi lado.

En el momento justo, Alexei entró con sus característicos pantalones negros tipo cargo y camiseta. Un cuchillo me atravesó el pecho. A Adrian le encantaba llevar la misma ropa. Ignorándolo todo, me centré en mis hermanos.

Alexei se sentó.

—¿Así que te has conseguido una novia? —Su voz era despreocupada, sin emociones.

—Sí —afirmó Sasha casi con orgullo—. Necesito pasar desapercibido durante un tiempo, pero primero necesito un poco de tinta. ¿Quieres agarrarme de la mano?

Alexei enarcó una ceja.

—Te haré compañía, pero no te agarraré de la mano.

—Te agarraré de la mano. —Le ofrecí, con el habla un poco arrastrada—. Siempre y cuando me invites una copa. Me siento deprimida.

Y eso era poco decir. No todos los días encontrabas pruebas de la traición de tu esposo. Tenía suficiente mierda sobre mis hermanos como para encerrarlos durante veinte malditas vidas. Tal vez el destino se entrelazó y nos ahorró todo el dolor.

Bueno, excepto a mí.

El problema ahora era averiguar quién me había enviado ese video. Adrian estaba muerto y obviamente alguien lo tenía. Tal vez una nota de chantaje seguiría o la demanda de algo. «*Un chip*», susurraba mi mente. Podría ser que una demanda de seguimiento vendría por ese chip que todo el mundo parecía decidido a tener en sus manos. Tal vez estaba en Rusia y Adrian me dejó una pista sobre el chip.

—Es posible —murmuré para mis adentros mientras mis hermanos empezaban sus habituales discusiones. Bueno, más bien era Vasili sermonando y Sasha ignorándolo.

No les presté atención a todos, mi cerebro borracho estaba elaborando algún tipo de plan. *Cualquier* tipo de plan. Llevaba semanas barajando opciones, intentando averiguar cómo llegar a Rusia e ir al lugar donde creía que me esperaba otra pista. Vasili rabiaba y bramaba, mientras yo maquinaba una forma de llegar a Rusia.

Un par de ojos marrones oscuros destellaron en mi mente. ¿Me ayudaría Konstantin? Excepto que él era la última persona que quería conmigo cuando encontrara el mensaje. Suponiendo que hubiera algún mensaje.

Dios mío, qué maldito desastre.

—¡Devuelve a Branka Russo! —amenazó Vasili—. Si no lo haces, lo haré yo.

Sasha se puso en pie y se arregló las mangas de su traje.

—Tócala y no tendrás que preocuparte por una guerra con los demás, hermano —declaró con calma. Los dos se miraron fijamente como dos rusos testarudos—. Porque tendrás una conmigo.

Sin mediar palabra, Sasha salió del despacho, Alexei justo detrás de él, dejándome a solas con mi hermano mayor.

Nos observamos fijamente mientras un silencio invasivo me recorría la piel. Las primeras gotas de lluvia empezaron a golpear el cristal. De alguna manera reflejaba lo que sentía en mi interior. Como si mi alma llorara junto con el cielo oscuro.

La distancia que me separaba de la mejoría parecía haberse alargado en lugar de acortarse. Ese dolor sordo y familiar en el pecho había vuelto. Un temblor me recorrió las venas. El cielo nublado proyectaba sombras fúnebres sobre nosotros, el trueno lento rodaba por el cielo.

—Lo siento, *Kroshka*. —La voz de Vasili me sobresaltó y aparté la mirada de la ventana.

Nuestros ojos se conectaron. Me observó con las cejas fruncidas. Temí que viera demasiado o quizá no lo suficiente. Quería contarle lo que había encontrado, pero temía lo que significaría. Quizás era mejor dejar descansar a los fantasmas. Adrian estaba muerto; no podía usar nada de esa información contra mis hermanos. Contra nadie.

Por dentro, sacudí la cabeza. No podía ir allí. No en ese momento. No pensaría en Adrian en ese instante, no podía. Me destrozaría.

—No es culpa tuya.

Bajé la cabeza y me miré las manos apretadas, con los nudillos blancos sobre el regazo. Mi vestido negro se burlaba de mí.

—No debí dejar que te involucraras con él —musitó Vasili.

Levanté la cabeza.

—¿Por qué?

¿Ya lo sabía?

—No te quería en este mundo —continuó—. Quería una buena vida para ti. Moda. Una casa de diseño. No el bajo mundo y el crimen.

Tragué saliva.

—Adrian no formaba parte del bajo mundo —objeté, aunque la mentira me resultaba amarga en la lengua. El pecho se me oprimió dolorosamente ante la sensación de traición que plagaba cada fibra de mí desde que vi lo que mi marido había guardado en su cuarto de cachivaches. El dolor era profundo y me envolvía el corazón.

Todavía me preocupaba por él, pero incluso eso me parecía una traición. Recordé al chico que siempre me llamaba *Mocosa*. Me tiraba de las trenzas, entonces todo se convirtió en ira en algún punto del camino, infligiendo un sufrimiento tan destructivo. Las duras verdades se deslizaban lentamente por mi mente, no obstante, me negaba a escucharlas.

Tal vez solo era una glotona para el castigo y opté por creer en Adrian. Después de todo, él no estaba aquí para defenderse.

—No era lo suficientemente bueno para ti —pronunció—. Juré protegerte y fracasé.

—Eso sigo oyendo —suspiré. Ligeramente molesta—. Sin embargo, nadie dijo una palabra mientras estaba vivo. —Nuestras miradas se cruzaron y, a pesar del alcohol en mis venas, encontré la voluntad de rebelarme. De luchar.

»Nunca le cedí las acciones —agregué en voz baja. La sorpresa en los ojos de Vasili me dijo que Isabella no le había contado nada de lo que había compartido conmigo, y se me encogió el pecho. Siempre me cubriría las espaldas. Al igual que yo lo haría con ella—. Me enseñaste mejor que eso, Vasili. Nunca haría algo así. No sin hablar contigo antes.

—Joder, *Kroshka* —gruñó—. Solo quiero que seas feliz. No quería agobiarte con cosas de negocios.

—Sí me involucra, debería saberlo —refuté. Me arrepentí de haber bebido tanto antes porque arrastraba las palabras, pero tenía la cabeza despejada. Por primera vez en mucho tiempo—. Vasili, ¿cómo se hicieron amigos Adrian y tú? —inquirí, cambiando de tema. No tenía sentido seguir insistiendo.

La expresión de Vasili se ensombreció.

—La pasó mal. Viviendo en las calles rusas. Sus padres no eran buenos. Entonces padre se enteró de una conexión que podría proporcionarle y lo atrajo.

Aquellas palabras que Adrian susurró cuando bailamos en aquel estacionamiento de mierda resonaron en mi cerebro.

—¿Sabías que esos no eran sus verdaderos padres? —pregunté.

Vasili frunció el ceño.

—Sí, lo eran.

—No, no lo eran. —Negué con la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo cuando me llevó a un estacionamiento de mierda en Rusia —murmuré—. Dijo que su padre y su futuro murieron allí. Asesinados.

—¿Qué demonios? —siseó—. ¿Te llevó a donde le dispararon a su padre?

Asentí con la cabeza.

—No había mucho allí —comenté, aunque Adrian y yo no veíamos el mismo lugar cuando estábamos ahí. Entonces me acordé de la respuesta anterior de Vasili—. ¿Qué conexiones tenía que pudiera querer padre?

Vasili se encogió de hombros.

—Hay una organización secreta y poderosa. *Papa* pensó que tenían a Marietta y a Alexei. Luego, cuando se dio cuenta de que era una pista falsa, pensó que podrían ayudar a encontrarlo. Obviamente, se equivocó.

Sí, estaba equivocado. Nuestra madre secuestró a Alexei, y Marietta encontró refugio en los brazos del cártel colombiano. Como dije, teníamos todos diferentes matices de jodida historia familiar.

—¿Tanto confiaba *Papa* en él?

Vasili se encogió de hombros.

—Después de meses y años, Adrian había demostrado su lealtad.

«*Y luego lo traicionó*». No obstante, esas palabras permanecieron selladas tras mis labios y enterradas en lo más profundo de mi alma. Mi hermano no dijo nada sobre la traición de Adrian, y no vi ningún sentido en decirle a Vasili hasta dónde llegó la autoprotección de mi marido.

Me levanté, me acerqué a mi hermano y le rodeé la cintura con mis brazos.

—Me protegiste, Vasili. Posiblemente sea una de las mujeres más normales del bajo mundo. —Ladeó la cabeza y me miró de forma sarcástica—. De acuerdo, tuve una infancia muy normal. En realidad, *normal* y Nikolaev no van en la misma frase. La cuestión es que no fracasaste.

—Odio verte así, *Kroshka*.

El dolor en su voz me partió el corazón un poco más. A ese paso, sería imposible repararlo.

—Estoy mejorando —aludí.

Un paso adelante. Dos pasos atrás. Maldito Adrian y la mierda que dejó tras él.

Ante mis ojos apareció un rostro duro, de mandíbula fuerte y ojos penetrantes. El dolor de mi pecho se atenuó, dando paso a un fuego tan fuerte que me robó el puto aliento.

Los ojos de Vasili buscaron los míos. Lo que vio en ellos debió de satisfacerle, porque asintió.

—Nunca lo olvides, mi *kroshka*. Somos familia. Tus hermanos y yo quemaremos este mundo por ti. Todo lo que tienes que hacer es pedirlo.

Y yo quemaría el mundo por ellos. Ni siquiera tenían que pedirlo.

Entonces Vasili besó la punta de mi nariz. Como hacía cuando yo era pequeña.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

KONSTANTIN



El aire estaba húmedo. Las ventanas estaban abiertas. La música estaba alta. Alguna banda de música tocando en una esquina del French Quarter, probablemente compitiendo por la atención de los turistas. Mi mesa estaba lo bastante cerca de la ventana para ver la calle, pero lo bastante lejos para que los transeúntes no pudieran verme. No es que pudieran ver a través de los cristales polarizados.

Mi teléfono emitió un pitido. El mismo número desconocido. ¡Hijo de puta!

Lentamente, como si cada movimiento fuera a la velocidad más lenta disponible, pulse *play*.

La cara de mi hermana era la viva imagen de la mujer arrodillada. El mismo cabello rojo rizado. La única diferencia eran los ojos verdes. Los de Isla eran de un verde vibrante. Los ojos de la mujer del video estaban muertos, incluso antes de que apretaran el gatillo.

Se quedó mirando a lo lejos, sin verme. Estaba perdida para los vivos incluso antes de que la matara. *Papa* se encargó de eso.

Bang.

Un disparo limpio. Su cuerpo cayó. La sangre brotaba de su sien. Era demasiado parecido a lo que le había pasado a mi madre.

No era una buena imagen. Isla no me perdonaría.

Mi mirada estaba fija en el video, aunque ya no lo veía. En su lugar, recuerdos de veintidós años atrás se agolparon en mi mente.

Un presentimiento me recorrió la espalda al ver a mi padre con una chica que debía de ser más joven que yo.

Parecía mucho mayor que la mayoría de mis compañeros a los dieciocho años. Incluso Maxim, y su complexión era similar a la mía. Supongo que ser un asesino y la mano derecha de mi padre me envejeció.

La chica, que no podía tener más de dieciocho años, subió los escalones de mármol que se parecían a los de una tarta, con mi padre agarrada de su mano. Su melena roja y rizada brillaba como el fuego bajo el sol ruso, desprendiendo los colores de una puesta de sol ardiente.

Entonces mi padre y su nueva mujer se detuvieron delante de mí y se me revolvió el estómago al notar su vientre. Era más joven de lo que pensaba. Sí, tenía pechos, pero sus curvas se debían a su barriguita. Todavía tenía grasa de bebé en la cara. Nunca tuvo la oportunidad de

convertirse en mujer y perderla.

Apreté los dientes y fulminé a mi padre con la mirada. ¡Qué bajo había caído!

Desde aquella noche que ejecutó a Mama, había estado pasando de mujeres y putas. Hizo algunas cosas que me hicieron enloquecer.

—Ahí está mi hijo —saludó Papa. No sonrió. No lo había visto sonreír desde la muerte de Mama. Maxim y yo tampoco teníamos mucho por qué sonreír. Mi hermano había tomado y dejado de tomar pastillas, pasando por períodos de depresión. Y yo me había convertido en el engendro de Satanás. Aprendí a matar a un hombre, a apagar todas y cada una de las emociones, y entendí que los apegos eran un problema.

Mi padre estaba más que feliz de enseñarnos esa lección. De ahí la sorpresa de que consiguiera dejar embarazada a una mujer. Era inflexible acerca de no volver a casarse. Eran solo algo con que follar, y luego las desechaba cuando acababa con ellas.

—Esta es Pixie. Se quedará aquí un tiempo —refunfuñó cuando todos permanecimos en silencio, los ojos verdes de Pixie clavados en mí y en Maxim. Vi miedo en ellos, y lo odié. Podía matar a un hombre sin pensarlo dos veces, no obstante, ver miedo en los ojos de una mujer nunca me agradó.

Mis ojos bajaron a su vientre y luego volvieron a su cara.

Papa debió de seguir mi mirada porque añadió:

—Tendrá un bebé, así que puede que ustedes dos tengan un hermano. Está por ver si es mío o no. La mantendremos viva hasta que tenga al bebé.

Papa ni siquiera trató de ser sutil al respecto.

El terror sustituyó al miedo en sus ojos, no obstante, rápidamente trató de adiestrar sus facciones, lo que significaba que había pasado por alguna experiencia de mierda.

—Estará en la habitación de invitados más cercana a la mía —me ordenó Papa. Aún no había dirigido la mirada a Maxim. Solo un reojo de nuestro padre hacía llorar a mi hermano. A veces, perdía la cabeza y lo golpeaba. Entonces yo intervenía y recibía la mayor parte del castigo porque Maxim no podía soportarlo. Era una maldita situación alegre en esa casa—. Ella todavía puede serme útil. —Entonces sus ojos se clavaron en los míos—. No me importa compartirla. Después de todo, la puta no puede quedar preñada otra vez.

Apreté tanto la mandíbula que me dolían los huesos. Asentí con la cabeza y le tendí la mano a la chica para estrechársela.

—Por aquí —declaró papá, empujándola hacia delante.

Pobre chica. Sabía que se había metido en un montón de mierda. Me preguntaba cómo había conectado con alguien como mi padre. Era demasiado joven. Debería estar en la escuela, no follando con un viejo como Papa.

Padre y ella se adentraron en la casa y subieron las escaleras que Mama solía decorar para cada ocasión, incluido el verano. Tenía flores en cada escalón, perfumando el aire. Ahora, este lugar era solo un gran mausoleo donde los hombres Konstantin gobernaban su imperio.

Los seguí con los ojos hasta que doblaron la esquina en lo alto de la escalera.

—¿Es una prostituta? —Maxim susurró. Mi hermano gemelo se estaba muriendo lentamente por dentro. Cada cosa jodida que presenciaba lo hacía morir un poco más. Papa insistía en que necesitaba hacerse más fuerte. Menos mal que no estaba mucho por aquí, ocupado en perseguir a la próxima falda, dejándome a mí dirigir el imperio y proteger a mi hermano de todo.

Esa noche, escuché sus gritos. Esa noche perdí la cabeza y estallé, no mi hermano.

Llegué a la habitación de Pixie justo a tiempo para ver cómo padre le rompía la camisa por delante y le dejaba los pechos al aire. Sujetó el cinturón con la otra mano y la azotó en el vientre

de embarazada.

—¡Cierra la maldita boca! —siseó, acercándose con la otra mano y apretándole los senos—. Creíste que por estar embarazada te librarías. Pagarás tus deudas hasta que ese hijo bastardo nazca. Entonces decidiré si es mío o no; si lo mantendré vivo o no.

La rabia me hervía en la boca del estómago. El bebé era inocente. Este desorden de sus padres no debería pagarlo la criatura.

Mis ojos recorrieron la habitación hasta que se posaron en la pistola de mi viejo. La misma que ejecutó a mi madre. La agarré por la empuñadura. Había aprendido a disparar a los siete años, mi entrenamiento comenzó poco después de la muerte de mi madre.

—¡Suéltala, Papa!

Se dio la vuelta para mirarme, con los ojos desenfocados. Estaba borracho como un hijo de puta. El alcohol y las prostitutas eran su mecanismo de supervivencia desde que murió mi madre.

—¿Tú también te la quieres follar?

Llevaba los pantalones desabrochados y su polla se balanceaba como una salchicha flácida. No pensé; simplemente reaccioné, apretando el gatillo sin un ápice de vacilación.

Bang.

La bala le dio en el corazón, el pequeño punto rojo crecía por segundos. Cayó de golpe sobre la cama, encima de Pixie. Se llevó las manos al pecho, sobre la herida, mientras luchaba por respirar.

Me acerqué a él, y mi repugnancia progresaba a cada paso. Esto era lo que había estado haciendo desde que mató a Mama. Violando mujeres, jóvenes y viejas, dispuestas y no dispuestas, putas y vírgenes. No importaba cuál fuera Pixie. Ella luchó contra él, pero él se negó a retroceder.

A Papa se le salían los ojos de las órbitas cada segundo que se acercaba la muerte. Era de mi sangre, pero eso no lo absolvía de sus pecados. Su miedo se alimentaba de mi sangre acelerada, sin embargo, no sentí remordimiento alguno al ver cómo la vida se agotaba en sus ojos.

Realmente irónico.

Mis dos padres fueron ejecutados con la misma pistola.

Por un miembro de su propia familia.

No auguraba nada bueno para nuestro futuro. Una dinámica familiar jodida. Aunque no importaba mientras mi hermana y Tatiana sobrevivieran a todo.

Todos los que rodeaban a la familia Konstantin acababan muertos. Isla era la que tenía más posibilidades de sobrevivir, ya que conservaba el apellido de su madre.

Isla era inocente. Gentil. Amable.

A diferencia del resto de nosotros. Respirábamos y vivíamos la violencia. Una y otra vez.

Olí las rosas antes incluso de escuchar el chasquido de sus tacones contra el suelo de mármol. La razón me advirtió que pusiera distancia entre el ángel rubio y yo. No le hice caso. Sería como echar el lazo a la corriente y al viento, una batalla perdida.

Éramos como gasolina y fuego, unidos para crear un infierno furioso. Juntos podíamos reducir este mundo a cenizas.

¿Me detuvo?

Joder, no. Por mí que ardiera el mundo, mientras la tuviera conmigo. Había renunciado a ella una vez. Nunca jamás lo volvería a hacer, aunque sabía que no acabaría bien.

«El mundo arderá cuando se entere de la verdad», susurró mi conciencia. Tatiana no era de las que perdonaban y olvidaban. Era la reina que se vengaba y sonreía mientras veía sangrar al villano.

Y aun así fui incapaz de mantenerme alejado. Con el chip en algún lugar ahí fuera y el peligro persiguiéndola, tenía que casarme con ella y rápido. Con mi apellido unido a ella, también estaría bajo la protección de las Espinas de *Omertà*.

La puerta se abrió y entró Tatiana, contoneando las caderas como si quisiera seducirme. No tenía sentido. Solo tenía que mirarme y misión cumplida.

—¿Qué fue esa idiotez de *espera por mí* y luego no vuelvo a saber de ti? —saludó, con tono aburrido, pero en sus ojos brillaban dagas.

—Señorita Nikolaev, me alegro de verla —pronuncié. Mis ojos recorrieron su vestido negro de Valentino, o era Chanel. Realmente tenía que renunciar a todo ese negro. Le quedaba muy bien, sin embargo, el significado del luto se estaba volviendo condenadamente viejo. El único hombre en el que debería pensar era en mí.

—Imbécil —murmuró.

—¿Tienes algún otro color, además del negro? —inquirí, ignorando sus insultos. La había visto de rosa y la prefería de colores alegres.

Puso los ojos en blanco cuando iba a sentarse frente a mi escritorio, pero yo troné la lengua y la detuve. Le di una palmadita a un lugar frente a mí.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No soy un perro —refunfuñó, pero, aun así, para mi sorpresa, se dirigió hacia mí. Justo cuando se paró frente a mí, mi teléfono zumbó y sus ojos se desviaron hacia él.

Su trasero apoyado en el escritorio, su frente hacia mí.

—¿Por qué te manda mensajes mi hermano? —indagó, con esos ojos azules brillantes buscándome.

—Tal vez le gusto.

Se rio entre dientes.

—Lo dudo. —Se subió a la mesa y cruzó las piernas mientras recorría la habitación con la mirada—. Tienes un bonito lugar aquí.

—Gracias.

—No lo tendrás por mucho tiempo una vez que Vasili se entere de que estás robando su territorio.

Me recosté en mi asiento, observándola. Era ferozmente leal a sus hermanos. A su familia y amigos. ¿Me sería leal a mí?

—Te tengo a ti para protegerme —refuté.

Se rio entre dientes, balanceando lentamente sus largas y delgadas piernas arriba y abajo.

—No creo que necesites mi protección. ¿Cuándo volviste?

Las comisuras de mis labios se levantaron. Casi sonaba como una esposa comprometida ansiosa por el regreso de su marido.

—Anoche.

—Podrías habérmelo dicho —comentó, con los ojos todavía estudiando cada rincón del espacio.

—¿Me habrías invitado y esperado desnuda en tu cama?

Se rio entre dientes.

—No nos adelantemos.

Lo supiera o no, era mía. Solo estaba dejando que se diera cuenta, pero tarde o temprano, mi

anillo estaría en su dedo. Adrian ya estaba saliendo de su mente, y yo lo desalojaría de su corazón y de su alma. Allí solo había sitio para un inquilino.

Aquí no se comparte, cabrón.

—Entonces, ¿por qué te manda mensajes Sasha? —Sabía que no lo dejaría pasar. *La curiosidad mató al gato*, después de todo.

—Necesitaba un avión de huida.

—¿A?

Debatí mentirle durante una fracción de segundo, no obstante, luego decidí no hacerlo. Sasha cobró su deuda, no le debía nada más.

—A algún lugar. —Al final se lo diría, no obstante, haría que trabajara por ello.

Algo parpadeó en su mirada y se cruzó de brazos. Apoyando mis nudillos a cada lado de ella, me incliné hacia delante invadiendo su espacio. No se movió ni un milímetro.

—¿Por qué quieres saber dónde está?

Se encogió de hombros.

—A lo mejor quiero arruinarle la luna de miel —replicó.

Su cabello dorado caía en cascada por su espalda, tentándome a tocarlo. Cedí y tomé un mechón entre las yemas de mis dedos.

—¿No te gusta su futura esposa? —curioseé.

Soltó un fuerte suspiro. Sus ojos se dirigieron al balcón, con una mirada distante y perdida.

—No me emociona ser la última —susurró.

Tomé su barbilla entre mis dedos y la obligué a mirarme.

—Explícate.

—No.

—Sí.

—Eres un fastidioso. —Luego, como si pensara que no era suficiente insulto, añadió—: ¿Cuándo vas a volver al lugar de donde viniste?

La diversión sardónica me llenó.

—Pensé que me habías regañado por no venir antes.

Se encogió de hombros.

—No, te regañé por no avisarme que habías vuelto. Una *gran* diferencia.

Acerqué mis labios a los suyos, dejando que su aroma llenara mis pulmones.

—Deja de evitar mi pregunta.

Ella parpadeó, fingiendo confusión.

—No estoy segura de lo que quieres decir.

—Tu comentario sobre ser la última. ¿Qué. Querías. Decir?

Aquellos azules pálidos tenían tanta luz. Podía mirarla a los ojos durante días y sentir una paz como nunca antes había sentido.

Exhaló un fuerte suspiro.

—Tendrá hijos, su propia familia. Y yo seré... —Tragó saliva—. Quizá necesite unos cuantos gatos —musitó en voz baja.

«*Tiene miedo de quedarse sola*», me di cuenta. Toda mi vida, desde que presencié la ejecución de mi madre delante de mí, había estado solo, escondido tras el muro que mi padre construyó a nuestro alrededor, y era solitario. Incluso con un hermano, siempre estaba solo.

Él necesitaba mi fuerza y yo... Bueno, yo la necesitaba a ella. Toda mi vida, la busqué.

En algún momento, opté por no crear vínculos. Mi hermana fue la primera que empezó a romper mis muros. Era imposible no crear una conexión cuando cuidabas a un bebé: cambiarle

los pañales, darle de comer, leerle cuentos... solo para que te vomitara encima y volver a hacerlo todo de nuevo.

Pero, todo el tiempo, me había estado preparando para que ella se fuera un día. Se casaría, tendría hijos, encontraría su propia vida y su voz. Esta vez, estaría preparado. No estaba preparado para la pérdida de mi madre. Ella fue mi primer apego y fue brutalmente borrada de la existencia. En el fondo, estaba seguro de que volvería a ocurrir.

Quizá fue exactamente eso lo que resonó entre Tatiana y yo, aunque no lo vi en todo momento.

—No te compres un gato —bromeé.

Ella enarcó las cejas.

—¿Por qué no?

—Soy alérgico a los gatos.

Tatiana sonrió mientras sus ojos centelleaban con picardía.

—Razón de más para adoptar unos cuantos. ¿No te parece?

Esta era la mujer que yo conocía. Era la mujer que me cautivó desde aquella primera mirada fugaz y ella ni siquiera lo sabía. Recordaba el día en que la vi como si fuera ayer. Vivía en mi memoria como una luz parpadeante en la oscuridad.

Su aroma a rosas invadió mis fosas nasales y mi mano se deslizó hasta su mejilla, acunándola.

—No vas a estar sola —asegué con firmeza.

Como si odiara esa palabra y odiara que la vieran vulnerable, soltó una suave risita, pero permaneció en silencio y nuestros cuerpos se estrecharon el uno contra el otro. Su figura se estremeció ante mi contacto, y no pude evitar preguntarme hasta qué punto fue receptiva al tacto de Adrian.

Maldición, nunca había sentido algo así con otra mujer, y eso que había tenido mi buena ración de mujeres. La atracción entre nosotros era innegable. Crepitaba en el aire. Era lo suficientemente explosiva como para sacudir el French Quarter como un huracán de categoría cinco.

Separé sus piernas. Deslicé mis manos bajo su trasero y la coloqué en posición para que se sentara a horcajadas sobre mi pierna derecha. Su centro estaba caliente, quemándome a través de la tela de mis pantalones. La incliné para que su clítoris presionara mi musculoso cuádriceps y un suave gemido salió de sus labios.

Bajé la cabeza, sus ojos entrecerrados me miraban. Me deseaba, casi tanto como yo a ella. Sus labios se separaron y la besé con fuerza mientras presionaba mi rodilla entre sus muslos. Sentí cómo se contraían sus músculos.

Sus pechos empujaban contra mí. Como un gato frotándose contra su dueño. Mi lengua bailaba con la suya mientras ella seguía restregándose en mi pierna. Por todas partes. Acaricié su cara con mis manos, profundizando el beso y recorriendo con la boca su mandíbula, luego su cuello, donde su pulso latía desbocado.

Dibujé un círculo perezoso alrededor de su pulso acelerado con la punta de mi lengua y luego lo chupé. Otro gemido vibró por la habitación, mezclándose con los sonidos de New Orleans.

—¡Te voy a follar y vas a gritar mi nombre! —rugí contra su garganta—. Para que lo oiga todo el puto mundo, pero hoy, empezaremos con New Orleans.

Los dos juntos éramos como un infierno. Fósforo y mecha.

Sus uñas se clavaron en mis hombros.

—Lo que quieras, pero no pares.

Me reí entre dientes. No había forma de parar. Aunque el mundo ardiera ahora mismo, nosotros arderíamos en él. Juntos.

Mis dedos ya trabajaban en la cremallera de su vestido. Un sonido de tela rajada en el aire y luego el vestido cayó hasta su cintura. Mi boca continuó su viaje hacia el sur, sobre su delicada clavícula y luego hacia sus pechos. Le pellizqué suavemente un pezón a través del encaje negro. Me agarró la cabeza y emitió un sonido de frustración.

—¡Arráncame el sujetador! —exigió. Mordí con más fuerza su pecho y ella chilló, con los ojos entrecerrados—. ¿Qué demonios?

—Follamos a mi manera —gruñí.

Puso los ojos en blanco. Realmente *ella* puso los ojos en blanco.

—Bien, viejo. No tengo todo el día y la noche, así que acelera.

Un soplo sardónico me abandonó.

—Por eso, *moya luna*, voy a follarte durante el resto del día y de la noche —proclamé, sonriendo de forma ligeramente sádica—. Hasta que me ruegues que me detenga.

—Muy poco probable.

De un tirón, le desabroché el sujetador y me deshice de él. Luego me llevé el pezón erecto a la boca y se lo chupé. Pasé al otro, lamiéndolo, tirando de él y mordiéndolo con fuerza. Se frotó contra mi muslo, follando mi pierna descaradamente. Sus muslos temblaban. Sus gemidos aumentaron. Sus dedos buscaron mi cremallera con avidez, pero rodeé su muñeca con mis dedos y detuve sus movimientos.

—Levántate. —Parpadeó confundida y una expresión de incertidumbre cruzó su rostro—. Quítate el vestido.

Obedeció y se lo quitó, dejando que se encharcara en el suelo alrededor de sus pies como un lago negro. Su pecho subía y bajaba al ritmo de los frenéticos latidos de su corazón, y sus ojos se oscurecían al observarme.

Mi mirada recorría su cuerpo. Su piel era perfecta, salvo por las pequeñas cicatrices de los antebrazos y el vientre. Se me oprimió el pecho al recordar cómo se las había hecho. En toda mi puta vida, nunca había sentido tanto miedo. Ni cuando vi cómo fusilaban a mi madre delante de mis ojos. Ni cuando mi propia vida pendía de un hilo.

Sin embargo, esa noche, probé el terror. Casi perderla fue lo suficientemente fuerte como para destrozarme.

Extendí la mano y tracé las débiles cicatrices. Sus ojos siguieron mis movimientos. Vi cómo se levantaban muros invisibles alrededor de Tatiana, ocultando sus sentimientos. No quería que se escondiera de mí. Quería sus miedos, su felicidad, su amor. Su todo, maldición.

Como si no pudiera soportar que la tocara, me agarró la mano y se la pasó por delante del cuello. Mi piel era varios tonos más oscura que la suya, aunque nuestros corazones latían al mismo ritmo frenético y salvaje.

Le apreté el cuello, solo ligeramente, tanteando el terreno.

—¿Eso te excita, *moya luna*?

Un temblor la recorrió.

—Tal vez. —Su voz vibró casi tanto como su cuerpo.

—No hay tal vez —objeté. Me observó con esa mirada cautelosa. Como si se hubiera quemado demasiadas veces expresándose—. O te gusta o no te gusta. No hay respuesta correcta o incorrecta.

Permaneció callada, con la respiración agitada y su cuerpo tentándome. Mi polla estaba dura como una roca, instándome a follármela a mi manera.

—Prefiero follar duro —declaré, metiendo los dedos bajo sus bragas y entre los pliegues de sus piernas. Abrió los muslos para mí y le introduje el dedo índice. Soltó un leve y suave gemido y sus ojos se nublaron.

Saqué el dedo de su entrada caliente y se lo llevé a su boca. Sus labios se abrieron y lo chupó hasta dejarlo limpio. Agarrándole el cabello por detrás, acerqué sus labios a los míos y me detuve a un centímetro de su boca.

—Muéstrame tus verdaderos colores, Tatiana —demandé—. Y yo te mostraré los míos.

—¡Me gusta duro! —exclamó—. Al borde del dolor.

Eso fue todo lo que necesité para perder el control. Me puse en pie y le di un beso de castigo.

—Necesitarás una palabra de seguridad —gruñí contra su boca. Inhaló y sus ojos brillaron como zafiros azules pálidos—. En realidad, tendrás la boca demasiado llena para hablar. Toca cualquier superficie y pararé.

Con un movimiento rápido, le arranqué la ropa interior del cuerpo, tirándola sobre el escritorio, y luego empujé a Tatiana contra la ventana que daba a la ciudad. Con el trasero desnudo. Menos mal que la ventana estaba tintada desde afuera.

Sus pechos y su coño se apretaban contra el cristal. Estaba tan mojada que sus muslos brillaban con sus fluidos. Me bajé los pantalones y liberé mi miembro.

Al instante gimió, moviendo el trasero y arqueándose contra mí. Le abrí las piernas con mi rodilla y le toqué bruscamente su trasero redondo. Le di una nalgada con fuerza, dejando una marca rosa en su hermosa piel. Tragó saliva, pero no protestó. Incliné hacia ella, agarré sus bragas empapadas, las hice bola y se las metí en la boca.

Se quedó quieta, sus ojos se agrandaron como charcos de las lagunas más claras. Tenía arcadas, los ojos llorosos, pero no daba golpecitos. Me quedé esperando, probando el agua, mas ella no se movió. Extendió los dedos por la ventana, echó un vistazo por encima del hombro y me miró con lujuria.

Asentí con la cabeza y la penetré de una sola vez, llenándola hasta el fondo. Gritó, aunque sus bragas amortiguaron su gemido. Empecé a moverme dentro de ella, envistiéndola con fuerza y rapidez. Le di otra nalgada y volví a penetrarla.

Gimió, pero no de dolor, sino de placer. Arqueó la espalda e inclinó la cabeza, como si se me ofreciera. Mis dientes se hundieron en su cuello. El aroma a rosas ahogó todos mis sentidos.

Le di una nalgada, otra vez. Y otra vez. Con fuerza. Sin piedad. Duro. La estaba castigando por los años que viví sin ella. Castigándola por amar a Adrian. Demonios, estaba demasiado fuera de mí.

Le agarré la mandíbula y le giré la cabeza para que me mirara. Con los ojos entrecerrados, me observaba cogiéndola y, por la expresión de su cara, le encantaba lo que estaba viendo.

—Tócate los pechos —ordené bruscamente—. Muéstrale al mundo de quién eres puta.

Maldita sea. Estuve a punto de explotar cuando ella hizo lo que le dije. Se pellizcó los pezones, su cuerpo se estremeció cuando la penetré. Se tiró de los pezones, acarició la forma de sus pesados pechos. Yo bombeaba más fuerte y más rápido, viendo cómo se le erizaba cada centímetro de su piel.

Sus gemidos ahogados aumentaron de tono. Mi ángel era tan depravado como yo y me encantaba. La aparté ligeramente de la ventana y la incliné para penetrarla más profundamente. Necesitaba más de ella. Su coño se apretó a mi alrededor mientras la embestía más y más. Su mano abandonó la ventana y yo estaba seguro de que me daría un golpecito, pero en lugar de eso, la metió entre sus muslos, abriéndolos más, y se frotó el clítoris.

Sus músculos internos estrangulaban mi longitud, la fricción con su clítoris causaba estragos

en su cuerpo. Agarré sus nalgas y la golpeé sin piedad. Ansiaba esto. A ella. Nunca había estado tan bien con nadie, excepto con ella. Era la única a la que quería.

Una gota de sudor se deslizó por su espalda y miré su trasero mallugado. Me encantaba la maldita vista, mientras la embestía con fuerza, esta posición me permitía una penetración profunda. Quería poner un bebé en su vientre. Ponerle esposas en las muñecas y atarla a mí para siempre.

Escupió su ropa interior y luego gritó.

—Illias... ¡Oh. Mi. Joder! ¡Dios! —Le temblaron las piernas. Cayó sobre sus manos y rodillas, nuestro sudor goteando sobre el suelo de madera.

Su cabello dorado me rozaba la manga con cada movimiento y lo enrosqué alrededor de mi muñeca, tirando de ella hacia atrás para poder tomar su boca de nuevo. Su interior se tensó y gimió en mi boca. Me tragué un *me vengo* ahogado y disfruté de sus músculos internos estrangulando mi polla mientras se estremecía con la intensidad de su orgasmo.

Tenía la cara sonrojada y parecía completamente jodida, pero aún no había terminado con ella. Le rodeé el bajo vientre con un brazo, masajeándole el clítoris para sacarle otro clímax. Y mientras tanto, continué penetrándola por detrás. Como un loco. Como poseído de un demonio.

Era una cogida carnal. Una follada desesperada. Una necesidad tan profunda que temí lo que saliera de mi alma mientras mis pelotas se tensaban. Salió disparado mi semen en su apretado y codicioso coño, vaciándome dentro de ella justo cuando alcanzaba su segundo clímax.

Lentamente, me retiré, disfrutando de la visión de mi semilla goteando de su centro. Había algo tan erótico y carnal en esa visión, maldición.

Tatiana se derrumbó, enterrando la cara entre las manos y su hermoso trasero rosado con las huellas de mis manos mirándome fijamente.

—¿Estás cansada?

Todavía jadeante, se encontró con mis ojos y sus labios se curvaron.

—¿Eso es todo lo que tienes?

Una risita profunda vibró en mi pecho.

—No hemos hecho más que empezar —pronuncié. Sus ojos desorbitados eran lo único que la delataba, no obstante, la terquedad también era la perdición de Tatiana—. A menos que quieras descansar —bromeé.

Sacudió la cabeza y tuve que reprimir una sonrisa. Me dirigí al baño, tomé un trapo limpio y lo mojé con agua tibia. Luego volví junto a ella y empecé a limpiar su coño rosado e hinchado.

Sus hombros se tensaban cada vez que le pasaba el paño húmedo por los muslos y luego lo tiré en el bote de basura.

—¿Demasiado duro? —inquirí.

Su pecho subía y bajaba con cada respiración.

—No.

—Entonces, ¿qué pasa?

Sus ojos se apartaron de mí durante un segundo y luego volvieron a mirarme.

—Te has dejado la ropa puesta.

Me miré. Tenía los pantalones desabrochados y la camisa medio desabrochada. No recordaba haberlo hecho, aunque no me sorprendió. Cuando se trataba de ella, todo mi control salía disparado por la ventana, dejándome convertido en una bestia hambrienta.

—¿Quieres que me desnude? —agregué.

Se incorporó y se giró para mirarme, aún desnuda. Mierda, sus pechos eran preciosos. Eran llenos y en forma de pera, con unos pezones rosas que volverían loco a cualquier hombre.

—Sería mejor si los dos estuviéramos desnudos. Ya sabes, igualdad y todo eso.

Lo único que delataba su nerviosismo era el rubor que le coloreaba el cuello.

—Nunca me ha gustado mucho la igualdad —comenté, levantándola del suelo y sentándola en mi escritorio.

Separé sus piernas y admiré su brillante sexo.

Mía.

Era toda mía.

CAPÍTULO TREINTA

TATIANA



Los dedos de Illias se sintieron tan calientes contra mi piel que me hicieron estremecer.

La verdad era que el trasero me ardía y me quemaba contra el frío escritorio de caoba, pero claro, tenía que burlarme de él.

Se inclinó y metió la mano en la gaveta. Su sonrisa se volvió perezosa cuando sacó una caja negra. La miré con curiosidad mientras levantaba la tapa. En la caja había una joya de oro y diamantes para mí. Sin embargo, algo en ella me hizo dudar. ¿Qué...?

No, no podía ser.

—¿Qué es eso? —indagué.

Su sonrisa se volvió tan pícara que mi corazón se estremeció. Cuando Illias sonreía, era realmente peligroso para el *corazón* de una mujer.

—Un tapón anal.

Me quedé con la boca abierta. Tenía que estar bromeando. La expresión de su cara me dijo que no. La oscura expresión lujuriosa de su mirada me decía que hablaba muy en serio.

Negué con la cabeza. Luego, para asegurarme de que entendía lo que quería decir, dije claramente:

—No.

Konstantin agarró con fuerza la caja.

—No me gusta cuando te niegas.

—Pues vaya mierda. —Sacudí la cabeza incrédula ante el descaro de este hombre. Ni siquiera éramos pareja y ya me estaba poniendo un tapón en el trasero—. Acostúmbrate. No vas a tocar mi puerta trasera.

La mirada oscura de Illias se clavó en mí y sentí que se tomaba mi negativa como un desafío personal.

—Sí, lo haré —refutó.

—No, no lo harás —siseé—. ¿Y qué?, ¿tenías un tapón extra rodando por ahí?

Mi voz se tiñó de celos al pensar en Illias haciendo cualquier cosa con otras mujeres. Me abofeteé mentalmente. Esto era solo una cogida. Nada más. Nada menos.

—Lo compré para ti y esperé el momento oportuno para abordar el tema. —Sacudí la cabeza. Este hombre estaba loco o quizá lo estaba yo. Suspiré. Probablemente los dos estábamos locos de remate.

—Nunca será el momento oportuno para meterme esa cosa en el trasero.

La comisura de sus labios se levantó y tuve que luchar contra la tentación de inclinarme y pasarle la lengua por encima.

—Ahora es el momento oportuno —expresó, con voz seductora—. Y me lo agradecerás.

Solté una risita. No me conocía si creía que podía convencerme de que me metiera eso.

—Demonios, no lo harás. Esto se acabó. —Estaba a punto de bajarme del escritorio cuando hice una pausa. Su sonrisa no vaciló, aunque algo oscuro y petulante brilló en sus ojos. Tal vez podría jugar esto a mi favor—. A menos que...

Esperé... y esperé.

—¿A menos? —curioseó con expresión arrogante. Tuve que contenerme para no sonreír victoriosamente.

—A menos que me digas adónde fue Sasha con tu avión —propuse, las palabras brotando de un solo aliento.

—Súbete a mi regazo e inclínate.

—No. —Su mirada oscura se estrechó en mi cara. A este hombre realmente no le gustaba escuchar la palabra *no*—. Primero dímelo.

—Crees que te engañaría.

Me encogí de hombros.

—Primero información, luego me inclino.

Mis mejillas se calentaron, lo cual era ridículo. Estaba sentada desnuda en su escritorio y una palabra tan simple me hacía sonrojar.

—Rusia —contestó, con los ojos encendidos de calor y tuve la sensación de que no tenía nada que ver con el viaje de mi hermano y todo que ver con que yo me inclinara.

—¿En qué parte de Rusia? —demandé saber, aunque mi conjetura sería que fue a nuestra propiedad familiar allí—. Rusia es un gran maldito país.

—No pedí detalles —replicó y su sonrisa de satisfacción se extendió por su hermoso rostro—. Ahora, inclínate sobre mi regazo y enséñame ese trasero.

Mis pezones se endurecieron ante su voz severa y los fluidos cubrieron el interior de mis muslos y, muy posiblemente, también el escritorio de Illias. Al bajarme del mismo, la humedad pegajosa dejó un rastro de pruebas. Nunca en mi vida me había excitado tanto.

Me incliné sobre su regazo, con el trasero al aire. No sabía si aquella postura me humillaba o me excitaba. Me moví ligeramente y luego me quedé inmóvil. Su bulto duro como una roca me presionó el vientre bajo y mis muslos se apretaron.

Definitivamente me excitaba.

Pasó el dedo suavemente y luego me acarició las nalgas con la palma de su mano.

—¿Te duele?

Observé por encima de mi hombro, sin embargo, no me miraba. Sus ojos se centraban en mi trasero rojo.

—No. —Asentí con la cabeza y volvió a meter la mano en el cajón—. Por favor, dime que no tienes dos tapones para el culo. Solo puedo con uno —dije exasperada.

—Lubricante —indicó mientras otra risita profunda vibraba en su interior. Lo sentí hasta los dedos de mis pies. Mi pecho se calentó por primera vez en años—. A menos que ya estés mojada para mí. —Levantó las caderas, presionando su bulto duro contra mi vientre—. Estoy duro por ti.

Sus dedos se hundieron en mi abertura y luego paso la humedad a mi clítoris. Respiré hondo y un temblor me recorrió la espalda.

—Oh, *moya luna*, estás empapada.

Me acarició el clítoris y el placer se disparó a través de mí. Arrastró mis jugos hacia mi ano y

lo rodeó, cubriéndolo con mi propia humedad. Ejerció una ligera presión contra mi agujero prohibido con el dedo y luego lo sacó.

Inhalé profundamente, tensándome.

—Relájate. —Una orden suave.

Solté un suspiro y él apretó más su dedo en mi agujero prohibido, y mis caderas apretaron más fuerte contra sus muslos. Con una mano se metió entre mis piernas y empujó su largo y grueso dedo dentro de mi sexo, luego empezó a follármelo. Dentro y fuera. Dentro y fuera. Me folló con los dedos hasta que jadeé y me retorcí contra él.

—Mírate. —Su voz era profunda y ronca. Casi reverente—. *Moya luna*, estás tan mojada, tus jugos gotean por todo mi pantalón.

—Es un bonito traje de tres piezas de Tom Ford —señalé, con la voz entrecortada. Cómo reconocí que era un traje Tom Ford estaba más allá de mí—. ¿Seguro que no quieres quitarte la ropa?

Volvió a reírse, sin dejar de penetrarme con el dedo mientras me acariciaba el clítoris.

—Me gusta que me dejes cremoso todo el pantalón. —Bajó la cabeza y su boca rozó mi oreja—. Hace que este traje valga mucho más que cualquier otra cosa que tenga.

Introdujo un segundo dedo en mi canal y un gemido salió de mis labios. Puta y necesitada.

—Puedo sentir tu centro codicioso apretándose alrededor de mis dedos, pero quieres mi polla, ¿verdad? —Otro gemido. Otro estremecimiento. El placer crecía y crecía—. Quieres que te folle hasta dejarte sin sentido. ¿Verdad, Tatiana? —gruñó.

Dios, su voz profunda diciendo cosas sucias era suficiente para hacerme añicos en ese instante.

Me mordió el lóbulo de la oreja y sus dientes rozaron la piel sensible.

—En realidad, te encanta que te follen. Que te posean.

Mi centro presionaba contra su mano. Mis gemidos cada vez más fuertes. Y mi cuerpo atado al borde de un orgasmo.

—¡Por favor! —Era una súplica suave, susurrada por una voz que no sonaba como la mía.

—Que me ruegues por tu placer es lo más sexy que he escuchado en mi vida —murmuró contra mi oído—. Casi tan bueno como tu coño apretando mi polla.

Su palma frotaba mi clítoris con fuerza mientras seguía introduciendo y sacando dos dedos de mí. Se negaba a aflojar, provocando fricción con cada movimiento. Entonces, algo frío se deslizó por los labios de mi centro y me puse tensa.

—Es lubricante nada más. —Presionó mi clítoris y un orgasmo se disparó a través de mí como fuegos artificiales, puntos blancos detrás de mis párpados—. Ahora te voy a meter el dedo en el culo. Voy a ser tu dueño.

Seguía volando alto cuando Illias bordeó mi ano, mientras seguía rodeando mi clítoris. El placer se extendía y mi cerebro no era lo bastante rápido para enviar una advertencia a través de mi cuerpo.

Otro orgasmo se apoderó de mí y él atravesó el apretado anillo de músculo con la punta de su dedo.

—Te encantará mi polla dentro de tu culo —gruñó—. Seré dueño de cada parte de ti, Tatiana. No sabrás dónde acabas tú y dónde empiezo yo. Así es como siempre debió ser. Eres mía.

Metió el dedo más adentro y me puse rígida, tratando de empujarlo.

—Illias...

—Ni se te ocurra dejarme fuera de tu trasero. Es mío, me lo follaré, y joder, me dejarás

entrar.

Mi segundo orgasmo me atravesó como un volcán y su dedo se introdujo por completo en el agujero virgen, reclamándolo como suyo. Mientras yo cabalgaba en una ola de placer, él metía y sacaba el dedo y yo me retorecía contra él.

Luego sacó el dedo y buscó el tapón.

—Abre los labios —ordenó. Mi boca se abrió de inmediato y me acercó el juguete a los labios—. Chupa.

Y lo hice. Dios mío, debí haber perdido la cabeza, pero había algo tan sucio en todo eso que me encantaba.

Antes de que mi cerebro pudiera procesarlo, ya lo tenía en mi entrada trasera. Su mano derecha volvió a acariciar mi sexo y el clítoris, mientras con la otra presionaba el extremo del tapón, contra mi agujero prohibido. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Te va a encantar que te llene el culo con mi polla. —La oscura seducción de su voz me envolvió como una manta—. Por ahora, nos conformaremos con el tapón. No quiero hacerte daño cuando te folle el culo.

Deslizó un dedo en mi centro al mismo tiempo que el *plug*. Mis dos agujeros rebosados, nunca me había sentido tan llena. Antes de que pudiera asimilarlo, la palma de la mano de Illias chocó contra mi clítoris con una fuerte palmada.

Me invadió un placer agudo, del tipo alucinante, y juré que las estrellas jugaban con mi visión. Reanudó la digitación de mi sensible clítoris, murmurándome palabras al oído.

—¡Tu cuerpo es mío! —rugió, mordisqueando el lóbulo de mi oreja—. Tu corazón y tu alma también lo serán.

Debería regañarlo. Excepto que olvidé el español, el inglés, el ruso. Cualquier idioma. Los únicos sonidos que salían de mis labios eran gemidos y quejidos.

Luego me levantó de su regazo y me inclinó sobre la mesa. La absoluta posesión en su oscuridad me hizo jadear y mi coño se estremeció por la necesidad de volver a sentirlo dentro de mí. El sonido de la cremallera llenó la habitación. Los dedos de Illias se clavaron en mis caderas, su pecho cubrió mi espalda y su miembro se abrió paso dentro de mí. De un potente empujón, me llenó y su ingle rozó mi torturada piel. La fricción crepitaba; el dolor y el placer se mezclaban.

Su ritmo aumentó, cada vez más rápido y más fuerte. El golpe de piel contra piel y mis gemidos resonaban en la habitación. Mi respiración se volvió agitada. El orgasmo me golpeó como un tsunami, atravesándome con tal intensidad que mis muslos temblaban.

Su agarre se tensó, clavándose con más fuerza en mis caderas y se derramó dentro de mí con su propio gruñido.

Su frente cubría mi espalda. Su aliento me rozó la oreja. Un líquido cálido llenó mis paredes.

—Haremos esto todo el día y toda la noche, Tatiana, hasta que me des todo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

KONSTANTIN



Una respiración sarcástica se apoderó de mi pecho al leer su mensaje.

Tatiana: Te devolví tu plug.

Métetelo por el culo.

P.D. Lo he desinfectado para que esté listo para ti.

No solo me envió un mensaje descarado, sino que también me engaño. Se dirigía a Rusia y aterrizaría en Moscú en unas tres horas. Incluso consiguió escabullirse de todos sus guardias. No sabía si sentirme orgulloso del ángel o enfadado con ella. Jugó conmigo para conseguir información sobre su hermano.

Encantador.

O más bien dominado podría ser el término correcto a esa situación.

Tomé el teléfono y llamé a Vasili.

—Konstantin —refunfuñó—. No es un buen momento.

—Nikolaev. —Le devolví el saludo—. Imagino que entraron en pánico en tu casa, porque no encuentras a tu hermana y tu hermano secuestró a una novia.

Su silencio era toda la respuesta que necesitaba. No lo rompí, dejándole sopesar sus opciones. No había ninguna, por supuesto. Yo tenía un rastreador sobre Tatiana; él no.

—¿Tú qué sabes? —inquirió, e incluso a través de la línea pude oír que estaba molesto.

—Tatiana está en Moscú —informé. Si iba a reclamarla como esposa, necesitaría a sus hermanos de mi lado y trabajando conmigo, no contra mí.

—¿Qué demonios hace en Moscú? —siseó.

—Tal vez va en camino a la casa de su familia allí.

—Ella no considera Rusia su hogar —comentó pensativo—. Evita visitarla siempre que puede. —No debería sorprenderme, pero de algún modo lo hizo—. Entonces, ¿por qué iría a Rusia voluntariamente?

Era una buena pregunta. A menos que hubiera dado con una pista que Adrian le dejó y la condujera a Rusia.

—Eso lo tienes que averiguar tú —repliqué—. Tu hermano Sasha también está en Rusia.

Necesitaba mi avión y lo llevó cerca de tu casa familiar. Imagino que llevó allí a su novia secuestrada.

Terminé la llamada y le envié las coordenadas de mi piloto. Y, mientras tanto, la primera vez que toqué a Tatiana se reprodujo en mi mente. Aquella pérgola al borde de la propiedad que daba al río Patapsco. Fue la semana que volé a D.C. para el concierto de Isla. Ella fue a una fiesta con sus amigas mientras yo me ocupaba de unos asuntos.

La había visto en cuanto entró en la fiesta con dos universitarios en cada brazo. A esos dos chicos los tenía comiendo de su mano. Nico Morrelli y yo acabábamos de terminar nuestra reunión y la vi irrumpir en la fiesta con dos chicos; porque eso era lo que eran: chicos.

Vi cómo un hombre, supuestamente su guardaespaldas, los apartaba de ella y los sacaba de la casa. El ángel de cabello rubio pálido se limitó a mirar tras ellos, con el enfado reflejado en su rostro y los tacones golpeando con impaciencia el vestíbulo de mármol.

—Imbécil. —La vi decir, mirándolos fijamente.

Parecía una mujer tentadora que necesitaba que se la follaran a fondo con ese minivestido negro brillante sin tirantes, mostrando sus largas piernas. Y esa maldita melena rubia. Dios, lo que daría por envolverla alrededor de mi muñeca y agarrarla mientras me la follaba.

Entonces, algo brilló en sus ojos y echó mano al escritorio del siglo XVIII que tenía cerca. Sin vergüenza, abrió un cajón tras otro, buscando algo.

—¡Ajá! —Ella victoriosamente sacó un pedazo de papel y un bolígrafo, y escribió una nota.

Tendió la mano a un camarero cercano y le entregó el papel, después desapareció por los jardines traseros que daban al río.

Para mi sorpresa, el camarero se acercó a mí y me entregó el papel. Cuando levanté la ceja, sorprendido, se limitó a murmurar:

—Me dijo que se lo diera a usted en la puerta.

Abrí la nota. Ya no había muchas cosas que me sorprendieran, pero Tatiana Nikolaev sí que consiguió asombrarme.

Releí de nuevo la nota.

Arruinaste mi oportunidad de coger.
Ahora te toca a ti satisfacer esos impulsos.
Nos vemos en la pérgola.

Al levantar la vista, casi esperaba que volviera y admitiera su broma de mal gusto, pero no estaba allí. Así que doblé la nota, me la metí en el bolsillo del traje y me dirigí al lugar donde me citó.

Crucé el patio trasero, con el sonido de los grillos y el susurro del agua llenando el aire. El camino estaba empedrado y el aroma a césped fresco llenaba mis pulmones. No podía creer que estuviera siquiera entreteniéndome con el capricho de esta joven.

Eso fue hasta que la vi. La noche era oscura, pero la luna llena la iluminaba, haciendo que su cabello pareciera casi del mismo color que aquel satélite. Tan jodidamente poético, no obstante, allí estaba yo, incapaz de apartar mi mirada de su forma de caminar.

A diferencia de todo lo que había hecho hasta entonces, me dejé guiar por mis impulsos. Acorté la distancia que nos separaba y el aroma de las rosas se mezcló con el aire fresco. Detuvo su paseo y su columna se enderezó, aunque no me miró.

Se quedó allí, esperando, con la mirada perdida y aguardando por mi primer movimiento.

Mi mano se posó en su hombro desnudo e intentó darse la vuelta.

Le rodeé la cintura con la otra mano y la empujé hacia el muro de plantas y enredaderas.

—No sé cómo he estropeado tu oportunidad —le siseé al oído—. Satisfaré tus impulsos, sin embargo, tienes que seguir mis reglas.

Un visible escalofrío recorrió su cuerpo. Me apreté contra su espalda e instintivamente se inclinó hacia mí. Algo dentro de mí quería golpearse el pecho y rugir

“Mía” al mundo. No debí haber cruzado la línea. Tendría que haberme alejado, pero ya era demasiado tarde.

*Presioné los labios contra el lóbulo de su oreja, el aroma a rosas era aún más fuerte allí. Entonces, me di cuenta. Era ella. Olía a rosas, pero los recuerdos que ese aroma solía traerme nunca llegaron. Mirando fijamente su cabello claro, hipnotizado por una chica que ni siquiera tenía la edad legal para beber, supe que era **la elegida**.*

—¿Estás de acuerdo? —El deseo por ella hizo que mi acento ruso se volviera más marcado. Apenas habíamos empezado y ya estaba derribando todos mis muros.

—Sí. —Una palabra. Fue todo lo que hizo falta. En un rápido movimiento, me quité la corbata y até sus manos con ella.

Mis manos recorrieron las curvas de su cuerpo, cada vez más abajo, probando si me detendría. No lo hizo. Se le puso la piel de gallina. Un pequeño gemido sonó entre nosotros. Y su trasero se estrechó contra mí, pero había algo más.

Su excitación.

Podía olerla. Prácticamente podía saborearla. Mis dedos agarraron el dobladillo de su vestido y se lo subí de un tirón. Solo llevaba una tanga y su culo redondo me tentaba a arrodillarme y morderlo.

Enterré mi cabeza en su nuca y un gemido salió de mis labios mientras le apretaba el trasero con fuerza. Ya habría tiempo para otras cosas más tarde. Mi boca se aferró a la curva de su cuello, chupando y mordiendo. Marcándola.

Sus gemidos y ruiditos vibraban en el aire, volviéndome loco. Me hacía sentir como un adolescente cogiéndome a una chica por primera vez. Ella movió la cabeza hacia un lado, pero yo le rodeé el cuello con la mano y la apreté contra mi pecho.

Mi polla empujó contra su espalda y, por el estremecimiento, debió de gustarle.

Sus respiraciones se convirtieron en pequeños jadeos. Gemidos y quejidos.

—¡Los ojos hacia adelante! —ordené con un gruñido—. ¿Entendido?

—S-sí.

Al soltar su garganta, mis dedos se aferraron a su hermoso y espeso cabello, que me recordaba antiguas historias de una bella seductora con una melena del color del oro. La obligué a inclinarse hacia delante y con mi pie le separé las piernas.

—Ábrete para mí, moya luna.

Obedeció al instante y abrió esas largas piernas con avidez.

—¡Por favor! —suspiró.

Soltándole el cabello, deslicé mi mano entre sus muslos. Estaba empapada, su coño listo para ordeñarme, ansioso por mis dedos.

—Tan mojada —gruñí, mientras ella se estremecía en respuesta.

Le quité la tanga de un jalón y le pasé un dedo por su centro resbaloso con sus fluidos. Me tomé mi tiempo antes de rozar su clítoris. Finalmente, cediendo a mi propio deseo, froté su clítoris y me recorrió un intenso escalofrío.

—Ahhhh. —Su gemido, y el cómo se estremecía me dijeron que estaba cerca. Tracé círculos

sobre su delicado botón y le metí un dedo grueso—. ¡Por favor! ¡¡Más!! —suplicó con voz necesitada.

Una risa oscura vibró en mi pecho.

—No puedes exigir, moya luna. Yo elijo cuánto y con qué fuerza dártelo. ¿Entendido?

—Sí, sí. Lo que quieras. Nada más dámelo.

Se me escapó un suspiro sarcástico. Ninguna mujer, y menos tan joven como ella, se había atrevido nunca a expresar tan abiertamente lo que quería. Era refrescante ver que esta no se avergonzaba de sus deseos. Tampoco debería. Era hermoso presenciarlo. Era dueña de su placer.

—¿Me quieres dentro de ti? —gruñí, apenas conteniéndome. Ni el toque más experto de una mujer me había impactado así. Sabía que había algo en ella que lo impulsaba.

—Sí. —Era toda la confirmación que necesitaba—. Te necesito dentro de mí. Por favor.

Un gruñido de satisfacción me abandonó mientras seguía penetrándola con los dedos, acariciando su clítoris. Sus gemidos se hicieron más fuertes. Su centro chocaba contra mi mano con avidez. Exigía placer. No podía esperar más para poseerla. Saqué los dedos y busqué el preservativo en el bolsillo. Lo abrí, casi lamentando que algo nos separara, pero nunca follaba sin condón. Deslizándolo por mi longitud, acerqué mi miembro a su entrada caliente y perdí todo el control.

De un solo empujón, me lancé hacia delante y me enterré profundamente dentro de ella. Su grito rasgó el aire. Su cuerpo se tensó. Su gemido se convirtió en un quejido doloroso.

—¡Joder! —Esperaba que no fuera virgen. Las paredes de su coño estrangulaban mi polla, provocándome estremecimientos de placer e instándome a moverme. A cogerla duro y sin sentido, no obstante, necesitaba asegurarme de que estaba bien. De que aún lo deseaba.

—No te atrevas a parar —murmuró, sorprendiéndome—. Haz que se sienta bien.

Debería haber sabido, en ese mismo momento, que ella era mía. O, mejor dicho, yo era suyo.

—Tus deseos son órdenes —pronuncié.

Me retiré lentamente, sus paredes me apretaron con avidez, y luego volví a penetrarla. Contrariamente a mi instinto, me moví despacio, dejando que se adaptara a mi tamaño. Su coño estaba apretado, me estrujaba como si fuera una prensa.

Cada embestida dentro de ella era como el paraíso. Sus gemidos eran música para mis oídos. Cada vez eran más fuertes. Mis dedos se clavaron en sus suaves caderas, sin querer acallar sus soniditos, pero debía de hacerlo si no quería que nos atraparan. Llevé mi mano a su boca, mientras mis caderas se hundían en ella, más fuerte y más rápido. Más profundo.

Quería hacerla mía. Poseerla.

Contoneé las caderas, penetrándola con más fuerza y hundiendo las yemas de los dedos en su piel. Esta necesidad animal por ella me era ajena, pero sabía que uniría nuestras vidas. De un modo u otro. La follé con más fuerza, entrando y saliendo con una velocidad enloquecedora. Mantuve una mano sobre sus caderas para que no cayera de rodillas. Mis embestidas crudas alimentaban el hambre, robando rincones de su alma y fundiéndola con la mía.

Esa necesidad entre nosotros era nueva, salvaje y hambrienta. Aumenté la velocidad y mi ritmo se fue al carajo, descontrolándose, lo que nunca había ocurrido.

Sus dientes mordieron mi palma y ahogaron su último grito de placer. Su orgasmo fue el espectáculo más hermoso que jamás había visto. La cogí como un loco durante su clímax, disfrutando de su placer y su dolor. Seguí penetrándola mientras seguía atrapada en el cielo, con sus paredes apretándose alrededor de mi polla mientras sus gritos ahogados vibraban entre nosotros.

Otra estocada y me uní a ella, encontrando mi propia liberación. Por primera vez en mi vida, deseé derramar mi semilla dentro de una mujer y dejarla embarazada.

Porque ella estaba destinada a mí.

La sensación era demasiado intensa. Demasiado fuerte. Me consumía y me quemaba como el mismísimo infierno. Con cuidado de no hacerle daño, salí de su apretado sexo y miré el condón.

La conmoción me paralizó mientras miraba el condón ensangrentado que envainaba mi miembro. Al instante me invadió la satisfacción al darme cuenta de que yo había sido el primero.

—Mía —precisé, siendo inundado con cruda posesividad—. Siempre serás mía.

Se oyeron unos pasos y rápidamente le bajé el vestido y me abroché los pantalones.

—Iré por ti, moya luna —juré, metiéndome su tanga rasgada en el bolsillo—. Y tú me esperarás.

Todavía estaba aturdida por el orgasmo, pero su suave "Sí" me dio su promesa.

Sabía que llegaría un día en que nuestros caminos volverían a cruzarse. Esperaba que no fuera así, sabiendo que ella sería una debilidad que todos iban a querer atacar. Algo contra lo que había luchado todos esos años. Era la razón por la que la había dejado ir esa vez.

Pero yo era el maldito Illias Konstantin. Era hora de reclamar a mi novia y futura esposa.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

TATIANA



Estaba fuera de Moscú, en el mismo estacionamiento al que Adrian me llevó cuando nos fugamos para casarnos. Me daba la sensación de que había sucedido muchísimos años atrás. Ya no era la misma. Sin embargo, fue hace apenas unos años.

A lo lejos se oía el chirrido de una verja de hierro.

Cric. Clank. Cric. Clank.

Mis ojos recorrieron el vasto paisaje. No pude ver de qué casa o establecimiento venía el ruido. Solo estaba el mismo estacionamiento desértico de grava que tenía un aspecto tan deprimente tanto en verano como en invierno.

La suave brisa recorría el aire. El verano en Rusia podía ser agradable. Pero era Rusia. Lo primero que se me venía a la cabeza cuando pensaba en ese país era la opresión. Métodos medievales. Gente guapa, pero yo era una chica estadounidense hasta lo más profundo de mi ser. Cuando pensaba en casa, mi mente se iba directamente a New Orleans.

Al salir del coche, me colgué la bolsa de viaje en el hombro, encogiéndome ante la idea de que alguien me viera cargando aquello, pero no tuve más remedio que hacer la maleta a toda prisa utilizando la bolsa de Sasha.

El *jetlag* y la falta de sueño tiraban de mis músculos. Los recuerdos atormentaban mi cerebro. Las palabras de Adrian de aquella noche resonaban una y otra vez.

Aquí hay sangre. Es una pista.

—Una pista —murmuré, sintiendo la fresca brisa veraniega—. ¿Qué pista, Adrian?

Estaba demasiado cansada, mi cerebro no era lo bastante agudo para ver lo que Adrian quería que viera. Saqué el teléfono de la bolsa y lo encendí por primera vez desde que aterricé. Tenía veinte llamadas perdidas de Vasili, cinco mensajes suyos y dos llamadas perdidas de Konstantin.

—Solo dos —me burlé, poniendo los ojos en blanco—. No importa. Solo es algo casual —murmuré en voz baja, y luego miré los mensajes de mi hermano. No pude evitar soltar un suspiro sarcástico. Al parecer, todo el clan Nikolaev estaba de camino, si no estaban ya aquí, en nuestra casa rusa, colándose en la luna de miel previa de Sasha. Sacudí la cabeza. Me pregunté si Konstantin les habría dado una pista o si Vasili lo habría descubierto por su cuenta.

No importaba. Estaban en el mismo continente que yo. Tal vez eso era lo mejor de todos modos. Si me enteraba de algo crítico, podría necesitar la ayuda de Vasili. Mis cejas se fruncieron. Tal vez debería seguir manteniéndolo al margen.

Odiaría que la *Yakuza* fuera también tras él y su familia. Sí, tal vez era mejor que lo guardara

para mí.

Me metí el teléfono en el bolsillo.

Luego, mirando a mi alrededor, traté de fijarme en el lugar donde Adrian y yo habíamos bailado. El sol se estaba poniendo y no me quedaba mucho tiempo. Mientras giraba lentamente en círculo, observé la zona, con mis *flats* Coach crujiendo contra la grava.

Las sombras se oscurecieron y también mis recuerdos. Aquel baile. La letra de nuestra canción. Una sensación rastrera punzó mi mente y la ansiedad se deslizó por mi espalda.

Un paso. Dos pasos. Tres pasos.

Me detuve en el tercero. La grava sonaba diferente bajo mis pies. Di un paso a la izquierda y el sonido no se repitió. Volví a la derecha... *ruido sordo*.

Sin importarme mis *jeans*, me arrodillé y empecé a mover la grava mientras pequeñas piedras se clavaban bajo mis uñas. No me importó. Seguí cavando, hasta que lo sentí.

Una caja.

—Dios mío, ha dejado una caja —murmuré. Solo podía significar una cosa. Adrian sabía que estaba a punto de morir. Estaba seguro de ello. Había estado fuera mucho tiempo antes de su muerte, viajando por todo el mundo en secreto. Cuando le propuse acompañarlo, me lo negó. Alegó que era un proyecto en el que estaba trabajando y que no podía arriesgarse a que nadie lo supiera.

Cuando por fin tuve la caja en mis manos, mis dedos estaban sucios y sangraban, sin embargo, estaba demasiado concentrada en la caja. Necesitaba saber qué contenía. Seguí pulsando el botón, pero la caja no se abría.

—¡Maldita sea! —exclamé frustrada. Seguí sacudiendo la caja, un golpe solitario de un lado a otro. Solo había un objeto—. ¿Cómo demonios abro esto? —gemí en un susurro.

Entonces lo vi. Un pequeño ojo de cerradura. Gemí. Por supuesto, necesitaba una llave. No podía ser tan sencillo como encontrar una caja y abrirla para averiguar qué mierda estaba pasando.

—Dios mío —murmuré—. ¡La llave!

Me llevé la mano al collar, donde la llave colgaba junto al colgante de espinas de rosa. Me la quité e intenté introducirla en el ojo de la cerradura. No funcionó. Volví a intentarlo, empujando de izquierda a derecha, arriba y abajo. Nada.

—¡Maldita sea! —siseé. Con un suspiro, volví a ponerme la llave en el collar y me lo enganché al cuello. Todo estaba conectado, lo sabía. ¿Por qué diablos no podía Adrian haber dejado los pasos del uno al diez, en lugar de este juego del escondite?

Una ráfaga de viento sopló y las palabras de Adrian llegaron con ella o tal vez mi mente me estaba jugando una mala pasada. *Aquí hay sangre, Tatiana*.

—¿La sangre de quién? —murmuré. Mis ojos recorrieron la zona. Dijo que su padre había muerto allí. Tal vez quería que encontrara su cuerpo. O tal vez quería que vengara su muerte. Dios, ¿cuántos años hacía de eso?

Adrian nunca reveló quién mató a su padre. Ni siquiera me dijo el nombre de su padre. Nunca explicó realmente lo que había pasado esa noche en el estacionamiento.

Me levanté con la caja en las manos, la metí en la bolsa de viaje y me dirigí a mi auto alquilado.

Hora de visitar a Sasha y a su novia secuestrada.

Caminé por el vestíbulo del hotel con la bolsa al hombro y la llave en la mano.

El Carlton de Moscú era el epítome del estilo, la clase y el lujo a la manera típica del Ritz. Sin embargo, yo prefería la versión americana del Ritz. En mi intento de pasar desapercibida, me limité a hablar en ruso. No quería llamar la atención más de lo necesario.

Mañana tomaría un vuelo a nuestro hogar siberiano y habría alguna reunión familiar. A menos que Sasha nos matara a todos y eso definitivamente no estaba fuera de las posibilidades.

Finalmente, encontré mi habitación, me detuve frente a ella y pasé la llave por la banda magnética. La puerta hizo clic y la abrí de un empujón. La cerré de golpe y me apoyé en ella con un suspiro.

Estaba agotada.

Me fijé en la habitación. Una cama grande que parecía acogedora. Dos mesitas de noche, una a cada lado. Un gran sofá y un escritorio para hombres de negocios lo bastante locos como para invertir en este país, pero la vista tras el gran ventanal era magnífica.

La catedral de St. Basils, con sus magníficas cúpulas y colores, se extendía en la distancia y, por un momento, todo lo que pude hacer fue mirar fijamente e imaginarme cientos de años de historia. Aquella catedral había visto el auge y la caída de un imperio y la familia Romanov. ¿Cuántos zares habían ido a rezar allí? ¿Alguno?

Uno de los primeros recuerdos que tengo de los cuentos que Vasili me narraba antes de dormir eran de la princesa Romanov que podría haber escapado. La princesa Anastasia. Aunque fue asesinada junto con el resto de la familia, durante años hubo falsas afirmaciones de que había sobrevivido. Aun así, fue suficiente para hacer volar mi imaginación. No paraba de pedirle a mi hermano mayor que me contara historias sobre los príncipes que vagaban por el mundo, escondiéndose a plena vista del malvado Rasputín. *Anastasia* era mi película favorita, pero necesitaba más cuentos de hadas asociados a ella. Mi hermano me apaciguaba, aunque siempre concluía con la frase "esto no es real".

Sacudí la cabeza ante las ridículas historias.

Entré en la habitación, dejé la bolsa sobre la mesita y me dirigí al cuarto de baño. Me di una larga ducha y me froté la piel, dejando que el agua caliente se deslizara por mi cuerpo.

Cuando salí, me sentí renovada. Volví a la habitación y rebusqué en el bolso algo que ponerme para dormir. Una vez vestida con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes holgada, me metí bajo las sábanas y me quedé dormida en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

Un suave clic me despertó de mi profundo sueño. Parpadeé. ¿Lo había oído o lo había soñado?

Contuve la respiración. *Clic*.

Ahí estaba otra vez. Mi corazón dejó de latir durante un agonizante segundo y parpadeé, acostumbrándome a la oscuridad. Manteniendo mis movimientos al mínimo, me deslicé fuera de la cama por el lado más cercano a mi bolsa de viaje y busqué la Beretta que había metido en el bolsillo lateral. Entonces me acordé. Necesitaba el silenciador.

No podía tener a la policía de Moscú encima de mí esa noche.

Atornillé el silenciador. Uno. Dos. Tres vueltas. Me temblaban un poco las manos, pero lo conseguí. Levanté los brazos y apunté, manteniendo las manos firmes a pesar de los latidos desenfundados de mi corazón.

«*Mis hermanos estarían muy orgullosos*», pensé sin motivo.

Sin vacilar, puse el dedo en el gatillo, manteniéndola apuntando a la sombra.

—¡Alto ahí o disparo! —advertí. Las sombras se detuvieron. Un hombre. No pude verle la cara. Estaba demasiado oscuro. Pero era alto y delgado.

Dio un paso.

—Última advertencia.

Empezó a avanzar, dio otro paso y disparé. *Bang*.

El cuerpo cayó con un fuerte ruido sordo y esperé, conteniendo la respiración, pero nadie más entró. Ninguna otra sombra se movió. Lentamente, con la pistola en la mano, me acerqué al cadáver. Mantuve la guardia alta y los ojos bien abiertos. Nada.

Entonces, encendí la luz. Un cuerpo yacía desplomado; el rostro me daba la espalda. Cautelosamente, lo empujé con los pies, y el peso muerto rodó sobre sí mismo. El enfado se disparó en mi interior.

—¿Es en serio? —siseé.

La *Yakuza* en Rusia. El mundo se estaba yendo al infierno.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

KONSTANTIN



Tatiana huyó a Rusia y yo la seguí.

Podría haber enviado a uno de mis hombres que son de Moscú para recuperarla, pero no confiaba en nadie allí con ella. No plenamente. No en Rusia. Los hombres daban rienda suelta a sus perversidades en Rusia, sabiendo que la corrupción de los funcionarios los libraría de todo.

Además, la jodida *Yakuza* vagaba por las calles de Moscú, y no me fiaba de que no intentaran nada. Seguí el rastro digital gracias al localizador que llevaba. Ya no estaba en Moscú, pero mientras estuvo allí solamente hizo una parada, fuera del hotel y del aeropuerto. Así que me dirigí al lugar exacto, siguiendo las coordenadas.

—Aquí es —anunció Boris, con voz tensa. En cuanto reconocí la zona, supe por qué—. ¿Por qué iba a venir aquí? —preguntó, reflejando exactamente mis propios pensamientos.

No podía ser una coincidencia. No creía en ellas, especialmente en tantas. No cuando se trataba de ese maldito lugar. El mismo sitio donde mi madre fue asesinada. Allí mismo donde mi padre perdonó a un chico a petición mía y ese chico volvió con una puta venganza.

Nunca lo vi venir. Se llevó a mi mujer. Luego la usó y la convirtió en un blanco.

La ira se deslizó bajo mi piel, quemándome. La rabia sabía a ácido. Los recuerdos sabían amargos. ¡Demonios!

—Tengo que hablar con ella. —Tenía que averiguar qué diablos sabía. Los enemigos se acercaban y temía que ella pagara el precio. El único al que no sobreviviría. Su muerte. La *Yakuza* en Rusia. En mi ciudad. Tratando de matar a mi mujer.

El cabrón de esa habitación de hotel tuvo suerte de que ella lo matara a tiros. De lo contrario, su tortura habría sido larga y dolorosa.

La mejor manera de protegerla era poner mi anillo en su dedo. La convertiría en la señora de Illias Konstantin. Sonaba bien.

Así que seguí su rastro hasta la casa siberiana de los Nikolaev. Un resoplido sarcástico me abandonó. Prácticamente éramos vecinos desde el principio. Por supuesto, el primero con el que me topé fue su hermano mayor.

—Konstantin, me sorprende verte. —Vasili me miró con recelo—. ¿Estás de visita como *Pakhan* o como vecino?

Alcé una ceja. Mi casa rusa estaba en Moscú, apenas en un pueblo vecino.

Sacudió la cabeza.

—Lo juro, si Sasha ha empezado alguna mierda, voy a estrangularlo.

Vasili y yo teníamos la misma estatura. Él era unos años mayor, pero nuestra educación había sido similar. Los padres de ambos nos educaron para ser la cabeza de la familia. A diferencia de mí, sus hermanos eran más serviciales que los míos.

—No se trata de Sasha —dije—. Se trata de Adrian.

La sorpresa apareció en su expresión, pero la disimuló rápidamente. Era lo último que esperaba.

—¿Qué pasa con él? —inquirió, manteniendo la voz uniforme—. Está muerto.

—Lo sé, pero la mierda que empezó no —expliqué, con voz fría—. Empezó a joder a los miembros de algunas familias poderosas.

—¡Maldita sea! —siseó, y luego dejó escapar un suspiro. No sabía nada de los tratos de Adrian, pero por su mirada parecía que lo intuía.

—No pareces sorprendido.

—Hizo algunas cosas que cuestioné antes de que muriera —admitió—. Pero está dos metros bajo tierra y eso ha quedado atrás.

Lo observé, burlonamente. Tenía claro que yo no lo dejaría atrás. Pasé junto a él y me di la vuelta cuando permaneció pegado a su sitio.

—¿Por qué no entramos para que pueda infórmate de esto? —sugerí.

Levantó una ceja, frotándose la mandíbula y probablemente repasando los pros y los contras en su mente.

Sus ojos se entrecerraron.

—No sé por qué tengo la sensación de que no me va a gustar lo que vienes a decirme.

—Conociéndote, probablemente no será así —respondí, divertido—. Pero también nos serviría para terminar con esto.

Sacudió la cabeza, sin embargo, cedió.

—Por aquí entonces.

Unos minutos más tarde, nos encontrábamos en la biblioteca. Tomé asiento frente al escritorio y subí el tobillo para apoyarlo en la rodilla.

—Seré breve. —Empecé, mis ojos recorriendo a los hermanos de Tatiana—. Por la jodida de Adrian y la tuya, por dejarlo llegar tan lejos como lo hizo, quiero la mano de Tatiana en matrimonio.

No tenía sentido andarse con rodeos. La bomba ya había caído. Ahora que empiecen los juegos.

—¿Es en serio? —No me sorprendió, el hermano protector de Tatiana que la salvó de la zorra de su madre habló primero. Podía ser un puto grano en mi trasero—. ¡Hijo de puta! ¡Claro que no, maldición! ¡¡Vete a la mierda!! ¿Está jodidamente claro?

Una quietud mortal se apoderó de mí. Mi agarre se tensó. Su hermana sería mía, les gustara o no. Valía la pena empezar una guerra por ella.

—No está jodidamente claro. —Sacudí la cabeza, o me arriesgaba a perder el control. Y si lo perdía, le daría una paliza al hermano favorito de Tatiana—. Puedo hacértelo pagar o apartarte de mi puto camino.

—¡Vete a la mierda, Illias! —siseó Sasha—. No puedes tenerla. Me lo debes.

Las palabras de Sasha estaban cargadas de veneno y de miradas dispuestas a luchar. No era de extrañar que los hermanos de Tatiana no se hubieran tomado a la ligera mi exigencia.

Se me escapó un suspiro divertido.

—Cobraste tu deuda. ¿Te acuerdas? La novia secuestrada que escondes aquí.

Sasha se inclinó hacia delante, pero la mirada sin palabras de Vasili lo detuvo en seco.

En el aire flotaba un silencio tenso. Alexei permanecía antinaturalmente quieto, apoyado contra la pared con los brazos cruzados y la mirada fija en la puerta y en mí. Vasili se sentó en la silla junto a mí y frente a Sasha, quien no dejaba de mover su cuchillo. Lo abría. Lo cerraba. Lo abría. Lo cerraba.

Me crispaba los putos nervios. Me picaban los dedos por mi pistola. Podría dispararle en la mano, solo una pequeña bala.

—Si crees que esto es una broma, a mí no me causa gracia —comentó Vasili. Su ceño fruncido y aquellos ojos azul pálido me estudiaron como si pensara descifrar lo que fuera que estuviera pasando en mi cerebro. Sí, eso era imposible. Nunca había expresado interés por Tatiana, y nadie sabía nada del encuentro que tuvimos los dos en la pérgola.

Al parecer, ni siquiera la mujer con la que estuve. Debí tragarme la frustración que sentía en el pecho. La parte irracional que exigía que la llevara de vuelta a ese sitio y la cogiera sin piedad hasta que me recordara.

Jesucristo.

—¿Por qué ella? —Sasha reviró, atrayendo mi atención hacia el Nikolaev más loco—. Solo la has visto una vez.

Me encogí de hombros en lugar de contestar.

—No se tomará bien que la obliguen a casarse —señaló Vasili secamente. Al menos era lo bastante inteligente como para planteárselo. Sabía las repercusiones de la mierda de Adrian, y lo mal que se reflejaba en su familia. Y eso era decir poco.

—Entrará en razón. —«*Con el tiempo*».

—Está claro que no conoces a Tatiana —intervino Alexei, con voz fría.

Alexei Nikolaev.

Los tatuajes de su cara y de cada centímetro de su piel hacían huir a la gente. Hacía falta un poco más para que me lo planteara, pero parecía funcionar con la mayoría de las personas. Sabía que eso inquietaba a mi hermano gemelo, incluso antes de que decidiera perderse entre las drogas.

—Los negocios turbios de Adrian y su intento de chantaje ponen a Tatiana y a tu familia en una situación peculiar. Toda esa mierda recayó en las manos de Tatiana y, por defecto, en las tuyas. Ustedes saben, tan bien como yo, que la venganza es el nombre del juego en nuestro mundo. El matrimonio de Tatiana conmigo la protegería.

Vasili negó con la cabeza.

—Tatiana necesita tiempo.

—Ha tenido casi un año. —Mi voz era fría y mi intención clara.

—Ella nunca estará de acuerdo —afirmó Sasha—. Antes te cortaría los huevos que casarse contigo. No me gustan mucho las pelotas, pero, maldición, por ella te cortaría las tuyas.

—Y yo te sacaré la lengua solo para dejar de oír tu maldita voz —repliqué con una voz antinaturalmente calmada—. Seré breve y claro para que tu pequeño cerebro psicópata pueda procesarlo. Tatiana se casará conmigo. A finales de este año, llevará mi apellido.

Mis palabras fueron una afilada exigencia.

—Podemos protegerla —afirmó Alexei, con calma. Su temperamento y el de Sasha eran como la noche y el día. Estaba más allá de mi entendimiento cómo los dos se llevaban bien.

—No, no pueden. —Nuestras miradas se clavaron en las del otro mientras la animosidad bailaba en el aire—. Tu padre atrajo a Adrian a tu familia para establecer contacto con una organización. Y como tal, los Nikolaev asumieron la responsabilidad de las acciones de Adrian

desde ese día.

La sorpresa apareció en las caras de Sasha y Alexei, diciéndome que su hermano mayor *no* compartía *todo* con ellos. No era de extrañar. Cuando haces de jefe de familia durante tanto tiempo, es difícil desconectar de ese modo.

En sus ojos azules brillaba la furia, pero yo tenía ventaja. Me lo tomaría con calma por el bien de Tatiana, pero no por el de sus hermanos.

Vasili tensó la mandíbula, y no había que ser muy inteligente para saber que estaba molesto.

—Mi hermana no está en venta. Ni lo estará nunca. —No hice ningún comentario, esperando a que llegara a su propia conclusión de que realmente no tenía elección en este asunto.

—Las acciones de Adrian son tuyas —dijo Alexei secamente—. Era un hombre adulto y tomó sus propias decisiones.

—Que ahora recaen en Tatiana —alegué tajante.

—¿Por qué ella? —Vasili exigió saber, mirándome como si fuera a encontrar la respuesta en mi cara. Sí, buena suerte con eso, imbécil—. Ella no es nada para ti. Y lo es todo para nosotros. —Tan equivocado que estaba, maldita sea. Ella lo era todo para mí. El sol, la luna y las estrellas. El puto mundo entero—. Ella ha estado pasando por un momento difícil desde la muerte de Adrian.

—Deja de darle explicaciones —le espetó Sasha a su hermano—. Conozco a mi hermana y nunca te elegiría a ti.

Eso es incorrecto.

—Esto no es negociable. —Mi voz salió como un rugido sordo, sus palabras avivaban el fuego que ya ardía en mi interior. Tatiana era mía y nadie la alejaría de mí. Ni siquiera sus malditos hermanos. Sus protectores hermanos eran su única falla.

Los miré a los tres con frío enojo; los hombres que se interponían en mi camino para conseguir lo que quería.

—No le gustas, Konstantin —refunfuñó Sasha—. Ni siquiera eres su tipo.

La ira se retorció en mi pecho con aversión antes de helarse. Reconocí el sentimiento. Era el mismo que mi padre describía a menudo cuando se enteró de la traición de mamá. Ella era su vicio, y lo había arruinado igual que ese polvo blanco lo estaba haciendo con Maxim.

Estaba a punto de dejar que Tatiana se convirtiera en mi vicio o tal vez ya lo era. La necesidad de ella se extendía por mis venas como lava. Caliente y consumidora. Mientras hubiera vida en mi cuerpo, no renunciaría a ella.

Me levanté, me abroché la chaqueta y me di la vuelta para marcharme.

—Te dejaré procesar la fusión de nuestras familias —dije al abrir la puerta y encontrarme cara a cara con mi obsesión. Mis ojos recorrieron su esbelta figura envuelta en un característico traje blanco y negro de Chanel, que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel.

Sus ojos brillaron de sorpresa y sus mejillas se tiñeron de carmesí. Miró hacia atrás y luego hacia mí, preguntándose qué hacía yo allí.

—Tatiana —saludé, sonriendo con suficiencia. Dejémosla que sufra un poco. A menos que quizás se atreviera a preguntarle a sus hermanos qué hacía yo en ese lugar. Aunque dudaba que le dijeran algo. Siempre la protegían y la resguardaban de todo—. Es hora de ponerse algo de color —aconsejé, y luego pasé junto a ella, aspirando su dulce perfume.

Las rosas serían mi muerte.

Cinco horas más tarde, estaba sentado en mi propia biblioteca, detrás de mi propio escritorio, con un puro en la mano, estudiando a mi hermano gemelo.

Esta casa en la ciudad nos pertenecía a los dos, pero me parecía peculiar que él se encontrara allí. Odiaba ese lugar y no había puesto un pie en ella desde que murió nuestro padre.

El silencio reinó en la habitación, y mantuve mis ojos fijos en él. Estaba más delgado y pálido, con sombras oscuras bajo los ojos. Se me tensaron los músculos y la irritación me encendió el pecho. Me asaltó la idea de que tal vez, solo tal vez, había sido un error el proteger a mi hermano durante todos aquellos años. Quizá lo había debilitado.

—¿Así que vas a unir nuestro linaje con la zorra Nikolaev? —escupió, como si pronunciar su apellido fuera una enfermedad en la lengua.

—Cuidado, Maxim —advertí con voz fría. Podía ser mi hermano, pero Tatiana era mucho más. Algo visceral y violento me recorría cada vez que pensaba en esa mujer. La quería... no, la *necesitaba* desnuda debajo de mí, con sus uñas en mi piel y su trasero redondo bajo mis manos.

Pero aún más, quería protegerla. Casarse conmigo la haría intocable.

—Creía que odiabas a las rubias —comentó Maxim despreocupadamente, refiriéndose a nuestra madre. Cuando no respondí, continuó—: Illias... el nombre de mi *Papa* y de mi hermano. Los dos, son de la misma calaña. Unos asesinos.

Mi mirada podría matar a cualquier debilucho. Maxim tuvo suerte de ser mi hermano, o lo habría asesinado allí mismo.

Después de lo que había hecho nuestra madre, *Papa* no soportaba a las rubias. Maxim estaba demasiado drogado para darse cuenta de que estaba mezclando los hechos. A menos que pensara que estaba hablando con nuestro padre. Compartíamos el nombre, pero no éramos la misma persona.

—¡Estás tan jodido como *Papa*! —espetó—. Perseguirás a una mujer hasta la muerte, como hizo él. ¿Apretarás el gatillo y la ejecutarás como él lo hizo?

Mi expresión se ensombreció, advirtiéndole que, si soltaba una palabra más, sería su fin. Abrió la boca y, al ver mi mirada dura, la cerró, demostrando que aún le quedaba algo de instinto de conservación.

—¿Por qué estás en Rusia, Maxim?

Sus pupilas dilatadas se encontraron con mi mirada, pero supe incluso antes de que abriera la boca que no respondería con la verdad.

—Vacaciones.

Se levantó y se marchó, dejando tras de sí una sensación inquietante, justo cuando mi móvil señalaba un mensaje entrante.

Número desconocido.

Maldita mierda. Estaba tan harto de esos videos.

Otro mensaje entrante. Marchetti.

Lo mandé al buzón de voz mientras marcaba otro número. Nico Morrelli.

—¿Hola?

—Morrelli, es Illias Konstantin.

Un latido de silencio.

—Diablos, no me lo creía cuando vi el número. Estaba seguro de que era una broma.

Un soplo sardónico me abandonó.

—¿No somos un poco mayores para bromas?

—Tal vez, pero tengo hijas que entraron en mi caja fuerte como una broma. Así que con eso te digo todo. —Se me dibujó una sonrisa en los labios. Solo podía imaginar que lo volvían loco

—. ¿Qué puedo hacer por ti?

La diversión me abandonó al instante mientras pensaba en lo que necesitaba. Diablos, odiaba pedir favores, pero hasta ese momento había resultado infructuoso rastrear la huella cibernética. Tal vez Nico, con todos sus recursos, sería capaz de localizar la zona general de la que procedían esos vídeos.

—Necesito un rastreo —expliqué, las palabras sabían amargas en mi lengua. Debería ser capaz de depender de mi gemelo para todos los asuntos tecnológicos, pero el cerebro de Maxim estaba tan jodidamente frito por las drogas, que se había vuelto poco fiable.

—Claro, aunque creía que esos asuntos los manejabas más en privado —pronunció Nico, sabiendo perfectamente que así era.

—Esto es diferente —confesé—. Es más personal, y va dirigida a mí.

Maldición, iba dirigido a todos nosotros: Marchetti, Romero, Agosti, Leone, incluso a los Callahan desde que se habían unido a nuestra organización. Toda esa mierda empezó esa noche en el estacionamiento cuando mi viejo mató al padre de Adrian y a mi madre. El chico creció y vino por su venganza. Tal como mi padre advirtió. El viejo de Adrian buscó ayuda de las Espinas de *Omertà*. No la obtuvo. En cambio, el padre de Marchetti le contó, con discreción, a mi padre los planes de mi madre. Así fue como mi padre interceptó su cita.

Y tras aquello, Adrian quería su venganza.

—¿A qué nos enfrentamos? —preguntó.

—Una grabación imposible de rastrear —informé reclinándome en mi silla—. En cuanto termina de reproducirse, desaparece. —Dejé que las palabras calaran—. Los videos podrían utilizarse como prueba.

—Jodida, mierda.

Eso era decir poco. Aunque sabía que mis contactos podían manejar las pruebas y hacerlas desaparecer si llegaban al sistema judicial, eso no me ayudaría con Tatiana.

Especialmente si recordaba quién mató a Adrian.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

TATIANA



Illias Konstantin.

En el territorio de los Nikolaev. Bueno, técnicamente toda Rusia era su territorio, sin embargo el hogar era terreno sagrado y ese nos pertenecía. No a él.

Esperé a que mis tres hermanos terminaran con sus idas y venidas sobre quién se quedaba o se iba. Por supuesto, Vasili y Alexei se quedarían. Trajeron a sus familias. Era un hecho. Sasha debería saberlo.

Cuando dos de mis hermanos se dispersaron, dejándome con Sasha, por fin abrí la boca para hacer la única pregunta que importaba.

—¿Por qué estaba aquí?

La mirada de Sasha se desvió hacia mí, estudiándome.

—¿Quién?

Entrecerré los ojos, no estaba de humor para sus juegos.

—No te hagas el tonto, Sasha. Porque no lo eres. Dime, ¿por qué estaba Illias aquí?

Me di cuenta de mi error en cuanto su nombre salió de mis labios. Debería haberme referido a él por su apellido. Era más impersonal.

—¿Por qué crees que estaba aquí? —respondió con otra pregunta.

Me encogí de hombros.

—Si lo supiera, no te lo estaría preguntando. ¿Verdad?

Sasha dejó escapar un suspiro irónico.

—¿Alguno de tus amigos te ha dicho alguna vez que eres una pesada?

—No. —Mis labios se crisparon con diversión—. Nunca nadie se atrevió, porque te tenían miedo y... —Se me entrecortó la voz. Me tragué el pequeño nudo que tenía en la garganta. Todos los chicos del instituto temían ver a mi hermano o a mi guardaespaldas. Significaba que alguien iba a recibir una paliza—. Eres el único que se ha atrevido a decírmelo a la cara.

Sonrió, con ese gesto frío y engreído mientras me observaba con esa mirada siempre cómplice.

Para el mundo exterior, Sasha era un psicópata, un asesino a sangre fría. Para mí, era el hermano que mostraba más afecto y comprensión. Aunque era mucho mayor que yo, tenía una edad más cercana a la mía que Vasili. Y era más juguetón. Había ciertos juegos a los que Vasili nunca se atrevería a jugar conmigo. A Sasha le importaba un bledo. Si yo quería que tomara una Barbie y jugara conmigo, lo haría.

—Tienes muy buen aspecto —halagó.

—¿No lo tengo siempre? —bromeé, poniendo los ojos en blanco.

La preocupación en su expresión no disminuyó.

—Sí, pero el año pasado fue duro. Estaba preocupado.

Agité la mano, esperando que dejara de preocuparse por mí. Pronto tendría una esposa. Branka y él no tardarían en llegar al altar. Apostaría por ello.

—Nosotros, los Nikolaev, siempre salimos ganando —agregué—. Ya lo sabes.

Su expresión me dijo que no. Madre no salió vencedora. Padre no salió adelante. Alexei tuvo una vida de mierda. Vasili casi pierde al amor de su vida gracias a la red de mentiras que dejó madre. Bueno, tal vez no salíamos ganadores. No importaba.

—¿Qué pasa entre Konstantin y tú? —inquirió Sasha mientras se recostaba en la silla. Esperaba pillarme desprevenida, pero me enseñó demasiado bien. Nunca lo soltaría. No hasta que estuviera preparada.

—Nada en absoluto.

—Entonces, ¿por qué quiere casarse contigo? —Mi pecho pasó de caliente a un volcán. Mi pulso se aceleró. La sangre me corría por las venas como si me hubieran inyectado una droga potente.

—¿Qué?! —Mis labios se movieron. Dije esa palabra, pero no podía oírla, mis oídos zumbaban muy fuerte.

—Exige tu mano en matrimonio, mi señora —repitió Sasha secamente. ¡Cabrón!

Cuando era pequeña, le hacía jugar conmigo a que yo era una princesa y él un caballero de brillante armadura. Luego le hice imitar frases que había oído en una obra histórica, pero él siempre lo estropeaba con sus constantes ojos en blanco cada vez que decía las frases. Luego, me llamó burlonamente "Mi señora" y "Su alteza" durante meses.

—El todopoderoso y gallardo *Pakhan* quiere que seas su novia. ¿Qué dices, oh mi encantadora señora? ¿O debería decir su alteza?

Incluso hizo ese movimiento giratorio con la mano delante de él al inclinarse, como esos hombres del programa. Aunque le salió algo fuera de práctica. El hecho de que estuviera sentado mientras lo hacía mataba toda la ritualidad.

—¡Eres un imbécil! —espeté, poniéndome en pie—. Y no me casaré con él.

El imbécil debería haberme preguntado a *mí*, no a mis hermanos. Yo no sería un peón barajado en el tablero como si nada. Illias Konstantin necesitaba que le recordaran quién era la pieza más poderosa del tablero de ajedrez. *La reina*.

Así que mejor que se arrodillara y rogara por mi mano.

—Vasili quiere paz —comentó, dejando escapar un suspiro divertido—. Mas no te preocupes, ya se lo he dicho a todos. Mi hermana sabe lo que quiere y el *Pakhan* no lo es.

La convicción en la voz de mi hermano me hizo sentir como un fraude. Era cierto que no quería casarme con él, pero no diría exactamente que no quería a Illias. Mi cuerpo parecía tener mente propia cuando se trataba de ese villano.

Sí, ese villano no podría ser mi rey. Me lo comería como desayuno.

Mi mente se apoderó de inmediato de imágenes de mí arrodillada, chupándosela en el desayuno. Maldita fuera mi imaginación. Era lo último que necesitaba. Era difícil negar la química que sentía cuando ese hombre estaba cerca. Aparte de aquella experiencia en la pérgola con Adrian, nunca había sentido una atracción tan fuerte por otro hombre. Solo de pensarlo me temblaban los muslos.

Diablos, la lujuria era la espina que me llevaría a la perdición. Más me valía centrarme antes

de que esas *espinas de lujuria* me atacaran de nuevo.

Mis pasos se sintieron tan pesados como el plomo mientras me dirigía a la puerta. Justo cuando mis dedos agarraban el picaporte, la voz de Sasha me detuvo.

—Tatiana, estás jugando con fuego. —Sasha me conocía demasiado bien. Era la desventaja de ser cercana a tu familia.

Observé a mi hermano por encima del hombro, nuestras miradas chocaron.

—Mi querido hermano, nacimos en el fuego. Más vale que hagamos una salida igual de dramática.

—Lo mataré por ti. Solo dilo —juró y supe que lo decía en serio—. Pero sabes que no acabará ahí. Tendremos que poner en marcha un plan. Escondernos. —Sus labios se crisparon—. En algún lugar cálido, si es que te conozco bien.

El mundo debía estar patas para arriba si mi hermano más loco estaba siendo precavido.

La advertencia de Sasha resonó en mis oídos durante todo el camino de vuelta a mi dormitorio.

La casa familiar siberiana de los Nikolaev.

Tantos recuerdos. Tantos inviernos helados, pero se sentía bien estar rodeada de la familia. Sasha y su mujer eran el centro de atención, aquello me daba vía libre para escarbar en mi memoria en busca de la siguiente pista.

La llave que abriría esa caja.

Probablemente estaba en New Orleans. En alguna parte, aunque no podía esperar tanto para abrirla. Así que recurrí a forzar la cerradura usando mi horquilla. Mi hermano Sasha estaría orgulloso. Después de todo, él fue quien me enseñó la habilidad, permitiéndome escabullirme sin ser atrapada.

Doblé la horquilla en un ángulo de 90 grados. Luego la introduje en la cerradura. Moví la horquilla. Arriba y abajo. De izquierda a derecha. La empujé, aplicando presión dentro del cilindro de la cerradura. Seguí intentándolo. Una posición. Luego otra.

Hasta que lo sentí. *Hizo clic*.

La tapa saltó y la abrí con impaciencia. Me quedé mirando las fotos descoloridas. Las tiré todas por el suelo de mi habitación, que no ocupaba desde que era pequeña. Estudié cada foto, pero no tenía ni idea de lo que significaban. Ni de quiénes eran.

Una mujer con una preciosa melena rubia sostenía a un bebé en brazos, apoyada en un hombre que casi se parecía a... Adrian. Tal vez eran sus padres. Tendría sentido. Le di la vuelta a la foto y encontré un año escrito con letra clara.

—Ese fue el año en que nació Adrian —murmuré para mis adentros.

Pasé a la siguiente foto, que mostraba una casita con una valla blanca alrededor y al hombre trabajando en el jardín y un bebé de seis o siete meses sentado en una silla a su lado, sosteniendo una pala diminuta. Quienquiera que tomara la fotografía captó el momento exacto en que el hombre miraba a la cámara y su sonrisa era cegadora.

Nunca había visto a Adrian sonreír así. Era la misma sonrisa, pero diablos, tan diferente que se me agrietó el pecho. Sacando a la luz una sospecha que nunca quise admitir. Una pregunta que nunca quise hacer.

«¿Alguna vez me amó?»

No lo sabía. O quizá no quería saberlo.

Poco a poco me iba quedando claro que no había conocido bien a Adrian. Yo no entendía los matices oscuros que lo habían hecho ser él. Los profundos y oscuros secretos que albergaba. Pero ya se había ido, y perdí la posibilidad de conocerlo.

Sigo adelante. Parado entre las sombras.

¿Era eso lo que significaba su mensaje? Que me perseguiría para siempre. O que me daría respuestas mientras permaneciera en mi corazón como un fantasma. Dejé escapar un fuerte suspiro.

¡Maldita sea! Ojalá se hubiera dejado un cuaderno explicando qué mierda estaba haciendo, en lugar de esas crípticas fotografías que no me decían absolutamente nada. Revolviéndolas todas, me pregunté por qué mi difunto marido me había metido en ese laberinto.

Solo para recuperar fotografías.

Estudiando cada una de ellas, busqué pistas, cualquier cosa que me dijera que era importante en ellas. Aparte del sentimentalismo.

Treinta minutos mirando las viejas fotos y no estaba más cerca de entenderlas que cuando abrí la caja por primera vez, así que las guardé todas en mi bolso.

La respuesta acabaría llegando. Parecía ser el caso con todas esas pistas.

Salí de mi habitación y recorrí los pasillos de nuestra casa rusa. Había hecho las maletas y estaba lista para irme. Tendría que volver a nuestro *penthouse* y registrar cada maldito rincón de aquel lugar. Estaba ansiosa por resolver el enigma y dejarlo todo atrás.

Aunque era un misterio qué era exactamente lo que iba a dejar atrás. ¿Adrian?

Estaba tan sumida en mis pensamientos que no había reparado en Isabella hasta que la tuve delante de mis narices, con una mirada frenética. Miré a su alrededor buscando a Nikola, pero no estaba.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, alarmada—. ¿Son los niños?

Ella negó con la cabeza.

—No, la reunión...

Le fallaba la voz, pero el pánico en sus ojos lo decía todo. Alexei y Vasili fueron con Sasha a reunirse con el hermano de Branka. No podía haberse convertido en una guerra en toda regla. ¿No?

—Le dispararon a Branka —suspiró.

—¿Cómo? —Se iba a encontrar con su hermano. No me imaginé a Killian perdiendo la cabeza y disparándole. ¿Cierto? Debería haberla acompañado. ¡Santo cielo! ¿Por qué diablos, en ese momento, les hice caso a los hombres?

—Maxim Konstantin le disparó.

Jadeé en estado de *shock*. Era lo último que esperaba.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Apuntó a Sasha. No lo sé.

Nada tenía sentido. ¿Los Konstantin empezaron una guerra con los Nikolaev a propósito? ¿Era ese el resultado de que mis hermanos rechazaran a Illias? Mierda, tal vez debería haberles dicho a todos que me casaría con él. Después de todo, el sexo era genial, al menos.

Inmediatamente me di una bofetada mental. «*Céntrate en lo que sucede. Le dispararon a Branka*».

Mierda, Sasha se pondría como una fiera. Si Vasili quería la paz, ya no la habría. Apoyaría a

Sasha yendo a la guerra contra los Konstantin. Incluso Alexei se sumaría.

La duda surgió en mi mente y se abrió paso hasta mi corazón.

¿Era esa la intención de Illias todo el tiempo que pasó conmigo? ¿Acercarse a mí para perjudicar a mi familia? Tal vez ese había sido el propósito detrás de su interés todo ese tiempo. La duda era como veneno deslizándose por mis venas y mi mente.

—¿Crees que los Konstantin comenzaron la guerra a propósito? —le pregunté a Isabella. No es que ella lo supiera.

Se encogió de hombros.

—¿Con qué motivo?

Era una buena pregunta. No era como si Illias necesitara una excusa para empezar una guerra. Podría haber ido tras nosotros hacía tiempo.

Sacudí la cabeza y me centré en el problema. Teníamos que asegurarnos de que Branka saliera adelante.

—Dime qué necesitas que haga —pedí. No podía ayudarla con asuntos médicos, pero estaba segura de que podría ayudarla con *algo*.

—Aurora se quedará con los niños —continuó—. ¿Puedes ayudarla con ellos? Voy a ir al hospital.

Asentí con la cabeza, mirándola atónita.

Extrañamente, el hombre de ojos oscuros y alma aún más oscura pasó por mi mente. Quería asegurarme de que estaba bien, no obstante, solo con eso me convertía en una traidora hacia mi familia.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

TATIANA



Tres semanas habían pasado desde que empezó todo ese calvario.

Branka pasó dos semanas en un hospital ruso. Luego ella y Sasha volvieron a nuestra casa de allí, mientras que yo regresé con Vasili y Alexei a New Orleans.

Ahora que sabíamos que saldría adelante, todos respirábamos más tranquilos. Temía por el estado de nuestra familia, en concreto por Sasha, si no lo hubiera hecho. Afortunadamente, nunca nos enteraríamos de cómo sería.

Aunque ahora teníamos otro problema entre manos.

Como se preveía, Sasha le declaró la guerra a Illias. Vasili y Alexei, mis otros hermanos idiotas, lo apoyaron. Lo peor era que ambos sabían que no podían ganar contra él.

Nuestra familia tenía un nivel diferente de estupidez y demencia.

Debí haber sido una idiota de otra clase, porque me preocupé por Illias. Maxim era su hermano gemelo. Sí, era el enemigo e intentó hacerle daño a mi familia. Si no estuviera muerto, yo misma lo habría matado por estar tan loco como para intentar lastimar a mis seres queridos. Si hubiera tenido éxito, yo misma le habría declarado la guerra a los Konstantin, pero aun así no me gustaba la idea de que el demonio oscuro estuviera de luto.

Sí, necesitaba un chequeo de cordura.

El *Pakhan* ruso ya era mayorcito y, desde luego, no necesitaba que viera como estaba. Sin embargo, después de dos semanas preocupándome por él, finalmente cedí y le escribí un mensaje de texto.

Por primera vez.

Yo: Mis condolencias.

Me quedé mirando el mensaje. Era demasiado frío. Demasiado corto. Demasiado algo. Borré todo e intenté un enfoque diferente y escribí:

Yo: Si necesitas hablar o lo que sea, házmelo saber.

Uff, eso tampoco fue muy compasivo. Así que borré el mensaje de nuevo. Dios mío. ¿Cuándo me convertí en una mujer estúpida e insegura? Yo no era así. Sabía lo que quería e iba por ello. No me preocupaba por escribir un mensaje de texto.

Así que escribí de nuevo.

Yo: ¿Quieres un trago?

Pulsé "Enviar" y me quejé por dentro. También era un mensaje estúpido. Mierda. La respuesta de Illias fue casi instantánea.

Illias: En mi casa.

Mis labios se curvaron y algo en mi pecho crepitó y chispeó, como bengalas encendidas en víspera de año nuevo. Así se debía sentir tener un flechazo de joven. Nunca pasé por esa etapa de estar rendida a los pies por alguien y buscar información sobre él. Sin embargo, en ese instante estaba entrando en esa fase. Tuve la tentación de buscarlo en Google y preguntarle a mi hermano todos los detalles sobre él. Por suerte, no había perdido mi inteligencia.

Así que escribí un mensaje de vuelta, fingiendo ser *cool*.

Yo: ¿Me quieres ahora?

La respuesta fue cortante.

Illias: Siempre te he deseado.

Me desmayo. Se me calentó el pecho y fue alarmante la vulnerabilidad de mi reacción ante él.

Mi móvil volvió a zumbar.

Illias: Espérame en mi casa. French Quarter. Estoy en el funeral. Cementerio de St. Louis.

Mierda, hoy era el funeral de Maxim. Tenía que estar en el entierro. ¿Pero en New Orleans? Empecé a pensar que tal vez Illias Konstantin estaba listo para una guerra con Vasili. De lo contrario, habría enterrado a su hermano en California. O en Rusia. Después de todo, él era el *Pakhan* de esos territorios.

Nada de eso tenía sentido. Tendría que preguntárselo.

A pesar de todo, no me dio pena la muerte de Maxim. Era él o mi familia, pero sí lamenté el dolor que Illias probablemente tuvo que soportar.

Inhalando profundamente, escribí una breve respuesta.

Yo: De acuerdo.

Era estúpido, pero confié en que Illias no me haría daño. Llámalo instinto o ser simplemente tonta.

Tuvo muchas oportunidades para hacerme daño o acabar conmigo y no lo hizo.

Y por primera vez en toda mi vida, sentí la necesidad de ser el consuelo de alguien.

Tomé mi bolso, subí al vehículo y aceleré en dirección al cementerio.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

KONSTANTIN



La lápida de Maxim yacía justo al lado de la de mi madre. Era donde estaba destinado a estar. Siempre supe que terminaría así. Todo lo que mi hermano había hecho conducía a ese final. Todavía me dolía ver que se había ido. Mi hermana y yo tuvimos un velorio privado en Rusia para él. Le dio la oportunidad de decir adiós. Era más seguro de esa manera y la mantuvo protegida.

Mi gemelo se trastornó desde que su mujer murió. Había intentado mostrarle que era mejor seguir adelante, pero se negó. Alentó al viejo Russo cuando rompió el acuerdo con su hija. Aunque solo era una excusa. Ese viejo maldito era un bastardo codicioso.

Llevaba tres semanas desaparecido. Mi hermano acabó consigo mismo cuando apretó el gatillo, y yo no podía quitarme a la rubia de la cabeza. No había salido de mis pensamientos desde la última vez que la vi.

New Orleans no era mi ciudad. Nunca me importó, pero ahora albergaba en su cementerio a dos miembros de mi familia. El cuerpo de mi padre permaneció en Rusia. Era un acto cruel enterrarlo junto a mi madre.

El aire estaba cargado de humedad veraniega. La luz del sol brillaba a través de las viejas piedras y proyectaba sombras sobre el cementerio de más de cien años. Por mi mente pasaron imágenes de mi hermano gemelo.

El adicto. El hombre con el corazón roto. El *geek* durante los años escolares. El niño asustado.

Tras la muerte de *Mama* se convirtió en un niño aterrorizado. La depresión lo atormentaba. El amor lo ahogó. Luego, la amargura se lo tragó entero.

La crueldad de nuestro mundo no le gustaba.

De algún modo, sabía que acabaríamos allí. Ninguna protección podría haberlo mantenido a salvo cuando empezó a perderse en el polvo blanco.

Marchetti, Agosti, Leone, Romero, Callahan.

Todos estaban detrás de mí mientras el cura de la ciudad daba su última bendición al alma eterna de Maxim. Todo era una puta mierda. Ninguno de nosotros se lo ganó. Ninguno de nosotros lo conseguiría.

Me quedé mirando ambas lápidas, los grabados eran idénticos. No estaban lejos de Adrian Morozov. Aún me asombraba que su mausoleo estuviera tan cerca del de mi familia.

Con la bendición final, el cura se acercó y me dio el pésame. Le estreché la mano sin

molestarme en entablar conversación.

Mi teléfono sonó y, a pesar de que el cura hablaba de la vida eterna que le había asegurado a Maxim, ignoré su parloteo y tomé mi móvil.

La sorpresa me invadió al ver que era un mensaje de Tatiana.

Tatiana: ¿Quieres un trago?

No perdí tiempo en responder.

Yo: En mi casa.

Aparecieron burbujas y luego una respuesta.

Tatiana: ¿Me quieres ahora?

Resoplé con sarcasmo. En ese instante, el día anterior, diez años atrás. El día de mañana. Dentro de diez años.

Para siempre.

La quería para siempre.

Nunca había vivido de verdad hasta que Tatiana entró en mi vida. Mi hermano estaba muerto, pero no era culpa suya. Su vida empezó a acabarse lentamente el día que vimos morir a nuestra madre.

Escribí un mensaje de respuesta.

Yo: Siempre te he deseado.

Luego, para asegurarme de que sabía adónde ir, aclaré.

Yo: Espérame en mi casa. French Quarter. Estoy en el funeral.
Cementerio de St. Louis.

Una respuesta breve.

Tatiana: De acuerdo.

Satisfecho de que me esperara y guardándome el teléfono en el bolsillo, volví a fijarme en la fila de dolientes. Algunos honestos; muchos no. Maxim consiguió muchos enemigos durante sus años de drogadicción. Sus habilidades para acceder a cualquier sistema le jugaron en contra durante esos años, porque quería joder a la gente, por una razón u otra.

Dante Leone se acercó para darme el pésame y estrecharme la mano. No me molesté en responder, solo asentí con la cabeza.

Marchetti fue el siguiente, sus ojos observaban el área.

—¿Solo tú?

La pregunta era extraña, pero mi mente estaba en otra parte, de vuelta en mi hogar con el ángel rubio que me estaría esperando.

—Sí. ¿Quién más crees que estaría aquí? —pregunté sarcásticamente—. Acabo de enterrar a mi hermano.

No es que me haya apoyado mucho en los últimos años. En cuanto a mi hermana, nunca traería a Isla cerca de esos hombres. Los dos nos despedimos de Maxim juntos, en Rusia. Ninguno de los dos había estado cerca de él durante años, su rabia lo alejó de nosotros.

No obstante, fue una pérdida.

—Avísame si necesitas algo. —Me ofreció Marchetti. Asentí con la cabeza—. ¿Los Nikolaev causarán más problemas?

Exhalé irónicamente.

—Probablemente. —Aunque estaba a punto de causarles problemas aún mayores—. Sin embargo, me encargaré de ellos. Ahora tomaron la vida de mi hermano y su mujer. La mierda de Adrian podría ser percibida en parte culpa de ellos también. Así que es su turno de pagar.

Y sabía exactamente cómo, o más bien, quién saldaría esa deuda.

Se oyó un alboroto detrás de mí, aunque lo ignoré mientras Amon Takahashi Leone se acercaba. Nos dimos la mano sin hablar. No se preocupaba por las sutilezas. Por eso me caía bien. Era la razón por la que lo apoyaría incondicionalmente contra su primo, que dirigía la *Yakuza*. Después de todo, era su derecho de nacimiento. Todo lo que tenía que hacer era reclamarlo.

—Gracias por venir.

—Por supuesto. —Los ojos oscuros de Amon se desviaron hacia la fuente de la conmoción que había a mi espalda y la diversión pasó por su expresión. Me di la vuelta y vi a Tatiana de pie, discutiendo con sus guardaespaldas.

Llevaba un vestido negro de Gucci con lunares blancos, que se ceñía a sus curvas. Le quedaba como un guante, pero tendría que renovar seriamente su vestuario con otros colores. Diablos, cualquier cosa, menos el negro. Eso tenía que desaparecer.

Me dirigí hacia ella, sin prestarle atención a nadie más, y mis ojos se clavaron en sus rasgos angelicales. Podía parecer suave e inocente, pero Tatiana Nikolaev era una fuerza a tener en cuenta.

Una reina por derecho propio. Protectora. Feroz. Leal.

Era lo que todos ansiábamos, pero no muchos encontraban.

—Illias... —murmuró.

—Creí haberte dicho que me esperaras en mi casa. —Mi tono era bajo y firme. Tal vez un poco brusco.

—Tatiana... —Yan comenzó, poniendo su cuerpo entre ella y yo como un escudo.

Tatiana dejó escapar un suspiro exasperado.

—Yan, muévete o te juro que te voy a patear el trasero.

Cuando él se negó a moverse, ella le puso las dos manos en la espalda y lo empujó fuera de nuestro camino.

—A menos que quieras que el pobre Yan muera —advertí peligrosamente por lo bajo, con los ojos brillando furiosos hacia el tipo—. Te sugiero que quites las manos de su cuerpo.

Tatiana las levantó inmediatamente en el aire.

—Sin tocar. ¿Ves?, ¡no estoy tocando! —Ella sacudió la cabeza—. Estás loco, ¿sabes?

—Tal vez.

—Los dos están locos —agregó Yan—. A estas alturas, perderé mi trabajo antes de lo previsto.

—No, no pasará —aseguró Tatiana con firmeza, y luego se encontró con mi mirada—. Sé que esto es extraño teniendo en cuenta las circunstancias de la muerte de tu hermano. —Se aclaró la garganta, sus ojos se desviaron detrás de mí hacia donde estaba la lápida de Maxim. Y también la de Adrian—. Pensé que podría llevarte a casa.

Alcé una ceja, pero me quedé callado y esperé. Observando. Su delicado cuello se movió al tragar, pero su mirada nunca se apartó de mí. Se clavó en la mía, sus llamas azules acariciaban algo dentro de mí.

Algo desconocido. Algo salvaje. Algo que solo ella podía domar.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

TATIANA



Mis hermanos explotarían de rabia si supieran con quién me encontraba. Le declararon la guerra al *Pakhan* y allí estaba frente a él, el día del funeral de su hermano, ofreciéndole consuelo, sin embargo, yo conocía el crudo dolor de la pérdida. Quería ofrecerle ánimo.

Sasha encontró a su media naranja. Era feliz, podía verlo en sus ojos. Yo solía tener la misma mirada, pero ya no. Ahora todo lo que veía era vacío. Envidia. Lo odiaba. Despreciaba esa soledad que me arañaba el pecho, dejándome sin aliento. Aunque cerca de Illias, no experimentaba ninguno de esos horribles sentimientos. Sentía esperanza y algo cálido, era como ser cobijada por una manta de bebé.

Así que seguiría esas sensaciones. Y parecían llevarme siempre a Illias. No quería morir sola, rodeada de gatos. Me debía a mí misma ver hacia dónde terminaba esto con él. Incluso si era temporal. Si no me daba esa oportunidad, acabaría sola.

Los hombres que claramente formaban parte del bajo mundo se paseaban por el cementerio y nos observaban tensos. Mi mirada los analizó. Todos y cada uno de ellos iban extremadamente bien vestidos, como modelos de revista. No obstante, sus ojos hablaban de la oscuridad que solo exhibían los miembros de ese mundo.

Mis ojos vagaron por todos ellos hasta que se detuvieron en la lápida.

HIJO.

HERMANO.

QUE ENCUENTRES LA PAZ JUNTO A LAS ROSAS Y LAS ESPINAS.

La lápida de Maxim estaba justo al lado de la de Adrian. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando mi mirada se clavó en el lugar de descanso de mi difunto esposo. «*Una tumba vacía*», pensé, preguntándome si sus cenizas, dondequiera que estuvieran, encontrarían la paz.

—Espinas y promesas —susurré.

Se me quebró la voz. La emoción me atravesó, destrozándome el alma. Mis ojos ardían por las lágrimas que ya no tenía. Creía que estaba mejor, pero bastó con echar un vistazo a la cripta de Adrian para dar dos pasos atrás en mi proceso de curación. Pequeños temblores recorrieron mi cuerpo y el oxígeno se extinguió de mis pulmones. Illias tomó mi mano entre las suyas y sus

dedos se apretaron en torno a los míos.

—¿Quieres irte? —preguntó, sus palabras me acariciaron como la cálida brisa de verano contra la piel caliente—. Quiero que estés bien.

Vine a consolar a Illias por su pérdida y aquí estaba él consolándome a mí. Eso demostraba la clase de hombre que era. ¿Cierto?

Respiré hondo yforcé una sonrisa.

—Estoy bien —aseguré. No pude sonreír, pero algo en mis ojos debió de convencerlo, porque asintió en silencio y se volvió para mirar a la siguiente persona que se acercó a darle el pésame.

La compostura de Illias era sólida como una roca y lo envidiaba. Mientras permanecía a su lado, murmuraban una y otra vez las mismas palabras “Mis condolencias”. Y poco a poco fui recuperando la compostura. Me lanzaron algunas miradas curiosas, pero Illias se negó a pasar más de cinco segundos con alguno.

Hasta él.

El cuerpo de Illias vibraba con la tensión que se enroscaba bajo su piel. Podía sentir cómo se filtraba en mí. Así que seguí su mirada hacia mi izquierda, hacia el desconocido de cabello oscuro y ojos aún más oscuros. Tendría unos cuarenta y tantos años. Su belleza era impresionante.

Lo había visto antes. Sabía que lo había hecho.

—¿Quién es? —le pregunté a Illias, con interés en mi voz. Como no respondió, le lancé una mirada. Tenía los ojos entrecerrados, como si intentara descifrar algo.

Justo cuando pensaba que no contestaría, lo hizo.

—Enrico Marchetti.

—Marchetti —musité, sintiendo cómo me invadía la sorpresa.

Enrico Marchetti era el enigmático CEO del imperio de productos de lujo Marchetti. Su rostro nunca aparecía en público. Era un misterio tras una de las mayores empresas de Europa. Se le consideraba uno de los hombres más ricos del mundo.

Grueso cabello oscuro con leves hebras color plata en la sien. Piel aceitunada. Hombros anchos. Una figura alta con un traje perfecto. La dureza habitaba tras esos ojos oscuros.

Algo parpadeó en el fondo de mi mente. Se me heló la sangre, luchando contra el recuerdo que intentaba pasar al primer plano de mi mente. Me puse rígida, mientras una mezcla de inquietud me retorció el estómago.

«*Tengo que recordar. Tengo que recordar*».

En mis entrañas, podía sentir su importancia.

Marchetti se acercó lentamente, con la mano en el bolsillo y los ojos fijos en mí. Cada paso que daba lo acercaba más a mí y el palpitar de mis sienes se intensificaba. Fruncí el ceño mientras una emoción inidentificable atravesaba la oscura mirada de Marchetti.

Pero cuando se paró frente a mí, la expresión desapareció bajo la oscuridad de su mirada.

—Tatiana Nikolaev, supongo —me saludó.

No me había dado cuenta de que me había acercado a Illias hasta que su mano me rodeó la cintura y apretó. Que patético. Vine a ofrecerle consuelo y los papeles se habían invertido.

—Así es, ella es Tatiana —respondió Illias. Parecía que había perdido la voz, pero enseguida la encontré.

—Y tú eres el infame Enrico Marchetti —repliqué suavemente—. El rey del imperio del lujo. Al menos así te llaman.

—Veo que sigues mi carrera. —Sus palabras estaban cargadas de ironía.

—Bueno, no a *usted per se*. —Nunca había visto una foto junto a su nombre. Sin embargo, ¿por qué me resultaba tan familiar?—. Pero me gustan sus productos. Además, cuando compraron a todos los demás diseñadores italianos famosos, era difícil no fijarse en la marca Marchetti.

Me miró fijamente, su rostro era la imagen de una máscara cortés, aunque debajo de ella podía sentir que se avecinaba una tormenta.

Mis ojos se desviaron hacia Illias y descubrí que su mandíbula se había tensado, su alta estatura se había centrado en Marchetti, junto con su aguda mirada.

—Veo que tenemos una reunión junto a la tumba. —Una voz tranquila y profunda vino de un lado, y la seguí para encontrar esa cara hermosa que ya había visto antes. Su mirada divertida se detuvo en mí.

—¡Hola, tú otra vez! —exclamé y luego me di cuenta de lo ridículo que sonaba. Por su expresión de desconcierto, él también lo pensó—. Como que te conozco.

Dios, no era tan guapo como para que se me trabara la lengua.

—Me alegro de volver a verte. Aunque las circunstancias podrían haber sido mejores la última vez. —Con ironía, dirigió una mirada a Marchetti e Illias, su rostro lleno de educada impasibilidad.

¿Por qué parecía que había algo más de lo que no me estaba enterando?

—Por si lo habías olvidado, soy Amon. —Se presentó—. Amon Leone.

Como si pudiera olvidar su nombre o ese rostro. Dios mío. Podría mirarlo día y noche, y nunca me cansaría de su rostro. Pero la hermosura de Amon no era lo importante allí. Era distinguir quién era quién.

Mi cerebro repasó los nombres que había escuchado en el bajo mundo. Leone no era uno de ellos. Tampoco lo era Marchetti. Sin embargo, la oscuridad y la crueldad que caracterizaban a todos los mafiosos que conocía formaban parte de su ADN.

En cámara lenta, o tal vez era mi lento cerebro, me volví hacia Illias para encontrarme con que le punzaba el músculo en su mandíbula. Su mirada oscura e implacable, llena de algo aterrador, estaba clavada en los dos hombres. Sus ojos eran una tormenta oscura y violenta, y su rostro estaba marcado con líneas de ira.

—Marchetti. Leone.

Sin dirigirles una segunda mirada, me condujo al coche y fuera del cementerio. No pude evitar notar que su cuerpo vibraba de tensión.

Sin embargo, su agarre era tan fuerte y tranquilizador que aliviaba las señales de advertencia de la tormenta que se avecinaba en lo más profundo de mi ser.

Debería haber sabido que iba a explotar.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

TATIANA



El trayecto fue silencioso hasta la casa de Konstantin, en el corazón del French Quarter de New Orleans. La ciudad aún dormía tras las fiestas nocturnas.

No importaba la época del año, en esa ciudad siempre había fiestas.

No nací allí, pero me encantaba. El calor. El *jazz*. Los *Beignets*. Jambalaya. Incluso los estúpidos borrachos.

En cuanto me estacioné y subí a la acera agrietada de una manzana conocida de ese barrio, inhalé hondo y luego lo solté lentamente. Había algo en esa ciudad que siempre me atraía.

—Gracias por traerme a casa. —Illias rompió por fin el silencio mientras rodeaba mi pequeño Audi R8 rojo y deslizaba su mano hasta la parte baja de mi espalda. El calor de su tacto abrasó el fino material de mi vestido de diseñador y deseé sentirlo sobre mi piel.

Yan ya estaba detrás de nosotros cuando entramos en el gran patio de la residencia de Konstantin.

—¿Cómo llegaste a ser dueño de este lugar?

—Lleva siglos en mi familia. —Mi ceja se alzó, sorprendida—. Mi padre dejó que tu padre se hiciera cargo de este territorio. La familia de mi madre lo dirigía antes que los Nikolaev.

¿Cómo no lo sabía?

—Creía que tu familia prefería la patria del “congelate el trasero” —bromeé en voz baja.

Su paso se detuvo y la tensión llenó el aire durante un segundo, una emoción inidentificable pasó por su rostro. Se volvió hacia mí y me clavó la mirada.

—¿Qué? —indagué cuando me miró con extrañeza.

—Paso la mayor parte del tiempo en California. —Me invadió la sorpresa, seguida inmediatamente por un recuerdo. *Jesucristo*.

—Recuerdo dónde te he visto antes —murmuré, frunciendo las cejas. Fue un momento muy breve. En el restaurante Constantinople—. Te conocí en el restaurante de allí. ¿Cómo pude olvidarlo?

—Dímelo tú —respondió—. Ciertamente hiere mi ego que nuestro encuentro haya sido tan poco memorable.

Mis ojos se detuvieron en él y mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Tu ego parece intacto.

Las comisuras de sus labios se levantaron y las mariposas revolotearon en mi estómago.

—Ya puedes irte —le ordenó Konstantin a Yan, que se mantenía firme en la puerta—. La

mantendré a salvo en mi propia casa.

Yan no se movió hasta que dirigí mis ojos hacia él.

—Te llamaré, Yan. Ve a pasar el día con tu familia.

—Tus hermanos...

—Yo lidiaré con mis hermanos. —Luego, sonreí para suavizar mi exigencia—. Adelante. Estoy bien aquí. —Esperé a que se fuera antes de continuar—: ¿Me darás un *tour* por tu casa ancestral, entonces?

No creía que ninguno de los dos quisiera hablar de nuestros hermanos. Rodeó mi mano con la suya y tiró de mí hacia su hogar. Entonces, para mi asombro, se abrió una puerta secreta y me condujo a un pasillo oscuro.

—¿Estoy a salvo aquí? —bromeé, mirando a mi alrededor mientras la puerta se cerraba tras de mí—. ¿O este es el *tour* de los pasadizos secretos?

—Quiero que conozcas todos los detalles de este lugar —explicó—. Además, este es el camino más rápido al dormitorio.

Una flama llenó mi estómago de aleteos y mi corazón tropezó consigo mismo. La mirada de Illias se llenó de oscuridad, emocionante y devastadora. El calor en sus ojos coincidía con las llamaradas que ardían en mis venas.

Había estado jugando con fuego. Los dos lo sabíamos, pero mi parte obstinada quería ver cuánto tiempo podía jugar sin quemarme.

La verdad era que quería estar allí para él. Intencionadamente o no, Illias había estado para mí cuando sufría. Me ayudó a salir adelante. Así que tal vez podría hacerlo sentir bien ahora que él estaba en esa situación. Tomé su mano entre las mías y la apreté mientras él reanudaba la marcha por el pasadizo secreto hasta que llegamos a la entrada oculta del dormitorio.

Me apretó contra su pecho, con fuerza, pero no me importó. Me encantaba tener su duro cuerpo pegado al mío. La plataforma nos elevaba cada vez más, pero yo solo podía concentrarme en su rostro duro y hermoso.

En cuanto se detuvo, estábamos dentro de la habitación y di un paso atrás a regañadientes, echando ya de menos el calor de su cuerpo. Mis ojos recorrieron el enorme espacio.

Al otro lado había una puerta doble negra cerrada, que sería nuestra entrada normal. La recámara estaba dominada por una gran cama. La más grande que había visto nunca. La decoración era masculina, con tonos negros y dorados por todas partes. Molduras negras contra las paredes blancas. Un espejo contra el techo negro. Un enorme sofá seccional de cuero negro que ocupaba la sala de estar que estaba conectaba con el dormitorio y daba hacia una enorme televisión de pantalla plana que parecía hundirse en la pared.

Luego, vi un mueble bar lacado en negro que contenía más alcohol que algunos bares de la ciudad.

Me apetecía. Me tentaba.

Caer en un hábito era fácil. Sin embargo, no era tan fácil dejarlo como adquirirlo. Con solo olerlo, se me hacía agua la boca.

Pero entonces me di cuenta. No había bebido ni una gota de alcohol desde Rusia. Saboreé la revelación y la esperanza que floreció con ella. Quizá no había caído tan bajo como para convertirme en una alcohólica. A decir verdad, no había sentido ansias. Más bien, las había sustituido por el sabor de Illias.

Una adicción sustituida por otra.

Sacudí la cabeza. No, no era verdad. Solo era para sanar.

—¿Qué hay en esa bonita cabeza tuya? —me llamó. Me giré lentamente y lo encontré

apoyado en la columna blanca, con las manos en los bolsillos de su impecable y costoso traje.

Dejé que mis ojos lo absorbieran por primera vez con la mente despejada. De verdad, y por primera vez veía las similitudes entre Adrian y él.

No en su aspecto físico. Los ojos verdes y el cabello oscuro de mi difunto esposo distaban mucho de los ojos oscuros y la melena aún más oscura de Illias, pero sí tenían un parecido en los pómulos. La boca. La forma en que ambos fruncían el ceño. Incluso en algunos gestos.

—Es imposible. —Carraspeé, ya fuera a él o a mí misma, no lo sabía—. Sería una locura.

—¿Qué es una locura? —requirió saber.

Sacudí la cabeza, reacia a contarle esos pensamientos que se negaban a desalojar mi cerebro.

—Nada —musité—. Solo lamento que tengas que pasar por esto. —Me mordí el labio inferior nerviosamente. No nos haría ningún favor a ninguno de los dos si evitábamos hablar de Maxim—. Perder a tu hermano.

Su gemelo pudo haber sido un lunático, no obstante, seguía siendo su hermano. Quería a mis hermanos con todos sus defectos, igual que ellos me querían a mí.

—¿Quieres saber algo, Tatiana? —No estaba segura, pero asentí con la cabeza.

El hilo que nos conectó no era normal. Ni regular. Me repetía que éramos dos almas que se consolaban mutuamente. Él me sacó de mi agonía. Yo le devolvería el favor, pero el hilo de alguna manera tiró de mis cuerdas y se hizo tan fuerte como las cadenas.

Sin embargo, no me sentía cautiva.

—Yo mismo habría matado a mi hermano si eso significara que vendrías a mí voluntariamente. —El frío tenor de su voz no coincidía con el infierno de sus ojos. Hizo que sus palabras fueran más impactantes. Hizo que mi pánico aumentara.

—E-esto es temporal. Algo c-casual —tartamudeé. Dios mío, nunca había tartamudeado. No debería estar jugando con fuego. Illias quería, error, exigía un matrimonio. Después de todo, acudió a mis hermanos para ello. Aún me indignaba pensar que no se molestó en preguntarme qué quería. Era mi vida, de nadie más.

No se me escapó que las palabras pronunciadas me convertían en una hipócrita. Yo quería estabilidad. Mi propia familia. Mis propios hijos. Sin embargo, resultó que era una mujer débil, que cedía a la lujuria y al deseo. La intensidad de su mirada me hizo sentir miedo. ¿Por qué? No lo sabía o quizá no quería saberlo.

—¿Algo temporal? —La voz de Illias bajó a un nivel peligroso—. ¿Qué carajo significa eso?

—Significa exactamente lo que parece. Esto es solo... temporal. —Mis palabras vacilaron ante la tormenta que se acumulaba en sus ojos. Se me puso la piel de gallina. Lo ignoré—. Entiende una cosa. Mis hermanos no determinan mi destino ni lo que haré o dejaré de hacer. Así que, sí, esto es temporal, hasta que yo decida lo contrario.

Apretó la mandíbula. Sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en brasas.

—Temporal —repitió.

Las venas de su cuello se tensaban visiblemente bajo su piel. La tensión era tan potente que podía saborearla en la lengua.

—Sí —respiré. «Eres una mentirosa y una cobarde», se burló mi mente, pero la hice callar de inmediato. Además, quería que Illias entendiera. Si quería algo de mí, tendría que hablarlo conmigo.

—¡Nada de que lo nuestro es temporal! —La fuerza de su respuesta me hizo enmudecer. Su máscara de granito se resquebrajó, revelando el tormento que había debajo—. Nadie más tiene permitido tocarte. —Cada palabra la enfatizaba con un paso más, que lo acercaba hasta que quedamos frente a frente—. Nadie más puede hacerte reír. —El calor de su cuerpo envolvió el

mío—. Nadie más que yo.

Su voz bajó y se volvió agitada. Alimentó mi propia respiración errática y el estruendo de mi corazón. La sangre me retumbaba en los oídos. Nuestras miradas se cruzaron. A esa distancia, podía ver los reflejos dorados de sus ojos. Me recordaron a una luz parpadeante en la oscuridad.

Parecía esperanza. Suya o mía, estaba por verse.

—Nadie puede tenerte. —Bajó la cabeza y el calor rozó mis labios. La oscuridad se impuso a la luz y el oro desapareció, dejando a su paso charcos de medianoche.

Mis latidos se ralentizaron. Mi cuerpo ardía. Nuestras respiraciones se entremezclaron. Y el tiempo avanzó más lento.

Durante un angustioso instante, nos quedamos de pie, ahogados en las miradas del otro. Un segundo después, estrelló su boca contra la mía y sus manos rodearon con fuerza mi cintura. Con los cuerpos entrelazados, enredé los dedos en su cabello y sucumbí al deseo.

Mi cuerpo se amoldó al suyo, todo músculo y calor, mientras una mano apretaba mi cuerpo firmemente contra el suyo, la otra me agarraba de la nuca. Sus labios me besaron con habilidad, explorando cada rincón de mi boca. Devorándome.

Sus labios se movían sobre los míos, calientes y exigentes. Su sabor era embriagador. Atrevido. Rico. Duro y primitivo. Completamente adictivo.

Mi cuerpo se curvó hacia el suyo, moliéndome contra él en busca de fricción. Me besó como si fuera su salvación. Su agua después de quedarse tirado en el desierto. Se me escapó un suave jadeo. En un movimiento rápido, Illias me enganchó las piernas a su cintura y me llevó a través de la habitación, sin separar nuestras bocas.

Me dejó en el suelo, con la respiración agitada. Su boca volvió a posarse en la mía mientras yo le quitaba la chaqueta de los hombros y él me bajaba la cremallera del vestido. Nuestros movimientos eran frenéticos y desesperados a la par que nos arrancábamos la ropa.

Su chaqueta. Su camisa. Mi sujetador. Sus pantalones. Mis bragas.

Toda nuestra ropa se acumuló a nuestros pies, quedándonos desnudos. Cortamos el beso y nos miramos fijamente. Él era hermoso. Con un cuerpo esculpido. Hombros anchos. Pecho musculoso. Abdominales cincelados que hacían agua la boca, con una tenue capa de vello negro que se estrechaba hasta su pene duro.

Se me secó la boca.

Su longitud crecía bajo mi mirada a cada segundo que pasaba y me invadía una sensación de expectación. La sola idea de volver a tenerlo dentro de mí era suficiente para ponerme al límite.

Por fin, volví a dirigirle la mirada. Sus ojos ya estaban clavados en mí, oscuros y ardientes. El calor que desprendían era una llama fundida.

Me hizo girar, su pecho se apretó contra mi espalda y su erección se clavó en mi zona lumbar. Duro. Listo. Un espejo de cuerpo entero colgaba de la pared, reflejándonos a los dos. Las manos de Illias en mis pechos, acariciándolos. Me pellizcó los pezones hasta que se endurecieron y sobresalían ansiando más de su atención. Mi piel estaba sonrojada y brillante contra la suya bronceada. Mis ojos resplandecían como los zafiros más claros.

—Míranos, *moya luna* —indicó contra mi oído. La lujuria estalló en mi interior al escuchar el tono ronco de su voz. Y su marcado acento ruso, inexistente en otras ocasiones—. *Nada* de esto es temporal.

Me pellizcó mis pezones sensibles. Con fuerza. Dolor y placer se mezclaban. Lo deseaba. Lo necesitaba.

—¿Por qué me llamas así? —pregunté con voz ronca—. *Moya luna*.

Con lentitud, su mano exploró cada curva y cada centímetro de mi cuerpo, sus fuertes dedos

recorrieron mis costillas hasta desaparecer entre mis muslos.

Su mirada se encontró con la mía en el reflejo, oscura como el pecado. Clara como la posible salvación.

—Porque tu cabello brilla como la luna en la oscuridad. Porque eres la luz en mi oscuridad, Tatiana.

—¿Quizás no me gusta? —desafié. Mentí. Secretamente, me encantaba oír ese apelativo. Después de aquella primera noche en la pérgola, Adrian se negó a llamarme por ese apodo. Decía que era tonto. A veces me llamaba *Rosa*.

—Te gusta —afirmó Illias—. ¿Sabes por qué?

No contesté, respiraba entrecortadamente mientras sus ojos me recorrían como si memorizaran cada centímetro de mí.

—Porque eres *mía* —gruñó la última palabra mientras observaba cómo explorar mi entrada con su tacto, posesivo, íntimo y seguro. Mis entrañas se apretaron con la necesidad de sentirlo dentro de mí, el deseo ardiendo en mi vientre bajo. Leyéndome como a un libro abierto, sus dedos rozaron mi clítoris y un gemido entrecortado se escapó de mis labios—. Ahora dilo.

Su orden fue suave, prometía placer, pero también dolor. Y por muy jodido que sonara, mi cuerpo lo necesitaba.

—Yo... Yo... —Mi respuesta quedó en el olvido cuando sumergió un dedo en mi canal y luego untó perezosamente mi excitación sobre mi clítoris. Presionó su pulgar contra ese dulce punto. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me erizó toda la piel. Mis caderas se agitaron bajo sus expertas caricias, el orgasmo se acercaba ya al clímax.

Era vergonzoso lo rápido que se acercaba.

—Aún tengo que castigarte por quitarte el *plug* sin mi permiso. —Me ronroneó al oído, y luego su boca recorrió mi cuello. Su palma se deslizó hasta mi cadera y sus dedos se clavaron en mi pálida piel. Y supe que era porque quería ver sus marcas en mí.

Quería marcarme.

—¿Quieres que te castigue?

Sí.

—No.

Volvió a pellizcar mis pezones sensibles. Con más fuerza. Me arqueé instintivamente ante la sacudida de dolor y placer, mientras un gemido recorría el aire.

Su risita oscura vibró contra mi espalda.

—Creo que sí —afirmó, con los dientes rozándome la piel del cuello.

Entonces, sin previo aviso, me penetró, llenándome hasta el fondo. Un grito salió de mis labios mientras mi centro se apretaba a su alrededor.

—Mira a mi putita tan mojada, ¡*maldición!*!. Estás chorreando —siseó—. Eso es. Estrangula mi polla. Sé que quieres estar llena. Tanto tu coño como tu culo.

Otro escalofrío me recorrió. Tenía razón. Lo quería en todas partes. A mi alrededor. Dentro de mí. Su mano se cerró en torno a mi cuello mientras se retiraba y volvía a introducirse.

—¡Míranos, Tatiana! —exigió—. Puede que me pertenezcas, pero, joder, yo también soy tuyo.

Mi cerebro estaba demasiado confuso para procesar esas palabras. Sus embestidas eran cada vez más rápidas y profundas, y su ritmo me hacía temblar las rodillas. Todos los pensamientos y la razón se desvanecieron cuando me penetró tan profundamente que tocó todos los puntos correctos. Los que ni siquiera sabía que existían antes de él.

Su mano alrededor apretó mi cuello.

—¿Lo ves? —gruñó—. ¿Ves a quién le perteneces? Mírate al espejo y dime quién te está cogiendo.

—T-tú —farfullé.

Cada centímetro de mi piel estaba enrojecida. Mis ojos estaban vidriosos de lujuria y placer. Tenía la boca entreabierta y de mis labios brotaban gemidos y quejidos. Mis pechos rebotaban con cada embestida. La imagen que me devolvía era la de una mujer deseosa y necesitada de ser follada. Me exprimí hasta el último gramo de placer y no fue suficiente.

«*Él quería poseer cada fibra de mí*», me di cuenta. Y ese pensamiento me aterrorizaba, pero perder esa sensación cuando estaba con él me atemorizaba aún más.

Mi mirada se cruzó con la de Illias en el espejo.

—Mira tu coño ensuciando toda mi verga —se burló con voz áspera—. ¿Sabes por qué? —Negué con la cabeza mirando cómo me cogía. Ver nuestro reflejo me cambió para siempre. Lo vería para siempre en el espejo—. Porque soy el dueño de tu coño. —Mis pulmones no recibían suficiente oxígeno. Mi cerebro estaba confuso. Mi placer seguía creciendo.

—Tú. —Estocada—. Eres. —Otra más—. *Mía*. —Empuje.

Mi corazón tronó. Me penetró cada vez con más fuerza hasta que su última embestida me lanzó hacia delante. Me habría desplomado si no me hubiera sujetado. Y aun así, siguió cogiéndome, apretándome cada vez más la garganta.

—*Mía* hasta mi último aliento —prometió en tono sombrío, la crudeza de su voz coincidía con la de mi corazón. Sacó su miembro lentamente, dejándome sentir cada centímetro de él—. Nunca volveré a renunciar a ti.

Luego, volvió a poseerme, convirtiendo mi cuerpo en un cable de tensión. Sería su propio instrumento para usarlo a su antojo. Mientras siguiera haciéndolo. La fuerza de cada embestida se apoderaba de mí, completamente brutal.

El deseo en sus ojos coincidía con el mío, llenando mi alma de una luz a punto de estallar.

—¡Dámelo todo, *moya luna*! —pidió con voz ronca—. Porque te voy a dar la luna, las estrellas y el sol. No hemos hecho más que empezar.

Con una última embestida de castigo y nuestras miradas clavadas en el espejo, me llevó al límite. Me corrí con un grito agudo, mi cuerpo tembló y mi coño se apretó alrededor de su longitud. Él me siguió por el precipicio, derramándose dentro de mí, con su pene palpitando mientras ambos jadeábamos.

Mientras bajábamos lentamente de la euforia, nos mirábamos fijamente, con su mejilla pegada a la mía. Con los cuerpos empapados en sudor y los ojos aturridos por una emoción que no podía nombrar, se inclinó hacia mí y me susurró al oído.

—No somos temporales, Tatiana. —Su voz era grave, con un marcado acento ruso—. Nunca fuimos temporales.

El cansancio me arrastró rápidamente a mis sueños.

Fantaseé con manos fuertes sobre mi cuerpo, retorciéndome los pezones, y dedos deslizándose en mi coño. Ese aroma familiar me envolvió y me aferré a él, ahuyentando mis pesadillas.

Mi espalda se arqueó sobre la cama mientras un gemido se deslizaba por mis labios. Tenía la piel caliente bajo las palmas y me aferré a ella como a un salvavidas. Los dedos se curvaron en mi interior, dieron en el clavo y el placer se enroscó en lo más profundo de mi vientre. Me retorcí

bajo las manos expertas, necesitando más. Lo necesitaba todo.

—Me necesitas. —La voz áspera y profunda vibró a través de mí—. Al igual que yo te necesito.

Al abrir los ojos, Illias me miraba mientras me follaba con sus dedos. La oscuridad de su expresión me devoró por completo, arrastrándome a su trampa.

Me estaba enamorando. Yo lo sabía. Él lo sabía.

Sus dedos recorrieron miaréola con destreza, lento y juguetón. Me dolían los pezones de necesidad. Quería su boca en ellos. Como si leyera mis pensamientos, metió uno entre los dientes. Primero raspó los sensibles picos, arrancándome un gemido ahogado. Luego, chupó el escozor mientras su otra mano se cernía sobre mi coño, acariciando mi húmeda entrada.

—Illias, ¡por favor! —suspiré.

—Por favor, ¿qué? —Su voz estaba ronca de lujuria mientras me metía dos dedos y me tiraba del pezón con los dientes.

Me arqueé contra él, con la respiración entrecortada mientras un gemido se escapaba de mi garganta.

—¡Más! —gemí, mi cuerpo se arqueó sobre la cama buscando más contacto con él—. Necesito más.

Enroscó los dedos en mi interior, provocando una intensa palpitación en el fondo de mi vientre. Soltó mi pezón y su boca subió hasta el hueco de mi cuello, chupando mi piel sensible. Por todas partes dejaba un rastro húmedo y caliente, y luego me mordía la piel de la garganta.

Una ráfaga de placer me recorrió y se me metió entre las piernas. Y, mientras tanto, sus dedos entraban y salían de mí, sin prisa, llenando el aire de sonidos húmedos y resbaladizos. Me apreté contra sus dedos cuando los sacaba.

—¡Por favor, no! —supliqué cuando sacó sus dedos, la palpitación era insoportable—. Te deseo.

Las palabras se escaparon. No podía retractarme. Ni siquiera estaba segura de querer hacerlo.

Podía ser el primer paso hacia la recuperación o tal vez hacia él. No lo sabía.

Por un momento, nos miramos en silencio, pero mi corazón retumbaba más fuerte y más rápido, sentía que se me iba a salir del pecho por los estruendosos latidos.

Colocando una mano en su mejilla, nos sostuvimos la mirada. Nuestra respiración se entremezcló y nuestro corazón latía al unísono. Al menos eso parecía en aquel momento.

Su duro miembro se encajó en el fondo de mi estómago y arqueé las caderas.

—Te deseo —susurré.

Al día siguiente me asustarían el dolor y la pérdida. Esa noche, simplemente me rendiría a lo que sentíamos. No sabía si era magia u otra cosa.

Me agarró por la cadera y tiró de mí contra su entrepierna.

Rocé mis labios con los suyos y murmuré:

—Por favor, Illias.

Un momento podía cambiar vidas.

Ese cambió la mía. Me agarró por el cuello, me abrió las piernas y se enterró en mí, profundamente, como si necesitara poseerme. Y de alguna manera lo hizo.

Mis ojos se desenfocaron y mi resbaladizo coño le daba la bienvenida a casa.

Me cogió con mucha fuerza y necesidad animal reprimida, igual a la mía. Como si hubiera esperado ese encuentro toda su vida. Mis piernas rodearon su cintura y mis dedos se aferraron a sus antebrazos para mantener el equilibrio y la fuerza.

Se retiró casi por completo cuando un grito de protesta salió de mis labios, y volvió a

embestirme. Sus estocadas nos consumían a los dos, cada embestida golpeaba ese punto dulce de mi interior. Las estrellas se agolparon en mi visión. El mundo se invirtió. El sudor cubría nuestros cuerpos.

—¡Eres mía!

—¡S-sí!

—Bien, ahora grita mi nombre.

Empujó profundo y fuerte. Cada vez más rápido. Su mano me apretó con más fuerza la garganta y un fuerte gemido llenó el aire mientras me estremecía a su alrededor, con las olas de placer atravesándome.

Mis paredes se apretaron alrededor de su polla e Illias gruñó mientras se derramaba dentro de mí, su semilla calentando mi vientre.

Me besó la frente y murmuró unas palabras suaves que sonaban como:

—Te he esperado toda una vida.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

KONSTANTIN



Un chillido cortó el silencio.

Mis ojos se abrieron de golpe e inmediatamente tomé mi pistola. Era imposible burlar mi seguridad, pero nada era infalible. El corazón me latía desbocado mientras observaba a mi alrededor.

No había nadie en la habitación. Solamente Tatiana.

Se retorció en sus sueños. Tenía la frente empapada de sudor y las manos tan apretadas contra las sábanas que los nudillos se le pusieron blancos y pude distinguirlos en la oscuridad contra las sábanas negras.

—¡Tatiana!

No respondía, seguía sacudiéndose. Sus labios rojos temblaban y sus mejillas se mancharon de lágrimas mientras seguía agitándose y retorciéndose entre mis brazos.

—Despierta, *moya luna* —exigí suavemente mientras la estrechaba contra mi pecho.—. Quédate conmigo.

Sus ojos se abrieron de golpe, aquellos azules pálidos se encontraron con mi mirada y chocaron contra ella. La tristeza que había en ellos me impactó con fuerza en el pecho. Sabía que se me acababa el tiempo. En el momento en que recordara todo el accidente, se acabaría el juego.

Se incorporó de un salto, con el terror reflejado en sus ojos, mientras me miraba con expresión horrorizada. Otro movimiento hacia atrás y se llevó las rodillas al pecho, con las manos enroscadas en las rodillas mientras su piel parecía casi luminiscente en la oscuridad.

¿Lo recordó?

—Estás a salvo. —Mantuve la calma en la voz, apretando los puños mientras luchaba contra el impulso de tocarla. Mi mandíbula se tensó y mi corazón se endureció al reconocer el pánico que yo mismo estaba sintiendo en él. Era tan extraño que hubiera tardado más de lo normal en reconocerlo.

Era la primera vez desde la muerte de mi madre que sentía miedo. Uno sincero y verdadero que me caló hasta los huesos.

Temía perderla.

—¿Estás bien? —pregunté, con el infierno destrozándose el alma al ver el dolor en sus ojos. Esos grandes pozos azules que tenían el poder de destruirme y ella ni siquiera se daba cuenta.

La delicada línea de su cuello se movió mientras tragaba, y luego asintió una vez.

Le tendí la mano y respiré aliviado al ver que no se alejaba. La metí bajo las sábanas y se arrimó a mí, su cuerpo era pequeño comparado con el mío.

Cerró los ojos y susurró:

—Tengo miedo de morir.

Mis labios rozaron su frente.

—Te queda mucho por vivir. —No parecía convencida—. Siempre te salvaré —juré—. Incluso cuando no quieras ser salvada.

Sonrió y la rodeé con mis brazos, atrayéndola hacia mi pecho. Justo debajo del corazón que latía solo para ella, sabiendo que en el momento en que lo recordara todo, podría perderla.

Una oscura obsesión se apoderó de mí y me recorrió el pecho. La había mantenido bajo control durante años, pero ahora la bestia había salido.

Esa vez sería mía. Esa vez la bestia se negó a dejarla ir.

CAPÍTULO CUARENTA

TATIANA



La luz de primera hora de la mañana proyectaba sombras sobre el dormitorio. Me quedé inmóvil, mirando al techo y siendo consciente de los cálidos y fuertes brazos que me sujetaban. Escuchaba la fuerte respiración de Illias, el subir y bajar de su pecho contra mi espalda. El dolor seguía tirando de mis huesos. Me arrancó tantos orgasmos la noche anterior que perdí la cuenta.

El miedo a haber cambiado una adicción por otra se me metió bajo la piel.

Un extraño torrente de emociones me embargó hasta quitarme el aliento. No sabía cuáles eran esas emociones. Nunca las había sentido así.

Tal vez Illias literalmente me jodió hasta resetearme el cerebro.

Se me erizó la piel al recordar todas las veces que me dio un orgasmo. Después de cogerme hasta dejarme inconsciente, se dio una ducha y me lavó, cuidando especialmente mi cabello. Luego me secó, me dio de comer en la cama y volvió a devorarme.

Moví lentamente el cuerpo y giré la cabeza para observar el rostro dormido de Illias.

Me pareció diferente así. Menos intenso. Menos abrumador, pero no menos guapo.

Mis dedos se acercaron lentamente a sus labios, mas me detuve justo encima de ellos. Quería rozarlos, besarlos, sin embargo, el sonido de su teléfono me detuvo.

Me quedé inmóvil, con el dedo en el aire, esperando a que abriera los ojos, pero no lo hizo.

«Quizá las actividades de anoche también lo agotaron», pensé ligeramente divertida.

Otra vez sonó el receptor, aunque esa vez se oyó una voz.

Fruncí el ceño al oír la grabación que salía de él y agarré su teléfono, queriendo silenciarlo. Nunca fue mi intención fisgonear, pero atraída por una necesidad invisible, mis ojos se clavaron en la pantalla y el mundo tal y como lo conocía dejó de existir.

Contuve la respiración mientras se reproducía el video.

Una joven de cabello rojo intenso y ojos verdes apagados estaba arrodillada. Tenía la mirada perdida. Su rostro estaba pálido. Algo en su expresión me llamó la atención.

Desesperanza. Angustia.

Como si ya no quisiera vivir. Aunque eso no era lo peor. Era Illias, de pie junto a ella y con su pistola apuntándole al cráneo. Mi corazón latía de miedo por ella. Contuve la respiración, rezando y esperando que no lo hiciera.

No apretaría el gatillo, ¿verdad?

Mis hermanos formaban parte del bajo mundo, pero nunca le harían daño a una mujer. Las

mujeres y los niños estaban fuera de los límites.

Se oyó un *bang*. No fue fuerte, pero podría haberlo sido. Resonó en mi cerebro y dejé caer el teléfono. Retrocedí centímetro a centímetro, alejándome del video y de él.

El hombre que había tocado cada centímetro de mi cuerpo. El hombre cuyas manos estaban empapadas de sangre, inocente y culpable.

Un temblor me recorrió la espalda.

—Tatiana. —El sonido ronco y somnoliento de la voz de Illias me conmovió. Sus ojos parpadearon hacia el teléfono, cuyo video seguía reproduciéndose. Se reinició y su expresión reflejó sorpresa.

Mientras él veía el video, yo me bajé del colchón y me deslicé fuera de la cama, con los pies tocando la fría madera. El aire helado recorrió mi cuerpo desnudo y me puso la piel de gallina. Tiré de la sábana y me la apreté contra el pecho, con los nudillos protestando por el dolor.

—Tatiana... —Empezó, pero negué con la cabeza.

El video empezó a reproducirse de nuevo. *Bang*. Me sobresalté como si oyera el sonido por primera vez. Mi mirada se desvió hacia la pantalla. Los ojos muertos de la mujer estaban vacíos. La sangre brotaba de su cráneo y se extendía por la alfombra blanca, roja como escabrosa tinta.

La misma escena se repetía una y otra vez, pero él ya no la observaba. Sus ojos estaban fijos en mí, estudiándome.

Parpadeé y reprimí las lágrimas, dando otro paso atrás, sin apartar los ojos de su cara. Cuando la parte posterior de mis rodillas chocó contra la mesita, me desplomé y quedé sentada, con la laca fría contra mi trasero. Me rodeé la cintura con el brazo, mientras con el otro aún sujetaba la sábana negra contra mi pecho.

Illias estaba sentado contra la cabecera, con las mantas negras arrugadas alrededor de la cintura y parecía un dios. Su piel suave y bronceada se extendía sobre hombros y abdominales desnudos y esculpidos. Aun así, después de ver ese video, se me contraían los muslos y el calor me recorría el cuerpo.

Las estúpidas mariposas alzaron el vuelo. Por suerte, mi cerebro seguía intacto. En su mayor parte.

Balanceó sus largas y musculosas piernas sobre el borde de la cama y se colocó unos pantalones deportivos negros. Cuando se puso en pie, le colgaban de las caderas. No había hombre en la tierra que llevara mejor esa prenda de vestir.

«Basta», me reprendí a mí misma. «Asesino. Es un asesino».

—Tengo que irme. —Me temblaba la voz.

—No. —Sus ojos oscuros ardían y su pecho se agitaba—. ¿Ni siquiera vas a preguntar?

Mis ojos brillaron y mis manos se cerraron en puños.

—No quiero saberlo. No quiero tener nada que ver contigo. —Resopló con socarronería. Su expresión se quebró, antes de transformarse en una máscara endurecida.

—Qué pena —expresó con una voz peligrosamente calmada—. Porque soy tuyo. —Su frente bajó hacia la mía, su aroma único y adictivo me llenó los pulmones—. Te juro por Dios, Tatiana, que no hay vuelta atrás. Eres mía para siempre.

Tragué saliva.

—Es temporal. —Carraspeé—. Esto fue solo algo temporal.

Sus palmas sostuvieron mis mejillas, su oscuridad me dominaba.

—Te lo dije una vez, *moya luna*, nunca fuimos temporales.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

KONSTANTIN



Tatiana no era una rosa frágil.

Se aferraba a sus espinas como si fueran su escudo vital, pero ella no sabía lo decidido que podía llegar a ser cuando quería algo.

Tatiana abrió la boca y luego la cerró. Su mirada se dilató y se puso rígida cuando la toqué, pero mantuvo la boca cerrada, aunque yo sabía que tenía mucho que decir.

Permaneció quieta, con sus ojos azul hielo clavados en mí; aunque su calma no me engañó. Bajo ese hielo azul, la terquedad me devolvía la mirada. Me desafiaba.

—Voy a explicarte lo que acabas de ver ahí —refunfuñé, poco acostumbrado a dar explicaciones a nadie, pero ella no era cualquiera—. Primero, tengo que hacer una llamada.

Sus labios formaban una fina línea, pero sus ojos brillaban con determinación férrea. La cuestión era qué pasaba por su cabeza.

Bang.

Esa maldita grabación seguía reproduciéndose. Una y otra vez. Cuando tuviera en mis manos a quienquiera que estuviera enviándolas, lo estrangularía. Necesitaba ponerme en contacto con Nico Morrelli inmediatamente, ya que él podría ser capaz de rastrear la dirección IP de la grabación.

—¿Puedo usar el baño? —Su voz era mesurada. Controlada. Suave.

Sin embargo, no había docilidad en ella. Mi instinto me advirtió que tramaba algo, pero al estudiarla, se mantuvo inexpresiva.

Asentí con la cabeza.

Tomó su ropa del piso y desapareció en el cuarto de baño. La puerta hizo clic y no perdí tiempo en llamar a Nico Morrelli.

—¿Recibiste otro? —Nico fue directo al grano.

—Sí, pero este sigue reproduciéndose sin parar. —Es el peor video que pudo ver Tatiana o, Dios no lo quiera, Isla—. Nunca había hecho eso antes.

—Bien, voy a necesitar que quites tu *firewall*. —Me puse a trabajar de inmediato, desconectándolo solo de mi teléfono, mientras mantenía la seguridad del *firewall* en todos mis otros archivos.

—No deberías tener problemas para entrar.

Pude ver cómo Nico se ponía manos a la obra. Me quedé varios minutos en línea, en silencio, escuchando cómo tecleaba rápido y furioso.

—¡Maldita sea! —maldijo, al mismo tiempo que desaparecía la grabación del vídeo—. Maldita mierda.

Golpeé la mesa con el puño, lo que hizo que mi brazo sintiera un fuerte impacto.

—Supongo que eso significa que no tuviste éxito —espeté.

—¿Cuántas veces se reprodujo la grabación? —preguntó.

—Demasiadas.

—En el momento en que empecé a rastrearlo, se borró su huella cibernética. —La grabación debía tener un código incrustado que la borraba en el momento en que dejaba de reproducirse.

Me levanté y me acerqué a la ventana, soltando un fuerte suspiro mientras contemplaba el patio. Mis dedos golpeaban el alféizar una y otra vez, cuando por el rabillo de los ojos capté un brillo dorado.

—Carajo.

Observé cómo Tatiana balanceaba sus largas y delgadas piernas sobre la barandilla verde decorativa que caracterizaba las casas del French Quarter.

—¿Qué pasa?

—Gracias por intentarlo. —Terminé la llamada, justo cuando Tatiana saltaba por el balcón y aterrizaba sobre sus pies descalzos.

Se dio la vuelta, levantó la cara hacia la ventana y nuestros ojos se conectaron.

Luego me dio la espalda y salió corriendo.

Dios mío, esa mujer me sacaría canas y me provocaría un infarto antes de que pudiera ponerle un anillo en el dedo.

—Puedes huir, pero no esconderte —murmuré, ideando todos los castigos creativos que le daría a mi futura esposa.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

TATIANA



Habían pasado seis semanas desde que salté del balcón de Konstantin. Seis semanas desde que vi una grabación del *Pakhan* ejecutando a una mujer. Seis semanas para hacer lo correcto.

Todavía no lo había hecho.

Me gustaría decir que fue para proteger a mi familia. Pero sería mentira. No tenía sentido engañarme a mí misma.

Era la primera vez que salía de casa desde que había escapado de Illias saltando por el balcón. A juzgar por el número de guardias que Vasili me asignó, la mierda con el *Pakhan* no iba tan bien como esperaban mis hermanos.

La mansión de mi hermano, o mejor dicho, su recinto, era enorme. Era un gran terreno que rodeaba la casa, junto con altos muros. Cámaras y guardias recorrían cada rincón de la propiedad.

En cuanto Yan se detuvo frente a la casa de mi hermano, se giró para mirarme.

—Tu hermano ha estado preguntando por tu rutina.

Me encontré con su mirada, marrón claro contra su corte rubio.

—Bueno, no hay mucho que contar, ¿verdad? No he salido de casa.

Sacudió la cabeza en señal de desaprobación, pero no agregó nada más.

Desde que Yan me pilló saliendo de casa de Illias de forma poco convencional, no dejaba de observarme con preocupación. Debería haber sabido que no seguiría mis órdenes y me dejaría sin vigilancia. Yan esperaba que lo despidieran en cualquier momento, así que actuaba más como mi hermano que como mi guardaespaldas. Se lo permití.

Y extrañamente, Konstantin mantuvo su distancia. Aunque de alguna manera se sentía más como la calma antes de la tormenta, en lugar de él dándose por vencido. Debería alegrarme. Debería celebrarlo.

Sin embargo, no podía evitar pensar en él todo el maldito tiempo.

La puerta de mi auto se abrió y uno de los guardias de mi hermano la sostuvo para mí. Salí del coche y me dirigí a través de la casa familiar hasta la sala de reuniones.

A cada paso, aumentaba el volumen de la música y las risas. Me pasé la mano por el vestido. Isabella dijo que me vistiera como si fuera un evento de etiqueta. No la cuestioné. Elegí un vestido negro de Valentino que se ceñía a los pechos y a la cintura, con una cola blanca unida a

la parte trasera del vestido que empezaba desde los hombros hasta el suelo. Llevaba el cabello recogido en un elegante moño y opté por un maquillaje sencillo y unos aretes discretos de diamantes.

Yan iba detrás de mí, con su arma asomada por debajo de la chaqueta, y mis pasos vacilaron justo antes de entrar en la habitación.

—Puedes irte a casa —le dije—. Vasili tiene muchos hombres. Uno de ellos puede llevarme a casa.

Negó con la cabeza.

—No, yo te llevo a casa.

Suspiré. Resultó que Yan era tan testarudo como yo.

—Entonces al menos ve y relájate. No necesitas ir detrás de mí.

Asintió escuetamente con la cabeza y se adelantó hacia los jardines, mientras yo me quedaba en la puerta.

Las luces brillaban. Sonaba música.

Las cenas en casa de Vasili solían ser informales y caóticas. De ahí que aquello fuera una sorpresa. Estaríamos solo mi hermano mayor, Isabella, algunos socios de Vasili y yo. Sasha y Branka seguían en Rusia, y Alexei estaba en Portugal con Aurora.

La reunión parecía estar ya en pleno apogeo. Hombres y mujeres se vestían con elegancia y charlaban entre ellos. Parecía una velada agradable, todo el mundo sonreía. Mis ojos buscaron a mi hermano mayor. Me hizo prometerle que iría. Era mi primera fiesta desde la muerte de Adrian, pero Vasili insistió en que me necesitaba.

Así que allí estaba yo en todo mi esplendor.

Por fin lo vi, hablando con un hombre de cabello grueso y oscuro que me daba la espalda. Mi corazón lo reconoció antes que mi cerebro. Vasili me miró y me sonrió, pero mi mirada se clavó en el hombre alto y moreno que hablaba con él.

Me quedé helada, observando cómo su acompañante se daba la vuelta y nuestras miradas se cruzaban.

Oscuridad. Dominación. Secretos.

Vasili me hizo señas y yo miré con nostalgia por encima del hombro, arrepintiéndome de mi promesa. No quería estar allí. ¿Por qué carajo estaba allí Illias Konstantin? Se suponía que éramos enemigos.

«No te importó acostarte con el enemigo», susurró mi mente, pero enseguida la hice callar.

El corazón me retumbaba en las costillas a cada paso que me acercaba a mi hermano y al enemigo. Podía sentir la sonrisa burlona de Illias sin siquiera verla, sus ojos observaban cada uno de mis movimientos como un lobo hambriento.

Mis tacones repiqueteaban contra la madera al compás de los latidos de mi corazón.

—Tatiana. —Vasili parecía ajeno a mi tensión y sonrió cálidamente mientras me abrazaba—. Estás preciosa.

—Gracias —respondí, con una sonrisa forzada, sin dejar de mirar a mi hermano. El hombre que no era nada más mi hermano, sino también mi madre y mi padre. El hombre que siempre había estado ahí para mí, incluso cuando nuestros propios padres nos abandonaron. Apenas recordaba a papá. Nunca había estado cerca. Y mi madre me odiaba tanto que saltó a la muerte casi conmigo en brazos.

—Gran fiesta —comenté, tensa.

—Isabella no estaba contenta, pero estábamos atrasados. —Asentí, sin dejar de mirar a Vasili—. Este es Illias Konstantin —continuó cuando no dije nada—. Creo que lo conociste

brevemente en Rusia, de pasada.

—¿Algo de tomar, señora?

En ese momento apareció un camarero ofreciendo bebidas. Copas de champán y tragos más fuertes en vasos más pequeños. La tensión rodeaba nuestro pequeño círculo. Prácticamente podía ver la mirada de Vasili sobre el pobre camarero.

Tragué saliva. Llevaba casi tres meses sin probar una gota de alcohol. No era el camino que quería volver a recorrer. Miré al camarero a los ojos y sonreí.

—Gracias, nada para mí. —La tensión se evaporó como el aire de un globo inflado. Volví mi atención a mi hermano e Illias—. Francamente, el encuentro fue tan breve que no lo recuerdo.

Así. Se. Juega. Hijo de puta.

—Estaré encantado de refrescarte la memoria. —La respuesta de Illias fue amable y profunda. Seductora.

Entrecerré los ojos.

—Sinceramente, lo dudo. Obviamente, nuestro encuentro fue *muy* poco memorable.

Las comisuras de sus labios se levantaron aún más, como si le divirtiera o tal vez aceptó el reto.

—Bueno, tendré que esforzarme más la próxima vez.

—Dudo que lo consigas. —Las palabras salieron de mis labios, sabiendo muy bien que sonarían insultantes. Me daba igual.

—¡Tatiana!

Encogí mis delgados hombros.

—Encantadora fiesta, hermano.

Vasili se volvió hacia el *Pakhan* y cambió rápidamente de tema. Yo escuchaba distraídamente mientras hablaban de la última revelación. Nada más y nada menos, que de la autoproclamada *Pakhan* de Rusia. Sofia Catalano Volkov.

Aparentemente, la mujer estaba un poco loca y casualmente emparentada con Wynter DiLustro, la pequeña protegida de Sasha. Había tantos lunáticos vagando por ahí, que ya ni siquiera era gracioso.

«*Aunque la locura ni siquiera se acercaba a la que corría por las venas de los Nikolaev*», pensé, burlándome, y los ojos de mi hermano y de Illias se desviaron hacia mí, estudiándome. La mirada de Vasili me dijo que no hiciera ninguna estupidez.

Como empezar otra guerra. Mi pobre hermano. Primero tuvo que hacer de diplomático con el hermano de Branka Russo después de que Sasha la secuestrara. Y en ese momento, tuvo que poner paños fríos a esa mierda con el *Pakhan*.

—¿Estás bien? —preguntó, frunciendo el ceño. Hice un gesto con la mano indicando que no era nada, así que volvió a centrar su atención en Konstantin.

—¿Cuál es su objetivo final? —inquirió, decidiendo ignorar mi peculiar comportamiento. Buena decisión, sin duda.

Illias se encogió de hombros.

—Gobernar la costa este, supongo.

—¿Has tratado con ella? —indagó Vasili.

—No.

Era obvio para Vasili y para mí que Konstantin no revelaría nada. Le eché un vistazo discretamente. Nunca lo diría en voz alta, pero Illias estaba guapísimo con un esmoquin negro hecho a medida. Parecía aun más alto, más grande que la vida. Más poderoso. Incluso te podías olvidar de que era *Pakhan* y pensar en él como un hombre de negocios.

Hasta que lo mirabas a los ojos.

Y solo veías al criminal. Al asesino. Al pilar de la mafia rusa que dirigía la organización criminal de Rusia y de la costa oeste de Estados Unidos.

—Tatiana, esperaba que tú, Illias y yo, pudiéramos ir a mi oficina y...

Empecé a negar con la cabeza. La forma en que Konstantin me miraba no presagiaba nada bueno.

—No.

Me observó con una mirada oscura y entrecerrada, y de repente sentí que estaba en sus dominios. No en el de mis hermanos. Su enorme cuerpo proyectaba sombras sobre el mío y absorbía todo el oxígeno de la habitación.

Los ojos de Illias bajaron hasta llegar a la longitud de la abertura del vestido que dejaba al descubierto mi pierna desnuda. Se me aceleró el corazón y se me calentó la sangre. Apreté los muslos y la piel me zumbó como si echara chispas.

—No, ¿qué? —inquirió Vasili, observándome muy de cerca.

Inspiré profundamente y solté el aire.

—Mmm... No he tenido oportunidad de ver a Isabella —murmuré—. Nos vemos.

Inclinando la cabeza, me di la vuelta y dejé a los dos hombres allí de pie. Un par de ojos oscuros me abrían un agujero en la espalda.

Encontré a Isabella en la cocina. Estaba preciosa con su vestido rojo, sosteniendo a su niña en brazos y tranquilizándola.

—Hola —saludé—. ¿Está todo bien?

Los ojos marrones de mi mejor amiga se encontraron con los míos. Pasé los dedos por el cabello oscuro de mi sobrina pequeña. Sería la primera niña de nuestra familia con ese color.

—Sí, está de mal humor —respondió Isabella—. No sé qué fue lo que llegó en el peor momento: esta fiesta o las rabieta de Marietta.

Extendí las manos y la bebé se acercó a mí inmediatamente.

—¿Le estás haciendo pasar un mal rato a mami, Marietta?

Sosteniéndola contra mi pecho, mi sobrina me dedicó una sonrisa que me derritió. Algún día sería una belleza que se robaría el corazón de los hombres.

—Se te dan muy bien los niños —comentó Isabella. Sonreí sin dejar de mirar a mi sobrina—. Estás preciosa, Tatiana.

—Dijiste evento de etiqueta —respondí—. Te escuché. —Mis ojos se desviaron en la dirección donde había dejado a mi hermano con Illias, pero no podía verlos desde mi posición—. ¿Por qué está aquí la escoria de Konstantin?

Bueno, tal vez estaba siendo demasiado perra. Estaba dispuesta a seguir adelante con esos sentimientos que él despertaba en mi interior, pero había ciertas cosas que no podía superar. El asesinato de una mujer inocente era una de ellas. Tenía que trazar algunos límites, al menos.

—¡Tatiana! —me reprendió en voz baja, con los ojos vagando por todos lados para asegurarse de que nadie la oía. El personal de cocina contratado para la ocasión no nos hizo caso—. Vasili quiere una tregua con él.

Resoplé.

—¿Por qué?

Isabella dejó escapar un suspiro pesado.

—Bueno, al parecer es un digno oponente e Illias amenazó con una guerra territorial. Es decir, le advirtió que recuperaría los territorios que antes le pertenecían a su madre. Por supuesto, Vasili no lo permitiría, pero no quiere que nadie de la familia quede atrapado en el fuego

cruzado.

—¿Y qué? —gruñí suavemente—. ¿Qué hará Vasili para ajustar cuentas? ¿Dejar que el demonio oscuro mate a uno de nuestros hermanos? —Una mueca de culpabilidad cruzó el rostro de Isabella—. Tú sabes algo —acusé.

Ella negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Vasili dijo que la única manera de llegar a un acuerdo con Konstantin era dejarlo matar a uno de sus hermanos... o recurrir a un arreglo matrimonial.

Illias iba sumando errores a la lista si pensaba que yo aceptaría cualquier maldito acuerdo que negociara con mi hermano. Le dejé claro que sería una conversación que tendría que tener conmigo. Con nadie más. Yo no sería el peón de nadie.

Me reí entre dientes.

—Pues, buena suerte a cualquiera que intente acabar con mis hermanos. Estarán muertos por la mañana. Y no hay nadie a quién comprometer. Alexei y Vasili están casados y Sasha está de camino al altar en cualquier momento. Así que no hay nadie más.

Isabella bajó la mirada, dejando flotar el significado tácito en el aire. La cabeza de Marietta se apoyó en mi hombro y su cara se apretó contra la mía. Se estaba quedando dormida mientras la mecía de un lado a otro.

—Vasili prometió hace mucho tiempo que nunca me obligaría a casarme —aclaré, cuando siguió mirándome como si hubiera olvidado que ya no estaba casada o que Illias había intentado pedir mi mano—. Nadie en este planeta me obligará a casarme con alguien. No seré la marioneta de nadie.

No podíamos confiar en Illias, no era alguien transparente. Tendrías que ser estúpido para no verlo. El hombre no habría sido el *Pakhan* durante tanto tiempo y desde una edad temprana, precisamente porque era fácil de engañar. Tendría que esperar que Vasili lo supiera incluso mejor que yo.

Isabella estaba a punto de responder cuando sus ojos se desviaron hacia algo a mi espalda. Seguí su mirada hasta el fondo del pasillo donde Konstantin y mi hermano entraban en el despacho.

Los ojos de Konstantin encontraron los míos y me sostuvo la mirada con una sonrisa cómplice mientras cerraba la puerta.

Por primera vez en mi vida, dudé de que mi hermano mayor cumpliera su promesa.

Pero yo mantendría mi palabra. Nunca aceptaría un matrimonio arreglado.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

KONSTANTIN



Cerré la puerta del despacho de Vasili ante la mirada de Tatiana y los ojos preocupados de Isabella.

Me dirigí hacia el escritorio y me senté en una silla frente a Vasili, apoyé un codo en el reposabrazos y lo estudié. Si bien mantenía la expresión enmascarada, estaba preocupado.

Por muchas cosas... pero sobre todo por la guerra conmigo... y por Tatiana.

Tendría que ser un idiota si no había percibido la tensión electrizante que recorría el aire cuando su hermana se puso a mi lado. Y Vasili no era idiota, pero lo esencial era que Tatiana era mi mujer y, por tanto, mi responsabilidad.

Me golpeé ligeramente el muslo con el dedo. Vasili pidió esa reunión para encontrar una manera de llegar a un acuerdo mutuo de paz. Joder, ojalá no creyera que pensaba ponérselo fácil.

Sonaba un reloj. El ruido de los invitados zumbaba desde las otras habitaciones. La tensión aumentó hasta que ambos pudimos sentirla en el aire. Era tan tensa como una goma elástica, lista para romperse en cualquier momento.

—Tatiana no es el tipo de mujer de matrimonio concertado. —Sus palabras cortaron el silencio como un cuchillo. Y lo miré. La afirmación no me sorprendió. Esa mujer hacía lo que quería, cuando quería—. Y parece que ahora está en el camino de la venganza. —Arqué una ceja. Creía que mantenía en secreto su búsqueda del chip—. Ella cree que no lo sé, pero ha estado buscando pistas. No creo que esté preparada para dar el siguiente paso.

Lista o no, aquí voy.

Durante las últimas semanas, había tenido que lidiar con asuntos de *Omertà*. Sofia Volkov estaba en movimiento otra vez. Excepto que, cada vez que mis hombres se acercaban a ella, desaparecía. Era casi como si estuviera jugando con nosotros o esperando que algo pasara. Fue vista en Moscú, en París, luego en Roma, incluso en Japón. La perra psicópata era tan escurridiza como una anguila. La buscaban los *Capos de la Mafia*, Cassio y su grupo, la *Omertà*, pero ninguno de nosotros pudo encontrarla.

Aunque ya estaba de vuelta en New Orleans.

No habría más retrasos. Quería a Tatiana. La tendría. Había esperado lo suficiente.

Si bien Vasili estaba sentado en su silla detrás de su escritorio, aparentemente tranquilo, estaba cabreado. Sabía que la quería. No quería que la tuviera.

Como no hablé, porque me encantaba ver cómo se retorció la gente y disfrutaba del silencio tenso e incómodo, Vasili continuó:

—¿Por qué ella?

Se me descajó la mandíbula. «*Porque es una reina. Porque ella me hace olvidar quién soy. Porque a pesar de toda la mierda, encajamos*».

Pero no dije nada de eso. No le mostraría cuánta influencia tenía sobre mí con su hermana.

Dejemos que la familia Nikolaev sude un poco. Ya era hora de ponerlos en su sitio.

—Me parece una forma apropiada de saldar la deuda —comenté fríamente, recordándole lo que me costó su familia.

—Aunque le dijera que se casara contigo, nunca lo haría. No a menos que ella quisiera.

Lo observé con indiferencia mientras se me retorció el pecho. Sin duda le creía. Podía pedirle a Tatiana que se case conmigo, pero la muy atrevida se negaría. No estaba dispuesta a dejar que le pusiera un anillo en el dedo, sin embargo, se nos acababa el tiempo. La *Yakuza* se acercaba. Sofia Volkov tramaba algo. Demasiados enemigos sabían que ese chip estaba conectado a Tatiana de alguna manera.

Tatiana tenía carácter. Apostaría a que debía tenerlo para crecer con dos hermanos mayores, o nunca habría sido escuchada. Por desgracia para ella, era mi vicio. Lo había sido desde aquella noche que la toqué en aquella maldita pérgola. Me gustaría pensar que si hubiera sabido el impacto que ella iba a tener en mí, habría sido más inteligente, pero sería mentira.

En el momento en que la vi, la Reina había puesto al Rey entre la espada y la pared. Jaque mate. Ella ganó y ni siquiera lo sabía.

—Puedo ser convincente. —Siempre quedaba el método al que había recurrido su propio hermano: el secuestro.

—Elige el territorio que quieras —replicó Vasili, secamente—. Ya has empezado a establecerte en New Orleans. ¿Quieres la ciudad?

Podría quitarle mucho a Nikolaev por matar a mi hermano. New Orleans. Louisiana. Los puertos. Por suerte para él, solo quería a su hermana. La había deseado durante tanto tiempo, que no habría nada que pudiera ofrecerme que me convenciera de renunciar a ella.

Y si intentara alejarla de mí, recurriría a la guerra.

—No.

Su mirada se entrecerró. Una sola palabra, pero lo decía todo. Nos miramos fijamente mientras la animosidad se deslizaba por mis venas.

Me levanté, me abroché la chaqueta y me di la vuelta para marcharme.

—Si puedes convencerla de que se case contigo y lo hace bajo su consentimiento, lo apoyaré —expuso—. Hablaré con ella, pero no la obligaré a casarse contigo.

Abrí la puerta y respondí:

—Estoy seguro de que Tatiana verá las cosas a mi manera.

—¿La mantendrás protegida? —preguntó. Vasili cuidaba de Tatiana como si fuera su hija. Algo así como yo había cuidado de mi propia hermana—. Adrian la puso en peligro. No quiero que eso se repita.

Exhalé sarcásticamente.

—Ten por seguro que nadie le pondrá un dedo encima.

Al fin y al cabo, llevaba casi un año haciéndolo.

Cuando salimos del despacho, encontré a Tatiana hablando con dos hombres. Su sonrisa era relajada, pero era su cuerpo el que la delataba. Estaba tensa y sus ojos se desviaban hacia su

hermano mayor, en busca de respuestas.

Sabía que lucharía contra un matrimonio arreglado. No necesitaba la advertencia de su hermano para saberlo.

Su risa resonó en la habitación y fantaseé con matar a los cabrones que se atrevían a oírla reír. Eso debería estar reservado para mí y solo para mí.

En la mesa del comedor, intentó buscar otro sitio, pero antes de que pudiera sentarse, la cogí del brazo y sonreí.

—Son asientos asignados —dije, incapaz de evitar la petulancia en mi voz.

Poniendo los ojos en blanco, me siguió de mala gana.

—Considerando que esta es la casa de mi hermano, puedo sentarme donde quiera. Incluso en la cocina.

—Es una gran idea —acepté—. Solos tú y yo comiendo en la cocina. Me encanta. ¿Vamos?

Dejó escapar un suspiro frustrado.

—Contigo no —siseó, tomando asiento—. Me quitarás el apetito aquí o en la cocina, así que mejor hago feliz a mi hermano.

—Cásate conmigo si quieres hacerlo feliz.

Giró la cabeza y sus ojos brillaron como zafiros azul pálido.

—*Nunca* me casaré contigo, Illias Konstantin —me advirtió en voz baja. «*Ya lo veremos*», pensé en silencio.

—¿Por qué no? —No importaba cuál fuera su respuesta, se casaría conmigo. De buena gana o no. Al final lo entendería. Sabía que nos compenetrábamos bien juntos y cuando pudiera confiar en ella, le explicaría ese video. Apostaría a que entendería por qué hice lo que hice, considerando que su propio hermano la salvó de su madre.

—Porque estoy ocupada en el futuro inmediato —replicó secamente.

—Entonces desocúpate, porque nos vamos a casar.

Encogió sus delgados hombros.

—Lo siento, no puedo hacerlo. —Se inclinó más hacia mí mientras tomaba el vaso de agua y se lo llevaba a los labios—. No me caso con asesinos de inocentes. —Entrecerrando los ojos, añadió—: Además, deberías buscar la definición de 'ligar', Konstantin. No significa nada más que sexo.

Le quité el vaso de sus finos y elegantes dedos, me incliné hacia ella y le susurré al oído.

—Eres mía, Tatiana. Tus tetas, tu culo, tu coño, tu alma, tu corazón. Siempre fue algo más que sexo.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

TATIANA



El aliento caliente de Illias contra mi piel y su vehemente reclamo me provocaron un escalofrío.

Reprimí cualquier reacción, consciente de que Vasili nos observaba. Debería haber sabido que jugar con Illias acabaría volviéndose en mi contra. Solo los tontos jugaban con los hombres en nuestro mundo.

Parecía que yo era uno de esos tontos.

Me concentré en los camareros que se acercaban rápidamente con la comida. A medida que la servían, su aroma flotaba en el aire. Marisco y pollo. Mis favoritos. Excepto que olían mal. Tal vez estaban descompuestos. Podridos. Arrugué la nariz. La saliva se me acumuló en la boca y tragué. La temperatura de mi cuerpo aumentó, empeorando mis náuseas. Era un sofoco, que llegaba como una marejada.

—¿Qué pasa? —Illias debe haber notado mi malestar.

Me levanté bruscamente y me dirigí al baño. El mundo me daba vueltas y las náuseas empeoraban. Me apreté el estómago. No tenía ni idea de cómo ni cuándo Illias llegó a mi lado, agarrándome por el brazo.

—Tatiana, ¿qué sucede?

—Voy a vomitar. —Lloriquéé, corriendo hacia el baño más cercano, pero mis piernas no eran lo suficientemente rápidas.

Así que me tomó en brazos y se apresuró a ir al sanitario, luego me ayudó a bajar, justo a tiempo. Unas violentas arcadas sacudieron mi cuerpo mientras me arqueaba y vaciaba en el retrete todo lo que había comido ese día.

Unas manos fuertes acariciaron mi espalda en círculos tranquilizadores mientras sonidos repugnantes salían de mi boca.

—¿Qué pasa? —La voz de Vasili vino de detrás de mí justo cuando otra ronda de violentos jadeos sacudía mi cuerpo.

—Necesita un médico —respondió Illias con total calma, agachándose a mi lado y sin dejar de acariciarme la espalda. Como si fuera normal que el *Pakhan* se sentara en el suelo de baldosas junto a una mujer que vomitaba sin parar.

De rodillas, afianzada en el retrete, me limpié la boca con el dorso de la mano.

—No necesito un médico —murmuré con firmeza, la sospecha retumbando en mi pecho—. Solamente comí algo malo, eso es todo.

—Ni siquiera alcanzaste a comer —señaló Illias. La forma en que me observaba me hizo sentir pánico. Como si ya hubiera sabido que estaba embarazada y hubiera decidido lo que me haría.

Ignoré esa sensación angustiante y me puse en pie, tambaleante, y me dirigí al lavabo, mientras dos pares de ojos me observaban. Me enjuagué la boca y me di la vuelta lentamente.

Ignorando los ojos oscuros de Konstantin sobre mí, crucé miradas con Vasili.

—Hermano, ¿te importa si me salto la cena? En caso de que haya pescado algo.

Como un bebé.

No, no podía sacar conclusiones precipitadas. No debía caer en falsas esperanzas. O en sueños. Hacía que la realidad fuera demasiado grande para manejarla.

Podía haber sido algo que comí. Esa mañana. O tal vez un virus estomacal. Me mordí el labio esperando su respuesta, pero Vasili permaneció callado, observándome.

—*Mmm...* cargué a Marietta hace un rato. Vigílala por si se contagia. —Eso debería convencerlo de que estaba realmente preocupada por ese virus estomacal. Mi sobrina nunca podría contagiarse de un caso de embarazo. Definitivamente, era la maestra del engaño.

Cambié el peso de un pie a otro, nerviosa, temerosa de que mi hermano o, peor aún, Konstantin, leyera mis sospechas en el rostro.

La puerta se abrió e Isabella entró.

—¿Estás bien?

Su mirada parpadeó sobre Illias y había algo extraño en sus ojos. Como si hubiera llegado a una revelación que no estaba segura de que le gustara.

Mi lengua se deslizó por mi labio inferior.

—Sí, es un virus o algo así —expliqué, manteniendo la voz calmada mientras mi corazón se aceleraba con posibilidades. *Con esperanza.* La esperanza era para los tontos, pero era imposible extinguirla.

—Déjame que te eche un vistazo. —Se ofreció, y luego fijó su atención hacia los hombres.

Vasili se puso rígido, las palabras que le había dicho hacía meses seguían flotando entre nosotros. Eran amargas y equivocadas. Nunca debí decirle que odiaba ver lo que él tenía, su felicidad. Los celos eran algo muy feo y mis hermanos se merecían con creces ser dichosos para siempre.

Mi hermano no sabía cuántas veces me había arrepentido de aquellas palabras; cómo había deseado no haberlas pronunciado nunca.

—Eso sería genial. Gracias, Bella.

El aire cambió y se relajó. Los ojos de Vasili se suavizaron, la comprensión brilló en ellos. Durante todos esos meses, había existido un malestar entre nosotros. Pero no fue hasta ese mismo momento que sentí que por fin alivié el dolor que le había causado antes de que me llevara al hospital a que me pusieran puntadas en lugar de que lo hiciera mi mejor amiga.

—Yo me encargo —le aseguró Isabella con una sonrisa—. Será mejor que vuelvan a la cena.

Vasili bajó su alto cuerpo y le besó la mejilla.

—Gracias, *Malyshka.*

Y todo el tiempo, Illias me observaba con una inquietante convicción en los ojos, mientras mi corazón hacía la guerra dentro de mi pecho. Pero las sombras acechaban en sus ojos y en mi mente. En algún lugar profundo de mi alma.

Lo sabía.

La verdad brilló en la mirada oscura de Illias dejándome en claro que debía haber llegado a la misma conclusión que yo.

—Me gustaría estar presente —declaró, confirmando mi sospecha.

—No lo creo —siseé—. Eres un simple desconocido.

Lo miré fijamente, se erguía igual de alto junto a mi hermano, como un ángel oscuro. Su rostro era una máscara de calma absoluta, ninguna emoción se filtraba, pero eran sus ojos los que lo delataban.

No eran tan fríos. Ni oscuros. Su mirada se clavó en mí y se aferró, prometiéndome más noches largas, manos ásperas y cuerpos sudorosos entre sus sábanas de satén negro.

—Tatiana, ¿hay algo que quieras decirme? —La voz de Vasili era tranquila, pero yo la conocía bien. Era la voz que usaba cuando yo había hecho algo que ponía en peligro a la familia. Rara vez ocurría, sin embargo, me bastó una vez para reconocer ese tono.

—No. —Ambos sabíamos que estaba mintiendo, pero le sostuve la mirada—. Tú y tu invitado vuelvan a su cena. —Mis ojos parpadearon hacia Illias y luego volvieron a mi hermano—. Por favor —pedí, suplicándole en silencio.

Mis ojos debieron de transmitir mi desesperación, posiblemente también mis sospechas de que él tenía razón y yo estaba efectivamente embarazada, porque su mirada ardió.

No se me escapó la ironía de la vida.

Hacía doce meses recé por un pequeño milagro. Y en ese momento, me preocupaba lo que un pequeño milagro significaría para mi futuro.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

TATIANA



—E stás embarazada.

Me quedé mirando el monitor de la sonografía, observando el pequeño punto con asombro. Escuché las palabras que ansiaba desde hacía tanto tiempo. Sin embargo, en ese momento me producían ansiedad. Conmoción mezclada con otro sentimiento que no había experimentado en tanto tiempo. *Felicidad*.

Llevé la mano al monitor, donde el punto se movía, y mis dedos lo trazaron.

—Un bebé —susurré con la voz apretada.

Algo dentro de mí cambió o se reseteó. Mi alma se había destrozado en miles de pedazos tras la muerte de Adrian, pero poco a poco esas piezas comenzaron a juntarse. Hasta ese momento.

Esa revelación hizo que todo encajara.

Isabella imprimió las fotos de la sonografía y me las entregó, mirándome con preocupación. Las tomé con dedos temblorosos.

Puse una mano en mi vientre, sobre el gel frío que Isabella había puesto allí antes de el estudio.

—¿Está todo bien con el bebé?

Isabella sonrió, comprobando la información.

—Sí. Tendremos que sacarte sangre, pero de momento todo parece ir bien. Tienes entre cinco y seis semanas.

—Seis —murmuré.

Los ojos de Isabella se clavaron en los míos con sorpresa. Dios, debía de haberme dejado embarazada justo después del funeral de su hermano. No podía decidir si eso era morboso o inspirador.

Una vida terminó; otra comenzó.

—Por favor, no le digas nada a Vasili —rogué, encontrándome con sus suaves ojos marrones. Habíamos pasado por muchas cosas. Nuestros años de universidad. Su desamor. El mío. Nuestra jodida historia familiar—. Todavía no.

Isabella me hizo un gesto seco con la cabeza.

—Guardaste mis secretos —murmuró en voz baja—. Es lo menos que puedo hacer. Además, la confidencialidad médico-paciente me prohíbe compartirlos, así que estoy a salvo de Vasili, y tú también.

Agarré su mano y la apreté con fuerza.

—No me debes nada —gruñí—. Primero fuimos amigas, luego algo más. Familia.

Isabella sonrió y me abrazó.

—Nikola y Marietta te adoran. Serás una madre maravillosa. Dios, ya puedo verlo. Nikola será protector con su primito. Nos volverá locos.

—Lo hará —reflexioné—. Volverá aún más locos a su hermana y a sus primos pequeños.

Me ayudó a levantarme de la mesa y me dio un cambio de ropa. Unos *jeans* y una blusa rosa suelta de Valentino con mangas transparentes.

—Esto no parece de tu estilo —expuse, mientras me lo ponía.

Se río entre dientes.

—No lo es. Es tuyo. Una de esas entregas que llegaron aquí mientras estabas en Rusia con...

Con Adrian. Cuando nos fugamos.

En lugar de comentarlo, cambié de tema.

—¿Alguna posibilidad de que viniera con zapatos a juego?

Isabella sacudió la cabeza, riendo.

—De hecho, sí. Están en tu antigua habitación.

—Gracias, Bella. Será mejor que vuelvas con Vasili. Voy a ponerme los zapatos y regresaré a casa.

Cuando Isabella se marchó, me dirigí a mi antigua habitación. El corazón me dio un vuelco cuando recorrí el pasillo y abrí la puerta. Todo seguía igual que cuando me fui a la universidad.

La cama era la misma, la *king size* con dosel y sábanas blancas onduladas. Alfombra de felpa rosa a mis pies. La cómoda y la mesita de noche eran blancas. La caja con mis zapatos rosas estaba a los pies de la cama, como si me hubiera quedado allí la semana anterior, cuando en realidad había pasado mucho tiempo.

Me hundí en la cama, aún con las imágenes de la ecografía en la mano. En blanco y negro, mostrando la nueva vida que habíamos creado.

No era como había imaginado crear una vida.

La opresión se extendió desde mi garganta hasta mi pecho. El matrimonio con Illias estaba descartado. Al menos después del vídeo que había visto. La frustración corría por mis venas. No podía culpar a nadie más que a mí misma de la situación en la que me encontraba.

Estaba encantada con el bebé. Con el padre del bebé... no tanto.

Me puse los zapatos y salí de la habitación y bajé las escaleras. La música y el tintineo de los cubiertos resonaban en el lujoso vestíbulo. Me dirigí a la salida más cercana, esperando encontrar a Yan junto al coche. Seguramente, Vasili le diría que estuviera preparado.

Mis pies se detuvieron al oír una voz que me llamaba por mi nombre. Me di cuenta demasiado tarde de quién era la voz. Estaba a punto de reanudar la marcha cuando volvió a llamarme. Me detuve y me giré lentamente para encontrarme cara a cara con el padre de mi bebé.

Jesucristo.

—¿Te vas sin despedirte otra vez? —se burló.

Cuadré los hombros y lo miré fijamente.

—¿Algún asesinato más de mujeres o niños inocentes que quieras compartir? —respondí bruscamente.

Sus ojos brillaron con una oscuridad aterradora y su mandíbula se apretó.

—Podrías haberme pedido una explicación —reviró en tono bajo. Estaba a punto de seguir caminando cuando me rodeó la muñeca con los dedos. Me inmovilizó con sus ojos oscurecidos como tormentas en la noche—. Estás embarazada de mi hijo.

Las palabras le salieron con tanta facilidad, como si fuera algo cotidiano enterarse de que una

simple desconocida estaba embarazada de su hijo. Tal vez lo era. Dios, ¿en qué me había metido?

Él y la locura iban de la mano.

—¿Qué quieres, Konstantin?

—A ti.

Tragué saliva, una extraña sensación se retorció en mi pecho. Penetró en mis venas y se extendió. Sin embargo, todo el tiempo, una alerta cosquilleaba en el fondo de mi mente.

—Ya te lo dije, éramos temporales. —No respondió, solamente me miró fijamente. Probablemente tratando de intimidarme—. Fui honesta desde el principio.

—Nos vamos a casar.

—Por enésima vez, no.

Sus ojos se oscurecieron con una advertencia.

—Estás embarazada de *mi* hijo.

—Estás suponiendo. Es un virus estomacal. —*Algo así.*

Su fachada serena se resquebrajó, con ira e insensibilidad en los ojos. Por primera vez desde que lo conocí, la amenaza cruzó la expresión de Konstantin. Era más aterrador que cualquier otra cosa que hubiera experimentado. ¿Era ese el hombre que ejecutó a una mujer de rodillas? ¿Era esa su verdadera identidad?

Apretó la mandíbula y dio un paso adelante, imponiéndose sobre mí.

—Te dejé ir una vez para poder protegerte —formuló, bruscamente. Fruncí el ceño, preguntándome qué quería decir—. Nunca te olvidé. —Su voz se endurecía con cada palabra—. Pero tú, Tatiana, me olvidaste.

¿Estaba hablando del maldito restaurante? Nos conocimos solo por un momento fugaz. En ese momento, no tenía paciencia para esa mierda.

—No tengo ni puta idea de lo que estás hablando —siseé, mientras me daba la vuelta para marcharme.

—Mi hijo *no* nacerá fuera del matrimonio. —Tomó mi mano entre las suyas y la apretó—. ¿Me entiendes, carajo?

—Eres un monstruo. —Exhalé—. Un asesino.

—¿Crees que tu familia son santos?

Le quité la mano de un tirón.

—Mis hermanos no ejecutan mujeres de rodillas, Illias. Son otro tipo de monstruos. Es tu tipo el que no toleraré.

Mi respiración se agitó. El corazón se me aceleró. Me zumbaban los oídos.

—No me presiones, *moya luna*, si no, apagaré ese bonito infierno azul de tus ojos —dijo en tono tranquilo.

—¿Me pongo de rodillas ahora para que coloques una pistola en mi cabeza y aprietes el gatillo? Te ahorrará tiempo —respondí, con la misma calma mientras el corazón se me aceleraba en el pecho, martilleándome contra las costillas.

Algo brilló en su mirada, casi como si el pensamiento le excitara.

—*Oh*, Tatiana. Te tendré de rodillas. Pero te aseguro que disfrutarás cada minuto. —Luego, se marchó, dejándome allí parada, mirándolo fijamente y con su advertencia resonando en mis oídos. Sabía muy bien que aquello no era el final.

Era solamente el principio.

ESPINAS DE MUERTE

Enrico Marchetti.

Uno de los cinco reyes de la mafia italiana.

Poderoso. Intocable. Corrupto.

Todo comenzó con una mirada inocente a través de una habitación en París. Era mucho mayor que yo. Un dios romano vestido con traje italiano, rodeado de un aura a la que no pude resistirme.

Cuando volví a cruzarme con él, me cautivó bajo su hechizo sin esfuerzo. Sin embargo, no sabía que una noche llena de placer carnal me costaría todo.

Cuando Enrico Marchetti quería algo, no se limitaba a tomarlo. Lo *poseía*. Ahora, su vista estaba puesta en *mí*.

Este hombre guardaba secretos. Lo rodeaban, su esposa muerta, sus hijos.

No quería tener nada que ver en ello, pero no podía escapar. Me había llevado a su reino, cerró las puertas y tiró la llave.

Ahora solo me quedaba luchar. Aunque muriera en el intento.

¿QUÉ SIGUE?

*Muchas gracias por leer **Espinas de Lujuria**. Si te ha gustado, déjame un comentario. Tu apoyo significa mucho para mí.*

Si tienes ganas de más debates con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook, Eva's Soulmates group (<https://bit.ly/3gHEe0e>)

Si estás buscando qué leer a continuación, ve corriendo a buscar Espinas de Amor (<https://amzn.to/3Jf52We>), la épica conclusión de la historia de Tatiana e Illias.

SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes consultarlos aquí. Libros de Eva Winners <https://bit.ly/3SMMsrN>

Eva Winners escribe novelas románticas de todo tipo, desde enemigos a amantes hasta libros con todo tipo de sentimientos. Sus héroes a veces son villanos, porque también necesitan amor, ¿verdad? Sus historias están llenas de suspenso, misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia, oscuridad y mucha pasión tórrida.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland soñando despierta con su próxima historia.

Encuentra a Eva en:

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página FB: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Insta: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

Tiktok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>